



Jim Dodge

El Cadillac de Big Boy

Lectulandia

George Gastin se dedica a destrozar coches como parte de un entramado para sacar dinero a las aseguradoras. Uno de los coches que debe destruir es un Cadillac blanco impoluto que supuestamente iba a ser un regalo para Big Bopper, fallecido en el accidente aéreo que también mató a Buddy Holly y Ritchie Valens. Pero Gastin, en un momento de debilidad, decide llevar el coche a través del estado de Texas hasta la tumba de Bopper. Cargado de anfetaminas y perseguido por adversarios reales e imaginarios, Gastin emprende un road trip de miles de kilómetros y experiencias. Viajando en el tiempo desde la era beat hasta el crepúsculo de los años sesenta, desde las cafeterías de North Beach a las grandes planicies de América, Gastin recoge a autoestopistas tan variados como 'el mejor vendedor del mundo', el reverendo Double-Gone Johnson, hasta una mujer maltratada con una caja de vinilos. Mientras las horas y los kilómetros pasan, el viaje de Gastin se convierte en una borrosa mezcla de fantasía y realidad animada por la banda sonora de los clásicos del rock'n'roll.

Lectulandia

Jim Dodge

El Cadillac de Big Bopper

ePub r1.0

17ramsor 27.09.13

Título original: *Not Fade Away*
Jim Dodge, 1987
Traducción: Ana Herrera Ferrer
Diseño de portada: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Presentación

Por una G casi no acabo conociendo a Jim Dodge. Por una maldita G. Una letra puede cambiar muchas cosas, y embalado, embalado, embalado como iba, casi me la paso de largo. Si se fijan, tampoco es tan grande como para verla de lejos: G.

Fue, como tantas otras referencias-flecha que uno ha acabado siguiendo y llevando a su lógica conclusión (ergo, al fagocitamiento e inclusión en el panteón privado de héroes y obsesiones), en un artículo del periodista y escritor inglés Kevin Pearce. Por desgracia he olvidado de qué hablaba originalmente aquel artículo, pero sí recuerdo que en un punto del escrito se hacía referencia al autor «Jim Dode, hijo espiritual de Richard Brautigan». Cito de memoria, podría ser también «primo lejano de» o «mellizo separado en el parto de»; eso no es importante. Lo es —ya se habrán fijado— ese error tipográfico, sin duda culpa de las prisas y la mala edición, por el cual desapareció una G del apellido de Jim. Obviamente, siendo Richard Brautigan uno de mis autores favoritos —y por añadidura, uno al que no es fácil encontrarle familia o primos o mellizos— me precipité como un ñu en busca de los libros de *Dode*. Al poco tiempo me di cuenta de que *Dode* debía de ser el autor más secreto y *out of print* del mundo, pues su nombre no aparecía en ninguna parte. Intenté camuflar mi decepción con una falsa alegría por haber conocido al autor más *underground* de la historia (había sido borrado de ella; ¿qué puede ser más *underground*?), pero no funcionó. *Dode*, como el Dodo, se había esfumado bartlebyanamente, ripvanwinkleantemente, del universo literario.

Hasta que un día apareció la G. Una G de estar en medio de Dodge, no de Gansta ni de Hombres G. No recuerdo cómo la encontré, o quizás lo he querido olvidar por la cara de burro que debí poner. Con la G llegó el primer libro de Jim Dodge y el primero que leí yo, *Fup* (1987), y estuvimos encantados de habernos conocido. Dodge iba a convertirse en uno de mis autores favoritos, y sus libros en perpetuos acompañantes de mi periplo en busca de pasión, alma, gozo y sabiduría (he hecho una frase dodgeana a propósito, no crean) y sus libros, también en constante regalo proselitista para amigos que a día de hoy están tan encadenados al autor como yo mismo. Y un día seremos muchos y ese día se gritará viva la revolución. Pero más de revoluciones más adelante; hay algunas, se lo aviso.

Primero, presentaciones: Jim Dodge es un autor californiano nacido en 1945. No les voy a contar su peripecia vital, ni su ristra de empleos extraños, ni su situación familiar, pero ya puedo adelantarles que Dodge va a caerles bien. Con su cara de pionero del Mayflower, su barba amish y sus vivos ojos de jilguero, Dodge es uno de esos autores que —como sucede con Kurt Vonnegut— uno desearía conocer personalmente. Eso es algo menos habitual de lo que imaginan; personalmente puedo afirmar que no tengo (o hubiese tenido) el menor deseo de conocer a algunos de mis

escritores favoritos. Como si lo viera: B. S. Johnson, borracho e insultándome; Bukowski intentando pegarme o tirarse a mi mujer; Brautigan en un rincón, llorando, aferrado a una botella de whisky barato y jugueteando con un Winchester. Con Dodge es distinto. Dodge, como Vonnegut, es un hombre bueno, que no un «buen hombre» ni un pobre idiota. Una cosa es ser bueno, y otra un maldito hippie. Dodge, como el cantante Mose Allison, es un artista que admitidamente busca comunión espiritual con su audiencia. Sus libros, como los discos del segundo, no son un sermón, ni una demostración de malabarismo, sino un intento de intercambiar emociones. El propio Dodge admitía en una entrevista reciente que «siempre he visto el escribir como un acto de colaboración con el lector, donde la imaginación se toma como el nexo del intelecto, la emoción, el cuerpo y el espíritu (o la intuición, si lo preferís). [Kenneth] Rexroth llamaba a la imaginación “el órgano de comunión”, y yo obviamente estoy de acuerdo, por tanto me siento agradecido cuando los lectores sienten algún tipo de conexión con mis esfuerzos (...) Mi papel es intentar hacer que esa transmisión se desarrolle lo más lúcida y graciosamente posible». Les ruego se tomen estas palabras de manera literal: como sucede con el jazz, la prosa de Jim Dodge desea ansiosamente que se produzca un intercambio de almas, que se forje un vínculo íntimo entre autor (o protagonista) y lector. Esto es pasión proyectada directamente, como un show de Dexy’s Midnight Runners, y al final del foco está usted. O usted. O, mismamente, yo. Ya que estamos todos aquí, pues, cojámonos de las manos y bailemos, hombres y mujeres, alrededor de la hoguera infinita de nuestras vidas. ¡Yii-ja!

El primer libro de Jim Dodge, como les decía al principio, es *Fup*. *Fup* es una enternecedora historia de cariz rural-montañesco cuyos protagonistas son el abuelo Jake Santee —que se cree inmortal— su nieto Tiny —cuya pasión es construir cercas— y un pato con un prodigioso apetito y total incapacidad para volar, Fup (el nombre es una abreviación de *Fucked-Up*). Las comparaciones con Richard Brautigan vienen, como imaginan por los referentes a lo *Confederate General from Big Sur*, de aquí. *Fup* es además un libro sobre la pasión («*They also shared their passions, which were different in kind but not in intensity*»), sobre los vínculos de sangre, sobre el afecto y la pérdida, y sobre el no-ser-normal-y-que-te-dé-igual; en este último sentido su obra también podría compararse con el universo de *inadaptados* de Tom Spanbauer. *Fup*, además, habla de la obsesión, y lo hace de maneras tan insuperables como ésta: «La obsesión en cualquiera de sus formas era, por la experiencia del abuelo, totalmente traicionera; no podías nacer si no te dejabas ir primero, y muy poca gente podía desembarazarse de la obsesión». *Fup*, por cierto, no está traducido a nuestro idioma (y sin embargo Martin Amis se tira una ventosidad y sale en catorce lenguas y en tapa dura, así va el mundo), o sea que ya pueden irse apuntando al First Certificate.

El segundo libro de Jim Dodge es *Not fade away* (1987), *El Cadillac de Big*

Bopper, el que tienen en las manos. Pero éste luego, y con detalle. Voy a dar un salto Fossbury y me voy a plantar en el tercero, *Stone Junction* (1990). En él se confirman varias cosas que le llenan a uno de alborozo. La primera es, obviamente, que nos encontramos delante de uno de los mejores narradores angloamericanos de las últimas décadas. *Stone Junction* es divertido y rítmico a matar, sí, pero hay algo incluso mejor: es el libro que les enlazará políticamente con el que pronto va a ser su autor favorito. Pues Jim Dodge es, como Thomas Pynchon, anarquista de los buenos, y *Stone Junction*, un panegírico de la revuelta, de la resistencia al control gubernamental, de la pasión no regulada y de las explosiones de vitalidad sin sello oficial. El protagonista es Daniel Pearse, un niño huérfano que, tras la muerte-asesinato de su madre se une a la AMO (Alianza de Magos y Forajidos); ésta es una sociedad secreta que lleva luchando contra El Poder desde el principio de la humanidad, la mano oculta que está detrás de todos los levantamientos inspiradores de la historia, hogar subterráneo de gitanos, científicos locos, místicos, cuentistas y revolucionarios. La historia es una de búsqueda y aprendizaje: Daniel irá pasando de mentor en mentor, y cada uno de ellos le educará y enseñará trucos para conseguir su meta: ser invencible jugando a cartas, dominar todas las drogas y alucinógenos, volverse invisible, viajar en el tiempo, transformarse físicamente en quien desee... *Stone Junction* tiene todo aquello que siempre han querido encontrar en una novela mágica los que, sin embargo, detestan el género de espada y brujería. En ella Jim Dodge se nos muestra como un Pynchon que no da dolor de cabeza, que sabe controlar el número de páginas y personajes. De hecho, el propio Pynchon es un gran fan de nuestro Dodge y firma el prólogo a la edición inglesa. Y dice: «Leer *Stone Junction* es como estar en una fiesta sin fin donde se celebra todo lo que importa de veras». Fiesta y baile; dos símiles que siempre se utilizan al hablar de Dodge. La literatura como fiestorro exultante de gozo y amor y demencia, en lugar de mausoleo sin alma de rancios charlatanes desapasionados.

Stone Junction tampoco está traducido en la península Ibérica. No me digan ahora que esto les sorprende.

Todo esto nos lleva al fin a *El Cadillac de Big Bopper*. Uno de mis libros favoritos, y uno de los mejores libros de la historia, y la mejor película no filmada de la galaxia. De hecho, es tantas cosas a la vez que uno no sabe cómo empezar. Realmente, todo lo importante del espíritu humano está allí: música, amor, redención, culpa, peregrinaje y alta velocidad. La novela se centra, como se nos repite constantemente a lo largo de la narración, en un regalo, «un regalo no entregado, un regalo sentido y absurdo destinado a celebrar la música y las posibilidades del amor humano». Un viaje —una *peregrinación*, para ser exactos— en Cadillac cuyo fin es entregar un regalo nunca entregado. El libro, por ello, tiene algo de espiritualidad y sentido de «el trayecto es más importante que el final» propio de la generación Beat,

pero también comparte el humor dulce de los mencionados Brautigan o Vonnegut. Algunos incluso, tomando su estructura carreteresca y la querencia del protagonista por los estimulantes potentes, la han comparado a *Miedo y asco en Las Vegas*. Dodge, sin embargo, disiente; afirma que los protagonistas de la obra de Hunter S. Thompson tienden a descargar su ira sobre la gente más desprotegida que encuentran (porteros, sirvientas, camareras...), y que ese chuleo psíquico desmerece una gran novela. En efecto, *Miedo y asco...* es una novela moralmente mala. Mala para el hombre, quiero decir. *El Cadillac de Big Bopper*, al contrario, y pese a utilizar algunos parecidos parámetros estilísticos y de trama, está llena de vida, bondad, temores, dulzura y romanticismo. Dodge, ya lo he dicho, es un hombre bueno. Cree en la redención y en la posibilidad de limpiarse fundamentalmente, sin moralismo ni santurrionismo hipócrita, sino a través del exceso, la pasión desencadenada, el baile y el amor más furibundo y sincero.

Otro tema esencial del libro es el romanticismo, la causa perdida, el acto magníficamente inútil. «Me inclino ante lo romántico del gesto», dice un personaje al conocer el propósito del viaje de George Gatin. «Yo era un caso grave de romanticismo», confiesa el protagonista al presentarse. Otro personaje añade más adelante: «El romanticismo es un impulso peligroso, que se confunde fácilmente con el sentimentalismo más patético, y que sin embargo es maravillosamente capaz de una magnificencia soportada e iluminada no sólo por la simple resistencia, sino por una *alegría tan elemental* que de buena gana se arriesga a la monumental estupidez de su probable fracaso» (la cursiva es mía). Alegría elemental. Eso es *El Cadillac de Big Bopper*. La alegría del corazón romántico que se niega a ser derrotado por el gris, la realidad, la pobreza de espíritu y la corrupción moral, la bancarrota espiritual, de la sociedad capitalista. Como sucede en la mitología temática del country blues y el soul (y más tarde, del hip hop), *El Cadillac de Big Bopper* es un canto a la resistencia del alma humana. Es un NO a la derrota y un SÍ a la compasión y la testarudez del amor, incluso no correspondido. «Me reía lleno de simpatía», dice el protagonista tras una visión lisérgica, «por encontrarnos los dos, pequeños, desnudos y casi indefensos, atrapados en aquel torbellino de fuerzas que no éramos capaces de controlar. Era la risa de la compasión sincera, de la auténtica celebración de la espléndida y absurda tenacidad que nos mantiene en pie, a pesar de los golpes». *El Cadillac de Big Bopper* brinda por el cuerpo, el sexo, la empatía y la amistad eterna. Es, y quítenle aquí el cliché semi-cristiano que arrastra la expresión, un canto al estar vivo. No de «Viva la gente», pero sí de «Viva la madre que nos parió».

Eso me recuerda que no les he presentado al bueno de George, ni tampoco les he hablado del argumento de *El Cadillac de Big Bopper*, y —¿saben?— creo que no voy a hacerlo. Uno de los placeres de la lectura está en la sorpresa, y me jorobaría adoptar el papel de esos tráilers irritantes de hoy en día en que se nos cuenta

(convenientemente abreviada) toda la maldita trama. Todos los sustos. Todos los besos. Sólo les diré que con la epopeya de George Gastin, *El Fantasma*, camionero gratuito y —tal vez— señor loco, se lo van a pasar tan bien, van a gozar de una forma tan vivida y extrema que les envidio con cada célula de mi cuerpecito. Jamás olvidaré mi primera lectura de *Not fade away*; ahora llevo cinco de ellas y, aunque la calidad de la obra se mantiene intacta, ya no es lo mismo. El misterio de la primera vez, como en el sexo o las drogas o el pop, es irrecuperable.

Así, quedan tan solo por recalcar dos elementos esenciales de la novela que aún no les he apuntado y que creo que deben tener bien en cuenta.

Uno es el rock'n'roll o, mejor, la música. Ésta ejerce la función de hilo conductor de la trama: desde el amor inicial al jazz hasta la decisión de la ofrenda a los tres músicos fallecidos en aquel famoso accidente de aviación (el Big Bopper, Buddy Holly y Ritchie Valens), pasando por el constante pinchaje de singles de R'n'R a 45 rpm con el que George ameniza y acelera su periplo. «Era triste, pero en la música había una alegría invencible que demostraba que la tristeza se puede compensar, si no derrotar», nos dice *El Fantasma* en un punto del libro. Y la que es mi cita favorita del libro, desde el primer día: «Sería una tontería decir que la música me salvó o curó, pero en mi rutina diaria de baños calientes, abrir latas de cerveza y comida, lo que más me sostenía era la música: no porque me ofreciese salvación (eso no hay nadie que te lo solucione) sino por el consuelo que me daban sus promesas, su chispa de vida, su salvaje y poderoso arco sináptico que enlazaba espíritu, mente y carne». Toda la historia de George Gastin está puntuada, contada, con canciones, atizada con la gasolina de su melodía y frenesí: «Chantilly Lace» del Big Bopper, «Tutti Frutti» de Little Richard, «Great balls of fire» de Jerry Lee Lewis, «Donna» de Ritchie Valens, incluso «Like a rolling stone» de Dylan. Y, claro, «Not fade away» de Buddy Holly. Pueden imaginarse por qué es tan importante esta obra para el lector en castellano: educado en una tradición literaria donde el R'n'R no entra ni a puñetazos, hambriento de ritmo y bop y duduá y fiero baile, dicho lector debería acoger a Jim Dodge como *El Salvador*. El verdadero portavoz místico de La Iglesia Luminosa del Rock y el Gospel de la Sagrada Liberación, como diría el personaje Johnson el Zumbado. Y amén, caramba, de una vez por todas.

El segundo elemento esencial son las drogas. Los abogados de *El Aleph* me recomiendan que no sea demasiado explícito al hablar del tema, así que sólo querría mencionar que si este libro va a un ritmo, es al ritmo de la anfetamina. 1.000 tabletas de ritmo, de hecho, que unos *dealers* le pasan a nuestro George justo antes de iniciar la peregrinación. Ese ritmo maníaco, imparable, lúcido y cortante como patines sobre hielo, focalizado y obsesivo como las mejores locuras, un impulso, un orgasmo perpetuamente aplazado, un empujón que le saca punta a la mente y hace que ardan los zapatos y las lenguas, ese contrato de velocidad que puede a la vez inspirar y

destruir. Kacy, la enamorada de George, declara en un momento de la novela que el speed hace «agujeros en el alma», pero podría decirse también que primero te recuerda —a empellones— que tienes una. Y que tu deuda con ella es ir a toda leche, beberlo todo, hablar de todo y entenderlo todo, el tiempo pasa, pasa, pero de speed vas más rápido que él, y le haces muecas y cortes de manga al mundo y al paso de los días mientras bailas-hablas-bailas y luego hablas-piensas-bailas y pulverizas chicle y comprendes el sentido de todo, y los cobardes teorizan desde sus despachos, y otros timoratos miran desde la barrera, y mientras tanto nosotros bailando, bailando, bailando acelerados como si el mundo fuese a terminar mañana.

El Cadillac de Big Bopper es, en suma y por todo lo anteriormente mencionado, una locura, y en cierta forma otro de los temas centrales serían las grandes demencias que se desatan por pasión y amor, por honor, por dignidad. O sea, que tenemos una locura, pero no es una locura cualquiera:

Yo tenía los documentos y la carta. John estaba impresionado.

—Pero George, parece que te estás volviendo sensato en medio de tu locura.

—Me lo tomaré como un cumplido.

John se encogió de hombros.

—Bueno, al menos es una locura grandiosa.

Una locura grandiosa, en efecto.

Ahora debo y quiero dejarles con la novela. Que alguien saque el vino y la cerveza. Que alguien conecte el tocadiscos y empiece a pinchar discos con alma y estómago y dolor y gozo. Que dé inicio el incendio de nuestro enamoramiento. Jim Dodge les está invitando a que celebren el puto milagro de respirar y tener ojos que ven las cosas hermosas y grandes que hemos visto, y tener piernas que responden al ritmo glorioso de la música, al golpear divino del rock'n'roll y el soul y el gospel. Les han invitado a una fiesta que nunca va a terminar, y entran en ella por primera vez, regalos en las manos y sed y ganas de besarse y ver amanecer. La envidia que les tengo, no la quieran saber.

KIKO AMAT, junio de 2007

Este libro está dedicado a mamá, papá, mi hermano Bob y Victoria (sí, dedicado a la persona amada). Para Jacoba, Leonard y Lynn; para Sylvia, Boney Maroni y Peggy Sue, para Jeremiah, Jerry y Jack, Freeman y Nina, Gary, Allen, Lew y John, para Boots, Annie, Dick, Joe y todos los cats and kitties^[1] del Tasteefreeze una cálida noche de verano; para todos los músicos y bailarines y peregrinos de la fe, en memoria de Ed O'Conner y Darrel Gray, y a los enormes espíritus de Buddy Holly, Ritchie Valens y el Big Bopper, R.I.P.

...música, dulce música...

MARTHA AND THE VANDELLAS,
«*Dancing in the Street*»

Prólogo

Para comprender tales días y acontecimientos se hace necesaria esta narración adicional, como una figura real que caminase junto a un fantasma.

HANIEL LONG,
Interlinear to Cabeza de Vaca

El día no empezó bien. Me desperté al clarear con un dolor de cabeza intenso y palpitante, fiebre y escalofríos, dolor sordo en todos los tejidos corporales, relámpagos de náusea, un sabor de boca como si me hubiese comido un kilo de escarabajos de la patata, dolor en las órbitas oculares y una sensación general de desesperación absoluta. Y todavía se agravó más al darme cuenta de que tenía que levantarme de la cama y coger el coche y conducir mucho rato por malas carreteras, negociar una venta de leña y luego volver otra vez a casa, al rancho, donde todavía tenía que cortar mi propia leña para el invierno. Si hubiera tenido un teléfono a mano habría anulado la reunión de inmediato, pero como el rancho estaba en las colinas y demasiado lejos para que a la compañía telefónica le saliera a cuenta, y como me había costado una semana entera programar una reunión con Jack Strauss, que venía nada menos que desde Napa, no tenía elección. Además, Strauss me iba a dar mil dólares por veinticinco cargas de leña, que eran 993 dólares más de lo que yo tenía en aquellos momentos pero unos 4.000 menos de lo que debía a mis acreedores. Sólo con pensar en mi situación financiera la desesperación que sentía se convirtió en catástrofe. Obligado por las circunstancias, me levanté, me vestí, salí y saludé a la mañana agachándome detrás del cobertizo vacío y vomitando.

El cielo del amanecer estaba todavía negro, con nimbos turbulentos, y el viento soplaba desde el sur: en cualquier momento llovería. Saqué los pollos, les eché algo de comer, corté unas astillas y seguí haciendo las tareas matutinas entre quejidos. Ya de vuelta a casa encendí el fuego en la cocina de leña y coloqué encima la tetera, y luego rebusqué en el armario hasta que encontré mi kit de primeros auxilios en el cual, para evitar las tentaciones, había guardado un solitario Percodan. Aunque parecía pequeño y perdido en el fondo del frasco, me lo tragué lleno de gratitud. Era como mandar a una cochinilla a luchar contra Godzilla, pero valía más aquello que nada.

Me dolía. Como llevaba una semana entera sin beber ni tomar drogas (otro hecho deprimente del que me daba cuenta entonces) supuse que había caído víctima del virus que asolaba nuestra comunidad rural. La gente lo llamaba «gripe de Smorgasbord», porque así era como el bicho veía a tu cuerpo; en algunos casos el festín duraba semanas enteras. Sólo con pensar en semanas se me empezó a revolver

el estómago de nuevo, pero luché contra las náuseas, conteniéndolas. Perder el Percodan me habría matado.

Sintiéndome algo más dueño de mí después de esa demostración de voluntad, bebí unos sorbos de té y me comí una tostada a secas, apagué la estufa y salí a buscar mi camioneta Ford del 66 para iniciar el largo camino y reunirme con Strauss en Monte Rio.

Pero la camioneta no se ponía en marcha.

Cogí el destornillador largo del salpicadero y salí de la camioneta. Agachándome por debajo del guardabarros izquierdo, le di unos golpecitos a la bomba eléctrica hasta que empezó a sonar.

La camioneta arrancó a la vez que la lluvia. Puse en marcha los limpiaparabrisas. Tampoco funcionaban. Salí de nuevo y levanté el capó y con el destornillador di un golpecito al motor de los limpiaparabrisas hasta que las hojas empezaron a moverse torpemente, como las alas de un pelícano pillado en pleno vuelo. Ya estaba de camino.

Mi camino, tengo que aclararlo, siempre es largo. Vivo en las colinas de la costa del condado de Sonoma, allá donde los ululatos de las lechuzas cortejan a los pollos, en un rancho de trescientas sesenta hectáreas que pertenece a mi familia desde hace cinco generaciones. La casa fue construida en 1859 y todavía carece de instalaciones modernas y sofisticadas como tuberías de agua interiores o electricidad. Se puede llegar al rancho por un mal camino de tierra de ocho millas que corre por encima de toda la cresta montañosa, o andando dos horas por un sendero empinado y lleno de maleza que sube desde la costa. El vecino más cercano está a siete millas de distancia. A partir del sitio donde el camino de tierra va a salir a la carretera comarcal, hay otras seis millas de carretera asfaltada de un solo carril y llena de curvas hasta mi buzón, y nueve más hasta la tienda más cercana. Vivo en el campo porque me gusta, pero cuando bajaba dando botes por el camino de tierra, aquella mañana, con el cerebro chillando a cada sacudida, habría alquilado gustoso un pisito en la ciudad, sobre todo si estaba cerca de un hospital.

Para distraerme de mis sufrimientos puse la radio, sintonicé una emisora de San Francisco y me puse a escuchar el informe del tráfico de primera hora de la mañana: la cosa ya estaba mal en Bay Bridge, un coche averiado bloqueaba el acceso de Army Street... pero por una vez, todo aquello no me consolaba. Sin embargo el Percodan hacía su efecto, o al menos el dolor parecía irse disipando.

Cuando llegué a la carretera comarcal asfaltada, nada más pasar la casa de los Chuckston, me parecía que lo había conseguido. La lluvia seguía cayendo en forma de llovizna insistente. Acunado por la suavidad del pavimento, hipnotizado por el golpeteo de metrónomo de los limpiaparabrisas, quizá un poco distraído paladeando el Percodan, no vi al ciervo hasta que casi lo tenía debajo. Era un macho de tres

puntas con el cuello hinchado por el celo. Saltó y se apartó con un grácil brote de terror, mientras yo pisaba el freno y resbalaba por la carretera, la camioneta daba un bandazo, otro, y luego acababa golpeando un tocón de secuoya a mano derecha. Me di con la cabeza en el volante, luego el retroceso la echó hacia atrás justo a tiempo para encontrarse con mi escopeta, que salió disparada del soporte. Los dos golpes sucesivos me dejaron atontado como un ratón que ha aspirado éter. Recuerdo vagamente que me sentía como perdido en un bosque vibrante, buscando la consciencia, atormentado al darme cuenta de que necesitaba recuperar la consciencia y que nada parecía tener el más mínimo sentido. Luego un magnífico chorro de adrenalina eliminó de golpe la oscuridad. Abrí la puerta de la camioneta y salí, con las piernas temblorosas pero en pie, dolorido, pero todavía vivo.

La llovizna que me mojaba la cara era refrescante. Me quedé un momento quieto y luego eché a andar hacia la ciudad, sacando el pulgar, aunque no había señal de coche alguno en ninguna dirección. Había recorrido ya media milla cuando me di cuenta de que era mucho mejor volver donde los Chuckston. Tenían una radio y podía llamar para pedir ayuda. Necesitaba ayuda.

La lluvia fue arreciando y pasó de llovizna a goterones. Mientras andaba me iba tocando la cabeza como absorto, pensando que la lluvia era sangre, masa encefálica que chorreaba, o algo igualmente vital que se escapaba de mi cráneo.

Me detuve cuando volví a ver la camioneta. Antes no había comprobado los daños que había sufrido, y de repente me asaltó la absurda esperanza de que todavía funcionase, una esperanza que se vio horriblemente destrozada por un examen más detenido: el parachoques delantero derecho estaba aplastado contra la rueda; el eje, doblado de una manera brutal; la dirección, rota. Seguí andando.

No había nadie donde los Chuckston, probablemente habían salido temprano a recoger las ovejas, pero la llave de repuesto estaba donde la dejaban cuando les cuidé la casa el verano anterior. Me limpié las botas en la alfombrilla que había ante la puerta y entré. Puse en funcionamiento la radio y pensé a quién llamar. Debía ser alguien con radio y teléfono. Donnie. Donnie Schatzburg. Contestó al momento, como si llevase toda la mañana esperándome.

Le expliqué lo que había pasado, le di la situación de la camioneta y le pedí que llamara al garaje de Itchman en Guerneville, para que mandasen una grúa... o si no podía ser Itchman, a Bailey, en la costa.

Donnie había vuelto a la radio al cabo de cinco minutos con malas noticias: los dos camiones de Itchman estaban ya de servicio, y tenía llamadas retrasadas, de modo que era posible que tardasen un par de horas en el mejor de los casos, y Bailey no contestaba.

Donnie insistía en preguntarme si estaba bien, y se ofreció a venir y echarme una mano, pero yo le aseguré que estaba hecho polvo, pero bastante relajado, aunque la

verdad es que ya no me sentía tan desenvuelto, ahora que la adrenalina empezaba a evaporarse. Le pedí que llamase al Kozy Korner de Monte Rio y dejase un mensaje para Jack Strauss, diciendo que yo había tenido un accidente y que le llamaría a su casa en cuanto pudiera. Donnie dijo que lo haría encantado, y me despedí con un sincero «gracias».

Volví a mi camioneta ruinoso a esperar a la grúa. Todavía no me explico por qué no esperé dentro de la casa. La lluvia se había vuelto intensa e incesante, se había ido instalando una de esas tormentas que duran tres días. Me acurruqué en la cabina húmeda y pensé en mi situación. Aun mirándola con la mayor simpatía imaginable, era mala. Me preguntaba si podía arriesgarme a usar la Visa. Estaba seguro de que había sobrepasado mi límite de crédito hacía mucho tiempo, y llevaba cinco meses sin pagar, pero este caso era una emergencia. Podía ir a Guerneville con la grúa, alquilar un coche, ir a un motel, llamar a Strauss para concertar una nueva cita, dormir, reunirme con él al día siguiente y recoger los mil dólares del anticipo, comprar medicamentos para la gripe, devolver el coche alquilado, quedarme en la cama recuperándome hasta que me arreglasen la camioneta, cortar leña como un loco, sudar muchísimo, gastarme gran parte del dinero que había ganado en arreglar el vehículo, aunque sin él no podía cortar leña tampoco, y sin leña, no había dinero. Dinero. Miré en la cartera. Un cachito de plástico inútil y siete pavos en efectivo. Apoyé la cabeza en el volante y me eché a llorar. Quería a mi mamá.

Y entonces oí el rugido. Levanté la cabeza al instante, alerta, con los cinco sentidos aguzados. A través del parabrisas emborronado por la lluvia fue tomando forma un bulto gris que se iba haciendo cada vez mayor, más denso, y el rugido adquirió carácter propio, todo ello junto a mi cara. Sin pensar, me tiré del coche y rodé por la carretera. Me puse a cuatro patas en la cuneta, dispuesto a salir pitando, luchar, cagarme encima o salir a ciegas.

Un camión enorme venía por el tramo recto de carretera. Me arrojé contra el terraplén, apretándome contra la arcilla coagulada por las raíces. En el momento en que me moví la parte trasera del camión se bloqueó, vibró durante un segundo apenas y luego formó un lento arco de 180 grados, la goma rechinó en el pavimento húmedo y el agua salpicó en forma de cola de gallo. La mole enorme del camión tembló al notar los frenos y acabó deteniéndose con suavidad, marcha atrás, y con la parte trasera a poco más de un metro del retorcido parachoques delantero de mi camioneta. Me quedé mirando, paralizado. Era una grúa, una grúa enorme, pintada de un gris perlado, metalizado. Dentro de un óvalo subrayado con una fina línea en la portezuela del conductor, y escrito con una letra fluida color marfil, se leía: «EL FANTASMA».

Me sentí como si estuviera lleno de helio, en el mismísimo umbral entre el tirón de la gravedad y el ascenso. Oí voces que cantaban en la lluvia, voces femeninas, pero no se entendía claramente ninguna palabra.

Se veía un vago movimiento detrás de la ventanilla empañada de la grúa, y luego la puerta se abrió y de ella saltó un fantasma.

Me morí.

Pero la muerte se rió de mí y me devolvió a la vida.

Notaba la lluvia en los párpados. No parecía ningún bautismo, ni agua bendita, ni nada que tuviera ningún tipo de poder espiritual; sólo era agua. Noté una mano húmeda que me agarraba firmemente por la muñeca. Otra me tocaba la mejilla. Abrí los ojos. No era ningún fantasma sino el conductor de la grúa, con el rostro y las facciones oscurecidas por una capucha, un poncho hinchado por el viento, la tela gris e impermeable lustrosa por la lluvia.

—Bueno, bueno, ya vuelve la vida —fue lo primero que me dijo George Gatin. Parecía complacido de verdad.

Yo lancé un gruñido.

—Sí —continuó—, verdaderamente, la vida sigue, ¿verdad?, momento a momento, respirando. Parece que la muerte te ha disparado pero ha fallado, y quería joderte pero no ha podido, pero probablemente vivirás. Tienes buen pulso y ya recuperas el color. Ahora ve poco a poco, tranquilo. Estate en buenas manos con El Fantasma, la situación está controlada... bueno, al menos, tan controlada como de costumbre, que, a decir verdad, no es gran cosa, un hilillo nada más. Pero bueno, para nuestros propósitos ya está bien, para este día tan espléndido, así que ahora no te muevas y veremos si las piernas te aguantan todavía.

Me ayudó a ponerme de pie, con una mano tranquilizadora en mi hombro. Yo estaba empapado, tiritando, débil, confuso. Todo parecía borroso excepto su voz y su contacto. Aspiré profundamente, tembloroso.

—Estoy enfermo —le dije—. Es la gripe. No he resultado herido en el accidente.

—¿Y ese bulto que tienes en la frente? ¿Es la gripe o es el tercer ojo que está saliendo para echar un vistazo?

—Ya he visto bastante.

Él soltó una risita y me dio unos golpecitos en la espalda, con un gesto a la vez consolador y extrañamente jovial.

—Así me gusta, hombre —dijo—. Ahora estás hecho polvo, pero dentro de cincuenta años te reirás de todo esto.

—Seguro —dije, valientemente. En realidad, me sentía mucho mejor de pie.

—Claro —aseguró George—. No hay nada más fuerte que las ganas de vivir. Engancharemos la camioneta en un momento y la sacaremos de aquí, pero primero tenemos que ocuparnos de ti. —Y con una voz tranquila, directa y llena de decisión, la figura informe me tomó alegremente bajo su mando—. Venga, primero vamos a evitar que te mojes el culo en los charcos de barro. —Me tomó las medidas con una mirada—. Suelo llevar a tíos delgados, pero tú pareces estar un poco más macizo que

yo... Pero esto tampoco son unos grandes almacenes, así que a la mierda la moda, cuando aprieta la necesidad. Y a la mierda de todos modos, en general.

Abrió un espacio para herramientas que había en la parte lateral de su camión y sacó una bolsa de deporte pequeña, y de su interior lo que parecía un sobre de plástico verde.

—Bueno, escúchame: desnúdate primero y mete la ropa húmeda en esta bolsa — sacudió el sobre verde y éste se hinchó hasta convertirse en una bolsa de basura grande—, y déjala fuera, yo me ocuparé. Cuando estés desnudo sube a la cabina donde tengo el calefactor puesto y coge ropa seca de la bolsa de deporte. Tiene que haber también una toalla. Mientras te pones algo presentable, yo voy a echar un vistazo a los daños.

Agradecí mucho sus instrucciones concretas, paso a paso. Las necesitaba. No pensaba de forma ordenada. Sin embargo, mientras me quitaba las ropas empapadas y las iba embutiendo en la bolsa de plástico como me había dicho el hombre, la lluvia fría que me picoteaba la piel de gallina me fue recuperando y centrando mi vacilante atención.

La cabina era una oleada de calor y fuertes aromas a piel de naranja y café, y una fragancia más sutil, un poquito rancia, como de algas podridas o de grasa de ejes antigua. Abrí la cremallera de la bolsa de deportes. La toalla estaba pulcramente doblada encima de todo. La desdoblé: era una toalla grande, de playa, blanca y esponjosa, con las palabras «HOTEL HABANA» en mayúsculas color granate estampadas en el centro. Me sequé y luego miré la ropa. Las perneras de los pantalones negros y las mangas de la camisa de cuadros verdes de franela eran un poco largas, pero no me iban mal. El chaleco acolchado gris y las zapatillas de borrego me quedaban perfectas.

Me incliné hacia atrás, dejando que el calor me empapara hasta los huesos. Detrás de mí se oía ruido de cadenas, seguido de entrechocar de enganches y susurros hidráulicos. El camión tembló un poco mientras el cable se iba enroscando. Me volví y miré por la ventanilla de atrás, y la parte delantera de mi camioneta, destrozada, apareció a la vista. No me apetecía nada aquella visión, de modo que me volví y cerré los ojos. Al cabo de un minuto ya estaríamos en camino. Al cabo de un par de horas estaría durmiendo en la habitación de un motel. Al día siguiente tendría dinero para pagar todo aquello. Los pollos tendrían que cuidarse solos. Me preguntaba si habría un doctor en Guerneville que me pudiera recetar Percodan para la gripe.

Iba ya a la deriva cuando de repente se abrió la portezuela de un hueco para herramientas por el lado del conductor y luego se cerró. George, rápido, con suavidad, se deslizó detrás del volante, sin el poncho. Me echó una mirada y retrocedió, fingiendo sorpresa:

—¡Madre mía, si era humano! Quién iba a decir lo que íbamos a pescar en ese

destrozo que ha hecho... Creo que tendrás que calcular al menos seis billetes para arreglarlo.

No era ningún fantasma. Era de carne y hueso. Debía de medir casi uno ochenta, setenta y cinco kilos, anguloso y esbelto, pero demasiado compacto para calificarlo de desgarrado. Una vez desaparecido el poncho, vi que iba vestido casi exactamente como yo, aunque sus pantalones estaban tan desvaídos que las manchas de grasa eran más oscuras que la misma tela, y su chaleco acolchado gris estaba apedazado con trozos de cinta adhesiva plateada. La única diferencia auténtica era nuestro calzado: él llevaba unas Converse All-Stars negras de bota, un clásico que no había visto desde que hacía gimnasia en el instituto.

Como yo no decía nada me dirigió una mirada franca, apreciativa, y ésa fue la primera vez que vi sus ojos realmente. Eran de un azul curioso, del color del cielo una tarde abrasadora de verano, casi translúcidos, y cuando adquirieron un brillo alegre y burlón, un relámpago salvaje que luego se desvaneció hasta reaparecer convertido en una sonrisa lenta y llena de regocijo, por un momento perdieron todo el color.

—¿Qué tal ese coco? ¿Vamos a ver a un matasanos para ver si tienes algún problema más?

—No, de verdad que no —balbucí—. Es esta condenada gripe. La gripe Smorgasbord. Espero que no la cojas.

—¿Seguro que no es la gripe del Búfalo de Agua?

—¿Y eso qué es? —Tenía que haberme dado cuenta por el brillo de sus ojos.

—Pues cuando parece que te ha pisoteado una manada entera de búfalos de agua.

—No, no, ése es sólo uno de los síntomas.

—Madre mía —se rió—, qué mal suena eso. Pero si no quieres ir al médico, ¿qué te parece si buscamos algo de alivio en unos medicamentos? Si sólo te duele un poco, tendrías que tomar algo.

Yo estaba absolutamente de acuerdo, desde luego, pero dije, dubitativo:

—Están muy lejos las farmacias.

—En la guantera —dijo, señalando en una dirección—. Creo que hay un poco de codeína en el botiquín. Del número cuatro. No sé qué significa eso del cuatro, pero coge una.

Y lo hice. Ya tenía el botiquín abierto en el regazo, aunque había hecho un esfuerzo consciente para disimular mi ansiedad.

—El cuatro —expliqué— significa que se supone que hay que tomar cuatro cada vez, o si no, no se llega al nivel adecuado de efectividad química.

—Vaya, no tenía ni idea —dijo George—. ¿Sabes?, ésa es una de las cosas más bonitas de tratar con el público... que se oyen muchos puntos de vista y se aprende.

Buscó debajo de su asiento. Como yo estaba masticando la codeína a lo bruto,

pensaba que había apartado la vista por cortesía. Pero cuando se volvió a incorporar vi que sujetaba una gorra de béisbol negra en la mano, que le daba unos golpecitos y se la metía hasta los ojos. En letras blancas llevaba escrito en la parte superior: «Nazis Gays con Jesús».

—Vaya *godda* —conseguí decir con la lengua entorpecida por los polvos, aunque el cerebro se me había paralizado. De pronto aquella cabina me resultaba asfixiante.

—Me la regaló el último tío al que remolqué. Se llamaba Wayne. Le llevé desde Anchor Bay a Albion. Decía que era buenísima para iniciar una conversación.

—Yo he caído —admití, volviendo a meter el botiquín en la guantera.

George dio unos toquitos al acelerador, impaciente.

—Quiero darte las gracias por la ropa seca y la codeína —le dije—. Ha mejorado mucho un día de mierda.

—A mí también me ha pasado —dijo George. Volvió a tocar el acelerador—. Bueno, entonces, ¿qué plan tienes? ¿Adónde quieres ir, y cuándo?

Me eché atrás en el asiento, vencido por el cansancio. Sueño, tarjeta chungu, leña, sudor, pérdida, dinero... en algún momento había forjado un plan, pero la verdad es que no podía recordar sus partes.

—Llévame a Itchman, en Guerneville. Si mañana por la mañana todavía sigo vivo, ya pensaré qué hacer después.

—Vamos de camino —dijo, buscando el freno de mano.

A pesar de mis esfuerzos por contenerla, mi consciencia fue emergiendo. Él había sido amable conmigo, considerado, humano, y yo iba a pagarle con un plástico chungo. Ni siquiera mi desesperación podía justificar hacerle aquella putada.

—Espera un momento —suspiré—. Tengo que confesarte una cosa. Lo único que tengo para pagarte es una tarjeta Visa que el banco me pidió que le devolviera hace tres meses... Iba ahora mismo a la ciudad a recoger un adelanto de mil dólares por un pedido de leña. Creo que podré conseguirlo mañana, y dejar el dinero en efectivo en Itchman. ¿Cuánto crees que costará?

Él metió la mano en el bolsillo del chaleco y me tendió lo que pensé que era una tarjeta con sus tarifas. Y lo era, de alguna manera:

REMOLCADO POR EL FANTASMA

Una de las pocas cosas gratis en esta vida

George Gastin

Sin teléfono

Sin dirección fija

—¿Cuáles son las otras cosas gratis? —le pregunté.

Me dirigió una mirada extraña, sorprendida, apreciativa, y luego meneó un poquito la cabeza.

—A decir verdad, no lo sé. El primer amor, quizá, aunque he oído argumentos muy duros en contra. Sólo quería hacer constar mi ignorancia y dejar lugar para los cambios y las posibilidades de la imaginación.

De repente sentí una gran curiosidad por George Gastin, el conductor de la grúa. No estaba con Itchman ni con Bailey.

—¿De dónde eres? —le pregunté—. Parece que has llegado aquí muy rápido...

—En veintiún minutos —dijo George—. Acababa de volver de Sea View, donde había recibido una llamada de Itchman. Sus chicos estaban liados, así que cogí yo la llamada y les dije que estaba muy cerca de su parachoques, y me dejaron el asunto a mí. No podían acudir aquí hasta al menos dentro de dos horas, como muy temprano, y Bailey, en la costa, está fuera de combate, con un cigüeñal estropeado. A Itchman le importa todo una mierda. Saca mucho más dinero en los trabajos cortos, y su garaje es el que hace las reparaciones, de todos modos, al final.

—¿Y qué haces conduciendo al amanecer por el culo del mundo?

—Señor mío —dijo George, falsamente ofendido—, un caballero nunca habla de esas cosas. —El brillo salvaje, la sonrisa lenta y complacida.

—O sea, que tienes por aquí el pichoncito pero no el nido, ¿eh?

Él se encogió de hombros.

—A veces. Suelo andar por el noroeste. Visito a algunos amigos. Pesco. Miro por ahí. Sobre todo vivo de este camión. Tengo una tienda y una estufa de propano y un montón de mierda metida en los compartimentos de herramientas. Hice que me construyeran el camión siguiendo mis indicaciones en Roger Armature, en Redding. Y en mis viajes, si puedo ayudar a la gente, me alegra mucho poder hacerlo. Siempre es interesante conocer a gente nueva, oírles contar sus historias, cotillear un poco. No hay motivos para correr.

—¿Y remolcas gratis a todas esas personas? —Me sentía inquieto; parecía razonable, pero había algo que no acababa de cuadrar.

—Sí, si lo necesitan. A veces sencillamente se les ha acabado la gasolina, o han pinchado una rueda, o tienen algún problemilla mecánico de nada. No se me dan mal las chapuzas.

—Y no cobras nada, ¿no?

—Bueno, si resulta que son unos gilipollas estirados, entonces les cobro los repuestos.

—¿Y llevas mucho tiempo en el negocio? —Pensaba que lo había planteado con bastante tacto, pero George se echó a reír con tanta fuerza que tuvo que volver a tirar del freno de mano.

Su risa me pareció tan desproporcionada con respecto a mi inintencionada

agudeza que me sentí desconcertado, y mi confusión rápidamente dio paso a una sensación de enorme claustrofobia. Se me empezó a ocurrir que quizá un viaje gratis con el Fantasma no fuese ningún chollo.

—Uf... —George se recuperó, riendo un poco todavía—. Seguiré siempre en este negocio. No soy asquerosamente rico, pero hice algunas inversiones afortunadas en mi juventud, y soy bastante libre para hacer lo que me dé la gana, y esto es precisamente lo que me apetece hacer.

Un chiflado, me dije. Tenía que haberme dado cuenta. No es que tenga prejuicios contra los lunáticos ni la gente que hace cosas raras; de hecho, suelo disfrutar mucho con ellos. Pero entonces no estaba de humor. ¿Por qué no podía ser aquel tipo absolutamente normal, competente, cuerdo? Yo no quería ningún aventurero, ni en conocimientos ni en carácter, sólo quería un salvador.

George soltó de nuevo el freno de mano, comprobó los espejos retrovisores, fue saliendo lentamente del arcén a la calzada y luego pisó el acelerador. Echado hacia atrás en el asiento, retorció la cabeza para comprobar cómo iba mi camioneta, seguro de que se había soltado e iba dando tumbos por la carretera que teníamos detrás. Todavía no había pasado tal cosa, pero viendo cómo se meneaba, no tardaría mucho en soltarse. Justo cuando pensé que la transmisión iba a explotar, George cambió a segunda. Los grandes neumáticos dobles traseros chillaron un instante, luego agarraron y nos arrojaron hacia adelante. Miré el velocímetro, convencido de que ya debíamos de ir lo menos a cincuenta, pero la aguja seguía en el cero. Me negaba a creerlo. Mis ojos comprobaron frenéticamente los demás indicadores, tacómetro, presión del aceite, gasolina, agua: nada, nada, cero. Igual podíamos haber estado totalmente quietos. Con una sacudida espeluznante y sobrecogida de puro terror, por un momento pensé que era eso, que en realidad estábamos quietos, y que la realidad se había invertido y de alguna manera nos había dejado parados y era el paisaje el que corría. Mi cerebro intentaba colocarse en posición fetal mientras un grito se iba incubando en mis pulmones.

George metió la tercera. Gastando mi último resto de control, ahogué el grito y refrené la voz. Sabía que sonaba idiota, pero no me importaba:

—Perdón, pero ¿estamos quietos?

Los ojos de George no se apartaron de la carretera.

—No —respondió, con toda tranquilidad—, vamos a unas cuarenta y siete millas por hora. —Metió la cuarta—. Ahora a unas cincuenta y dos.

Señalé con toda la desenvoltura que pude, ya que no había motivo para alarmarle, que ninguno de los indicadores parecía funcionar.

—Pues sí, te has dado cuenta —asintió—. Los he desconectado. Me distraen demasiado. Yo escucho el motor, noto la carretera. Llevo treinta años haciendo esto. Al cabo de un tiempo estás en sintonía, ¿sabes lo que quiero decir? Puedo casi

calcular la gasolina hasta la última gota, y leer la presión del aceite con la punta del dedo. No digo que sea perfecto, desde luego, pero en lo que se refiere a vivir de verdad la carretera, estoy entre los mejores. Nunca me he visto involucrado en un accidente que no fuera a propósito, y probablemente he hecho más viajes de larga distancia que las pajas que te has hecho tú en toda su vida.

—Eso lo dudo —dije, con absoluta sinceridad, recordando el ansia insaciable que me había sacudido durante la pubertad. El recuerdo desvió la atención de lo que me proponía, y acabé soltando—: Pensaba que decías que te negabas a vivir la vida apresuradamente...

Él me echó una mirada y sonrió.

—No voy de prisa. Ésta es mi velocidad de crucero normal.

Me puse serio.

—Escucha, George, estoy asombrado e impresionado con tus habilidades, pero yo conduzco por estas carreteras constantemente, y setenta millas por hora es ir demasiado rápido. Baja la velocidad. —Esperaba que mi petición sonase tranquila y razonada, pero mi voz resultaba demasiado temblona y suplicante.

—Bueno —dijo George—, lo que tienes que comprender es que probablemente tú conduzcas como Lawrence Welk, y yo conduzco como John Coltrane. Y no te lo tomes como un desaire, en absoluto. Yo nací para esto, lo tenía en la sangre, y he tenido mucho tiempo para irlo refinando. Probablemente tú eres capaz de echar abajo un árbol a menos de un palmo de donde quieres que caiga por cualquier lado, y yo en cambio se lo echaría encima del comedor a alguien. O quizá tengas mano con las plantas. Yo no la tengo. Lo que intento decirte es que te tranquilices. Échate atrás, deja tus preocupaciones, sigue la corriente. Llevo sobre ruedas desde que mis pies alcanzaban los pedales, y siempre he acabado con el lado brillante arriba y el sucio por abajo. De modo que no te preocupes. El Fantasma te llevará sano y salvo. —Su tono era completamente razonable, sin rastro alguno de súplica ni de terror.

Vetas ocres y carmesí, los arces a lo largo de Tolan Fiat iban pasando a toda velocidad. La tranquilidad de George pareció relajarme, en efecto, o quizá fue el cansancio del día, combinado con las cuatro cuatros que me había tomado, maravillosas 16, que entonces empezaban a hacer su efecto. Realmente, parecía que el hombre metía las marchas con gran destreza y precisión, que se pegaba a la carretera como una sombra, y en general mostraba una habilidad consumada. Dedicué a ese hecho un momento de reflexión y decidí adoptar la postura filosófica mejor en aquellos momentos: a la mierda. Que le den.

—Bueno, ¿y qué edad tienes, entonces? —George interrumpió mi ensoñación metafísica—. ¿Veintisiete, veintiocho?

Tuve que pensarlo un momento.

—Cumpliré veintiocho dentro de un mes.

George asintió como si aquella información confirmase una convicción suya interna.

—Ya, es la edad que tenía yo cuando me volví loco e hice el peregrinaje.

Peregrinaje. La palabra no acababa de fijarse en mi cerebro licuado. Caravanas atravesando el implacable Sahara... Polvo y privaciones... Quizá resultase un fundamentalista religioso. No importa, me dije a mí mismo, empezando a relajarme de verdad. Si iba a volverme loco, había llegado ya tan lejos que lo único que podía hacer en aquel estado de debilidad era decir adiós con la mano. Hasta la velocidad suicida a la que corríamos me proporcionaba una comodidad extraña... si teníamos un accidente, al menos no sufriríamos. Todo estaba fuera de mi control. Yo iba desvaneciéndome con rapidez, funcionando sólo con el sistema nervioso autónomo y un pedacito de cerebro del tamaño de un chicle bien masticado. Ya no era capaz de seguir los meandros de una conversación, ni de hacer el inmenso esfuerzo requerido para ensamblar y pronunciar palabras. Lo único que quería hacer, realmente, era desvanecerme en una cálida inconsciencia y volver a despertar en algún otro momento, cuando todo fuese mejor. De modo que le pregunté por su peregrinaje, y me eché atrás en el asiento y cerré los ojos para escucharle.

Primera parte

George el Acelerado: De costa a costa y vuelta a empezar

Bueno es saber que los vasos
nos sirven para beber
lo malo es que no sabemos
para qué sirve la sed.

ANTONIO MACHADO

Me parece muy bien que quieras oír lo de mi peregrinaje, pero debo advertirte de que es un auténtico tostón. El caso es que no se entiende demasiado a menos que uno entienda por qué me volví tan loco como para hacerlo, y aun así, no estoy seguro de que lo entiendas tampoco. Y tampoco estoy seguro de que ahora (¿cuántos años después, veinte?) tenga demasiado sentido para mí. Pero déjame que te explique un poco el contexto y ya veremos adónde vamos a parar.

Yo nací y me crié en Florida, junto a Miami. Era el más pequeño de tres hermanos, y el único chico. Mis hermanas se casaron cuando yo tenía ocho años, de modo que nunca estuvimos demasiado unidos. Mi padre era camionero de larga distancia, sobre todo transportaba cítricos del Medio Oeste. Era un hombre muy metido en los sindicatos, lo que se dice formal. Conducir camiones grandes para él era sólo un trabajo, una habilidad... no le veía romanticismo alguno. Lo que le gustaba de verdad eran sus rosas. Él y mamá cultivaban rosas en miniatura, y todas las horas que no pasaba en la carretera estaba en el jardín con sus rosales. Cuando se retiró, el jardín era un vivero. Murió en su jardín entre rosales, una tarde muy bonita de verano, unos dos años después de retirarse. Un ataque. Mi madre todavía atiende ese jardín... contrató a un par de chicas jóvenes para que la ayudaran porque ya tiene casi ochenta años, y cada vez se mueve más despacio, pero el vivero da bastante dinero en realidad. La gente paga mucho dinero por las rosas bonitas.

Cuando era niño iba de viaje con mi padre cuando no había colegio, en verano. Me encantaba aquello. La potencia del diésel. Ir por ahí rugiendo en la noche, imaginando a la gente dormida en sus casas y soñando con sus cosas mientras la luna ardía en el cielo. Iowa sofocada de calor en agosto, y el pequeño ventilador del salpicadero del Kenworth que apenas conseguía secar el sudor. Los chicos saludando en los cafés donde paraban los camioneros, y diciéndome, en broma, si acabaría por quitarle el trabajo al viejo o si todavía iba de vigilante con él. Los helados gratis de las camareras y aquella forma suya de moverse entre los hombres, con un contoneo insistente, riéndose y haciendo bromas y chillando los pedidos a la cocina.

Aprendí a conducir cuando los pies me llegaron a los pedales y pude ver por encima del volante. Hacía de relevo para mi padre cuando tenía dieciséis años, y a los

dieciocho me puse por mi cuenta. Yo no era como mi padre. Yo era un caso grave de romanticismo, subido ahí arriba en el asiento y rodando por la carretera a toda marcha, devorado por la fiebre de la «raya blanca». Ya era jodido el tema del romanticismo, pero es que además se me daba bien el trabajo. Una coordinación natural entre manos y ojos. Los otros conductores empezaron a llamarme George el Acelerado, porque en el acelerador era donde mantenía siempre el pie derecho. Dirás lo que quieras a favor del sentido común, pero una cosa era cierta: yo cubría mucho terreno. Me enorgullecía mucho el hecho de que las únicas multas que me habían puesto eran por «moverme», y eso sólo cuando me podían coger. Desgraciadamente, me cogieron más de treinta veces en veinte meses, y cuando los jueces de tres estados te han quitado el carnet, empieza a resultar difícil encontrar trabajo. Cuando llevas productos perecederos, no es fácil justificar el hecho de tener que bordear todo un estado porque te trincarían si pasases a través de él. Las compañías de transportes por carretera quieren que cojas la ruta más corta, aunque puedas darle la vuelta a toda Georgia y aun así llegar en un plazo razonable.

Además, pronto empecé a tomar la versión en metanfetamina del speed. Entonces no te apretaban tanto, y podías comprar un montón de benzedrina pura farmacológica a cualquier camarera de un bar de camioneros entre Tallahassee y Los Ángeles. Por eso las camareras de los bares de camioneros tenían tan buen humor y eran tan frescas entonces; tenían la llave de la concesión de la benzedrina. Todos los conductores la tomaban, por entonces, y yo no era el que menos. Durante dos años pensé que la cruz blanca era el mejor recurso sanitario del camionero. Mi padre nunca tomó nada de eso, sin embargo, y decía que eso te jodía los reflejos y que intentabas hacer cosas que no podías. Yo me di cuenta de algo mucho peor aún: me ayudaban a hacer cosas que no debía hacer.

Lo que tomaba mi padre era café, un termo de acero inoxidable de varios litros, y quizá le añadía tres vasitos de brandy de melocotón. Apenas probaba el brandy. Y mi padre dormía. Dormía cuatro horas y conducía veinte. Pero el hecho es que «dormía» esas horas. Cerraba los ojos y dormía profundamente, sin moverse siquiera. Y cuatro horas más tarde se levantaba como si hubieran tocado diana, sin despertador ni nada, fresco como una lechuga y dispuesto a seguir. Aseguraba que nunca soñaba en la carretera, o no recordaba sus sueños. Yo soñaba sin parar. Pero nunca dormía.

Papá soñaba en casa, sin embargo. Una mañana en la cocina le oí contarle a mamá que había soñado que su cerebro se convertía en una enorme rosa blanca. Mamá se echó a llorar. Papá decía: «Pero, mujer, no llores, si era un sueño muy bonito... me encantaba». Y mamá, sollozando con ganas, decía: «Sí. Sí, Harry. Ya lo sé». Y mi padre decía: «Y entonces, ¿a qué viene esa humedad?». Y oía que mamá se sorbía los mocos, intentando componerse, y decía: «No, si es un sueño precioso», y luego supongo que se abrazaron, porque lo único que oí fue voces ahogadas y el café

que borboteaba en la cafetera. Pero comprendí por qué lloraba mi madre: algunos sueños son demasiado bonitos.

Y probablemente ése era el motivo, en parte, de que yo le estuviese dando tan fuerte a esas putas anfetanas de la cruz blanca: a veces, incluso veinte al día. Alimentaban mi inclinación natural a la velocidad, que seguramente también se debía al confuso frenesí que suponía tener dieciocho años y dejar el colegio de repente. Salir disparado como una bala y atravesar el país, conduciendo lo más rápido que podías, que te pagaran para comerte el horizonte, era una sensación magnífica, pero se acababa en seguida, de modo que yo no quería parar. Era joven, inquieto y tonto, pero de alguna forma sabía, en lo más hondo, en las tripas, que cuando lo que te pasa es que no quieres parar nunca, precisamente tienes que parar, porque si no estás listo. Había perdido mi carnet de conducir en cuatro estados más, estaba enganchado de mala manera a la benzedrina, y gastaba demasiado tiempo hecho polvo con los corazones de menú de las camareras de los bares de carretera. Mi vida se estaba desmoronando, y yo sabía que tenía que dar algún paso. De modo que en octubre del 56 me dirigí a San Francisco, sobre todo porque los autoestopistas que cogía estaban de acuerdo en que era el único sitio de todo el país que tenía algo de pulso. Pensándolo ahora resulta raro: en 1956 quería «salir» de la carretera. Y realmente, de verdad, palabra de honor que quería apartarme de aquellas pastillitas blancas que me hacían ir muy rápido y sentirme bien. Bueno, para ser sincero no quería, pero comprendía que iba a pasarlo mal y ser muy desgraciado si no lo hacía. Aunque no estaba seguro exactamente de lo que quería hacer, sabía que no era una absoluta mierda. Quizá estuviera al límite, pero todavía me quedaba algo de sentido.

En cuanto llegué a San Francisco las cosas me empezaron a ir bien. Encontré un pisito barato y limpio encima de una panadería italiana, en North Beach, y también trabajo conduciendo una grúa en el garaje de Cravetti. Después de un mes muy duro, había reducido las pastillas a sólo dos al día, cosa que para mí, como comprenderás, era la abstinencia virtual.

Entonces el tema de las grúas era muy distinto. Cualquier llamada, ya fuese por una avería grave o simplemente porque alguien había aparcado en un lugar prohibido, salía en línea abierta a cualquier servicio de grúas de la ciudad, y el primero que llegaba cogía el trabajo. Mierda, después de las 18 ruedas, conducir una grúa era como llevar un Maserati. Yo cogía muchísimo trabajo. Me costó algo de tiempo conocer las calles y las mejores rutas, pero esas cosas nunca me habían costado demasiado.

La competencia era intensa. Recuerdo la primera llamada que atendí. Sobre todo porque yo no conocía el percal e inocentemente fui en dirección prohibida por una calle de una sola dirección, y llegué tres segundos antes que aquel loco de atar, Johnny Strafe, contratado por Pardoo Brothers. Yo me reía un poco al enganchar el

coche, pero cuando volví a la cabina y le di al arranque, el maldito cacharro no se ponía en marcha. Como si no tuviera chispa. Me quedé muy extrañado, y ahí estaba Johnny Strafe con los cables de mis bujías como si llevara un asqueroso ramo de novia a una boda de fetichistas del látex, y antes de que yo pudiera abrir la boca empezó a meterlos por la rejilla de una alcantarilla que había en una esquina. Habría corrido tras él si no hubiesen aparecido entonces en escena los policías. Me quejé, pero tenían otros problemas. Finalmente, el sargento de más edad me cogió a un lado y me dijo:

—Mira, si no puedes remolcarlo, lo hará el otro tío. Es lo que se llama: «Te jodes, chaval». Así son las cosas. Ya tenemos bastantes problemas sin tener que vérnoslas con gilipollas como vosotros. Eres nuevo, vale, no lo sabías. Pero no nos vuelvas a molestar.

Así que yo también aprendí unos cuantos truquitos. Un nabo por el tubo de escape, ése fue uno de los que inventé. Una vez, alrededor del 4 de julio, me metí debajo del camión de Bill Frobisher y sujeté con cinta adhesiva una caja de bengalas a su colector de escape. Cuando empezaron a encenderse con el calor, tendrías que haber visto a Bill correr como un loco. También se la devolví a Johnny Strafe. Eché carbón para encender la barbacoa en su asiento delantero y le prendí fuego. Estaba engancho en ese momento y ni siquiera vio las llamas, pero afortunadamente yo había comprado el mejor extintor de incendios de la tienda de Cravetti y le llené toda la cabina de espuma, hasta que empezó a salir por ambas ventanillas y la radio gorgoteó como una rata ahogándose. La segunda fue incluso mejor: cogí un bote de pintura plateada de secado rápido en spray y le pinté todo el parabrisas.

De todos modos allí estaba, a punto de cumplir veinte años y conduciendo una grúa como un jabato, cobrando un buen dinero por mi oficio y disfrutando además, por lo general. Todavía mantenía las anfetaminas controladas, dos al día: una después de desayunar y otra para comer, y eso era todo. Ayudaba mucho que llevaba una vida muy regular, trabajaba de ocho a cinco en el turno de día, tenía fiesta los fines de semana, sólo dos pastillitas al día, y dormía como un tronco seis horas la mayoría de las noches. La salud... no hay nada mejor.

El trabajo era bueno, aunque fuese trabajo, pero lo más divertido de todo era vivir en North Beach. Aquel lugar estaba lleno de vida. Hablo de finales de los cincuenta, cuando los beats estaban muy de moda. Muchísima gente te dirá que el mejor momento fue el 54 o el 55, antes de toda la publicidad, pero para un novato que había templado su coraje entre Miami y Saint Louis, aquel momento me pareció estupendo. Los beats eran precisamente la gente que yo andaba buscando. Tenían un deseo apasionado de que les conmovieran. Era todo un poco a lo artista bohemio, desde luego, muchas falsas pretensiones, pero aquello era muchísimo más divertido que el estilo Catequesis, que era lo que se imponía generalmente en los cincuenta: una

Catequesis nacional para el alma, llena de virtudes aburridas y deseos reprimidos. Pero el caso es que no se puede vivir con miedo a la vida. Si vives así, es como si estuvieras muerto.

Los beats al menos tenían el valor de sus apetitos y sus visiones. Querían sentirse conmovidos por el amor, la verdad, la belleza, la libertad (lo que mi amigo el poeta John Seasons llamaba «las cuatro grandes ilusiones»), mientras que mi pasión, en aquellos tiempos, era el estallido de fuego en un motor de combustión interna de gran calibre que comunica su potencia a través de la transmisión y luego a las ruedas... cuatro pequeñas ilusiones. A causa de las cualidades explosivas inherentes a los restos licuefactos de los dinosaurios, yo podía ir rugiendo de día y de noche a velocidades que ningún ser que estuviera, aunque por los pelos, en su sano juicio podía considerar razonables. Y si yo mencionaba qué sensación se experimentaba en cualquier bar de North Beach, era muy probable que la chica que tenía a la izquierda acabase de escribir un poema que intentaba capturar el mismo momento de abandono y el tipo que tenía a mi derecha aquella misma tarde hubiese acabado una pintura que esperaba que captase el mismo espíritu de elevación, y acabábamos cotorreando y emborrachándonos y riéndonos hasta que cerraban el bar a las dos de la mañana y yo bajaba andando por Broadway entre la niebla, tiritando y eufórico. Aquello era North Beach. Una erupción de gente con el alma hambrienta. Y a pesar de todas las poses y las tonterías, era espléndido.

Yo también adoptaba poses, debo admitirlo, la mayoría de las veces acuciado por la típica inseguridad adolescente y una cierta sensación de inadecuación intelectual. Todo esto lo disimulaba con la habitual ostentación de fanfarronería y caradura, pero la ignorancia pura y dura es mucho más difícil de ocultar. Como yo podía atribuirme sin mentir (como pocos de los demás) una vida honrada de clase trabajadora, al principio me ocultaba detrás de un antiintelectualismo bastante desagradable. Dejaos de palabrejas y mierdas, yo llevo un camión. Afortunadamente, la mayoría de la gente tuvo la gentileza de ignorar todas mis estupideces y fueron lo bastante generosos para incluirme en conversaciones y prestarme libros. Se podían haber cursado un par de carreras humanísticas con sólo sentarse en los bares, escuchando. Gradualmente pasé de ser un antiintelectual a un intelectual ansioso insoportable. Quería saberlo todo, un apetito que he tenido muchas ocasiones de lamentar con posterioridad.

Normalmente se da el caso feliz de que uno aprende mucho mejor de sus amigos. Mi colega más cercano en aquellos años tempranos fue aquel gran músico a quien todo el mundo llamaba Big Red Loco, un mulato con el pelo rojo. Medía más o menos dos metros y llevaba la música en cada centímetro de su cuerpo. Le oí tocar con los mejores, y a todos les daba sopas con honda. Big Red podía salir a cualquier sitio y al momento poner las cosas al rojo. Todo el mundo quería grabar discos con él,

hasta el gato, pero a los siete años él tuvo la visión de que su don era sólo para el momento, y que si algún día se grababa perdería sus facultades. Al menos eso fue lo que me dijo, y no lo dudo en absoluto.

A Lou Jones (Loo el Suelto, como le llamaban) le encantaba cómo tocaba Big Red, tanto que una noche se metió debajo del quiosco de música antes de un concierto y sujetó una grabadora de cintas al micrófono. Todavía estaba temblando cuando me lo contó al día siguiente: todos los instrumentos quedaron perfectamente grabados en la cinta excepto el saxo de Big Red. Ni rastro. Nunca se lo mencionó a Big Red. Tampoco hay por qué jugar con la música de otro tío.

Excepto a través de su música, Big Red apenas hablaba. Diez frases al día le dejaban ronco. Y cuando decía algo, no era muy largo. «Cojamos una cerveza», o «¿Puedes prestarme cinco hasta el fin de semana?». Si uno le hacía una pregunta directa, él se limitaba a mover la cabeza afirmativamente, negativamente o se encogía de hombros... o quizá el dos por ciento de las veces contestase con unas pocas palabras. Al principio cuando le conocí, me sacaba de quicio, de modo que al final le pregunté a bocajarro por qué no decía nada. Él se encogió de hombros y dijo: «Prefiero escuchar».

Con tanta práctica, la verdad es que escuchaba maravillosamente. Comía en el café Jackson porque le gustaba cómo «sonaban» sus platos, no sé si lo captas. Recuerdo que una vez estábamos comiendo y vino el camarero con un carrito tintineante lleno de platos sucios, y Big Red se levantó de su asiento, se puso a cuatro patas y lo fue siguiendo hasta la cocina con el oído bien aguzado, escuchando. Por muy extraño que parezca, era una fortuna para nuestra amistad que él escuchase tan bien, porque está bien claro que yo soy un parlanchín.

Ir por ahí con Big Red significaba conocer al dedillo la escena del jazz local. Hasta entonces yo no había prestado demasiado oído a nada, aparte de la canción de los neumáticos en el asfalto y la vibración de un enorme diésel perforando la oscuridad, pero el jazz, escuchado en vivo, de cerca y cargado de humo, con el sabor del whisky en la boca y una mujer con tacones altos en el rabillo del ojo, me encantó. Me hacía salir de mí mismo. Yo no sé nada de arte, pero sé cuándo una cosa me pierde.

Habrà sido por la influencia de Big Red (nunca poseyó un solo disco), pero la verdad es que sólo me gustaba el jazz en vivo, ahora me pasa lo mismo aún, hasta la médula. He comprado algunos discos y llegué a disfrutarlos y apreciarlos, pero no era lo mismo. Supongo que soy una de esas personas que realmente no pueden apreciar algo si no están a menos de medio metro de distancia del lugar donde se produce. Menciono esto para explicar que realmente no tenía ni idea de rock-and-roll, aunque estaba pegando fuerte ya en aquel momento. Atronaba en todas las *juke-box* de todos los bares, era la música de fondo, pero nunca se abrió paso desde mis oídos hasta

atrapar mi cerebro. Además, la gente del jazz constantemente lo estaba despreciando y diciendo que no era más que chicle para el alma. Pero lo interesante es que Big Red no lo dejaba mal. «Todo es música», decía. «Lo demás es gusto, cultura, estilo, tiempo». Para Big Red, aquello era un verdadero discurso. Mucho después, cuando ya estaban empezando a sonar los Beatles, recuerdo haberme sentado en Gino y Cario con John Seasons y Big Red y que John dijo, con más tristeza que disgusto:

—Los Beatles son el fin de North Beach.

Y Big Red, sin habérselo pedido, exclamó:

—Tienes razón. Ya se nota.

John Seasons era, de alguna curiosa manera, más mentor que amigo, y realmente no estuvimos demasiado unidos hasta finales del 63 y principios del 64. John era poeta, y a través de él conocí a Snyder, Ginsberg, Whalen, Corso, Kerouac, Cassady y todos los demás de la tropa... aunque no creo que estuvieran todos juntos nunca. En cambio John parecía que «siempre» estaba allí. Vivía en North Beach antes de que estuviera de moda, y seguía allí cuando la moda pasó. Era un poeta vocacional, con aversión a exhibirse en primer plano (un rasgo muy notable en aquella época), y una formación muy académica. En las paredes de su salón había algo así como dos docenas de títulos de doctorado en una docena de campos distintos. Recuerdo uno de Harvard en física, otro de la Sorbona en lingüística. Todos eran excelentes falsificaciones. Como le gustaba señalar a John, él se limitaba a apoyar su poesía, que según aseguraba era un intento verdadero de simular lo real, creando facsímiles de lo que era real de forma fraudulenta. John no encontraba ninguna razón aceptable por la cual la gente necesitase documentos y títulos para compartir la cultura americana, y le disgustaba especialmente que hubiera que «pagar» para obtenerlos. John no estaba a favor de ninguna regulación social indebida en la comunidad humana. El arte, los deportes y las leyes de la naturaleza, afirmaba, eran la única regulación necesaria para disfrutar de la vida. Como defensor de la autoridad personal, pensaba que era una estupidez conferir poder real a abstracciones como naciones, senadores y Departamentos de Vehículos de Motor.

John tenía un cuarto oscuro, dos prensas de impresión, un surtido completo de papel de todo tipo y una colección de sellos oficiales que habría asombrado al propio Smithsonian. John también era gay, y le ayudaba el hecho de que, al parecer, solía elegir como amantes a funcionarios del estado en elevados puestos. John sentía que si las preferencias sexuales de uno iban a constituir un riesgo para su seguridad, al menos uno podía arriesgar una cierta seguridad, y era tan persuasivo que sus novios le ayudaban a aumentar su colección de sellos oficiales, proporcionándole a menudo incluso los formularios originales en los cuales estamparlos. Para John, un carnet de conducir falso de California era poco más que una foto y algo de trabajo de mecanografía. Aseguraba que podía falsificar cualquier cosa sobre papel excepto

dinero y un buen poema, y que podría hacer dinero si contaba con las placas adecuadas y el papel necesario.

Así que al cabo de dieciocho meses en North Beach, acercándome ya a los veintiuno y a la mayoría de edad legal en Estados Unidos, yo tenía un trabajo que disfrutaba de día y buenos amigos y compañía movida por la noche; y a través de la lectura y conversando con gente que sabía de lo que hablaba, iba acumulando la suficiente información para hacer mis pinitos. Empezaba a poseer mi propia mente, o al menos a comprender que tenía una mente que conocer. O eso pensaba, al menos.

El 1 de febrero de 1959, dos días antes de mi vigésimo primer cumpleaños, cuando salía de mi turno en el trabajo, Freddie Cravetti (el hijo del viejo Cravetti, que dirigía el turno de tarde del garaje) me hizo una señal y me presentó a un tipo bastante alfeñique y que llevaba un traje azul de cloqué tan asqueroso que se podría haber limpiado con mierda de perro. Freddie le presentó como Johnson el Mugre, y luego discretamente recordó que tenía que hacer no sé qué papeleo. Cuando estreché la mano del Mugre fue como si sacara una lamprea podrida de un cenagal. Hablaba con un murmullo monótono, con la cabeza baja y los ojos se le movían constantemente. De inmediato vi que era un ex presidiario.

Sólo me gustaba una cosa de Johnson el Mugre: su dinero. Eran doscientos en efectivo, de aquellos tiempos en que se comía con un dólar, y sólo era la mitad por adelantado. Había otros doscientos luego, a la entrega. Lo único que tenía que hacer era estampar un coche sin quedar planchado y yo también, dejarlo como siniestro total e irme. Como me había pasado la vida evitando los accidentes o recogiendo a gente que los había sufrido, me pareció interesante. Primero, sin embargo, tenía que «robar» el coche, cosa que redujo mi interés considerablemente, hasta que el Mugre me explicó que el propietario del coche quería que se lo robasen y lo estrellasen para poder cobrar del seguro. Yo estaría completamente cubierto, me aseguró el Mugre. Me darían una llave, una nota manuscrita del propietario explicando que yo iba a comprobar la transmisión o cualquier cosa, el propietario se quedaría junto al teléfono por si alguien lo comprobaba, y no declararía que se lo habían robado hasta que yo llamase diciendo que todo había salido bien. El Mugre decía que si quería podía llevar a alguien para que me vigilase la espalda y me recogiese al final, pero tendría que pagármelo yo de mi parte. Al Mugre no le importaba en absoluto cómo ni dónde estrellaba el coche, mientras fuese siniestro total, a efectos del seguro. Si me hacía daño o no llamaba al cabo de ocho horas, me quedaría solo y nadie me conocería. Y si se me ocurría pronunciar su nombre ante la ley, probablemente me visitarían unos hombres muy grandotes que habían tenido infancias trágicas y que sin duda se sentirían muy complacidos arrancándome los dedos y alimentándome luego con ellos.

Era una proposición que tenía muy mala pinta, desde luego, pero no carecía de atractivos, especialmente si uno es joven, inquieto, está aburrido y es idiota.

Pensándolo después me siento más asombrado que avergonzado de haber aceptado aquel trato, aunque debo admitir que los cuatrocientos dólares de la paga me nublaron bastante el juicio.

Johnson el Mugre. Te lo resumiré en una sola frase: le gustaba su nombre. «Ése soy yo», decía riendo. «Una auténtica mugre». Como si con aquello confirmase su esencia. A esa gente no la entiendo, la verdad: guarros hasta la médula, y encima presumen encantados. Quizá la aceptación esté cerca de la beatitud, pero disfrutarlo tanto me parece excesivo. Todavía veo su sonrisa. Y eso es lo raro. El Mugre era un montón de basura andante, pero tenía unos dientes perfectos, fuertes, rectos, cepillados hasta sacarles un brillo immaculado. Y como sólo los enseñaba cuando alguien le llamaba Mugre o confirmaba de algún otro modo su turbio pasado, ese gesto siempre llevaba implícito un reconocimiento tímido, complacido, casi extrañamente íntimo, como si le estuvieras haciendo un cumplido o como si él se complaciese en despertar tu desprecio.

Por lo que pude averiguar, el Mugre había montado un chanchullo bastante complicado. Si yo me llevaba cuatrocientos, seguro que el Mugre al menos se llevaba uno de los grandes, y el resto iba al propietario. Pero ese arreglo suscitaba una pregunta obvia: si el propietario necesitaba la pasta, ¿por qué no vendía el coche, sin más, y se embolsaba «todo» el dinero? Supuse entonces que el valor del seguro estaría tremendamente hinchado (quizá hubiese algún agente conchabado) o que al coche le pasaba algo raro.

Y ahora, esto no lo sé a ciencia cierta, pero apostaría a que los coches eran robados y los sacaban del estado y el Mugre probablemente los vendía a una cuarta parte de lo que valían, que a su vez les cambiaba los papeles y la matrícula, y dejaba que la gente los usara seis meses o así, para cubrir el coste del seguro, y luego el Mugre recuperaba casi su valor total cuando los estrellaba. Quizá el «propietario» se llevase una pequeña parte de aquella jugada, pero a un tipo como el Mugre no le gusta ver que se cortan demasiados trozos del pastel. No sé lo que haría con su botín, pero desde luego no se lo gastaba en ropa.

Yo estrellé mi primer coche a la noche siguiente, el 2 de febrero, y debo admitir que llevaba unos cuantos whiskies en mi interior cuando metí la llave en el nuevo Merc convenientemente aparcado junto a Folsom. También me había regalado a mí mismo tres anfetanas extra por mala conducta, ya que prefería estar un poquito más concentrado para el trabajo que me esperaba.

Big Red era el hombre de apoyo, el que me recogería después. Era perfecto para el trabajo. Tenía su propio coche, un Chevy sedán corriente del 54, y había resultado siempre muy fiable en los pequeños favores de la amistad. Además, necesitaba dinero. Yo le había prometido cien dólares, probablemente demasiado, pero tenía trabajo fijo y podía desgravármelo como contribución artística, si alguna vez llegaba

a pagar impuestos. Big Red también ofrecía su altura imponente, la mata de pelo color cobre y una nariz que parecía haberse roto dos veces en direcciones opuestas. Si alguien ponía objeciones a tu conducta, era el hombre a quien debías tener a tu lado.

Nadie dijo nada cuando puse el Merc al ralenti y el desempañador fue limpiando el cristal. El coche estaba casi nuevo, algo por encima de los nueve mil en el cuentarrevoluciones y ninguna abolladura visible. Cuando el cristal quedó limpio me dirigí hacia Folsom, con Big Red rodando detrás de mí, y me encaminé hacia el Golden Gate.

Sólo había tenido un día para pensarlo, pero al final di con un plan que me pareció bastante sensato. Subiría por la carretera 1 por encima de Jenner, donde abraza los acantilados sobre el océano, encontraría una curva adecuada y echaría el coche al Pacífico. Había llevado una bolsa llena de latas de cerveza vacías y un par de botellas de vodka barato para rociarlo por el interior, para que pareciera que un rebaño de adolescentes aullantes, frenéticos por un chorro gigantesco de jóvenes y guerreras hormonas, hubiesen birlado el coche para dar un paseíto y luego lo hubiesen estrellado para divertirse.

Me dirigí hacia el norte a 65, muy legal; cogí por Sebastopol hacia Guerneville, luego seguí por el río Russian hasta su desembocadura en Jenner, y allí tomé la 1. Apenas había tráfico. Miré el retrovisor para asegurarme de que Big Red también cogía el desvío, y vi las luces oscilantes de su Chevy a un cuarto de milla por detrás.

Encontré un buen sitio a veinte minutos por la costa, una curva amplia a lo largo del borde de un acantilado. Paré en el arcén para echar un vistazo. El aire del océano venía cargado, era un caldo de proteínas salinas y descomposición de la marea. No había barrera de protección, de modo que era muy fácil hacer rodar el coche hasta el borde y echarlo abajo hasta las olas que azotaban las rocas. Miré con cuidado, buscando luces por la playa, cualquier linterna o fogata. No quería echar dos toneladas de metal encima de alguna parejita de amantes y esparcir sus románticos sesos por la estrecha playa que había debajo. No había razón alguna para dar pie a aquella incómoda situación. Por otra parte, por supuesto, a nadie con un cerebro más complejo que el de un molusco se le ocurriría siquiera emparejarse en una playa rocosa y batida por las olas en una noche cruda de invierno, de modo que quizá estuviera haciendo un favor a la evolución.

Con los guantes que me había puesto antes de tocar siquiera el coche, esparcí la basura que llevaba por su interior mientras Big Red colocaba su Chevy de modo que tapaba al Merc. Puse el Merc en punto muerto y con las ruedas hacia la izquierda. Big Red y yo echamos el hombro con unos cuantos gruñidos al principio, y en seguida empezó a rodar por su propio peso. Cuando los neumáticos delanteros pasaron el borde la parte trasera se elevó, pero en lugar de precipitarse hacia abajo directamente, arrastró el chasis de lado y se inclinó con tanta lentitud que oímos todas la latas

deslizándose hacia el asiento del conductor, y al final pasó por encima del borde y desapareció. De repente la tierra parecía más ligera. El silencio duró tanto rato que me imaginé que no habíamos oído el golpe, que el sonido de impacto había quedado amortiguado por el vaivén de las olas de abajo, y estaba a punto de mirar por encima del borde del precipicio cuando el coche golpeó las rocas con un ¡PATAPUUUUUM!

Big Red se quedó inmobilizado, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, balanceándose ligeramente de lado a lado. Estaba claro que se hallaba absorto en algo, pero aunque no me gustaba nada interrumpirle, no me pareció sensato quedarnos por allí para apreciar la cualidad sonora de un Mercury nuevo reuniéndose con las piedras antiguas en medio de la comisión de un delito.

Le toqué el brazo.

—Vámonos.

—Conduce tú —replicó Big Red. Era una orden, no una petición.

Silencioso, con los ojos cerrados, Big Red no salió de su ensoñación hasta que volvíamos por el Golden Gate. Yo estaba un poco deprimido por la desaparición de la adrenalina, algo cabreado porque el tío se hubiese inhibido cuando yo tenía ganas de aullar, de modo que al final, cuando abrió los ojos y me preguntó:

—¿Lo has oído?

Yo estaba algo enfadado.

—¿Oír el qué? ¿Las olas? ¿El viento? ¿El tortazo?

—No, hombre. El silencio. El peso gravitatorio de ese silencio. Y luego ese enorme, breve y retorcido grito de metal.

—Ese sonido no está entre los primeros de mi lista de favoritos, Red. A mí me gustan los coches, los camiones de cuatro ejes, de seis, de ocho, y esos enormes hijos de puta que se doblan por en medio y hacen ¡chuuuf, chuuuf! cuando aprietas el pedal del freno. Es como si te tiraran el saxo por el acantilado.

—¡Sí! —exclamó, cogiéndome del hombro—. ¡Exacto!

Estaba tan contento que me pareció cruel admitir que mi acierto no era el resultado accidental de una sarcástica exageración, sino de un engaño simple y puro. De hecho, sólo una cosa me había preocupado del accidente del Merc: que resultó demasiado fácil.

Le recordé a Big Red que todavía teníamos que llamar al otro tipo, y en cuanto llegamos a Lombard llamé al Mugre desde un teléfono público de una gasolinera Shell. Respondió al tercer timbrazo. Después de aquella primera noche yo tendría ocasión de llamarle montones de veces, y él siempre contestaba al tercer timbrazo. Usábamos un código muy sencillo. Yo decía: «El cromo está en la carretera», y él respondía con mal humor: «¿Quién es?». Y entonces yo colgaba.

Cuando volví a meterme detrás del volante del Chevy de Big Red, a él no le interesaba lo que había dicho el Mugre. Quería explorar aquel silencio.

—Vamos a mi casa, recogemos mi saxo y a ver quién está tocando por ahí.

North Beach. ¿Dónde si no se podía encontrar un pequeño club a las tres de la mañana que se suponía que estaba cerrado y allí tocar y beber porque los propietarios comprendían mejor que la ley que uno podía sentirse solitario y sediento y necesitar música a todas horas, especialmente a última hora de la noche?

Justo antes de amanecer, Big Red subió al estrado él solo y anunció que iba a tocar una composición nueva que llamó: «Mercury cayendo», y que quería dedicármela a mí el día de mi cumpleaños. Me había olvidado de que a medianoche tendría oficialmente veintiún años, pero Big Red no lo había olvidado, y yo me sentí fatal por haberme mostrado impaciente con él antes. Pero en cuanto Big Red empezó a soplar y dar forma a aquella primera nota, mi pequeña nubecilla de vergüenza voló por completo.

Durante los veinte minutos que tocó Big Red no se oyó ni una mosca en aquella habitación. Los cigarrillos se fueron consumiendo. El hielo se fundía en las bebidas. Sé que no se puede describir la música con palabras, pero él interpretaba aquel silencio que había oído, que oyó con tanta claridad, y extraía de él cada nota, y la llevaba hacia el borde, y las empujaba por el acantilado y las dejaba caer atraídas por la enorme fuerza de la gravedad y las dejaba colgando en el viento y las arrojaba contento hacia el golpeteo del agua gorgoteante que desgastaba la piedra, y cada nota que irrumpía en el silencio era un recién nacido que surgía a la luz. Cuando acabó, no hubo sonido alguno ni silencio alguno y todos cogimos aliento juntos, por primera vez.

Big Red asintió tímidamente y se bajó del estrado. No era necesario el aplauso. Todo el mundo se quedó sentado, respirando de nuevo y notando cómo les entraba el aire en los pulmones, temerosos de romper el hechizo, la habitación silenciosa donde sólo se oía el cambio de peso de los cuerpos en las sillas, el roce de los zapatos en el suelo lleno de basura. Finalmente, una chica que estaba sola sentada a una mesita del rincón se puso de pie, y aquello lo desencadenó todo. Un músico negro que tocaba el contrabajo y se llamaba Bottom, sentado a mi lado en el bar, gruñó:

—Síííí... Sí, sí, sí.

Y luego se levantó, me pasó el brazo esquelético en torno al hombro y me abrazó, susurrando con un aliento dulce y cítrico:

—Feliz cumpleaños, tío..., has tenido un regalo que te puedes pasar el resto de tu vida desenvolviendo.

Y todo el mundo asentía y sonreía. Un murmullo dulce y bajo llenó la sala. Todo el mundo, excepto la joven que se había puesto de pie. Ella se estaba quitando la ropa. Estaba de espaldas a mí, de modo que no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que el vestido verde de punto cayó de sus hombros desnudos. No llevaba nada debajo. Era alta, delgada, con el pelo largo del color del pino curtido por

la intemperie, dio un paso para salir del vestido que le rodeaba los tobillos y siguió su camino, tranquila y magnífica, entre las mesas atestadas, hacia la puerta de atrás. Todo el mundo se quedó inmóvil de nuevo. Yo estaba enamorado. Ella salió y luego cerró la puerta con cuidado, sin mirar atrás.

—La madre que la parió... —gruñó Bottom a mi lado, y su brazo cayó de mis hombros.

La alcancé al final del callejón. Una espesa niebla formaba remolinos en la primera luz pálida de la mañana. Frío. Olor a basura. Ella me oyó y se volvió. Yo temblaba demasiado para hablar. Ella se apartó el pelo de la cara, de los bonitos ojos azules, orgullosa y divertida, mirando fijamente a los míos.

—Te acompaño a tu casa —dije, con lo que podría describirse amablemente como un tartamudeo.

Ella inclinó la cabeza, esbozó una sonrisa juguetona, esperando. Yo comprendí inmediatamente y empecé a quitarme la ropa, saltando a la pata coja para quitarme un zapato. Me costó una eternidad, o al menos eso me parecía, y ella mientras tanto estaba allí de pie, esperando, sacando la cadera, con los brazos cruzados en el pecho, mirándome, mientras yo me desnudaba frenético pero fingiendo que no estaba frenético. Y no sé cómo, de repente, me quedé de pie desnudo delante de ella, con la polla tan dura como una palanca de cambios, temblando, loco y lleno de esperanza. Ella se echó a reír y me abrazó; yo me eché a reír también, relajado, apoyado contra su cálido y suave cuerpo. Y entonces, mano con mano, de una forma tan natural como la noche y el día, fuimos caminando las siete manzanas que faltaban hasta mi piso. Había algo de tráfico matutino, los primeros movimientos de la ciudad, pero nosotros éramos invisibles en nuestro esplendor.

Se llamaba Katherine Celeste Jonasrad, Kacy Jones para los que la querían, y había muchos, incluyéndome a mí, desde luego. Cuando la conocí acababa de cumplir los diecinueve y, para la consternación sin tregua de sus padres, acababa de dejar Smith para ver qué tenía que ofrecerle la Costa Oeste en cuestión de educación. Su padre era propietario de la empresa de suministros médicos más importante de Pensilvania, y su madre era una novelista frustrada que al parecer lamentaba todos y cada uno de sus actos y sus omisiones desde que se graduó también en Smith. Kacy les llamó una noche desde mi casa (era el cumpleaños de su padre) y recuerdo que le brillaban los ojos al repetir la pregunta de su madre:

—¿Que qué voy a hacer? Bueno, pues voy a hacer lo que me apetezca, lo que necesite, lo que haga falta, y lo que vaya saliendo.

Ésa era Kacy en su esencia incontenible: un espíritu libre, una verdadera fuerza de la naturaleza. Ella hacía lo que le daba la gana, en general, y si no estaba segura de lo que le gustaba, nunca tenía miedo de averiguarlo.

Aquella mañana de cumpleaños que fue andando desnuda por las calles hasta mi

apartamento, se volvió hacia mí en cuanto se cerró la puerta y dijo:

—No me interesan las acrobacias. Lo que busco es la calidad de la entrega. — Debí de mostrar mi confusión, porque lo explicó de forma más sencilla—: No quiero que me folien, quiero que sintamos algo.

—Lo intentaré —fue lo único que se me ocurrió decir.

Ella pasó los brazos en torno a mi cintura desnuda y me atrajo hacia ella.

—Lo intentaremos juntos.

No había conocido nunca a una mujer con una imaginación erótica de una originalidad y diversidad similar a la de Kacy. Y no me refiero a posturas y gimnasia sexual, ni a las fantasías y obsesiones más salvajes: éstas no eran más que la entrada a otros reinos de posibilidad. A Kacy le interesaban los «sentimientos», su claridad, sus matices, su profundidad, lo que se podía compartir y lo que no. Con Kacy no había sexo intrascendente. Yo se lo dije mucho más tarde. Con ese tono de cinismo juguetón que usa la gente para intentar mantenerse fiel a sus sueños, Kacy dijo:

—Bueno, un polvito rápido de vez en cuando no hace daño a nadie.

No quiero confundirte con los detalles voluptuosos, baste con decir que aquella mañana de mi cumpleaños con Kacy yo llegué al cielo de camino hacia el Reino del Placer Inimaginable Indefinidamente Prolongado. Lo intentamos juntos, en cuerpo y alma, y no hay nada como ese primer intento de creer en la magia, y sin esa creencia en la magia, no hay ilusión para lo demás. A última hora de la tarde, cuando Kacy fue a comprar algo de comida, yo me quedé allí echado, sonriendo como un idiota. Ella volvió al cabo de media hora con una bolsa llena de comestibles. Pan recién hecho de la panadería de abajo, un poco de embutido de la charcutería de la esquina, dos cuartos de cerveza fría, un bote de *pepperoncini*, un cuarto de kilo de queso Dry Jack, velas, un pastel de chocolate Sara Lee y la edición vespertina del *Examiner*. Así era Kacy: le encantaba sacar sorpresas de la bolsa. Según Kacy, sólo había siete cosas que requería un ser humano para vivir feliz en este planeta: comida, agua, cobijo, amor, verdad, sorpresas y secretos. A mí me parecía muy bien.

Recuerdo que parecía muy feliz mientras iba desenvolviendo todo nuestro festín, explicando que sólo había ocho velas en el paquetito, pero que si yo no era demasiado tradicional, podíamos formar la cifra 21 en lugar de usar veintiuna velas. De pronto se detuvo a mitad de la frase, como alucinada, mirando hacia la mesa.

Yo me incorporé en la cama.

—¿Qué pasa, Kacy?

Sin volverse hizo un gesto impaciente con la mano, mientras miraba la portada del periódico. Vi que sus hombros se elevaron, suspiró con fuerza, y luego bajaron otra vez. Como se quedaron así, supe que las noticias eran malas. Se volvió con lágrimas en los ojos, y se echó en la cama a mi lado.

—Buddy Holly, Ritchie Valens y el Big Bopper se mataron en un accidente de

avión, anoche. Es demasiada música perdida, de golpe.

Yo la agarré sin decir nada. El hecho era que yo no estaba demasiado seguro de quiénes eran Buddy Holly, Ritchie Valens y el Big Bopper, una ignorancia que, me temía, no haría otra cosa que entristecerla aún más. Se necesita el mismo conocimiento para compartir la pena de otra persona, pero no para consolarla. Yo la seguí abrazando hasta que se le secaron las lágrimas, nos comimos el festín de cumpleaños y luego, más tarde, aquella misma noche, abrimos algunos regalos más.

La fiesta en realidad duró cuatro años más. No puedo decir que viviese con ella esos cuatro años, ya que ella iba y venía a su antojo. Kacy no era posesión de nadie. El día de San Valentín, una semana y media después de conocernos, volví a casa después del trabajo y me encontré un corazón gigante rojo clavado en mi puerta con las palabras «SÉ MÍO» impresas en enormes letras blancas por encima. La palabra «MÍO» estaba cuidadosamente tachada. Su vida le pertenecía a ella, la mía a mí. Cuando ambas se encontraban, se daba la consideración mutua, el respeto y el amor sin posesión, dependencia ni codicia. Intenté explicárselo a John Seasons una noche cuando Kacy llevaba fuera dos semanas, y yo intentaba convencerme a mí mismo de que todo iba perfectamente. John dijo:

—A mí me parece una de esas relaciones modernas.

Se acabó el Johnny Walker y miró hacia el fondo del vaso.

—En realidad —continuó, con la voz seria de repente, y un rastro de amargura en su tono—, parece la definición de amor de san Agustín: «Quiero que tú seas». Siempre me ha gustado esa definición de amor, pero estoy completamente seguro de que es imposible llevarla a la realidad ni de lejos.

Yo mismo también lo encontraba difícil. Las dudas, los celos, y particularmente los ansiosos pinchazos de inadecuación me molestaban siempre, en un momento u otro. Kacy vivía con el contenido de una mochila, y cuando se iba (a veces por pocos días, a veces durante semanas) se llevaba todo lo que tenía, excepto la promesa de que volvería. Cuando ella volvía, siempre me llamaba para preguntarme si estaba de humor para tener compañía. Yo siempre decía que sí excepto una vez, que dije que no, a ver qué decía ella.

—Bueno —respondió—, ya volveré a llamar.

Al cabo de un par de años mis dudas y temores desaparecieron, porque lo único que hacían era poner en peligro el placer de su compañía. Además, cuando ella estaba, estaba de verdad, y eso era lo máximo que podía pedir si quería amarla, y no poseerla.

No quiero dar la impresión de que lo único que hacíamos era follarnos como locos mientras nos mirábamos profundamente a los ojos el uno al otro. Cuando estábamos juntos éramos como cualquier otra pareja. Íbamos a los bares y cafeterías y garitos de jazz, visitábamos a los amigos, íbamos al cine... lo normal. A Kacy le

gustaba comer bien, y disfrutaba cocinando, y le horrorizó enterarse de que yo era un abridor de latas: una lata de chile, otra de maíz y seis cervezas era lo que yo entendía por una comida completa. Kacy me enseñó a cocinar algunos platos sencillos, como la pasta y los rehogados. Me compró un wok para su cumpleaños. También me introdujo en el tema de la mochila. En el tiempo que estuvimos juntos hicimos ocho o nueve viajes largos por las Sierras. A Kacy le encantaban los lagos de alta montaña, y después del primer viaje yo también me aficioné. Aire, agua, granito, el fuego de campamento... a Kacy le gustaban las cosas elementales.

También era aficionada a la marihuana, al peyote, colocarse con cosas naturales. «Drogas reales», las llamaba. El speed fue la única cosa que jamás me reprochó, y su juicio era notablemente liberal. Aseguraba que el speed hacía agujeros en el alma. Así que, dispuesto a dejarlo de todos modos, al final acabé por dejarlo, aunque me permitía tomar un par de ellos cuando tenía que accidentar un coche por cuenta del Mugre. Fumaba hierba con ella de vez en cuando, pero nunca me aficioné tanto como ella. Dispersaba la atención, distraía de la concentración, parecía dejarme el cerebro blando. El peyote era más interesante, y además entonces era legal, pero cada vez me daba una vomitona horrible, y eso le quita la gracia a cualquier cosa.

El béisbol era una de las cosas que Kacy y yo teníamos en común y nos encantaba. Durante años, su padre había sido propietario de una parte de un equipo de clase A en Filadelfia, y Kacy se crió yendo a todos los sitios donde ellos jugaban. A ambos nos gustaba el béisbol igual que nos gustaba el jazz, en vivo y de cerca. Como aquello era antes de que los Giants se trasladaran a San Francisco, nos quedaban los Triple A Seals, aunque mientras fuera béisbol, no nos importaba si eran las grandes ligas o la liga menor. Yo siempre pensé que era una triste carencia de la gente de North Beach que no se les pudiera atraer hacia algo tan americano como un juego de béisbol aunque les comprasen pases para toda la temporada y pagasen la cerveza. La única excepción era John Seasons, que tenía un pase de temporada y se ofendió mucho cuando le sugerí que imprimiese un par más para Kacy y para mí.

Los tres nos divertíamos como locos en el estadio. John y Kacy siempre babeaban por los antebrazos de algún primera base o por el culo de algún centrocampista, pero disfrutaban con el dramatismo y la estrategia igual que con la belleza física. Y nunca nadie se metió con un árbitro como John Seasons. John tenía un aspecto desgarrado y tímido, pero también tenía una voz como una cuchilla de carnicero.

—¡Que te den por culo un pelotón de matones corsos! ¡Que Zeus te llene los huevos de leche de cabra cuajada! ¡Que el cuervo de Poe te pique esos ojos blandengues y todos los seres angelicales de Rilke se meen en las cuencas vacías!

Realmente, John era bueno.

Si te parece que yo lo pasaba bien, que tenía una vida llena de emociones y con el pedal pisado a fondo, pues en efecto, así era. Quizá demasiado. Porque cuando uno

va correteando por ahí con una mujer tan espectacular y unos amigos con un corazón tan enorme, bañándose en la fuente de las nuevas posibilidades, trabajar cuarenta horas a la semana resulta tremendamente aburrido, aunque ese trabajo te guste. Ya no tenía nada que aprender acerca de la conducción y manejo de grúas, y no hay nada que desanime más que dominar algo que no ofrece desafío alguno. Cuando se empieza a perder la satisfacción con el trabajo es la primera señal de que puede haber un patinazo.

A pesar de la emoción de lo prohibido, destrozar de vez en cuando un coche para el Mugre también se iba convirtiendo en algo rutinario. Quizá si hubiera hecho un par de trabajitos al mes, en lugar de uno cada tres meses, habría dejado lo de Cravetti. Desde luego inventar formas nuevas de estrellar coches sin establecer un modelo me obligaba a aguzar el ingenio. Pero el hecho es que no cuesta demasiado dejar un coche como siniestro total, a efectos del seguro: sólo tiene que resultar más cara la reparación que el propio coste del coche. Una abuelita lo podría hacer en dos minutos con un martillo pequeño y un puñado de arena.

De todos modos, era tan aburrido que Big Red y yo empezamos a poner algo de fantasía en nuestras destrucciones. Él encontró un sitio en lo alto del monte Tam donde había una roca suelta por encima de la carretera, y cuando lo teníamos ya todo bien preparado usamos un par de barras como palanca e hicimos caer aquella roca justo encima de un Impala nuevecito del 61, y dimos en la diana. Quemamos un Chrysler como una antorcha en Stinson Beach, pero cuando mejor nos lo pasamos destruyendo un coche probablemente fue con aquel Olds del 88 que tiramos por Fort Ross Road, fingiendo que éramos unos empleados de gasolinera desquiciados. Big Red había comprado un par de estrellas rojas en un «todo a cien» para darnos un aspecto oficial. Nos sujetamos las estrellas con una aguja y nos pusimos a trabajar, murmurando: «Con luna o estrellas, de día o de noche, confíenos su coche», mientras hacíamos el trabajo.

—¿Lo quiere lleno hoy, señor? ¿Prefiere mortero o cemento normal?

—Yo me encargo del limpiaparabrisas, George —dijo Big Red, animoso, atravesándolo con una maza de cuatro kilos—. Qué limpio, ¿eh? Como si no tuviera cristal. —A Red le hacía tanta gracia aquello que casi tartamudeaba de entusiasmo.

—¡Eh, Red! Mientras compruebo las cosas por aquí, en el motor, ¿por qué no coges esos alicates y quitas los tubitos de las válvulas y procuras que salga el aire de esos neumáticos? A mí me parecen demasiado hinchados.

—Sí, jefe. ¿Qué tal va por el motor?

—No demasiado bien: sólo se filtra un poquito de aceite desde la válvula. Dame ese mazo de cuatro kilos y a ver si puedo reventar la junta. Igual también aplasto un poquito las válvulas, ya que estoy.

Yo ya estaba disfrutando de verdad con aquello... y recuerda que yo siempre

había sido un feligrés ante el altar de la combustión interna. Otra señal de que las cosas se estaban desmoronando. Entonces no me daba cuenta, desde luego, o al menos no con claridad. Pero ¿qué puede importar darse cuenta de que tienes hambre, si no hay nada que comer?

Quizá no supiera la causa, pero notaba que algo no andaba bien. Yo tenía una novia estupenda, un trabajo honrado, buenos amigos, y algunas emociones ilícitas para mantenerme en guardia, pero no era feliz. No sabía por qué, y todavía no lo sé a ciencia cierta. El diagnóstico de John es que era un caso grave de edema espiritual posadolescente, esa extraña enfermedad que consiste en ahogarse uno en sus propios jugos. Su receta fue: dejar que la aflicción siguiese su curso letárgico, esperando que acabase por barrer las partes más insignificantes de la psique en el proceso de purga.

Big Red Loco pensaba que todo estaba en el aire. No se explicaba mejor, sólo añadía, cuando le interrogaba: «Ya sabes, tío, el aire». Incluso se ayudaba visualmente moviendo la mano vagamente por encima de la cabeza.

Y Kacy, la dulce Kacy, nunca supe qué pensaba en realidad, porque de repente desapareció, se fue a México y luego a Sudamérica con dos psicólogos gays jungianos, unos hermanos llamados Orville y Lydell Wight. El objetivo del viaje era investigar de primera mano el uso chamánico de diversas drogas empleadas por las tribus nativas. Tenían una camioneta Chevy nueva, un poco de financiación independiente y ningún límite temporal, aunque Kacy hablaba de al menos dos años, o unos veintidós meses más de lo que yo tenía en mente.

Pero lo que yo quería era irreconciliable con lo que sabía que iba a pasar. Aquella era una aventura que ella no podía dejar pasar, si quería seguir siendo fiel a sí misma, así que a pesar de mi tristeza y mi dolorido enfurruñamiento, reuní el valor suficiente para dejar ir aquello que, de todos modos, no podía retener.

Nuestra última noche juntos la llevo impresa en mi memoria celular. No creo que nunca haya abrazado a nadie tan estrechamente. Por la mañana, cuando me despedí, no albergaba resentimientos. Ninguno en absoluto. Pero eso no impidió que quedara destrozado.

Un mes más tarde, el mismo día que recibía la primera carta de Kacy, supe que habían trincado al Mugre. El joven Cravetti me aseguró que aquello no tenía nada que ver conmigo, que el arresto era por usura y conspiración para cometer una agresión. Evidentemente, el Mugre había empleado a algunos agentes del Servicio de Recaudación y Contusiones, una compañía de matones que se mantenían absolutamente fieles a su lema: «Paga o sufre». La esposa de un deudor damnificado había acudido a la poli, que probablemente habría echado la denuncia a la papelera si ella y la mujer del comisario de policía no hubiesen sido animadoras en el mismo equipo cuando iban al instituto. Acababa de perder una buena fuente de dinero fijo y diversión, pero peor aún fue para Big Red. Había llegado a depender de aquellos

ingresos, y ahora tenía que volver a trabajar para Mort Abberman, que, cuando estaba lo bastante sobrio para rellenar los moldes, tenía una pequeña industria familiar de fabricación de consoladores de látex en el sótano.

Según la carta de Kacy, estaban en México, cerca de Tepic, y se dirigían a una academia de idiomas para hacer un curso de inmersión en español y dialectos indios. Orville y Lydell eran una compañía estupenda, unos eruditos serios, inteligentes y al mismo tiempo flexibles, y una vez que conocieran el idioma lo suficiente para proceder, planeaban pasar un tiempo en Ciudad de México para llevar a cabo una investigación, antes de dirigirse a Perú. Me echaba de menos, decía, y pensaba en mí a menudo con mucho afecto, pero mientras leía la carta ya notaba que ella se estaba alejando sin remedio.

El propio North Beach ya no era un consuelo. Grey Line había montado unos circuitos turísticos para ver a los beatniks, aunque el núcleo inicial ya se había ido a otros lugares hacía mucho tiempo, dejando unos herederos jóvenes e incómodos que parecían más seducidos por el estilo que por la sustancia, y dejando atrás también a aprovechados y delincuentes varios que parecían medrar explotando libertades que ellos mismos eran incapaces de crear. Los clubs de jazz cerraron y se convirtieron en locales de top-less, y las tetas de silicona empezaron a menearse en los mismos escenarios donde antes se tocaba una música tan asombrosamente real que no hubieses querido que acabase nunca. Ahora uno ya no quería más que irse de allí.

Cuando el Mugre finalmente fue a juicio a finales de septiembre parecía buena idea largarse, por si él se ponía nervioso y se le ocurría hacer tratos con el fiscal del distrito. Decidí tomarme un mes de vacaciones, quizá bajar hasta México. No hubo dificultades en el trabajo; me debían un largo periodo de vacaciones. El viejo Cravetti comprendía mi ansiedad, pero me aseguró que no me amargase el viaje con preocupaciones, ya que el Mugre, aunque no carecía de defectos, era un tío íntegro, y se movía en unos círculos donde se enviaba a los chivatos a dar largos paseos desde los muelles, normalmente con unos zapatos de cemento. Como había conocido al Mugre a través de los Cravetti, que eran quienes normalmente me daban el dinero de mis trabajos, supuse que el garaje estaba implicado, o quizá algunos de los mecánicos hicieran cambios de matrículas, pero nunca lo pregunté, suponiendo que sería mucho más sensato no saberlo. Si ellos no estaban preocupados quizá yo estuviera exagerando un poco, pero de todos modos, un mes en Ciudad de México seguía siendo una idea atractiva.

Apenas recuerdo aquellas vacaciones, la mayor parte de las cuales las pasé fingiendo que no estaba buscando a Kacy. No hubo resentimientos, como decía antes, pero sí que le di muchas, muchísimas vueltas al coco, aunque mis obsesiones se vieron bastante aliviadas por el tequila. Siguiendo el sabio consejo de Gary Snyder, que me dijo que era el lugar más probable para encontrar la cara que yo buscaba y

donde había cosas muy interesantes y bellas que mirar, suponiendo que la encontraría, entré en el Museo de Antropología, quizá el mejor del mundo. Vi maravilla tras maravilla, pero el único atisbo que encontré de Kacy fue en las líneas de un jaguar maya dorado del siglo VII. Cuando volví a San Francisco me esperaba una carta de Kacy enviada desde Oaxaca explicándome que había decidido abandonar Ciudad de México y que había partido hacia Perú.

Una semana más tarde fue asesinado Kennedy. Yo estaba recogiendo un coche de un accidente en Gough cuando vino un policía y me dijo con una voz hueca y sorprendida, que resonó en mi cabeza todo el día:

—Han disparado al presidente. Joder, han disparado al presidente, joder...

La inmediata sospecha de que había una conspiración, aunque Oswald hubiese actuado solo, se unió a la conmoción, el caos, el dolor y la pena en aquel momento de indignidad nacional.

Se ha hablado mucho del asesinato de Kennedy como un punto de inflexión de los años sesenta, el principio de una desilusión profunda. Y lo fue, en el sentido de que rompió una cierta ilusión, pero de una forma algo extraña. Recordarán que éramos los niños más privilegiados de la historia, y probablemente los que habíamos sufrido un lavado de cerebro peor. Nos habían enseñado la historia como el triunfo inevitable de los ideales americanos: esos ideales potentes y maravillosos de igualdad, libertad, justicia y dedicación a la verdad y el temor de Dios. Creíamos. Y sabíamos, porque se nos había repetido sin cesar desde el jardín de infancia hasta el instituto, que para conseguir esos ideales se requería la aplicación incesante de virtudes americanas como el trabajo duro, agallas, iniciativa, valor, sacrificio y fe. Nuestros profesores señalaban a la América posterior a la guerra, la nación más poderosa y rica del planeta, como la prueba irrefutable de todo el pastel.

Creíamos tan profundamente que la muerte de Kennedy, en lugar de sacudir nuestros ideales, sirvió, como sólo puede hacer el martirio, para reforzarlos. Creíamos en esos ideales porque eran bellos, vehementes y ciertos. Si la realidad no siempre estaba de acuerdo, se podía cambiar la realidad («había» que cambiarla), mediante la voluntad colectiva del pueblo y a través de un héroe y líder singular con coraje suficiente e inflexible. Si a los negros se les negaba el derecho al voto, que era un derecho auténtico, iríamos a registrarlos. Si la gente de la India se moría de hambre, nosotros les mantendríamos con nuestros excedentes, mientras les enseñábamos cómo cultivar la tierra. Si los desdichados se alzaban con la rabia desesperada de la dignidad y tomaban las armas contra sus opresores, podían contar con nuestro apoyo de amantes de la libertad. Y cuanto más intentábamos llevar esos ideales a la realidad, más comprendíamos lo honda que era la corrupción. Creíamos con tanta intensidad que aunque al final nos dimos cuenta de lo insensatos, engañosos y retóricamente estúpidos que se habían vuelto aquellos ideales, y el hervidero de gusanos que

enmascaraban, seguimos creyendo.

En cuanto se digirió la conmoción del asesinato de Kennedy, se empezó a notar una nueva energía en las calles, una seriedad extrañamente jubilosa, como ese primer empujón de la corriente antes de oír los rápidos que rugen allá abajo en el río. Esa aceleración resultó mucho más aparente en las personas de mi edad y más jóvenes aún, los niños de la guerra, más víctimas de la victoria que del dolor del esfuerzo. La generación anterior parecía tomarse la muerte de Kennedy como una derrota, un regreso conmocionado a la vulnerabilidad y el caos a los que se suponía que habían puesto fin la Segunda Guerra Mundial y la de Corea. Parecían cansados, como si supiesen que los malos tiempos no iban a acabar nunca. Pero no era lo mismo para mi generación, educada en la idea de que hay que atreverse a soñar, y soñar mucho. Aunque nunca nos advirtieron en serio de que los sueños se resisten.

Digo «nosotros», digo «mi generación», pero con toda sinceridad no sé hasta qué punto puedo incluirme a mí mismo. A medida que las cosas se iban acelerando, yo empezaba a retirarme hacia mi propio interior. Había perdido algún contacto esencial. Me ganaba mis cuarenta a la semana remolcando coches, cosa que todavía me producía un cierto placer, pero ninguna alegría. Las noches y los fines de semana vagaba por las calles, hambriento de la antigua excitación, pero para mí había desaparecido.

Mis amigos eran amables y comprensivos. John Seasons me diagnosticó un caso típico de *ennui*, y me recomendó un cambio de vida tan pronto como tuviera fuerzas suficientes. Hasta entonces, me sugería mucha bebida y buena poesía, ofreciéndose a comprarme la una y a prestarme la otra.

Big Red Loco simplemente meneaba la cabeza. Resultó que él sentía lo mismo también, y cada vez se sentía menos motivado para tocar el saxo. En el pabellón estaban saliendo telarañas, decía, y yo sabía lo que quería decir. También las tenía en la cabeza. Cuando al final empecé a aburrirme de verdad, me sumergí en una vorágine destructora. Me emborraché como una cuba cada noche durante un mes seguido, y abusé de tantas drogas como para mejorar yo solito el nivel de vida de toda Guadalajara. También me follaba todo lo que se movía, o al menos a las que todavía se dejaban. Aquella orgía acabó cuando le tiré los tejos hasta al propio John, que me conmocionó con la helada furia de su rechazo:

—No quiero tener nada que ver contigo. Vas dando tumbos por ahí como un loco, y tu alma no alberga la capacidad de perdón suficiente para indultarme si me aprovecho de ello. Esto destruiría los verdaderos sentimientos que tenemos el uno por el otro, y no me arriesgaré a que pase tal cosa. Así que baja el ritmo por una vez, George.

Acabé llorando en su hombro junto a la máquina del millón Golden Rocket del Gino y Cario.

Como respuesta al sermón de John y el hecho obvio de que estaba metido en el fango hasta las cejas, cambié de proceder... quizá el cambio más consciente y decisivo que he emprendido jamás. Me volví austero. Tampoco monacal, no nos engañemos, pero sí seriamente decidido a eliminar aquel irresponsable exceso. Nada de alcohol, nada de drogas, nada de sexo mecánico. Aunque siguiera atascado en el barro, no había motivo alguno para hacer explotar el motor de pura frustración.

La austeridad es un buen camino para luchar contra la depresión, esa sensación que convierte tu alma en una alcantarilla. En primer lugar, es uno mismo quien asume el control, aunque con toda probabilidad no se trate más que de una ilusión vana. Pero al menos ayuda a minimizar los daños, si no con respecto a uno mismo, sí con respecto a los demás.

De alguna manera yo disfrutaba solo. Pasaba muchísimo tiempo leyendo, sobre todo poesía (siguiendo el consejo de John) e historia, un tema que antes no me había interesado nada. También daba largos paseos por la ciudad, mirándola sin el aislamiento de un vehículo móvil. Además de abrirme los ojos a la enorme riqueza de la diversidad cultural, el simple ejercicio quemaba esa energía sobrante que procede del aburrimiento y la inquietud. Yo seguía haciendo mi trabajo diligentemente en Cravetti, alerta, con los ojos recién acostumbrados a los pequeños detalles. Y ése es otro beneficio más que posee la frugalidad: te ves obligado a salir ahí fuera, al mundanal ruido, y eso te obliga a su vez a refugiarte en el momento, que quizá sea, a fin de cuentas, el único refugio posible.

De vez en cuando salía sólo para seguir en contacto con los amigos, John y Big Red en particular. John, que aseguraba que yo le inspiraba, también se había reformado un poco y escribía más que bebía. Big Red, sin embargo, casi había abandonado del todo el saxo, y eso le deprimía mucho.

Las cartas de Kacy empezaron a escasear. En nueve meses sólo tuve noticias de ella cuatro veces: una postal de Guatemala, una larga carta desde Lima diciendo que estaba a punto de internarse en las montañas para vivir con una tribu india, y luego dos más desde Lima. En la primera decía que todos habían contraído la hepatitis y que estaban pensando en volver a Estados Unidos, pero en la última carta, dos meses después, se habían recuperado y habían decidido seguir adelante. Kacy parecía cansada, pero decidida. Decía que me echaba de menos, y que esperaba que yo me mantuviera puro para cuando ella volviese. Aunque no era más que una broma, aquello me sorprendió porque estaba incómodamente cerca de lo que estaba haciendo en realidad, y quizá fue su pellizco distante la primera grieta que aparecía en mi régimen.

El problema de la austeridad disciplinada es que requiere muchísima firmeza, y yo soy muy proclive a desanimarme a las primeras de cambio. Me había mantenido firme casi nueve meses, un tiempo récord para un principiante. Lo que me hizo caer

de nuevo por la pendiente fue una cantante de folk de diecisiete años que se llamaba Sharon Cross, con los ojos verde esmeralda, la melena roja y un cuerpo que te hacía aullar como un lobo. Era joven, inocente y de buen corazón, tres atributos que, tomados separadamente, son encantadores, pero que combinados en Sharon producían la única cosa que no me gustaba de ella: era incansable, dolorosamente progresista. Pero también era muy divertida y una compañía estupenda, justo lo que necesitaba para ir dejando poco a poco la austeridad.

Intenté poner algo de ilusión en aquella relación. Sharon también lo hizo, por supuesto: apenas existe mujer alguna que no lo haga. Pero ambos éramos conscientes de que aquello no era amor. Creo que ella se sentía ligeramente seducida por mi caché de clase trabajadora, tan de moda entonces, mientras que a mí me sedujo libar un poquito de néctar de un capullo. Sharon sabía intuitivamente que tenía un montón de vida por delante, llena de posibilidades, y que yo sólo era un punto de partida. Yo por mi parte notaba que una gran parte de mi vida se me escapaba y que las posibilidades iban menguando. Fuimos lo bastante listos para dejar las cosas como estaban y no vivir juntos.

Más o menos por la misma época en que salía con Sharon, a finales de junio del 64, apareció el Cuarto Rey Mago frente a la librería City Lights. Parecía viejo, quizá de más de cincuenta, pero estaba tan macerado en speed que no se podía estar seguro. Quizá tuviese treinta, mal llevados. Siempre llevaba la misma ropa: una americana marrón de sport con pantalones a juego, bastante asquerosos, pero no harapientos, y una camisa blanca amarillenta ya por el sudor del speed, deshilachada por los puños y el cuello, pero siempre cuidadosamente remetida. El Cuarto Rey Mago permanecía de pie frente a la City Lights desde las diez de la mañana en punto hasta las cinco de la tarde exactamente, todos los días, jugueteando con un yoyó verde y repitiendo sin cesar la única cosa que había sobrevivido al holocausto anfetamínico de su cerebro, la única brasa ardiente que su aliento mantenía viva. Era un poema breve o un mantra que murmuraba para sí una vez al minuto, más o menos: «El Cuarto Rey Mago entregó su regalo y desapareció». Iba caminando inquieto arriba y abajo por la acera, jugando con el yoyó, dejando que colgase y rodase durante un par de segundos y luego recuperándolo con un breve movimiento de la muñeca. No hacía truquitos ni variaciones, nada de columpios ni pasear al perrito. Sólo hacía girar el juguete al final del cordón. Con una cierta austeridad. Ignoraba cualquier intento de iniciar una conversación con él, o de distraerle de su trabajo.

—Entregó su regalo y desapareció. —Esa frase y la idea de un Cuarto Rey Mago fantasma me obsesionaban. O quizá, en combinación con el giro del yoyó, de un color verde azulado intenso, el color de las algas húmedas, me hipnotizase por completo. Pasaba por allí en coche casi cada día a ver qué tal le iba, y él siempre hacía lo mismo. Al principio intenté darle un billete de diez dólares. Se quedó tan

sorprendido que lo cogió, pero cuando vio lo que era, meneó la cabeza como si yo le hubiese malinterpretado por completo y tiró el billete a la calle. Un Ford cupé del 57 pasó por encima del billete, que revoloteó un momento en su estela, atraído por la ráfaga de viento. Un borrachín se lanzó a por él y lo cogió a menos de media manzana de distancia. El Cuarto Rey Mago ni siquiera se dio cuenta de ninguno de esos hechos, porque ya había vuelto a su trabajo, cantando con el yoyó y el cordón encerado mientras recitaba su magro versículo.

El Cuarto Rey Mago alteraba a Sharon. Uno de los problemas de los progresistas es que no se puede enfrentar uno a las cosas que no tienen remedio con buenas intenciones. Sharon pensaba que aquel hombre era un ser triste y trágico, una víctima, y quería ayudarlo. Pensaba que hacer algo por él, un festival folklórico en su beneficio, por ejemplo, sería algo maravilloso, una ayuda para un ser humano sufriente de la comunidad, y no una causa abstracta. Yo pensaba que era presuntuoso, pretencioso y quizá incluso demasiado pomposo asumir que él estaba sufriendo cuando, de hecho, parecía bastante satisfecho con su misión, o testimonio, o lo que quiera que fuese, y el dinero que le había ofrecido no había conseguido otra cosa que confundirle o incluso ofenderle. Discutimos, pero eso no era ninguna novedad.

Fue unos seis meses después, en la Navidad del 64, cuando las cosas realmente empezaron a estropearse. Recuerdo que iba caminando a ver a Sharon, la mañana de Navidad, y di un rodeo pasando por City Lights. Allí estaba el hombre, con su yoyó girando a la luz invernal y recitando su poema con un fervor tan beatífico que las lágrimas asomaron a mis ojos. Le hice la pregunta que me quemaba por dentro:

—¿Cuál era el regalo del Cuarto Rey Mago?

El yoyó siguió girando, suspendido. Cuando habló, al final, el hombre dijo:

—El Cuarto Rey Mago entregó su regalo y desapareció.

Mi impulso, muy poco cristiano en aquellas fechas tan cristianas, fue estrangularlo, echarlo al suelo allí mismo en la acera y sacarle la respuesta a la fuerza, susurrándole al oído:

—Dímelo. Dime cualquier cosa, sea verdad o mentira: que el regalo era el amor, o una caca de cabra hervida, o la luz del sol en nuestros cuerpos; dime cualquier cosa, hijo de puta, ¡será mejor que me digas algo!

Quizá él notó que yo estaba a punto de perder la cabeza, porque cuando repitió de nuevo su letanía pareció ligeramente alterada, hubo un atisbo de cambio, una inflexión:

—El Cuarto Rey Mago entregó «su» regalo y desapareció.

Yo me alejé un poco, confundido por el leve cambio en el énfasis, diciéndome: «Entregó “su” regalo; entregó “su” regalo. El suyo». Confundido porque seguía sin saber qué regalo era el suyo, o el mío, o si, en el caso de que yo hubiese tenido uno, se lo habría entregado o no.

Y entonces hubo algunas pérdidas graves. La primera fue Bottom, el contrabajista que se sentó a mi lado en mi cumpleaños, cuando Big Red tocó «Mercury cayendo», y cuyo brazo estaba en torno a mi hombro cuando vi por primera vez a Kacy caminando desnuda hacia la puerta. Bottom era yonqui desde hacía mucho tiempo, de modo que una sobredosis no era tanto una sorpresa como una triste confirmación. Le encontraron en su pequeño apartamento de una sola habitación la noche de fin de año. Llevaba cinco días muerto. Fue duro reconocer que estábamos jugando en serio, otra agria vaharada de la cruda y mortal realidad. Big Red, sobre todo, se lo tomó muy mal. Cuando le pedimos que tocara en el entierro dijo solamente: «No puedo». Entonces ya no tocaba prácticamente, y después de la muerte de Bottom casi ni habló durante un mes entero. Tuve la sensación de que aquel silencio, que antes era su propio elemento, empezaba a corroerle, y me sentía impotente viéndole así.

Al cabo de un mes, más o menos una semana después de mi cumpleaños, Sharon y yo tuvimos una fuerte discusión por un tema musical. Por los Beatles, precisamente, que entonces se estaban poniendo muy de moda. A Sharon le encantaban. Yo pensaba que no era más que música de mierda, tipo chicle, yeah, yeah, yeah. Discutimos acerca de sus primeros trabajos, que para mí eran bastante flojos. Yo pensaba que eran más bien un fenómeno cultural, no tanto por su música como por su pelo largo y su desparpajo, una exótica importación británica. Por lo que yo sabía (que no era demasiado), el rock-and-roll había muerto en el 59. No sólo por la muerte de Buddy Holly, Ritchie Valens y el Big Booper en aquel accidente de avión en mi cumpleaños, sino también por el juicio contra Chuck Berry por una falsa violación del Acta Mann, y los escándalos de los sobornos, y el viejo Jerry Lee Lewis que se casó con su primita de trece años. Little Richard había vuelto a la iglesia, pero como llevaba pintalabios y los ojos maquillados, la iglesia no estaba segura de lo que debía hacer con él. El rock-and-roll se había vuelto demasiado extravagante, feo y corrupto para las rígidas sensibilidades americanas de principios de los sesenta. Además, el Rey había abdicado: Elvis salió del ejército y dio la espalda al rock-and-roll; entró como un granjero cateto y salió aún más cazurro. Un animador. El Rey hizo unas treinta películas. Las primeras dos o tres eran completamente estúpidas, y después fueron declinando rápidamente. Tal y como yo lo veía, el rock-and-roll había quedado devorado por los ídolos blancos de adolescentes, esos tíos con los que dejarías salir a tu hijita: Fabian, Frankie Avalon, Ricky Nelson... Pero eso es marketing, no música. Fueron el último coletazo aséptico de los cincuenta, y después se desvanecieron en su propia vacuidad, vino el twist y otros bailes alocados, el «pop» desnaturalizado y luego la música folk. Yo creía que los Beatles eran sólo un guiño más del viejo numerito del ídolo de adolescentes, esta vez empaquetado y vendido en forma de grupo y de invasión extranjera. Lo raro es que, debido al desfase cultural, las raíces musicales de los Beatles estaban en el rock-and-roll de los años

cincuenta.

De todos modos, aunque aquella discusión con Sharon no tenía sentido, como la mayoría, eso no evitó que se fuera agriando y resultara demasiado amarga y reveladora para nuestra comodidad, y después la relación entre Sharon y yo se enfrió un tanto. Todavía nos veíamos de vez en cuando, y dormíamos juntos, aunque con mucha menos frecuencia, pero nuestra confianza menguante no soportaba más remiendos.

Sharon me dejó de pronto a principios del verano del 65. Vino a decirme que había decidido llevarse su música al Mississippi y ayudar a registrar a los votantes negros (todavía eran «negros» entonces, aunque ya se veía que aquello pronto iba a estallar). Yo pensaba que ella obraba bien, y se lo dije, admirando sus convicciones y su valor. No le dije que en el fondo sentía un grosero regocijo al ver que su inocencia estaba a punto de verse pisoteada por la cruda realidad, pero a pesar de ese puntito de malicia, de verdad que no le deseaba ningún mal.

Cuando se fue me quedé bastante mustio durante casi un mes, con una melancolía hueca formada por una combinación de tristeza genuina y profundo alivio que se anulaban entre sí. Al parecer todas las mujeres acababan por dejarme, embarcándose en sus aventuras espirituales mientras yo me quedaba atrás, chapoteando en el naufragio.

Y entonces Big Red se fue a la India. Yo estaba sumido en mis propias miserias, pero no tanto. Tenía que haberme dado cuenta de que él estaba mucho peor que yo. Intentó explicárnoslo a John y a mí la última noche que pasamos juntos. Quiero decir que Big Red «habló», pronunció un verdadero discurso, dada su habitual concisión; una auténtica perorata para exorcizar sus demonios. Pero lo curioso es que podría haberlo dicho en cuatro palabras: había perdido el don. Perdido. Y no había ningún motivo comprensible para ello. Había recibido el don de oír la música de la vida, reformularla con su aliento, dejarla fluir a través de nuestros corazones para que fuera real y mantenerla así. «Mantenerla», no hacerla, insistía.

—No se puede crear algo que ya existe. —Así fue como lo expresó, pero en realidad así lo que hacía era como intentar separar el trigo artístico de la cizaña estética, porque eso no alteraba el dolor de su pérdida. A partir de la visión que tuvo a los siete años, Big Red había comprendido cuál era su don y había trabajado mucho para mantenerlo, para merecerlo, practicando hasta que no sentía los labios y le dolían los pulmones, escuchando, escuchando con tanta intensidad como podía, escuchando y conectando y volviendo a escuchar, y nunca deshonró ese don suyo con frivolidades, ego o codicia. Y ahora no podía soportar el sabor de la boquilla. Le sabía a leche agria. Y lo único que oía por todas partes era ruido.

De modo que se iba a la India. No sabía exactamente por qué a la India, pero le parecía adecuado. Había que saltar por encima de los cadáveres para llegar a los

templos. La cara de un mendigo cubierta de moscas. Shiva, que creaba y destruía. Buda, que sembraba su aliento para la cosecha del viento. La India, por ningún motivo o creencia en particular, sólo porque la gente que conocía y que había estado allí meneaba la cabeza, y Big Red sentía que él necesitaba que le dieran un buen meneo a su cabeza.

John y yo le acompañamos al aeropuerto a la mañana siguiente. Le di a Big Red una indemnización de mil dólares por los años de fiel y criminal servicio en el negocio del desmantelamiento de coches, y John le entregó lo que llamaba «una pequeña subvención para la investigación musical», así como un pasaporte impecable, un montón de cartas de referencia y otros documentos destinados a facilitar su viaje al extranjero. Cuando nos separamos en la puerta de embarque, Red se inclinó a abrazarnos a los dos. Directo y sencillo, así era Big Red. Sin sensiblerías acerca del pasado, ni falsas promesas para el futuro. Adiós muy buenas.

Yo ya había decidido tomarme el resto del día libre, de modo que cuando John sugirió que fuésemos a Gino y Cario mientras volvíamos del aeropuerto y tomar una copa en honor de nuestro amigo que acababa de partir, yo acepté. Empezamos a beber hacia el mediodía y acabamos un par de días después, cuando John se desmayó en el lavabo de caballeros de algún bar. Descubrí nada más empezar la farra que a John se le había ido completamente la mano con la priva una semana antes y ahora iba en caída libre. Su nueva obra, un largo poema narrativo acerca de las formas del agua y del aire, era, según aseguraba él, «una absoluta mierda», y él había obtenido un sereno placer al irlo abonando con «todos los restos de basuras, desperdicios y porquerías que parezco condenado a producir». Aquella noche, después de llevar a John a urgencias, me eché en la cama demasiado exhausto para dormir pero no lo suficientemente borracho para desmayarme, y entonces se me ocurrió que todo el problema estaba en los dones. Big Red había perdido el suyo. John no podía expresar el suyo. Y yo no tenía ninguno, por lo que parecía, ningún don ni regalo que entregar. Al reconocerlo, todo se convertía en una mierda pura y simple.

Después de pensar en ello unos días, a la luz gris de la sobriedad recuperada, decidí que necesitaba una conversación sincera con el Cuarto Rey Mago. Como no era capaz de alterar su manía en el trabajo, pensé en seguirle a su casa y pillarle fuera de servicio y preguntarle educadamente cómo se puede entregar un regalo si no se tiene nada que entregar, o no se sabe qué puede ser. Si él no quería hablar yo le convencería, le insistiría, le razonaría, le sobornaría, le rogaría, y si todo eso fallaba, seguiría mi impulso de la Navidad anterior y le estrangularía hasta que me lo dijera. Pero había tardado demasiado en resolverme a actuar. El 4 de julio de 1965, un año exacto después de aparecer, el Cuarto Rey Mago desapareció... cómo, por qué o adónde fue, nadie lo sabía. Llegué un día tarde y me quedé muy, muy corto.

El regreso del Mugre fue otra pérdida más. Aquello se estaba convirtiendo en una

verdadera avalancha, un golpe detrás de otro. Me estaba esperando en el despacho de Cravetti. Un año y medio en chirona no le habían cambiado demasiado, pero su murmullo sonaba más bajo aún, y más arrastrado, y su traje nuevo no había tenido tiempo de acumular la porquería correspondiente. Su sonrisa seguía siendo inmaculada, y la proposición que me hizo no había cambiado sustancialmente:

—Georgie, ¿estás dispuesto para algún trabajito más?

—Mugre —suspiré—, ¿acaso tocas el suelo cuando corres?

Mencionar su nombre provocó la plena exhibición de sus dientes.

—Bien, Georgie, chico, hay muchísimo terreno que cubrir, ¿sabes lo que quiero decir? Soy una especie de contratista independiente, como tú, y como tú, soy un tío legal. Si yo caigo, nadie cae conmigo; a la gente le gusta eso. Pago mis deudas con la sociedad, y se podría decir que tengo un poco de crédito, quizá una cuenta acumulada. Pensé un poco cuando estaba encerrado, y a algunas personas con las que trabajo les han gustado las novedades. Para ti seguiría siendo básicamente el mismo número, pero la pasta, la pasta, Georgie, es muchísimo mejor. Digamos unos quinientos por adelantado, ídem de ídem a la entrega. Habrá llaves y cobertura, igual que siempre.

—Claro —dije yo—, ¿por qué no? —Mi incentivo no era el dinero, aunque uno de los grandes era una paga infernalmente buena. Supongo que era la perspectiva de la acción, algo a lo que agarrarme para salir del pantano, un cambio que pudiera traer consigo otros cambios... a mejor, esperaba, porque si bajaba aún más en la escala, estaría bajo tierra.

No noté nada especial en el Vette del 63 hasta que lo arranqué. El motor estaba trucado y afinado a la perfección. Estaba clarísimo que se trataba de un coche de carreras camuflado, normal y corriente a simple vista, pero puro fuego debajo del capó, con una transmisión y una suspensión muy reforzadas para soportar el peso. Ni tú te habrías resistido. Así que anoté otra entrada en la columna de las pérdidas: perdí la cabeza.

Eran las tres de la mañana y la calle Army estaba vacía hasta donde alcanzaba la vista. Sin embargo, yo no veía las calles laterales, y allí era donde estaba agazapado el coche de la policía, esperando a algún pardillo como yo. Tuvieron que oírme porque yo iba demasiado rápido para fijarme. Quienquiera que hubiese amañado el Vette, se sabía al dedillo lo que representa el equilibrio entre potencia y estabilidad. La luz roja de los polis se puso en marcha como una manchita parpadeante en el retrovisor, pero dos segundos después de que yo acelerase y pisase a fondo, la luz había desaparecido. Del retrovisor, desde luego, no de mi columna vertebral.

En mi interior funcionaban un montón de cosas, aunque el cerebro no era ninguna de ellas. Tenía una buena arrancada, unas ruedas que agarraban mucho y un conocimiento igual o mejor que ellos de las calles, y un deseo rabioso de apartarme lo

más posible de la cárcel. Lo que me impulsó, sin embargo, fue la suerte... pero también me ayudó mucho, como me alegró observar, una exhibición de excelentes instintos y, lo crean o no, el suficiente sentido común para comprender que aunque era realmente emocionante estar sentado dentro de una máquina que podía hacer morder el polvo a cualquier otro trasto que tuviese la policía en las calles, no podía superar sus equipos de radio.

Saber lo que uno quiere hacer, sin ningún género de dudas, produce una sensación de insondable serenidad, y yo percibí claramente esa sensación mientras frenaba y bajaba la marcha, calculando de forma inconsciente las variables de velocidad, distancia, ángulo, fuerza, resistencia, composición de la carrocería del coche y las posibilidades de supervivencia de mi propia carne mortal y perecedera. Me metí por una calle lateral describiendo una curva destrozaneumáticos y cinchaescrotos, golpeé el montante de cemento de una farola justo con el faro derecho, engrapando simultáneamente la rueda para que la parte de atrás diera un latigazo y fuera a impactar en la parte lateral del banco que había en la esquina. Con un solo movimiento fluido quité las llaves del contacto y salté al pavimento y corrí hacia Mission una manzana, y luego por una callejuela lateral, y después corté por un callejón y luego, más despacio, un plan fue tomando forma mientras iba recuperando el aliento y la compostura, y fui hacia Dolores. El viejo roble que recordaba haber admirado en uno de mis paseos seguía allí. Celebré la estabilidad de los árboles mientras me dirigía hacia él. Algunos niños del vecindario habían unido unos cuantos tablones y edificado una casita de árbol algo cutre en las ramas. Apoyando la espalda contra una rama pude estirarme. Me puse cómodo mientras lentamente me comía la carta de cobertura. Iba firmada, «Jason Browne», y mientras masticaba, me preguntaba por qué querría estrellar Jason Browne una máquina tan bonita. Me preguntaba si estaría más desesperado incluso que yo, y luego decidí que era imposible saberlo. Doblé con cuidado mi dolorido codo izquierdo; seguramente me había dado un porrazo en el accidente, pero parecía que funcionaba todavía. Todo seguía funcionando, más o menos. Aún había justicia en este mundo. Un par de coches de policía fueron patrullando lentamente, apuñalando con los faros los huecos entre los edificios, pero no buscaron demasiado. Esperé hasta el amanecer rumiando esos pequeños consuelos, y luego volví a la tierra.

Llamé al Mugre desde un teléfono público en la 2.4 y le dije lo del cromo en la carretera. Cuando él respondió: «¿Quién es?», parecía indignado de verdad, así que quizá sabía ya que había escapado por los pelos. Yo no podía hacer nada. Usé otra moneda para llamar a Cravetti y decir que estaba enfermo, y luego cogí un autobús que me llevó a casa, a North Beach. Después de un largo baño caliente abrí una botella de brandy, me eché en la cama y tuve una larga conversación conmigo mismo.

Se habrán preguntado dónde estaba mi supuesto apoyo. Y por qué no había

frenado yo al ver el primer parpadeo de la luz de la policía, había sacado la carta de cobertura y había aceptado la multa y me había comido el marrón que te cae cuando la pasma te agarra doblando la velocidad permitida y eso todavía en segunda... ¿Por qué había sido, aparte de la natural aversión al escrutinio que se da en una situación tan vulnerable? ¿Acaso me estaba buscando que me cogieran? Una pregunta provocativa. ¿Quería vivir, acaso? Mierda, yo creía que sí, pero mi conducta no resultaba nada tranquilizadora. Empezaba a dudar de mí mismo, esa terrible duda que es como una obsesión sin objeto. El hecho era, sin embargo, que había parado, y estaba seguro de que eso significaba algo, aunque no sabía exactamente el qué. Supongo que había tenido suerte, pero a pesar de la verdad del jugador (es mejor tener suerte que ser bueno), la suerte es un asunto que cambia súbitamente, y me di cuenta de que en mi situación no podía permitirme ni una gotita siquiera de mala suerte. Mirándolo con perspectiva, aquél era un conocimiento patéticamente inútil, porque estaba a punto de ahogarme en pura mala suerte.

Pero primero, para animarme, me puse asquerosamente borracho. Fue una semana después, durante una de esas raras oleadas de calor de septiembre, cuando no se forma niebla en la bahía y la ciudad resulta asfixiante. Debo decir que estaba enormemente borracho, jubilosamente borracho, un cambio agradable después de tanta melancolía etílica. La felicidad nacía de alguna erupción espontánea sin causa discernible, un flujo violento, dichoso, que procedía de la fuente interior, un signo definitivo de vida. Decidí que en lugar de sofocarme de calor en mi habitación prefería dormir fuera, al aire libre. Pensé en uno de los parques cercanos, pero había demasiada gente por esos sitios dispuesta a dejarte convertido en un montoncito de mierda para robarte lo que llevaras suelto. Entonces tuve una maravillosa, feliz y etílica idea: aquel fortín en el árbol de Dolores, mi refugio de las persecuciones. Fui a pie y subí a sus brazos abiertos. Se estaba de maravilla allí echado en las tablas, con las estrellas algo difuminadas por los remolinos de calor a medida que la ciudad se iba enfriando.

Dormí tan bien que ni me moví hasta que el tráfico de la mañana empezó a aumentar. Miré entre las hojas y comprobé que no se acercase ningún peatón, y bajé. En cuanto mis pies tocaron el suelo, me mareé. Me apoyé en el grueso y áspero tronco, esperando unos minutos a que se me aclarase la cabeza, y unos pocos más para asegurarme de que seguiría así. Cuando me noté estable y lúcido, o al menos todo lo que me permitía la resaca, me dirigí hacia la parada de autobús de Mission. Tenía que llegar a Cravetti a las ocho.

Pero no hay refugio que valga. En la misma manzana vi a una mujer que bajaba por las escaleras que había delante de su casa, con una bolsa grande en los brazos y un bolso bastante pesado que le colgaba del hombro. No le presté una atención particular hasta que ella se detuvo a medio camino y gritó hacia atrás, hacia la casa.

No entendí las palabras, pero el tono era de enfado. Una pelea de enamorados, quizá; de vuelta al mundo. Cuando ella volvió a chillar, con voz estridente, estaba ya lo bastante cerca para entender lo que decía:

—En la mesa de la cocina, Eddie. ¡En la mesa de la cocina! Maldita sea, ¿quieres darte prisa? Vamos, que llegaremos tarde. —Y meneó la cabeza, enfadada.

Estaba a unos cuarenta metros de los escalones cuando ella chilló:

—¡Cierra la puerta, Eddie!

Se cerró una puerta de golpe y un niño con el pelo oscuro, de unos cinco años, bajó saltando por los escalones, con una fiambarrera de un amarillo chillón en los brazos, encima de la cual llevaba un par de libros y unas hojas grandes de papel. El niño llevaba la cabeza baja, de modo que con la barbilla sujetaba los papeles para que no se cayeran. Pasó sin dejarse coger por su madre, riendo e imitándola: «Vamos, que llegaremos tarde». La madre, demacrada, siguió bajando tras él.

Yo estaba a diez metros de distancia cuando el niño tropezó en el último escalón. Pensé que se iba a caer, pero de alguna manera consiguió mantener el equilibrio. Al hacerlo, sin embargo, levantó la barbilla de los papeles y una brisa errática se llevó uno de los que estaba encima, que voló hacia el bordillo de la acera. Casi lo atrapa al pasar, pero justo cuando su manita se estiraba para coger el papel, éste se le escapó de nuevo, se deslizó hacia un lado, manzana arriba, y luego se levantó en el aire a la altura de la cintura y salió hacia la calle.

Yo lo vi venir todo y me abalancé hacia el niño mientras éste pasaba muy decidido entre dos coches aparcados y la madre chillaba su nombre. Las yemas de los dedos de mi mano izquierda rozaron la pernera de sus pantalones de pana marrón. Así de cerca estuve.

El hombre que conducía el Merc 59 azul no tuvo ninguna oportunidad. El niño estaba muerto antes de que él pisara siquiera los frenos. Cuando oí el ruido del coche golpeando a aquel pequeño, un chasquido húmedo, como si arrojaran un costado de buey desde la parte trasera de un camión a un muelle de carga, fue como si algo se me clavara muy profundamente en el pecho y me desgarrase el corazón. La calle era un caos de frenazos y chillidos. Me quedé tirado en la acera, aturdido, notando solamente la quemadura en las yemas de los dedos que habían rozado sus pantalones.

Cuando la madre corrió hacia la calle, yo me apresuré a cogerla antes de que pudiera ver el cuerpo... y luego me di cuenta de que ella debía ir, tocarlo, arrodillarse y cogerlo, todo lo que fuera necesario.

Pero la mujer no fue hacia el cuerpo. Se detuvo de repente y señaló con un dedo enloquecido y acusador la sangre que corría decidida hacia la alcantarilla, con colillas de cigarrillo y un envoltorio de caramelo flotando en el lugar donde se había encharcado, junto al bordillo. Con el dedo tembloroso, señalando, empezó a canturrear con voz aguda, monótona:

—Esto... esto no... no está bien. No. No, esto no está bien. Esto no está bien. No. No está bien.

Mucho después de que los policías y los vecinos intentasen calmarla, consolarla, ella persistía con la misma acusación incrédula, decidida, hasta que se la llevaron suavemente de vuelta a casa, asegurándole que todo iría bien.

El policía que me tomó la declaración tenía tantos problemas para controlar la voz como yo mismo. Cuando le conté lo del papel que había salido volando hacia la calle, quitó de su tablero un dibujo con ceras de colores y papel de cuaderno barato. Un sol gigante iluminaba un paisaje que contenía una flor roja y grande, tres animales que podían ser caballos o ciervos, y un coche largo y verde con las ruedas de un negro intenso. El sol dominaba la parte superior del dibujo, un sol de mediodía, de oro puro, bañando con su luz y su calidez toda la escena.

Cuando el policía hubo recogido mi relato, volvió a comprobar mi nombre y apellido y me dijo que podía irme. Yo había visto que el viejo del Merc se iba hacia el centro, detrás de un coche de policía, así que repetí muy convencido que no era culpa suya, que Eddie había salido disparado sin mirar entre dos coches aparcados, y que el pobre hombre no podía haber hecho absolutamente nada en este mundo para detenerse a tiempo.

—Sí, ya lo sé —me dijo el otro—. Sólo nos lo llevamos para tomarle declaración. Es la rutina, dadas las circunstancias. El hombre estaba muy afectado, y no le hará ningún daño alejarse del lugar del accidente.

Una ambulancia se había llevado ya el cuerpo, y la multitud se había ido disgregando hasta que sólo quedaban unos cuantos mirones. Un par de policías medían las huellas del frenazo. Un tipo con una manguera limpiaba la sangre.

—Yo no quería ver esto —le dije al policía—. No quería, no necesitaba ver esto.

—Yo tampoco, amigo.

—¿Cómo está la madre?

—Pues destrozada, como era de esperar, pero supongo que estará bien. Bueno, todo lo bien que se puede estar después de una cosa así.

—Pero ¿sabe? Casi lo cojo. —Levanté la mano izquierda para que la viera el poli—. Le toqué los pantalones, así de cerca estaba. Un segundo de todo el tiempo del mundo, un simple segundo, un maldito latido del corazón, y ese tío no estaría dándole a la manguera en la calle.

—Hizo usted lo que pudo —gruñó el policía—, eso es lo que importa.

El gruñido me molestó.

—¿Está seguro? ¿Está seguro, de verdad, absolutamente convencido de eso? —me puse a chillar—. ¿Está convencido del todo, del todo, joder?

—Vamos, hombre —se enfadó el policía—, no me eche a mí la culpa. Yo veo mierdas de estas todos los días, así que no se meta conmigo. Escuche, cuando llevaba

tres meses en la calle, era un verdadero pipiolo, teníamos a un tío subido en una cornisa, a quince pisos y el tío iba a saltar. Yo voy y me asomo por la ventana y le digo: «No saltes». Le doy todos los motivos del mundo para vivir, y se los doy de todo corazón, tal y como me van saliendo, le digo que vale la pena, que la vida vale la pena, que es buena, ven dentro hombre, dale otra oportunidad. Y veo que el tío se aprieta contra la pared, veo las uñas de su mano izquierda que se ponen blancas, está buscando apoyo con todas sus fuerzas, y va avanzando hacia mí, poco a poco, y se echa a llorar. Y cuando ya casi puedo tocarlo, dice, con una voz muy baja: «Usted no tiene ni idea», y va y salta. Quince pisos, directo hacia abajo. Hecho papilla. Pero antes de que tocase el suelo yo ya sabía que no era culpa mía. Yo había hecho todo lo que había podido, y supongo que no se puede pedir más, no se le puede pedir más a nadie, ni a uno mismo. —Sus ojos me desafiaron—. A menos que quiera pedir algo más.

—No —dije yo, deprimido de pronto—, ya parece bastante.

—Pues eso. Intentó cogerlo, no lo consiguió, nunca sabrá si las cosas habrían sido distintas. No se deprima. Váyase a casa, dese un baño caliente, tómese un par de cervezas frías, mire la tele, olvídese. La vida sigue.

Y eso fue lo que hice, todo menos olvidar. Ya estaba bastante débil antes, pero ver a un niño alegre y juguetón muerto de repente me hizo pedazos, me dejó deshecho. Como no conocía de nada a Eddie era de suponer que no debía afectarme tanto, pero de alguna manera era peor aún, un recuerdo constante de las muertes que el azar producía cada día fuera del diminuto círculo de mi vida. Además, yo conocía a Eddie. Lo había tocado.

Me tomé las cinco semanas de vacaciones que me correspondían, compré tres cajas enteras de comida en lata: carne, melocotones, chile, estofado... y unas doce cajas de cerveza, y me encerré en mi apartamento. No quería ver a nadie ni hacer nada. Tomaba tres o cuatro baños al día, dormía todo lo que me permitían mis pesadillas y el resto del tiempo bebía cerveza y miraba las paredes. No sabía si iba a pasar el límite o si el límite me iba a pasar a mí. Al cabo de una semana empecé a andar arriba y abajo por mi pequeño apartamento, mirando al techo, y de vez en cuando me echaba a llorar. No encontraba nada a lo que pudiera agarrarme hasta que recordé cómo sonaba «Mercury cayendo» cuando lo tocó Big Red, y sentí la necesidad de la música. Como tenía miedo de abandonar el apartamento, puse la radio.

No encontré demasiado jazz en la radio, y lo que emitía parecía demasiado frío y complejo. Y entonces descubrí el rock-and-roll. Era el momento adecuado. Es posible que estuviese moribundo seis años antes, pero en el 65 volvía a rodar la piedra. Aquel verano hubo un resurgimiento, si no una resurrección. Los Rolling Stones sacaron «Satisfaction», porque no la podían conseguir y parecía que se iban a poner

desagradables si no se les daba pronto. El mismo mes Dylan se puso eléctrico y unió el poder de la tradición de los trovadores con la potencia de la amplificación eléctrica, y la música introducía el sentido como un martillo golpea e introduce un clavo, y desde luego él no hablaba en sus canciones de cogerse las manos en el Dairy Queen:

How does it feeeel

To be all aloooone

Like a complete unknowooown

Like a roooooolling stone!!

!

Con los Stones y con Dylan, la radio parecía de pronto muy lejos de los niños guapos y los bailes de moda para quinceañeros. El blues malicioso y barriobajero del que bebían los Stones, las Madonnas eléctricas de alambre de espinos de Dylan, el salvaje surrealismo de las bandas de San Francisco que empezaban a emerger de garajes y lofts... de pronto se abordaban cosas distintas e inquietas en la música, había un ansia, un desafío. Por la misma época, Loving Spoonful sacó «Do You Believe in Magic», y apareció la película *Help!* de los Beatles, con toda su magnífica chaladura y su extravagancia. Esa sensación de desenfado consiguió agrietar un poco el terror paralizante a ser diferente, raro, fuera de onda... y ese temor de aparecer como un idiota es uno de los cerrojos más importantes de la jaula humana. De modo que de golpe, junto con un resurgimiento de las raíces de la música negra en la corriente dominante, hubo una nueva erupción de posibilidades, una profusión musical con una asombrosa gama de horizontes abiertos, desde las dudas y acusaciones más duras y una descarada esencia sexual impensable el año anterior a una fe dulcemente juguetona y extrañamente intrépida. La piedra iba rodando, y la emoción que producía era inconfundible.

Sería una tontería decir que la música me salvó o me curó, pero en mi rutina diaria de baños calientes, abrir latas de cerveza y comida, lo que más me sostenía era la música. No porque me ofreciera salvación (eso no hay nadie que te lo solucione) sino por el consuelo que me daban sus promesas, su chispa de vida, su salvaje y poderoso arco sináptico que enlazaba espíritu, mente y carne.

Al final de mis cinco semanas de vacaciones ya funcionaba, aunque a trancas y barrancas, y era consciente de que la vida, aunque fuera a rastras y malherida, seguía adelante. Sin embargo, cuando volví a trabajar notaba como si llevase puesta una capa de cinco centímetros de grosor de gachas de avena frías. Con la ayuda del tiempo y la música fui saliendo de aquella sensación de desesperación y condena a una depresión impenetrable. Tenía la carne hinchada, la sangre rancia, el espíritu agrio. En parte era una sensación física que yo mismo me había provocado por

pasarme el tiempo sentado, bebiendo cerveza y comiendo de lata. Sólo podía pensar en una cosa que me aguzase los reflejos, me animase, me ayudase a cuidar algo la línea: esas pastillitas blancas con unas crucecitas...

Había jurado con todas las fibras de mi determinación que no volvería a hacerlo nunca, que lucharía contra la tentación como un oso rabioso, que resistiría durante los bajones y los baches, y estaba tan decidido a expulsar aquella debilidad que decidí comprar sólo cincuenta unidades para una despedida final. Según la retorcida psicología de mi fracasada determinación, imaginé que se me permitía aquel paréntesis debido a dos hechos irrefutables: primero, las anfetaminas deprimen el apetito y conducen a la pérdida de peso, de modo que estaba justificada según criterios médicos; y segundo, celebraba haber sobrevivido a una matanza, y ¿qué es una celebración sin alguna golosina?

También me animarían, y yo necesitaba algo de entusiasmo para combatir la melancolía. En cuanto empecé a disfrutar de aquel festín de cincuenta puntos, supe que lo que necesitaba en realidad era irme, moverme, correr, seguir a Kacy, o a Red, o a cualquiera de los que se habían largado ya. El hecho de que no supiera adónde ir si no era siguiendo a alguien me puso muy triste.

Me acabé las cincuenta en una semana. Mi sistema nervioso volvió a ponerse en forma y me deshice de la grasa, pero lo mejor de todo es que no intenté conseguir más cuando se me acabaron. Los efectos secundarios, la habitual irritación y paranoia, no me parecieron tan malos, o a lo mejor era que me estaba acostumbrando al sufrimiento. Mi despliegue de valor fue una inspiración. No es difícil hacer la elección correcta, pero a veces cuesta una barbaridad atenerse a ella.

Con ese estado de ánimo esperanzado me reuní con el Mugre el 20 de octubre. Me había dejado un mensaje en lo de Cravetti para que me reuniera con él en los Billares de Bob. El Mugre no se había mostrado particularmente encantado por el trabajo que yo había hecho con el Corvette. Sólo había oído hablar de él una vez desde entonces, un trabajito en Oakland, pero lo canceló al día siguiente y sólo me dijo que se había anulado. Me imaginé que me había tachado de su lista de idiotas fiables, pero la verdad es que yo llevaba cinco semanas fuera de combate.

La sala de billares era un sitio muy frecuentado donde te podías chutar, más que jugar al billar, si te apetecía y tenías dinero. El Mugre sugirió que saliéramos a dar una vuelta y estábamos justo saliendo por la puerta cuando me dio una palmadita fraternal en la espalda y me dijo algo totalmente inocuo como: «¿Qué tal te va, hombre?». No sé por qué, por primera vez me molestó su presunción de que éramos compañeros, hermanos, colegas. El Mugre jugaba a asuntillos de poca monta, ordinarios y mezquinos, no había ni ambición ni grandeza en su mente. Casi di un salto para quitarme su mano de la espalda cuando de pronto me di cuenta de que me estaba haciendo la pelota. Éramos iguales, cómplices criminales, literalmente, y a

pesar de la enorme grandiosidad de mi majestuosa imaginación, muy superior, desde luego, no parecía que me sirviera para gran cosa. Por muy mezquino que fuera, el Mugre tenía un cierto don para el chanchullo, y de hecho, yo trabajaba para él. Así que me mordí la lengua y escuché.

Era una historia interesante. El Mugre había imaginado una variación de su nuevo tema, y aquella vez lo acompañaba una historia. El coche que tenía en mente era un Cadillac del 59 nuevecito. Según el Mugre, lo había comprado una solterona de sesenta años hecha polvo llamada Harriet Gildner, como regalo para una célebre estrella del rock. La señora estaba «forrada de pasta», citando al Mugre, y había heredado una fortuna en acero y caucho. El Caddy estaba ya preparado para embarcarlo cuando la estrella del rock murió en un accidente de avión. Como ella no necesitaba ni el dinero ni el coche, y podía permitirse regodearse en el aspecto sentimental, lo había guardado en sus almacenes, en los muelles. La dama en cuestión tenía un sobrino llamado Cory Bingham que deseaba tanto el Caddy que se ahogaba en sus propias babas, pero la anciana no quería soltarlo. Era una chiflada, aseguraba el Mugre, y su consejera psíquica, una tal Madam Bella, le había dicho que lo guardase, que ya llegaría su momento.

Pero el momento de Harriet Gildner llegó antes: se cayó por las escaleras de su mansión de Nob Hill y se rompió el cuello, y tan cargada iba que el informe de la autopsia indicaba que había rastros de sangre en sus drogas. Se conjeturó que quizá Madam Bella o Cory le hubiesen dado un empujoncito para ayudarla a rodar escaleras abajo, pero al final se consideró muerte accidental. Eso fue a principios del 62, pero su testamento, aunque legal, era un verdadero homenaje al surrealismo impugnado por todos los parientes que tenía hasta el séptimo grado. Hacía unos meses que la polvareda legal se había acabado de asentar al fin. El sobrino recibía por fin el Cadillac que tanto había codiciado, pero nada más. El Mugre no lo recordaba exactamente, pero las estipulaciones del testamento, para darte una idea, eran algo así como: «Cory tiene el coche por el que tanto suspiraba, con la condición de que se convierta en un caballero digno de semejante corcel, pero no obtendrá nada más, jamás en la vida, y si alguna vez vende el coche, tendrá que pagar al estado el doble del precio de venta, y si su valor está en cuestión, habrá que consultar el Libro de las Lamentaciones por si los fantasmas consideran adecuado revelarlo».

De modo que Cory consiguió el Caddy, otros consiguieron unas migajas, Madam Bella (su consejera psíquica y, según aseguraba el Mugre, proveedora de drogas) quedó bien provista, y el resto de la propiedad fue dividida a partes iguales entre la Sociedad Brompton para la Promoción de la Muerte sin Dolor y el Instituto Kinsey. Me reí mucho cuando el Mugre me contó todo aquello, pero él me dirigió una mirada desdeñosa.

—Maldita señora. Me hace vomitar pensar que son siempre los de su clase

quienes acaban quedándose con el botín, aunque nunca han movido un dedo para ganárselo, y nunca han tenido que bregar por un maldito penique.

A Cory ya no le importaba demasiado el coche cuando por fin lo consiguió, una actitud en la que evidentemente influía el hecho de que se consideraba un jugador de póquer, fantasía bastante cara que le había colocado en situación de adquirir innumerables deudas y graves perjuicios por parte de las agencias de recaudación no incluidas precisamente en las páginas amarillas. Aunque no se atrevía a decirlo directamente, era fácil adivinar que el Mugre estaba alineado con la gente que quería cobrar sus deudas. Como el Caddy era el único bien fungible, supongo que el Mugre había aconsejado a Cory que un Cadillac nuevecito (aunque en realidad tuviera seis años de antigüedad) era un artículo de coleccionista muy valioso que debía asegurarse a todo riesgo, y que si le ocurría algún desgraciado accidente... pues bueno, el dinero del seguro podría cubrir sus deudas personales y por tanto garantizarle el uso continuado de sus brazos, piernas y órganos sexuales. Cory, que sabía reconocer la sensatez cuando ésta amenazaba con aporrearle, había accedido. El Caddy fue introducido en un garaje de almacenamiento alquilado por Cory en la calle Siete. Un mecánico lo había examinado y había reemplazado los precintos y las partes de goma necesarias y lo había puesto a punto. Estaba todo preparado: con gasolina, registrado, dispuesto para rodar. Y plenamente asegurado, por supuesto.

Pero había un problema irritante. Yo tenía que entrar a la fuerza en el garaje y robar el coche. No era un problema demasiado grave, porque el Mugre tenía una llave duplicada para la cerradura del garaje, pero tendría que parecer que había escalo para apartar de Cory toda posible sospecha. Cory se mostraba muy aprensivo y no quería que le implicaran, aunque evidentemente le preocupaba mucho más quedar lisiado. Le dije al Mugre que Cory resultaría muy sospechoso y lo investigarían, dado que recientemente había contratado una póliza de seguros, y que no me interesaba demasiado aquel trabajo porque era probable que se deshiciera como una galleta mojada en leche. El Mugre me aseguró que la coartada de Cory sería impecable, que un abogado especializado en ese tipo de asuntos le representaría en todas las transacciones ante la compañía de seguros, que sabía a ciencia cierta que el agente que había vendido la póliza a Cory se mostraba a favor suyo, y que el propio Cory comprendía a la perfección que si decía una sola palabra, su cuerpo sería cebo para tiburones.

—Olvídalo —le dije al Mugre—. Todo este asunto es demasiado arriesgado.

El Mugre lo comprendía a la perfección. Se daba cuenta de que el tema del escalo y el allanamiento, aunque fuese fingido, era un delito grave, más o menos como el robo de coches, y que trabajar sin apoyo aumentaba los riesgos de manera sustancial. Y por eso yo recibiría dos de los grandes por adelantado y otros dos a la entrega.

Me gustaría pensar que no fue el dinero lo que me hizo cambiar de opinión, sino

más bien la comprensión instintiva y profunda de que se me estaba abriendo la puerta hacia un viaje que yo no podía rechazar. He pensado en ello más tarde, por supuesto, sin acabar de concluir nada, excepto que en el maremágnum de posibilidades que se me ofrecían, de alguna manera pude sentir que aquello era una salida. El dinero, por ejemplo, me podía servir para financiar unas largas vacaciones y buscar nuevos lugares, nuevas ideas; quizá surgiera algo. Todavía me sentía mal, pero estaba acaso un poquito por encima del aturdimiento fatalista del mes anterior.

El Mugre sonrió con placer cuando accedí a llevar a cabo el trabajo. Me dio otra palmadita fraternal en el hombro y me pasó un sobre que contenía cien billetes de veinte dólares en su interior. Me desagradó la palmadita, me encantó el dinero, y en cuanto a lo demás, no estaba muy seguro de lo que sentía.

Planeamos el trabajo para última hora del día 24, dándome así un par de días para prepararme. El garaje de la calle Siete estaba a poca distancia andando de mi casa, de modo que aquella noche fui paseando hasta allí para echarle un vistazo. La cerradura de candado era una resistente Schlage y la puerta de acero. Entrar, por supuesto, no constituía ningún problema, ya que tenía el duplicado de la llave, lo malo era que tenía que fingir que había roto la puerta.

Lo que hice fue bastante sencillo. Compré otra cerradura Schlage del mismo modelo que la de la puerta, y aquella misma noche muy tarde fui hasta allí y cambié la nueva por la original. Llevé la original a Cravetti al día siguiente y con un soplete de acetileno corté la argolla lo suficiente para que se deslizara fuera del pasador. Guardé las gotitas de metal en un botecito de un carrete de película cuando se hubieron enfriado. Estropeé la llave duplicada para que quedara irreconocible y la eché también en el botecito de la chatarra. Trabajaba con una concentración y una precisión que no había sentido desde hacía un par de meses, y debo decir que me sentó bien. Me sentía vivo, como si finalmente fuera por el buen camino.

Y entonces tuve un inconveniente. No encontraba ningún conductor de apoyo. Mis antiguos compañeros forajidos se habían ido todos excepto John Seasons, y él no estaba ni remotamente interesado en aquel plan. Neal Cassady tenía que andar por allí, pero no le encontraba; realmente ya se estaba convirtiendo en un simple rumor. Había una vieja amiga llamada Laura Dolteca, pero su madre estaba en la ciudad aquella semana haciendo un último y desesperado esfuerzo por apartar a su hija de su comportamiento deliciosamente salvaje. No se me ocurría nadie más en quien pudiera confiar. Tres personas, cuando cinco años antes habrían sido treinta. Ya era hora de largarse de allí. Al sur. A Santa Fe. Quizá al otro lado de la ciudad, a Haight... había oído rumores de que por allí pasaban cosas muy fuertes. Con los cuatro grandes del trabajo del Caddy y otros dos que tenía en casa en un calcetín, podía permitirme hacer el vago un poco por ahí y ver qué pasaba y cómo se combinaban las piezas.

Pero primero debía acabar el asunto que tenía entre manos. Cuando acabé mi

turno a las cinco me fui derecho a mi apartamento, me metí una hora entera en un baño caliente y me preparé una cena con un buen bistec. Me lo comí con apetito por primera vez en un par de meses y luego lavé los platos. A las nueve lo comprobé todo y preparé mis herramientas: la cerradura original quemada con el soplete y las gotitas de metal, la llave de la nueva cerradura que había en el garaje, linterna, guantes y algunas cosillas más como por ejemplo alicates y cables de arranque. Una vez lo tuve todo preparado, me eché en la cama y puse algo de rock en la radio, y ardiendo de impaciencia consideré todo tipo de posibilidades y contingencias.

Los únicos tres problemas cruciales que no había resuelto era dónde y cómo estrellar el Caddy y cómo salir huyendo. Digo que no lo había decidido, pero sí que lo había hecho... aunque estaba sometiéndolo a duras reconsideraciones. Apliqué toda la lógica y el realismo que pude, sopesando, reflexionando, intentando forzar una objetividad inteligente, pero finalmente aprobé mi plan original, que se basaba en el puro sentimentalismo y en una disposición estética hacia lo simétrico: lo echaría al Pacífico por el mismo acantilado donde Big Red y yo habíamos tirado aquel primer coche, el Mercury que cayó en el silencio. Por supuesto, eso me dejaría a cien millas de distancia de casa y a pie, pero hasta eso me parecía agradable. Me escondería en alguno de los barrancos costeros durante un día entero, dedicado a pensar qué hacer con mi vida, y luego haría autoestop a la noche siguiente. Quedaba un pequeño asunto pendiente, que resolví inmediatamente. Hice una llamada a Cravetti y le dije que un amigo mío había resultado malherido en un accidente en una industria maderera cerca de Gualala, y que iba a verle durante un par de días.

Me quedé echado, escuchando la música hasta casi la una y media de la madrugada, luego cogí mi equipo criminal y me dirigí hacia la puerta. Ya tenía la mano en el pomo cuando me di cuenta de que me había dejado la radio encendida, y cuando iba a apagarla, el pinchadiscos dejó caer la aguja en una canción de James Brown: «Pappa's Got a Brand New Bag». No sabía si la «bolsita nueva» era de caballo, un escroto recargado o una nueva dirección en la vida, pero era imposible oír aquello y no bailar. Y eso fue lo que hice, empecé a bailar por mi apartamento, una sacudida por aquí, un caderazo por allá, un toque de tumbao afrocubano por un lado, cuatro taconazos de gitaneo flamenco majareta por el otro, un meneo del culo para que cuadrase todo mejor, y al acabar, un giro floreado que habría aplaudido el mismísimo señor Brown, el Rey del Estilazo. Sííí, si el corazón late, la sangre tiene que moverse. Sonrojado por el bailoteo, casi mareado, apagué la música y la luz y salí a la calle.

Los bares estaban empezando a vaciarse mientras yo me dirigía hacia Columbus subiendo por Kearny. Vi un montón de marineros recién salidos de los espectáculos de tetas y un puñado de nuevos beatniks barbudos que parecían preguntarse dónde podrían pillar un poco de mercancía de la buena. Un coche patrulla pasó por allí, y yo

seguí andando tranquilo, como si tal cosa, hasta que dobló la esquina y luego, de forma incontenible, di unos pasos de baile a toda máquina, y para acabar lo completé con el nuevo giro a lo James Brown que acababa de descubrir, y esta vez doble.

El giro doble en realidad fue un giro y medio, porque choqué de cara con una joven pareja a la que no había visto y que andaban detrás de mí por la acera, pegándoles un susto de muerte.

—¡Amaos el uno al otro o morid! —les ordené, una frase que le gustaba chillar inesperadamente a John Seasons cuando estaba en el punto culminante de alguna juega. Y que vaya ahora mismo derecho al infierno si no me contestaron los dos simultáneamente:

—¡Sí, señor!

Estaban asustados, y desde luego no era eso lo que yo pretendía, ni lo que quería. Ya les veía correr al siguiente coche de policía que pasase y tartamudeando, llenos de pánico, hablarles de un tío que iba por ahí dando vueltas como una peonza y que había amenazado con matarles, de modo que dije:

—Eh, tranquilos. Sólo era un verso de un poema. ¿Leéis poesía? Y ese giro tan extraño se debía a una alegría incontenible. Lo siento si os he asustado, pero no os había oído venir por detrás de mí. —Hice una reverencia a la chica y ofrecí mi mano al joven mientras me presentaba—: Me llamo Jack Kerouac.

—Pensaba que era más alto —dijo ella. Le habría dado un beso allí mismo.

—Usted escribió *En el camino* —anunció el chico—. Me encantó.

Parloteamos unos minutos y yo me regodeé en su reverencia, y luego les dije que tenía que ir a ver a Snyder porque a la mañana siguiente nos íbamos a escalar el monte Shasta. En cuanto llegásemos a la cima, cada uno de nosotros diría una palabra al viento y luego dejaríamos de hablar durante un año entero. Querían venir también, benditos fueran.

Ya iba a alejarme de ellos cuando la muchacha me detuvo con un toquecito en el hombro. Se metió la mano en el bolsillo y me tendió un paquetito pequeño envuelto en papel de plata.

—LSD —murmuró—. Tómese sólo uno cada vez.

—Gracias —le dije, cortés. Había oído hablar del LSD pero no me interesaba lo suficiente para probarlo. Ya había tenido bastantes problemas con el peyote. Me di cuenta de que no era nada astuto añadir la posesión de drogas a mi lista de inminentes delitos, pero no sabía cómo rechazar aquel regalo educadamente.

—Tómeselos en un sitio bonito —me aconsejó ella—. Abre las cosas, de verdad.

Bueno, después de todo me interesaba mucho abrir las cosas, así que, ¿por qué no? Había que mantener vivo el espíritu aventurero.

—Me gustaría tener algo que ofreceros a cambio —dije yo, «y que no sean mentiras», añadió mi conciencia.

—Hay algo que me gustaría saber —dijo ella, tímidamente.

Me preparé para lo peor.

—Dímelo y lo intentaré.

—Me gustaría saber qué palabra va a decir en la cima del monte Shasta.

—No puedo decírtelo porque no lo sé —contesté, más relajado—. Simplemente, voy a decir lo que me salga, lo que sienta. Ese algo espontáneo que se te revela en el momento, ya me comprendes. Siento no poder decírtelo, si no, desde luego que lo haría.

—Espere un momento —dijo ella, rebuscando en el bolso de ante que llevaba hasta que encontró una postal y un bolígrafo. Mientras escribía a la luz de una farola seguía hablando—. Es una postal ya franqueada. Me la dirigiré a mí misma. Me llamo Natalie. Cuando vuelva de la montaña, escriba la palabra que ha dicho y envíemela... pero sólo si realmente «siente» que tiene que hacerlo. Sin obligaciones. Y prometo no contárselo a nadie.

—Es justo. Suponiendo que llegue a la cima y que tenga algo que decir. —Me guardé la postal en el bolsillo.

—¿Y ella puede contármelo a mí? —preguntó el novio.

—Claro, si todavía os amáis el uno al otro y no habéis muerto.

Ambos soltaron una risita.

—No os muráis —los amonesté, y luego me fui por Columbus hacia Kearny, subiendo por la montaña hacia el viento salvaje y las potentes nubes de la alegría, y la emprendí con unos pasos de baile, saltos, giros, un poco de claqué, lo que me iba inspirando el momento. Desde la sala de instrumentos de mi psique, una voz tan seca como mi conciencia pero con un tono más sardónico aún me anunciaba: «Te lo estás buscando». Y yo le respondía, sin aliento: «Sí, sí, ya sé que me lo estoy buscando. Mierda, en realidad lo estoy suplicando». Y seguía dándole al ritmo por la calle abajo.

Estaba ya algo más apagado cuando llegué al garaje de la calle Siete, pero todavía con ilusión. Me notaba alerta, confiado, decidido, y no había sentido nada parecido desde hacía mucho tiempo. Llegué ante la puerta del garaje como si fuera mío, usé la llave y dejé abierta la puerta doble. Entré, cerré las puertas tras de mí, saqué la linterna de mi equipo criminal y me quedé de pie y quieto en la oscuridad, con los sentidos aguzados. El aire parecía más cálido allí dentro. Se percibía un olor almizclado a aceite de motor, con una pizca ácida de disolvente. Encendí la linterna.

El garaje estaba lleno de Cadillac. El coche parecía tener veinte metros de largo. Donde no estaba cromado era de un blanco inmaculado, incluyendo los tapacubos de las ruedas. Seis años es mucho tiempo para que un neumático no ruede, y aunque el Mugre me había asegurado que tenía neumáticos nuevos, yo quería estar bien seguro. Lo eran. Comprobé las placas de matrícula: en regla. A pesar de mi atención a los

temas de seguridad, mientras llevaba a cabo mi inspección no pude dejar de notar la extravagancia del estilo: unas aletas que parecían tan altas como el techo, cada una de ellas con luces traseras gemelas en forma de bala; rejilla del radiador frontal dividida por una gruesa barra cromada horizontal tachonada de pequeñas balas de cromo, un motivo repetido en la rejilla de imitación falsa de la parte trasera que corría por el panel inferior, encima del parachoques; guardabarros en los huecos traseros; ventanillas tintadas con mecanismo eléctrico delante y detrás, cromo resplandeciente por todas partes. Era un Eldorado, y si mi memoria no me engañaba aquello significaba 6.000 centímetros cúbicos, 345 caballos, alimentado por tres carburadores de dos cilindros. Se necesitaba toda aquella potencia para mover esa enorme masa de metal.

Abrí la portezuela para comprobar la llave y la documentación y me asaltó el olor a tapicería nueva de cuero y, por encima de todo, una fragancia que conocía perfectamente mi entrepierna y que me mareó: Shalimar, el perfume favorito de Kacy. Lo inhalé profundamente, una y otra vez, pero todavía no estaba seguro de olerlo de verdad. La incertidumbre me asustó. Seguí husmeando, me eché a temblar, y luego quise volver al trabajo que tenía entre manos antes de perder la concentración. Esforzándome por relajarme y tranquilizarme, saqué la documentación de la visera y la examiné con cuidado. Limpia como una patena.

La llave estaba debajo del asiento delantero, donde se suponía que debía estar, y entraba con suavidad en el contacto. El motor se puso en marcha a la primera y susurró. Eché un vistazo a las marchas: todo parecía bien. El depósito estaba lleno. Quedaba la peor parte, el punto de vulnerabilidad máxima. Tenía que abrir la puerta del garaje, sacar el coche, detenerlo, cerrar las puertas otra vez, poner la cerradura duplicada, esparcir algunos trocitos de metal debajo del cierre, arrojar el trozo cortado de la cerradura en un lugar que no fuese demasiado obvio, pero donde se pudiese encontrar sin demasiado esfuerzo, y luego volver al Eldorado y salir de allí. Suponía unos cinco minutos en total, si no se torcía nada; dos como mucho, si iba más suave que la seda. Lo único que no me hacía ninguna falta era algún poli patrullando por allí, o algún buen vecino con insomnio que coleccionase las historietas dominicales del detective Dick Tracy.

ABCDEFGH. Planes. Pura ilusión. ¿Cómo se puede predecir lo impredecible, las variables, la voluptuosa acumulación de posibilidades, las elecciones insondables del azar, los inflexibles dictados del destino? Bajas de un árbol, vas andando por la calle y un niño muere aplastado delante de tus ojos. Acaba la música y una mujer se pone de pie y se quita la ropa y tú te enamoras. Yo metía ya la llave en el contacto cuando oí que un coche doblaba la esquina y venía por la calle. Luego otro justo detrás, con la radio sintonizada en un rock-and-roll. Ambos pasaron sin aminorar la marcha. Luego otro fue bajando desde la parte superior de la manzana. Demasiado tráfico

para las 2.30 de la mañana. Quizá hubiese una fiesta en el vecindario, una timba de cartas, un burdel, asuntos de drogas, quién sabe. Pensé que debía dejar pasar unos minutos para que todo se tranquilizase.

Decidí hacer un par de cosas útiles mientras esperaba, como por ejemplo sacar la cerradura y los trocitos de metal y prepararlos, y luego guardar el resto de mi equipo criminal en la guantera. Cuando me incliné hacia adelante y abrí la guantera, el potente olor a Shalimar me devolvió a los brazos de Kacy.

Volví rápidamente a la realidad, ayudado en gran medida por el recuerdo de un hecho: que me encontraba justo a punto de cometer múltiples delitos. Y por otro hecho: que no era probable que Kacy se encontrara agazapada en la guantera esperando mis designios amorosos. El Shalimar es un perfume bastante conocido. Quizá Cory Bingham tuviera una novia que lo usaba, o quizá le gustase echarse un poco él mismo y andar pavoneándose por ahí. Dirigí el haz de la linterna hacia la guantera, esperando encontrar una botellita de perfume que perdiera o quizá un pañuelo perfumado, pero lo único que había en la guantera era un trozo de papel arrugado que, al examinarlo más detenidamente, resultó ser un sobre. Me lo llevé a la nariz: era el origen del Shalimar; el aroma no era abrumador, pero sí definido. Por supuesto, algo lógico, siempre hay una explicación. Se trataba de una carta perfumada y dirigida con una escritura fina y precisa al señor Big Bopper. Eso era todo, sólo el nombre. No había sellos ni matasellos. Lo volví a la luz de la linterna y vi la zona dentada y desgarrada donde habían abierto el sobre. La carta que había dentro estaba escrita a máquina, a un solo espacio. La saqué y la alisé encima del volante.

Leí la carta siete veces de un tirón allí mismo, y otras siete más tarde, aquella misma noche, y quizá setecientas veces más en total, pero después de la primera vez supe sin ningún tipo de duda ni vacilación qué era lo que iba a hacer.

Puedo recitar la carta de memoria. Llevaba un membrete en relieve con las letras de un intenso color granate: Señorita Harriet Annalee Gildner. Debajo del nombre, centrada con toda exactitud, se había mecanografiado la fecha: 1 de febrero de 1959.

Querido señor Bopper,

Soy virgen y tengo 57 años. Nunca he practicado el sexo con ningún hombre porque ninguno me ha conmovido. No se equivoque, por favor. Ni me envanezco de mi virtud ni me avergüenzo de ella. La vida está llena de pasiones y placeres, y el sexo es, indudablemente, uno de ellos. No me lo he negado a mí misma; sencillamente, no he encontrado el hombre ni el momento adecuado, y no he visto razón alguna para fingirlo.

Espero que no me considere tampoco una chiflada, pero uno de mis intereses más

profundos es el mundo invisible.

A lo largo de los años he empleado a algunos de los psíquicos, chamanes y médiums más sensibles para que me dieran acceso a ese reino del ser que desafía los circuitos racionales del conocimiento que nuestra cultura considera la realidad. He buscado esos reinos por puro deseo de conocimiento, no por necesidad de creer. Le ahorraré las técnicas y metafísicas, porque están mucho más cerca de la música que del «pensamiento», y supongo que me comprenderá usted.

Vamos entonces al grano: hace una semana, mientras estaba en mi despacho examinando un informe de mi corredor de bolsa y disfrutando de una pipa de opio, me visitaron unos espíritus sin forma que llevaban un libro bastante grande. El libro estaba encuadernado con el cuerno de un rinoceronte blanco, con el título estampado en oro: EL LIBRO DE LAS LAMENTACIONES.

Les pedí a los espíritus que abrieran el libro.

«Una página, una página», canturrearon las voces al unísono como respuesta, y luego me tendieron el libro.

Se abrió al tocarlo. La página revelada estaba escrita en una lengua que yo nunca había visto, pero comprendí claramente mientras leía que se trataba de un lamento de personas vírgenes, hombres y mujeres que, fuera cual fuese la causa o razón, nunca habían conocido (y cito el texto) «los dulces desfallecimientos del amor sexual». El texto continuaba y era una crónica de lamentos, pero la página se desvanecía a medida que yo la leía. Llena de desesperación, intenté coger el libro. Se disipó, junto con los espíritus. Pero inmediatamente volvió un espíritu solo (son invisibles, pero su presencia resulta abrumadora). Noté que esperaba.

—¿Por qué se me ha permitido esta visita? —pregunté.

Se oyó una risita, como de alguien muy joven, de 17 años, y una voz de muchacha replicó:

—Confía en ti misma, no en nosotros.

—¿Y cómo lo sabré?

La joven volvió a reír.

Hazlo, simplemente. Y probablemente te equivocarás.

—¿Eres virgen? —le pregunté.

—¿Estás de guasa? —Ella se desvaneció riendo, dejándome confusa y, debo admitir, consternada.

Aquella noche no conseguí dormir hasta muy tarde, pero dormí profundamente. Cuando me desperté a la mañana siguiente, envuelta en las membranas de unos sueños que no conseguía recordar, tendí la mano hacia mi mesita de noche para poner la radio en una emisora de música clásica que suelo escuchar con frecuencia. O eso intenté, al menos. No sé cómo di la vuelta al dial en lugar del botón de puesta en marcha. Me di cuenta de mi error y giré el botón de encendido, olvidando que

había cambiado la emisora al azar.

Y allí estaba usted: «Helloooo, bay-beeee, this is the Big Bopper». Y me conmoví. Los hombres que habían hecho algún intento sexual conmigo en el pasado siempre se las habían arreglado para que aquellos intentos pareciesen extraños, angustiosos. Cuando oí su voz juguetona, esa lascivia feliz y despreocupada, lo supe. Y quizá esté equivocada, probablemente lo esté, pero eso no altera mi convicción.

Quiero que comprenda que este coche es un regalo, que es suyo sin compromisos ni condiciones. Es un regalo para agradecerle su música, el deseo que hace girar los planetas y el poder que presagian. De modo que es más bien un homenaje a las posibilidades de amistad, comunión y amor. No me debe nada. Puedo permitírmelo, porque soy ridículamente rica.

Si alguna vez pasa por San Francisco, por favor, llámeme o pase por mi casa. Me gustaría muchísimo conocerle.

Saludos cordiales,

HARRIET GILDNER.

Me quedé allí sentado en la oscuridad perfumada de Shalimar, un hombre sin regalo dentro de un regalo no entregado, un regalo sentido y absurdo destinado a celebrar la música y las posibilidades del amor humano. Yo tenía que entregarlo, desde luego.

Y luego un par de piezas acabaron de encajar. El Mugre dijo que era un regalo para una estrella del rock que había muerto, pero el nombre del Big Bopper siguió flotando en el umbral de mi memoria durante un momento antes de formar un arco y traspasarlo. «Es mucha música para perderla», había dicho Kacy. Buddy Holly, Ritchie Valens y el Big Bopper. ¿Y ahora ese gilipollas esperaba que «yo» estrellase el Cadillac del Bopper, el regalo de su tía, para compensar su estupidez en la mesa de póquer? No. Eso no podía ser, de ninguna manera. Ese coche no le pertenecía. Pertenecía a los fantasmas de Harriet y del Big Bopper, al amor y a la música. Yo también estaba equivocado probablemente, pero a la mierda todo. Uno hace lo que tiene que hacer, y lo que yo sentía que tenía que hacer era llevar aquel coche a la tumba del Big Bopper, ponerme de pie en el capó y leer la carta de Harriet, y luego prenderle fuego a todo, un monumento de fuego. Iba a trepar a la montaña y decir mi palabra; entregar mi regalo y luego desaparecer.

Sabía que todo aquello iba a ser mucho más difícil de lo que parecía. Además de una buena cantidad de suerte, necesitaba un par de cosas más que se me ocurrían así de repente: una cobertura fiable, y un poco de información. Imaginé que lo de la cobertura no sería demasiado difícil. John Seasons y sus muchos sellos oficiales podían conseguírmela, probablemente, mientras no se viera sometida a un escrutinio

demasiado riguroso. La única información que parecía crucial era la situación de la tumba del Big Bopper, y supuse que podría averiguarlo por el camino.

Volví a doblar la carta con mucho cuidado y la metí de nuevo en el sobre, mosqueado al ver que alguien (probablemente el idiota de Cory) lo había abierto y luego arrugado. Aquella carta era un documento noble, un poco extraño quizá, pero eso no era motivo para tratarlo como si fuera un pañuelo de papel usado.

Pasaba algún coche de vez en cuando por la calle, pero yo me sentía encantado, con mi eufórica convicción de estar haciendo lo correcto (o al menos estar haciendo «algo») y si en algún momento hay que apostar el culo a cambio de nada, pues aquél era el momento adecuado.

No me precipité. Arranqué de nuevo el Caddy y lo dejé al ralenti mientras abría las puertas del garaje. Salí a la entrada, lo puse en punto muerto y eché el freno. Ese maldito Caddy era tan largo que la mitad sobresalía hacia la calle. Cerré las portezuelas, cambié la cerradura duplicada, eché los trocitos de metal fundido por allí alrededor, lancé la cerradura original cortada con el soplete en el espacio entre el garaje y el edificio siguiente, volví a subir al Caddy, me ajusté los guantes, solté el freno y ya estaba fuera.

John Seasons esperaba en la puerta con una sonrisa distante. Eran las tres y media de la mañana y acababa de escribir un poema que pensaba que valía la pena. Comprendió antes de que yo hablara que había pasado algo, y me miró fijamente, con la cabeza inclinada.

—Dios mío, tienes un aspecto espantosamente vivaz esta mañana.

Se lo conté todo tan rápido y con tanta claridad como pude.

—Me inclino ante lo romántico del gesto —dijo, y efectivamente, inclinó un poco la cabeza. Que le gustase la idea hacía que pareciese mejor aún.

Le expliqué que necesitaba cobertura. Le dije que el Caddy estaba registrado legalmente a nombre de Cory Bingham, de modo que yo necesitaría unos nuevos documentos o una razón condenadamente buena para llevar el coche.

John tenía una comprensión innata de esos asuntos.

—¿Tienes alguna influencia sobre Bingham?

—Como ando suelto por ahí y conozco el chanchullo, debería mostrarse razonable. No puedo decir que le tenga cogido por las pelotas, pero sí que le puedo tirar un poco de los pelillos.

—Seguramente sería mejor para todos los implicados que el tipo se tomase unas vacaciones donde nadie pudiera encontrarle durante unos pocos días. Así no tendría que mentir.

—Yo también pensaba en algo parecido, precisamente —dije—. No hay por qué arriesgarse a lo tonto.

John dijo:

—Lo único que necesito es una foto tuya para el nuevo carnet de conducir y lo demás es fácil. Y también necesitaré los documentos actuales y la carta de esa mujer... Harriet Gildner, ¿verdad? Creo que la conocí en el Taller Mágico. Muy metida en el tema.

Yo tenía los documentos y la carta. John estaba impresionado.

—Pero, George, parece que te estás volviendo sensato en medio de tu locura.

—Me lo tomaré como un cumplido.

John se encogió de hombros.

—Bueno, al menos es una locura grandiosa.

—No me gusta tener que meter prisa a un artista cuando trabaja —dije—, pero ¿crees que podrías tener los papeles terminados en cuatro o cinco horas?

—Con las primeras luces del alba.

—Bien, mierda, si tienes tiempo de sobra, ¿por qué no pones a trabajar a alguno de tus legendarios eruditos y a ver qué pueden averiguar del Big Bopper? Especialmente, dónde está enterrado.

—Realmente, George, ése no es mi campo. La prosodia, la historia, las artes gráficas, el béisbol... en esas cosas podría ayudarte. Pero carezco de las referencias adecuadas para averiguar el lugar de inhumación de los músicos de rock-and-roll. Sin embargo, recientemente he conocido a un jovencito encantador que por casualidad es conserje de la biblioteca. Ahora debe de estar allí, y quizá pueda ayudarnos.

—Sólo quiero rodar en la dirección adecuada.

—Lo entiendo —dijo John—. ¿Qué es un peregrinaje sin destino?

Mi destino inmediato era mi apartamento. Aparqué cerca y subí las escaleras. Me quedé de pie en el centro de la habitación pensando qué podía necesitar, y decidí ir lo más ligero posible. Metí en una bolsa algo de ropa y mis útiles de afeitar, y luego retiré mis ahorros del First Bank de Innersprings. Lo conté todo en la mesa de la cocina: 4.170 dólares, incluyendo los 2.000 que me había pagado por adelantado el Mugre.

Eso me recordó que tenía que llamar. Marqué el nuevo número que me había dado. Como siempre, contestó al tercer timbrado.

—Complicaciones —dije.

Hubo un breve silencio, luego una pregunta contrariada:

—¿Sí?

—Un tema personal.

La pausa fue más larga, pero yo esperé.

—¿Y bien? —dijo, nada contento.

—No te preocupes. El trabajo se hará. Sólo que va a tardar algo de tiempo.

—Espero que estemos hablando de minutos.

—Quizá tres o cuatro días. O podría ser una semana.

—No.

—Que te den —dije yo.

—No sé qué problema tienes —susurró el Mugre—, pero si se te ha ocurrido algún juegucito o mencionar algún nombre te voy a dar algo que recordar, so idiota. Hay más de doscientos huesos en el cuerpo, y yo tengo amigos que disfrutarán rompiéndotelos todos, uno por uno, lentamente. Cuando hayan acabado serás un maldito flan, ¿lo entiendes?

—Que le den también a tus amigos, y al sheriff y a toda la tropa. Si quieres tener la espalda cubierta, dile a tu amigo cabeza de chorlito que se vaya de la ciudad una semanita. Quizá le haga un poco de bien a su alma pecadora una larga excursión por las Sierras. Yo me cuidaré bien. No necesito ninguna mención prematura a ningún mecanismo averiado. Eso no haría más que poner las cosas difíciles para todos los implicados. Puedes guardarte lo que me debes todavía, para compensar los inconvenientes, pero esta vez voy a hacer las cosas a mi manera. Voy a entregar esto a quien pertenece por derecho.

—Vas a comer mierda, eso es lo que vas a hacer. Ahorra algo de dinero para las facturas del médico. Esto va a hacer desgraciada a mucha gente.

—No durante mucho tiempo. Lo superarán. Pero ¿sabes qué? A mí me va a hacer muy feliz. Espero que eufórico. Voy a quemarlo, a hacer una hoguera enorme. ¿Qué te parece?

—Creo que sería precioso que te quemaras tú también.

—Escucha, no pienso estafarte, ¿lo entiendes? Lo voy a destruir, como todos los demás. Unos pocos días de tiempo extra deberían compensarte por lo que te ahorras. Que irá a parar a tu mugriento bolsillo. No te voy a timar, no te preocupes. Sólo es algo que tengo que hacer, y no puedes hacer nada para evitarlo, así que, ¿por qué no sacas un poquito de comprensión de esa semilla de mostaza reseca que tienes por corazón?

—Muérete —rezongó el otro, y colgó, privándome de la oportunidad de instarle a que mejorase su imaginación.

Dado el mal humor del Mugre imaginé que no sería prudente quedarme demasiado tiempo en mi apartamento, ni en la ciudad, de modo que cerré la puerta, metí mi bolsa en el portaequipajes del Caddy y me dirigí hacia el restaurante Doggie Dinner, que estaba abierto toda la noche, a pedir dos cafés y una hamburguesa doble, que me comí de camino a casa de John.

Mis papeles de viaje ya estaban preparados. Cediendo a la insistencia de John, nos sentamos a la mesa de la cocina para examinarlos. Los hojeó y me explicó cada uno de ellos. Un carnet de conducir nuevo de California a nombre de George Teo Gass (ay, el sentido del humor de John), una tarjeta de la seguridad social, una licencia de armas y otro documento de identidad con mi nuevo nombre. Además, un

Certificado de Transporte Interestatal DMV de aspecto muy oficial, un documento que yo ni siquiera sabía que existía, y que no estoy seguro de que John conociera tampoco. Había también una carta ante notario de Cory Bingham atestiguando el hecho de que el señor Gass estaba autorizado a transportar el vehículo para su exhibición en un homenaje en memoria del Big Bopper. La carta de Cory iba acompañada de un fajo de documentos con el membrete de las oficinas legales de Dewey, Scrum y Howe, que cubrían los términos y responsabilidades de la exhibición del coche en el homenaje. John decía que si me detenían, tenía que explicar que me habían contratado a través de un agente para aquellos abogados, y que no conocía en persona al señor Bingham ni a los abogados, aunque el agente me había asegurado que existía no sé qué disputa legal entre Cory Bingham y la sucesión de Big Bopper. Incluso tenía una tarjeta del agente, un tal Odysseus Jones.

Poeta de la falsificación, John Seasons sabía trabajar con el papel y la tinta. Tampoco me cobró ni un penique por todo aquello. Yo le dije que tenía un buen fajo de billetes para cubrir los gastos del viaje y que la documentación adecuada era la primera partida de mi presupuesto, pero John, con el exagerado tono profesoral que usaba para burlarse de sí mismo, dijo:

—Ah, mi querido jovencito, el objeto del precio es medir el valor, y el valor más elevado es la bendición. Uno infiere con toda facilidad de las obras de Lao-Tse, Dogen y otros Maestros del Camino que bendito mil veces es aquel que ayuda a un peregrino que emprende viaje.

Yo iba a insistir en entregarle un donativo de 50 dólares, al menos para cubrir el desgaste de los sellos, cuando sonaron unos fuertes golpes en la puerta. Yo me volví al momento, con la luz roja de la huida relampagueando en el cerebro, seguro de que uno de los secuaces del Mugre había encontrado el Caddy en aquella misma manzana. John me sujetó el brazo.

—Tranquilo —dijo en voz baja—. Es demasiado tarde para tener miedo. —Se dirigió a la puerta y preguntó—: ¿Se puede saber quién ha venido a llamar a mi puerta a esta hora infame?

Resultó que eran Myron y Messerschmidt, ambos puestos hasta las cejas, y que acababan de llegar a la ciudad después de un viaje sin escalas de cuarenta horas de ida y vuelta a México. Venían parloteando, cada uno de ellos llevaba una enorme bolsa de la compra llena de drogas disponibles sólo por receta en este país, mientras que en México, con sus ideas menos formales de lo que es la restricción, estaban disponibles a granel en cualquier tienda, especialmente en las *farmacias*^[2] más ilustradas junto a la frontera. El primer artículo que sacó Myron de la bolsa era un bote de 1.000 tabletas de benzedrina, con el sello de fábrica todavía. Querían 150 dólares, y los obtuvieron en el acto. John chasqueó la lengua pero yo le ignoré. Ya estaba cansado, y sería un viaje largo. Además me sentía atrevido, imaginativo y

lleno de decisión, y tales virtudes flaquean sin la recompensa adecuada.

Mientras Myron y Messerschmidt hurgaban entre la farmacia portátil buscando el Percodan que les había encargado John (entonces fui yo quien le chasqueó la lengua a él), me acompañó a la puerta.

—La información sobre el Big Bopper —le pregunté.

—Ah, sí. He llamado a mi joven amigo de la biblioteca y ha buscado en los archivos de los periódicos. El auténtico nombre del Big Bopper era Jiles Perry Richardson, nacido y criado en Sabine Pass, Texas. Si no me engaña mi precaria geografía, eso está justo en la frontera de Louisiana, junto a la desembocadura del Río Rojo. Trabajaba como disc-jockey en Beaumont cuando entró en la lista de éxitos. Mi amigo decía que en el periódico no había más información sobre el lugar donde está enterrado, pero yo supongo que fue enterrado en Sabine Pass, o posiblemente en Beaumont. Si fuera tú, me dirigiría al este de Texas (Beaumont no está lejos de Sabine Pass), pero sería muy inteligente por tu parte hacer algo de investigación en alguna biblioteca por el camino. No debe de resultar demasiado difícil averiguar dónde está enterrado. Pero lo averiguaré antes de que llegues demasiado lejos porque me sentiría como un idiota si resulta que estás aparcado en Sabine Pass y averiguo que sus huesos descansan eternamente en Los Ángeles.

Le bendije por su ayuda y le di un abrazo, poniéndole verdadero sentimiento. Él me lo devolvió y luego me apartó un poco y me miró a los ojos.

—Bueno —dijo, aprobadoramente—, el Peregrino Errante se aleja en su Buque Fantasma.

—Eh, que todavía no soy ningún fantasma —objeté, algo nervioso. Pero le había entendido mal.

—No, no —se rió John—. El fantasma es el buque. Tú eres un peregrino como en aquello de «el peregrino sigue adelante, el viaje es su plegaria».

—Bueno, eso sí —dije, aliviado.

—Pues dales recuerdos a los dragones y magos, y encomienda mi honor a las bellas doncellas. Y a los pajes, si es que ves alguno que sea mono. Y George, en serio: que te vaya bien.

Las estrellas se desvanecían ya a la luz del amanecer cuando me fui, con los papeles falsificados debajo de un brazo y un bote de anfetaminas de 1.000 unidades metido en el bolsillo interior de la chaqueta. El Caddy me esperaba donde lo había dejado, de un blanco inmaculado y con sus cromados, su diseño aerodinámico y su poderío, como un cruce entre un cohete espacial y un Leviatán, una manifestación excesiva de chabacana excelencia, una idea absurda del sueño americano.

Me metí dentro y lo puse en marcha. Mientras se calentaba puse los papeles en la guantera y sujeté los documentos en la visera de nuevo. Me metí tres anfetaminas bajo la lengua, como hostias de comunión en miniatura, me las tragué y guardé el botecito

debajo del asiento. Estaba allí sentado, apretando el pedal del embrague, preguntándome si me olvidaba de algo. Pero había llegado a un punto en que todo lo que me hubiera olvidado, olvidado estaba. El disco del embrague giró como loco y yo pisé el acelerador con toda mi alma. Cuando llegué al final de la manzana, hacía tiempo que estaba bien lejos.

Mesólogo

Mientras George despegaba e iniciaba su peregrinaje en el 65, en el presente estábamos llegando, y la grúa dio unas sacudidas cuando él fue reduciendo la marcha para detenerse ante la señal de stop de Monte Rio.

—Monte Rio —anuncié. Dado mi estado cuasicomatoso, como resultado de una combinación de la maldita gripe, muchos miligramos de codeína, el terror y la parálisis inducida por la velocidad y el soniquete hipnótico de la voz de George, me sentía impresionado por mi perspicacia y mi capacidad para articular las palabras. «Monte Rio», repetí, embelesado por su certidumbre existencial.

—Sí, eso es —confirmó George—. A cinco millas de Guerneville ahora mismo, llegamos en un santiamén después de un trecho cuesta abajo, y mañana el mundo será totalmente distinto —dobló a la izquierda por la 12 y fue cambiando las marchas—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Vas tirando? ¿Te sangran los oídos?

Lo pensé muy bien, pero no encontraba las palabras. Había gastado toda mi munición con «Monte Rio».

—¿Mejor? —preguntó George—. ¿Igual? ¿Peor?

Asentí.

—¿Todo a la vez?

Asentí de nuevo.

Él asintió también. No sabía si me comprendía y aceptaba mi incapacidad de reunir y pronunciar las palabras o simplemente confirmaba algún juicio interno propio, ignoraba sobre qué asunto y además no me importaba. Me hundí en esa lujosa indiferencia como un vaquero de las llanuras sumergiéndose en su primer baño después de cinco semanas de calor inmisericorde y sudor de caballo y marcha incesante. Las palabras «Valle del Río Rojo» flotaban entre los restos de mi cerebro. «Corre a decirme *adieu*...» ¿*Adieu*? ¿Qué mierda es esa de *adieu*? Se supone que los vaqueros no van por ahí hablando francés.

George me estaba dirigiendo una mirada de simple apreciación, amistosa, pero sincera.

—Quizá deberíamos parar un momento en la Clínica de Salud Redwood para que te examinen rápidamente. Creo que estás bien, pero las opiniones no son diplomas.

—¡Cama! —sollocé entonces, asombrado de haber podido hablar. Era la voz de mi sistema nervioso involuntario, que arrebatava el control a la consciencia de vaquero que decía *adieu* al hogar de los búfalos errabundos. Una cama. Una cama. Una exigencia física, una necesidad pura y dura, sin mancillar por evaluaciones posteriores ni cuidadosas consideraciones ni juicios reflexivos. Descansar, dormir, retirarme. El último rodeo.

George adelantaba a un camión cargado de troncos como si estuviera congelado

en el tiempo. Diestro, decidido. Sin duda, aquel hombre sabía conducir. Cuando el camión se perdía ya en el espejo retrovisor, dijo:

—Tú mandas. El primer punto de la orden del día, pues, es meterte en una cama. Cuando estés mejor llevaré tu camioneta a Itchman.

Mi cabeza asentía sola.

—Si no tienes ningún lugar concreto pensado —dijo George—, ¿qué te parece el Rio del Rio? Lo llevan Bill y Dorie Carpenter. Buena gente. Remolqué una vez su Hudson del 54 cuando se les rompió un eje junto a Skagg Springs. Estaban allí observando a las aves. El Rio del Rio no es lujoso, pero lo que le falta de lujo lo tiene más que de sobra en comodidad. Es muy tranquilo. Y siempre está limpio.

—Corre —dije.

George, riendo ante mi ingenio indomable, accedió de buen grado. Aunque todas las ventanillas estaban perfectamente cerradas, yo notaba el viento que rugía contra mi rostro. Me sentía bien. Me sentía mucho mejor aún por estar a una milla de Guerneville y acercándonos rápidamente.

El Rio del Rio estaba en la parte occidental de la ciudad, escondido en un bosquecillo de secuoyas jóvenes, en una meseta por encima de la llanura de aluvión del río Russian. Había nueve cabañitas, contando la recepción, todas pintadas de un verde oscuro con rebordes blancos, y el verde era del mismo tono que el musgo que crecía entre las grietas de los tejados de secuoya.

George puso la palanca de marchas en punto muerto y echó el freno. No me había dado cuenta de que nos habíamos detenido.

—Iré a ver a Bill y Dorie para inscribirte y a ver qué hay —dijo—. Quédate aquí. Vuelvo ahora mismo.

La lluvia había amainado y se había convertido en una niebla arremolinada. A través del parabrisas húmedo George parecía un borrón mientras se iba acercando a la recepción. Oí un golpe sordo, seguido al cabo de unos segundos por un alegre saludo de mujer, que inmediatamente se afilaba y se convertía en una exclamación burlona:

—Viejo fantasma loco, te vemos tan a menudo como a los pájaros carpinteros. — Mi cerebro se negó a entender aquella comparación demasiado compleja.

Me miré las manos cruzadas modosamente en el regazo. Parecían muy lejanas e indiferentes. Me preguntaba si podrían abrir la guantera en busca de más codeína. El dedo índice de mi mano derecha tembló un poquito. Cuando hay comunicación, hay esperanza. Estaba seguro de que a George no le importaría; parecía que había muchas, y quizá yo las necesitara más tarde, por si tenía una hemorragia o algo. Quizá me salvaran la vida, una vida que, según alcanzaba a comprender, parecía notablemente libre de constricciones éticas o morales. ¿Por qué la generosidad parecía inspirar mi rapacidad?

Todavía estaba pensándolo cuando oí el chapoteo de alguien que corría hacia el

camión. La puerta del conductor se abrió y George echó un brazado de papel y astillas en el asiento delantero y subió él mismo, mientras anunciaba, alegremente:

—Bueno, socio, ya está todo arreglado.

Me mostró una llave, balanceándola como si fuese un cebo.

—El siete, buena suerte. La tienes todo el tiempo que la necesites, y pagas cuando puedas. Dorie dice que hay una oferta especial de invierno, son treinta y cinco al día. Ya te he dicho que era buena gente. Deja que te haga de chófer y te acompañe a tus aposentos.

En medio de una distensión temporal aquélla era demasiada información, yo no podía procesarla toda. Diez segundos hasta la cabaña. Horas para bajar del camión y entrar en el interior, mientras George me iba animando, haciendo comentarios, dando órdenes:

—Vamos, vamos, ya queda poco... Cuidado con esas losas de piedra... resbalan como los mocos en un picaporte... Ahora, derecho a la cama, ahí, y yo haré un poco de fuego en la chimenea. Un poco de calorcito y dos días de sueño, ¿no te apetece? A tu lado, un zombi en estado comatoso parecería un loco lleno de vitalidad, pero mira, ¡ya has llegado a la tierra de tus sueños! Sólo tienes que quitarte la ropa y meterte dentro. ¡Sí! Duerme como un bebé y olvídate de todo, tanto que para despertarte se te tengan que quemar los pies. Eso es. Y ahora, voy a demostrar que me merezco la condecoración de Hacedor de Fuego de primera mientras tú te acurrucas debajo de las mantas y llamas al sueño... Nada como un fuego de leña para calentar los huesos... —Su voz se fue disipando mientras él salía por la puerta.

Era complicado, especialmente los botones de la camisa, pero conseguí desnudarme, meterme temblando entre las sábanas frías y subirme el edredón hasta las orejas. George volvió con el papel y la leña, diciendo algo que no pude oír, ahogado por los crujidos del fuego que prendía en el hogar de piedras de río. Luego se acercó y me sonrió allí metido en la cama y dijo algo de mi ropa húmeda y de llevarla a la recepción, y que yo podía dejar la suya allí o quedármela si necesitaba un guardarropa algo más variado, con un toque de clase trabajadora muy adecuado para cortejar a las mujeres de Guerneville, pero yo ya me estaba yendo, sus palabras se perdían entre el sonido del fuego y las secuoyas mojadas por la lluvia que iban dejando caer las gotas en el tejado.

—El durmiente, a despertarse —murmuró una voz—. Aquí está la sopa. —George sostenía una taza humeante en la mano—. Me sabe mal tener que despertarte, pero aunque tuvieras una espada clavada en el corazón, no dejaría que te perdieras esta sopa. Es el famoso Caldo Cósmico de Tubérculos Curalotodo de Dorie. Más de treinta raíces y tubérculos distintos cocidos a fuego lento. Y por lento entiendo un par de semanas, ¿comprendes? Leeeento. Extrayendo las esencias. Si esto no te da un poquito de fuerza es que nunca he pasado de la primera marcha.

Yo acepté la taza débilmente. El caldo era casi transparente, con un ligero tinte de un pardo verdoso. Cada trago tenía un gusto distinto: zanahoria, nogal, ginseng, regaliz; luego jengibre, bardana, chirivía, ajo. Me sentó de maravilla en el estómago, una calma profunda que irradiaba hacia afuera desde el centro.

—Más —le pedí, esperanzado.

—Tienes todo el termo aquí, en la mesilla —dijo George, y fue a servirme otra taza—. Con saludos de la casa y los mejores deseos de una rápida recuperación. Pero es todo lo que les queda, ya no tienen más. Era el último recipiente del congelador. Sólo se puede hacer una vez al año. Es mejor que esté fresco, asegura Dorie, pero no pierde nada al envejecer, puedes creerme. Es increíble. Cura la gripe y la depresión, la gota, la malaria, el herpes, la impotencia, la esquizofrenia, la hepatitis viral y sanguínea, la morbosidad terminal, la mayoría de los dilemas morales, la senilidad, el mal karma e incluso ese temible asesino japonés más conocido por Nojode Niloko.

Yo bebí codiciosamente, mientras mi cerebro revivido analizaba los estímulos corporales. Me dolían las articulaciones como si fueran dientes cariados, la fiebre (o quizá la codeína) me había vuelto el cráneo de goma, pero el lacerante dolor de cabeza parecía algo disminuido y el torbellino gastrointestinal había quedado derrotado definitivamente.

—Ya lo estás superando —dijo George, solícito.

—Un poco —murmuré. Todavía había un largo camino desde mi cerebro a mi boca.

—Ya me lo imaginaba. Te ha vuelto un poco de brillo a los ojos.

—La sopa es buena. Gracias a Dorie.

—Se las daré, desde luego. —George sonrió y se volvió hacia la puerta.

Me costó un gran esfuerzo, pero conseguí decir:

—Y gracias a ti también, George. Sobre todo. Has sido tan amable que yo...

George se volvió, con un brillo raro en los ojos, y luego una sonrisa.

—Aún no me iba. No te vas a librar de mí tan fácilmente. Sólo quería coger una silla aquí para ponerme cómodo, mientras acababa mi historia. Deberías saber cómo acabó todo.

Yo me sentí confuso por un instante, luego algo cohibido. La historia. Mierda. Me pareció que le había insultado, e intenté arreglarlo.

—George, eres la prueba viviente de que acabó bien.

—Bueno, eso es difícil saberlo con seguridad. —Se encogió de hombros, llevando la silla junto a la cama.

—Me gustaría mucho escucharte, George, pero me temo que puedo quedarme dormido. Es la gripe y la codeína. Soy una audiencia pésima. —El esfuerzo sostenido de pensamiento y habla me había dejado débil y sin aliento.

—Bueno, es igual. —George agitó una mano, quitándole importancia—. Yo

necesito oírla más que tú, de todos modos.

La mano de repente se acercó a mí y pareció que iba a tocarme la cara. Yo me aparté un poco, pero era innecesario, porque lo que él quería era sólo apagar la lámpara de la mesita de noche.

La única luz de la habitación procedía de las ventanas, se filtraba entre las secuoyas y la niebla que se arremolinaba fuera. A menos que yo hubiera perdido por completo la noción del tiempo era alrededor del mediodía, pero la calidad de la luz pertenecía más bien al crepúsculo. El fuego se había reducido a un resplandor rojo al otro lado de la habitación, con una llama ocasional que resplandecía en el hueco negro, pero su luz parecía llegarnos solamente como un cambio en la densidad de las sombras. Yo apenas podía distinguir la cara de George.

Me estiré, apreté los músculos, luego los relajé y cerré los ojos esperando que empezase. Pasó un minuto, luego otro. Le oía respirar junto a mí en la oscuridad. Al cabo de otro minuto mi antipatía patológica por el dramatismo me subió a la garganta como la bilis. Intenté adoptar un tono ligero y amistoso, pero noté el sarcasmo en mi propia voz:

—George, ¿qué pasa? ¿Has perdido el hilo?

—No —dijo, amistosamente—. Estaba intentando recordar una sensación. Es importante que la sensación sea la correcta. Uno podría pensar que eso no se olvida... y la verdad es que no se olvida nunca, pero no se puede recordar tampoco con la misma claridad que la original, nunca entera y presente como era antes.

—¿Qué sensación? —pregunté.

—De libertad —dijo. Y así empezó, y no se detuvo hasta el final.

Segunda parte

Rocanroleando hacia la tumba del Bopper

En el momento en que inicié el camino en aquel Eldorado robado yo no estaba contemplando las insondables y exquisitas definiciones metafísicas de la libertad, ya me comprendes, simplemente «sentía» aquella salvaje y loca alegría de soltar amarras y largarme, sin más. Parpadeando a la luz del amanecer que perfilaba el puente, la bahía, las colinas que se encontraban detrás, yo me sentía como si acabase de derribar un muro y salir a través de él con toda limpieza. No tenía ni idea de lo que me esperaba ni de cómo podía acabar aquello, pero era libre para averiguarlo.

Mientras cruzaba el puente de la bahía y giraba a la derecha para dirigirme a Oakland y al conector de la 5 80, corría en alas del romance, del gesto teatral de entregar aquel regalo no porque fuese esencial o necesario para la existencia (¿hay algo que lo sea realmente?) sino de hecho porque «no» lo era, precisamente. No había motivo alguno para arriesgarse a aquellos azares, excepto los motivos que eran propiamente míos.

Por Dios Bendito y por el Buda Sonriente, me sentía «bien». Lleno de firmes propósitos y bienaventuranza. Por el buen camino. Solté un pequeño grito cuando pasé el peaje y pisé a fondo y los tres cilindros chuparon el combustible, los pistones lo comprimieron y lo hicieron densamente volátil, y la chispa desató la fuerza y empezó a mover las ruedas. El Caddy se manejaba como una ballena enferma, pero con la inercia de toda aquella masa y tres metros de distancia entre ejes, se podía ir chupando carretera con toda comodidad, volar, verdaderamente, con la mente libre para vagar por donde quisiera, descansar o cagarse en todos desde el primero hasta el último. Aquel coche no estaba hecho para hacer carreras, estaba hecho para viajar, y yo lo llevaba a cien fijas sin que se oyera un sonido ni se notara un temblor.

En mi defensa diré que, aunque sumido en aquel arrebató de libertad y dejándome llevar por la rectitud moral de mi viaje, no me había descuidado por completo. Veía el coche patrulla de la carretera por el espejo retrovisor, a un cuarto de milla por detrás. Sólo por la forma que tenía de acercarse supe que yo era el objetivo, y ya estaba reduciendo la marcha antes de que encendieran siquiera sus lucecitas de colores.

Con el corazón dando brincos, examiné el suelo y los asientos en busca de mi habitual colección delictiva: frascos abiertos, por ejemplo, anfetaminas desparramadas debajo del asiento, y me sentí muy aliviado al ver que no había nada a la vista. Contemplaba en mi retrovisor al agente que abría la puerta detrás de mí, y me dije que debía mantener la calma y aceptar las consecuencias que surgieran. Al menos sabría ya desde el principio si el Mugre o Bingham habían cantado, y si los documentos eran buenos. Entonces recé a todos los dioses que me estuvieran escuchando para que el policía no fuera un idiota nazi que acabara de pelearse a muerte con su costilla antes de salir de casa.

Alabado fuese el poder de la oración desesperada y sincera: no lo era.

—Buenos días —me saludó, con bastante cordialidad, pensé, dadas las circunstancias.

—Buenos días, oficial —repliqué, dejando que asomara mi sonrisa más inocente.

—Le he detenido por exceder el límite de velocidad permitido de sesenta y cinco millas por hora. Le hemos retratado a ciento veinte. —Muy preciso, un poco helado, su tono. Quizá le gustaba la exactitud.

—Correcto, señor —dije.

—¿Podría ver su permiso de conducir y sus documentos, por favor?

—Por supuesto —repliqué, y ahí empezó el baile.

No hubo problemas con mi carnet de conducir, completamente legal. Examinó los documentos del coche tanto tiempo que me anticipé a su preocupación y saqué la carpeta que llevaba en la guantera, y noté que el adorable aroma de Shalimar se había mezclado preocupantemente con el de tinta fresca. Siguiendo el consejo de mi viejo amigo Mott Stoker de que cuando te encuentras en una situación apurada lo único que puedes hacer es mantener la boca cerrada o moverla sin cesar, yo la moví todo el rato, explicando que iba a entregar el coche a Texas para una especie de homenaje... en realidad no sabía mucho de aquel acto... me había contratado un agente en nombre del propietario, y los abogados me habían preparado aquel montón de papeles, declaraciones juradas, certificados y demás. Le entregué la carpeta entera. Él la abrió y empezó a hojear.

—No me he leído todos los documentos legales —le dije—. Evidentemente, había un lío entre los dos propietarios o algo así. Lo único que he comprobado muy bien para asegurarme de que estaba en regla es el seguro. No quiero ir por ahí con un coche sin seguro.

Él gruñó.

—No le culpo, a la velocidad a la que iba.

—Oficial —dije, dejando asomar un ligero atisbo de sinceridad—, he sido conductor profesional durante doce años. He llevado camiones articulados, coches de carreras, grúas, taxis, autobuses, casi todo lo que gira y va sobre ruedas... y no me han puesto ninguna multa desde el 53, y nunca me he acercado a un accidente ni de lejos. El agente que me contrató dijo que este coche llevaba seis años en un almacén donde lo había colocado el propietario. Sólo estaba comprobando —señalé el cuentarrevoluciones— las setenta millas. Ya conoce los coches: guardas uno seis años y las gomas se resecan, las juntas se agrietan, el aceite forma una bola en el cárter. Yo sólo quería saber en seguida si iba bien o no, porque es muchísimo más fácil arreglarlo aquí que en el desierto de Mojave a las dos de la tarde —asentí, como para dar énfasis a mi aseveración, y luego señalé vagamente hacia la carretera—. Y esto de ahora, un tráfico ligero, una carretera buena de tres carriles, me pareció el momento y

lugar más seguro para comprobarlo. Sé que he infringido la ley, no lo discuto. Pero no lo he hecho desconsideradamente, ni de forma maliciosa. Ni tampoco he sido imprudente ni alocado, ya que soy conductor profesional.

No parecía impresionado.

—El coche está registrado a nombre del señor Cory Bingham, ¿es correcto eso?

—Sí, señor. Aunque quizá acabe transferido a Richardson... era el Big Bopper, ¿le recuerda? Se suponía que este coche era un regalo para él. Pero ambas partes murieron. Todo esto fue en el 59. Y la propiedad se estableció hace solamente seis meses. O eso es lo que me han dicho.

—Un minuto, por favor. —Se llevó el documento de propiedad al coche patrulla. Yo miraba por el retrovisor y le vi introducirlo dentro del coche y buscar la radio. Sonaron chisporroteos estáticos; unos números ahogados. Miré la carretera que tenía ante mí, esperando poder usarla.

Cinco minutos después (obviamente, protegido por los buenos propósitos de mi viaje) estaba de nuevo felizmente en camino, con una multa en la guantera y el bote de anfetaminas metido entre los muslos. Abrí la tapa y me comí tres de golpe, para celebrarlo.

Manteniéndome a 75 discretas millas por hora, pasé por el sur de San Leandro y cogí la 580 hacia el valle. Me pareció mejor tomar la 99 hacia Bakersfield, evitando el atasco de Los Ángeles y cogiendo la 58 a Barstow, y después la 247 al valle de Yuca, un corto trayecto por la 62 hasta la intersección con la Interestatal 10 y luego un paseíto por Texas. Habría sido quizá más rápido por Los Ángeles, pero prefería correr que arrastrarme.

De repente me di cuenta de que, aunque sabía que me dirigía a la tumba del Big Bopper, en realidad no sabía dónde se encontraba. Uno de los principales problemas que me dan las anfetaminas es que me entra la furia del orden, el anhelo de las voluptuosas circunvoluciones de rutas, programas y planes, y al mismo tiempo, me conectan tanto con las líneas blancas que no quiero pararme nunca, ni para poner gasolina. John me había sugerido que entrase en una biblioteca a investigar lo del Bopper, un consejo muy sensato para alguien que parecía que tenía tiempo para detenerse, pero yo creía que podía pararme en Texas y buscar allí. Aunque quizá no estuviera enterrado en Texas. O quizá no estuviera enterrado en ningún sitio, llegué a pensar. Quizá lo hubiesen quemado. Después de cincuenta millas ya estaba casi obsesivamente enmarañado en la complejidad de las infinitas posibilidades, y necesité otras cincuenta más para decidir que debía saber cómo estaban las cosas y dónde estaba exactamente la tumba. De otro modo, era probable que siguiera corriendo y corriendo hasta que se me acabara el speed, y con mil pastillas a mi disposición, eso podía costar un rato largo. Era, esencialmente, una cuestión estética. Yo quería hacer bien aquel viaje, de una manera limpia, con elegancia, eficiencia y

gracia. No quería acabar corriendo como un loco de costa a costa y hablando solo. Quería entregar el regalo y desaparecer, no quedar atrapado en la mierda.

Reafirmado por esa constatación directa y sencilla de mis verdaderos deseos, decidí que el conocimiento y el control eran esenciales. Me detendría en la siguiente ciudad, iría a la biblioteca y buscaría la información que necesitaba, sabría adónde tenía que ir, e iría.

El otro imperativo era tirar todo el speed, echarlo en el asfalto. O quizá tirar todas las pastillas menos cincuenta y racionarlas con mi voluntad de hierro, y usarlas yo, y no que me usaran ellas a mí. Si las drogas se apoderaban de mí no tendría la sensación de que lo había hecho yo, y eso me supondría una tristeza que duraría el resto de mi vida.

Aparqué un par de millas después de pasar Modesto y saqué el bote de debajo del asiento. Apreté el botón de la ventanilla y mientras ésta bajaba, desenrosqué la tapa, suspiré, cerré los ojos y eché el contenido fuera. Sacudí bien el bote boca abajo, para asegurarme.

Luego salí y las recogí todas de nuevo. Muy rápido. Había muchísimo tráfico, y algunas de las anfetaminas volaron con la corriente. Lo último que necesitaba era que algún patrullero de la carretera viera a un frenético conductor recogiendo pastillitas blancas del asfalto negro en la 99 y se detuviera a echarme una mano.

El caso es que mientras estaba expulsando la última pastillita del bote me di cuenta, en uno de esos fulminantes cambios del pensamiento racional, que aquello era engañarme a mí mismo. Tirar el speed no era un acto de resolución, o, en todo caso, muy débil. En realidad era un acto de cobardía. En lugar de enfrentarme a la tentación, simplemente la eliminaba. La virtud es algo vacío sin tentación. Nunca había tenido ningún problema en resistirme a las drogas cuando no tenía; sólo cuando las tenía en la mano empezaban los problemas. Acabé por recoger todas las anfetaminas, quizá faltaran unas cien o así, y volví a enroscar la tapa con fuerza. Las metí de nuevo debajo del asiento y me prometí a mí mismo que no las volvería a tocar hasta que estuviese hecha la entrega. Las guardaba para celebrarlo, así debía ser.

La siguiente parada en mi itinerario fue una biblioteca. Supuse que una ciudad más grande era mejor que un pueblo para encontrar la información que yo buscaba, de modo que esperé hasta llegar a Fresno. Me detuve en una gasolinera de la Union para poner gasolina y pedir la dirección de la biblioteca a un chaval que trabajaba en los surtidores.

—¿Quiere leer un poco? —sonrió.

—En realidad —le devolví la sonrisa—, he oído decir que Fresno tiene el único ejemplar que existe de los *Secretos Tántricos Sexuales*. Eso de la respiración adecuada y las posturas misteriosas que te permiten mantener la cosa durante «semanas». Para vosotros los chicos no es ningún problema, pero cuando llegues a mi

edad y estés ya hecho polvo, necesitarás toda la ayuda que puedas.

Cuando arranqué, seguía repitiendo el título para sí. Me sentí muy contento por haber contribuido a la investigación erudita, mientras seguía sus indicaciones hacia la ciudad.

El interior de la biblioteca estaba fresco y tranquilo. Busqué en el catálogo en la B de Big y de Bopper, y luego en la R de Richardson, y en J. P. Nada. Como tenía abierta la R, busqué en rock-and-roll. Un verdadero filón. Me apunté los números de referencia de todo aquello que me pareció útil, y luego busqué en las estanterías. Nada. Cero. Ni uno. Debía de ser un tema popular, pero me parecía extraño que hubiese desaparecido «todo». Fui a preguntar al mostrador de referencias. Según la alta y huesuda bibliotecaria, se los habían llevado todos... para siempre.

—Los chicos los roban en cuanto los ponemos en los estantes —me explicó.

—¿Que los roban? ¿Por qué?

Ella bajó la voz para enseñarme de forma práctica cuál era el volumen adecuado.

—Por las fotos, supongo.

—¿Qué fotos? —siseé, intentando que fuera un susurro.

—Pues de las estrellas, imagino. Tuvimos una reunión con la policía ayer y decidimos que todos los libros de rock a partir de ahora estarían en las estanterías cerradas.

Me sentía deshinchado, frustrado, así que me arriesgué a plantear mi pregunta.

—¿Sabe dónde está enterrado el Big Bopper?

—¿Perdón? —exclamó ella, inclinando la cabeza como si no me hubiese oído, con un nervioso aleteo de pestañas.

—El Big Bopper. Tengo que saber dónde está enterrado.

—Lo siento, pero ¿quién es... o mejor dicho, quién era el Big Bopper?

—Una estrella del rock. Murió en un accidente de avión en 1959. El 3 de febrero.

Ella pasó media hora buscando información, pero no encontró nada que yo no supiera ya. Su nombre auténtico era Jiles Perry Richardson. Murió a la edad de veintisiete años. Nacido en Sabine Pass, trabajó como disc-jockey. Tuvo un éxito con «Chantilly Lace». Nada en ninguno de los periódicos que indicase dónde fue el entierro.

Di las gracias a la bibliotecaria por su ayuda y salí. Brillaba radiante la luz otoñal. El supercoche de las aletas aerodinámicas esperaba junto a la acera, como un accesorio abandonado de una película de Flash Gordon. Por un momento me cuestioné el gusto automovilístico de Harriet, pero luego meneé la cabeza. ¿Quién puede saber qué tipo de ruedas vuelven loco a un rockero de Texas? Y quizá Harriet tuviese sentido del humor...

De Fresno a Bakersfield había una carretera recta de dos carriles. Mantuve la aguja fija en las noventa, sonriendo al saber que cada vez que giraban las ruedas yo

me alejaba de la garras del Mugre y me acercaba a mi destino, por muy vago que éste fuera. Aunque acabara con las manos vacías, aquella parada en la biblioteca había servido para cumplir mis obligaciones académicas. Ya podía disfrutar de la carretera, rugir con el speed bien instalado en mi cerebro, y me imaginaba que mi itinerario se iría perfilando a lo largo de la ruta. Cuando uno se siente bien, no hay prisa... ¿y qué es un peregrino sin fe?

El Caddy necesitaba gasolina otra vez, de modo que me paré en una gasolinera de Bakersfield, una Texaco que estaba en la esquina de un centro comercial. Mientras el cohete engullía gasolina súper yo fui al lavabo y me lavé la cara con agua fría. Ya me notaba enganchado a la carretera, lleno de energía, y con la habitual sequedad de boca de las anfetaminas, de modo que cuando el Caddy estuvo bien relleno me dirigí al supermercado del centro comercial y compré una nevera portátil, un par de bolsas de cubitos de hielo y una caja de Bud frías. Me bebí dos al momento, abrí una tercera para su uso inmediato y metí una docena más entre hielo en la nevera, que guardé en el portaequipajes. Al principio había pensado en el asiento delantero, pero prevaleció el sentido común. Si las metía en el portaequipajes, eso significaba que tendría que detenerme cada vez que me acuciara la sed, pero sería menos probable que acabase haciendo equilibrios estúpidos ante los agentes de la ley.

Entre Bakersfield y Barstow hacía calor y viento. Por una de esas extrañas asociaciones de la vida, recordé haberle contado a Natalie y a su novio que yo era Jack Kerouac y que iba a escalar el monte Shasta para susurrar una palabra al viento, y empecé a sentirme mal por aquellas mentiras. Desde luego, me estaba cubriendo las espaldas, pero al momento me vinieron al pensamiento otras posibles evasivas menos sórdidas. Por muy desvergonzado que fuese, la verdad es que a pesar de mi euforia, me había molestado su inocencia y su asombro, su ansiedad por creerme. La fría realidad era que les había engañado de una forma miserable y cruel. La postal que me había dado Natalie seguía en mi bolsillo, y decidí mandarle una disculpa que se merecía de verdad. De camino hacia Barstow, mi cerebro empapado en speed se entretuvo componiendo y revisando una petición de perdón que resultase adecuada.

Ya había anochecido cuando entré en el Gas-N-Go de Barstow y rellené el depósito del Caddy por ocho dólares, que en aquellos tiempos era una cantidad importante en gasolina. El empleado, un chaval regordete y pelirrojo que tenía que contar con los dedos para devolver el cambio, se mostró absolutamente «fascinado» por el Caddy, babeante... Me lavó todas las ventanillas y me pulió el cromo sólo para poder tocarlo. Tendiéndome el cambio, me sonrió con timidez y me dijo:

—Mi padre dice que un hombre que puede permitirse un Cadillac seguramente no se tendrá que preocupar por pagar la gasolina. Supongo que es cierto, ¿no?

—Pues no lo sé —le dije—. Yo no puedo permitírmelo. Sólo tengo que entregárselo al Big Bopper.

—¿Y ése quién es?

—Un antiguo rockero. Un cantante.

—¿Aquí en Barstow? —Parecía escéptico.

—No. Adonde voy es a Texas.

—¿Y él le paga para que le lleve este coche? Vaya, a mí sí que me gustaría un trabajo como ése.

—No hay dinero de por medio. Lo estoy haciendo como un favor.

—Ah, claro, joder —dijo él—. Yo también lo haría. De buena gana.

Tuve el impulso de invitarle a acompañarme, pero me lo pensé mejor. Estaba demasiado enamorado de aquella máquina. Pero cuando vino arrastrando los pies detrás de mí, al dirigirme yo de vuelta al coche, y viendo que sus ojos acariciaban las líneas de Eldorado, le invité a dar una pequeña vuelta por el pueblo con el coche.

—Míster, joder, no sabe lo mucho que me gustaría, de verdad, pero no puedo. Estoy solo aquí hasta que venga Bobby a medianoche, y el señor Hoffer, que es el propietario, me despediría seguro si me fuera. Casi me despidió la semana pasada cuando vinieron aquellos dos tipos de Los Ángeles y me hicieron un truco con el cambio y al final faltaron treinta y siete pavos en la caja. El señor Hoffer dijo que la próxima vez que la cagara me echaba. Ya me echaron de dos trabajos este verano, y mi padre ha dicho que si me echan otra vez me dará una patada tan fuerte que me tendré que quitar la mierda del sombrero. No puedo hacerlo, aunque me gustaría mucho.

—Bueno —me ofrecí—, ¿y una vuelta a la manzana?

Él sacudió la cabeza, obstinado.

—No, no, mejor que no.

—Bueno, pues lo haremos así: yo vigilaré la gasolinera (también puse mucha gasolina en mis tiempos) y tú irás a dar una vueltecita. —Estaba absolutamente decidido—. Cierra la caja, si quieres. Ya daré el cambio de mi bolsillo.

Mientras lo pensaba, notaba que le apetecía muchísimo hacer aquello, pero al final dijo:

—No, no me puedo arriesgar... si me despide el señor Hoffer, mi padre me mata. Pero muchas gracias por la oferta. De verdad.

—Pues te diré lo que vamos a hacer —insistí, ya paranoico—. ¿Por qué no me llevas en el coche hasta el lavabo? Nunca me ha llevado un chófer a mear, y al menos tendrás la sensación de lo que es esta fina pieza de automoción.

—Sí. —Sonrió—. Eso sí que puedo hacerlo. Claro. ¡Genial!

Estaba tan feliz que me dieron ganas de regalarle el maldito trasto y coger un autobús Greyhound para volver a casa. Nunca había visto a nadie tan encantado por un paseo en coche de quince metros en mi vida. Tardé mucho rato en mear, y cuando salí, él seguía sentado detrás del volante, subiendo y bajando las ventanillas. Casi

tuve que usar una palanca para sacarlo de allí.

Yo no tenía hambre (a las anfetaminas las llaman pastillas de dieta, por algo será), pero sabía por mis días de speed a toda máquina que si corres demasiado tiempo con el estómago vacío éste acaba comiéndose a sí mismo, así que me paré en un restaurante de carretera y me zampé una buena hamburguesa deluxe de treinta centavos y una ración de patatas fritas que sabían a cartón empapado en grasa.

Mientras comía, pensaba sin cesar en el bote de benzedrinas que tenía debajo del asiento. Cuando conducía en largas tiradas, tenía la costumbre de recompensarme por haber comido tragándome un puñado de speed como postre, y el viejo centro del placer nunca olvida una pauta así. Quería unas pocas, y me dije a mí mismo que no. A cambio abrí otra cerveza y me felicité por mi resistencia ante la tentación, mientras iba bajando como podía la grasa y pensaba un poco más en la chica de North Beach.

Cuando hurgué en el bolsillo de mi chaqueta en busca de su postal, mis dedos rozaron la bolita arrugada de papel de plata que había olvidado completamente: su tierno regalo, el LSD. En el interior había tres terrones de azúcar con los bordes algo deshechos. Recordé su consejo de tomar solo uno cada vez, en un lugar bonito. El Burger de Bradley en Barstow no parecía un lugar bonito precisamente, y todavía le debía a Natalie Hurley del 322 de Bryant Street una merecida disculpa. Con el salpicadero como pupitre, escribí con letras pequeñas y firmes:

Querida Natalie:

Os mentí a tu amigo y a ti. No soy Jack Kerouac. Mis motivos para semejante engaño son complicados: alegría, temor, modestia y autoprotección. Lamento mi falta de consideración y de respeto por vosotros dos y espero que aceptéis mis más sinceras disculpas.

Atentamente,

EL BIG BOPPER

Negué con la cabeza ante tal perversidad y, diligente, convertí el nombre del Bopper en un rectángulo de tinta negra. Debajo conseguí meter, apretado: «Con cariño, George».

La noche era clara, sin luna, la temperatura agradable, pero refrescando rápidamente. El calor que se elevaba del desierto formaba espejismos que hacían que el horizonte pareciera encontrarse bajo el agua. La carretera era tan recta como podía ser la distancia más corta entre dos puntos, y tan plana como la visión del cielo de un nivelador de pendientes. Bajé todas las ventanillas, puse la aguja a cien y me dirigí

hacia el sur.

Una hora más tarde llegué a la unión entre la 62 en torno al valle de Yuca y me desvié hacia la Interestatal 10, deteniéndome en Indio para poner gasolina. Desde Barstow mi cerebro había ido viajando como en trance, pero el área de servicio de Indio rompió el hechizo. De vuelta en la carretera, los parloteos, chirridos y ruiditos del bajón del speed pronto se me hicieron insoportables. Un cansancio salobre alteraba ahora mi atención, notaba los ojos como un budín reseco y cada vez me sentía más trastornado, inquieto y aburrido aburrido aburrido. Llevaba fuera un par de días, uno de ellos con ayuda química, y me estaba pasando factura.

Resistir la tentación cuando uno ya la ha eliminado siempre resulta fácil, pero resistirla cuando la tienes a tu alcance, justo debajo de tu asiento, es difícil... sobre todo cuando ya has pasado los suaves flirteos del deseo y has descendido a la cruda necesidad y oyes a esas pequeñas pastillitas que te chillan: «¡Cómeme, cómeme!». Difícil, sí, pero no imposible, no si eres fuerte. Resistí los magnéticos cantos de sirena de la benzedrina hurgando en el paquetito de papel de aluminio de mi bolsillo y dejando que uno de los terroncitos de azúcar se me disolviese en la lengua..., un dulce y empalagoso cosquilleo que se deslizó por mi garganta.

No ocurrió nada. Tenía que haberlo imaginado. No se puede esperar que los chavales te proporcionen drogas buenas. Pero tuve cuidado. No sabía nada del LSD excepto lo que había oído contar, y casi todo lo que había oído procedía de gente como Alien Pound, un tipo que llevaba el depósito de chatarra de Cravetti. Él había tomado algunas con un psiquiatra en Berkeley, decía, y la verdad es que no le habían servido para sentirse más liberado. Una estantería con libros le parecía una pared de ladrillo. Cuando apoyaba la frente en una ventana, la mitad de su cabeza pasaba a través de ella sin alterar el cristal. Notaba el aire frío del exterior que le hería los ojos mientras detrás, en la habitación, las orejas le ardían. Siempre curioso, yo me introduje en la conversación y le pregunté si el LSD era como el peyote. Él sonrió con una de esas sonrisas frías y superiores que afligen a los que están muy en la onda y replicó:

—¿Acaso una Harley es como una Cushman?

De modo que aunque sospechaba que Alien Pound era un estúpido engreído, tuve cuidado. Esperé casi setenta millas con los nervios destrozados antes de comerme el segundo terrón. O bien éste tenía algo de verdad o bien las estrellas, como volcanes diminutos, empezaban a hacer erupción solas, escupiendo zarcillos fundidos de color hasta que el cielo de la noche se convirtió en una enmarañada red de joyas.

Nada resulta más tedioso que las experiencias ajenas de los tripis, de modo que les ahorraré las visiones cósmicas... excepto el rollo más obvio, algo así como «todos somos uno» (más o menos), compuestos totalmente por partes sagradas, la suma de las cuales no es mayor ni menor que los dones individuales de la posibilidad, todo

ello bien envuelto y atado con la bonita cinta del pasado y el futuro, la cinta de la autopista iluminada por la luna, las cintas espirales de los aminoácidos hermanados de los vivos y los muertos, la cinta de los sonidos desplegando su infinita música a través de la respiración y el claxon, la bailarina de plata con cintas en el pelo. Sí, tío, yo iba zumbando hacia Peoria, a eones de distancia, colocadísimo.

Hice dos cosas inteligentes, ambas tan repletas de sentido común como obviamente carentes de gracia. La primera fue salirme de la carretera. Sencillamente, di un volantazo hacia la derecha y me interné en el desierto, patinando entre los cactus hasta que desaparecieron las luces del tráfico que se cruzaba conmigo, como ojos de Godzilla que estallaban. Luego, una vez se detuvo el Caddy, abrí la portezuela y me metí los dedos en la boca. Quizá no fuera demasiado tarde para echar el segundo tripi. Por supuesto, quizá no me hubiese tomado una dosis doble y quizá el primero fuese de pega. Pero también era posible que aquella mierda hiciese efecto despacio. No me importaba; lo único que yo quería era sacar la mayor cantidad posible de mi organismo antes de que mi cerebro se convirtiese en puré de cebolla para untar en un cóctel sin barra libre. Conseguí vomitar los agrios restos de la hamburguesa grasienta y las patatas de cartón entre una marea de cerveza. Mi mente era vómito en la arena alcalina, iluminada por la luz de las estrellas con la misma indiferencia que cualquier otra cosa.

Me eché de espaldas y miré las estrellas que vibraban hasta que recuperé el aliento. Las veía en erupción, girar y disolverse como otros tantos terrones de azúcar en el vientre del universo, para volver a precipitarse luego, brillando. Notaba lo que noto siempre cuando miro de verdad a las estrellas y recuerdo que son enormes hornos de fuego y luz, cuando miro más lejos aún e imagino que existen miles de millones más allá de nuestra visión porque su luz todavía no nos ha llegado, o porque están ocultas detrás de la curva del espacio, sólo que entonces sentía con una insoportable claridad la imposible magnitud de todo ello, mi propio ser como una simple motita de existencia, un grano de azúcar disolviéndose en los intestinos, combustible para el horno, comida para nosotros, los tontos. Hice un esfuerzo y dejé de mirar (de otro modo habría muerto) y me acurruqué, temblando, en la cálida arena del desierto. Con los ojos apretados y cerrados, me quedé sentado en la orilla y vi arder el río. Noté que mi cuerpo vacío se levantaba en una ola, se elevaba con el viento, era arrojado a la oscuridad y volvía a alzarse de nuevo.

No tengo ni idea de cuántas eternidades hicieron falta para que me recuperase y abriese los ojos de nuevo. Las estrellas eran estrellas otra vez, pero posiblemente no seguirían siéndolo de la misma forma si las miraba, de modo que sólo echaba alguna ojeada precavida de soslayo por la llanura sembrada de cactus. No sé qué tipo de cactus eran aquéllos, pero se parecían vagamente al dibujo de un hombre hecho con cuatro palotes, con las piernas juntas en una sola línea y los brazos curvados hacia

arriba, a cada lado, en un gesto ambiguo de júbilo o de rendición. Parecían centinelas... no guardianes, sin embargo, sino más bien observadores pasivos, testigos de una consciencia incomprensible. Pero yo intentaba comprenderla cuando uno de los brazos se movió. Al momento me dirigí a gatas hacia el blanco resplandor del Eldorado. Me incorporé para coger la manivela y mi mano derecha pasó a través de un espejismo de metal iluminado por las estrellas. Lleno de pánico miré por encima de mi hombro y vi moverse más miembros de los cactus, pero, al atreverme a mirar un rato más seguido, vi que se quedaban en su sitio y no avanzaban, y entonces mi miedo empezó a desvanecerse y se convirtió en una precavida curiosidad. Me costó unos momentos de asombro comprender que los cactus bailaban al son de una música que yo no podía ni oír ni imaginar. Sabía que si quería conocer su música tendría que unirme a su baile y notarla en el movimiento de mi carne mortal, más allá del tiempo y del espacio, fuera.

Sé que bailé, pero ni recuerdo los movimientos ni la música. Ni nada más, hasta que volví en mí en el asiento delantero del Cadillac notando que el sudor se me metía en los ojos. El sol estaba ya muy alto y pegaba fuerte. Comprobé en el reloj del salpicadero que eran las nueve y media. Me sentía como gelatina abrasada. «Necesito dormir», relampagueaba mi cerebro, y no habría intentado siquiera incorporarme, de tan exhausto que estaba. Pero el Caddy proporcionaba la única sombra que había por los alrededores, y aun con todas las ventanillas bajadas era un horno. Tenía que irme. Me incorporé en el asiento y puse la llave en el contacto, tan hecho polvo que el dolor tardó unos diez segundos en llegar a mi cerebro. Chillé y me llevé las manos al pecho. Las examiné, descorazonado. Estaban completamente erizadas de espinas de cactus. Cegado por el sudor y a punto de gritar, me arranqué las espinas con los dientes y las escupí por la ventanilla, pensando de forma distante para mí que si alguien me veía, probablemente se diría: «Vaya, ese tío está fatal: tiene el dinero suficiente para permitirse un coche de lujo, pero luego aparca en el desierto y se come sus propias manos para desayunar».

Aunque me había quitado las espinas, tenía las manos insoportablemente doloridas. Me las examiné con detenimiento para asegurarme de que había quitado todos los pinchos, y luego con precaución busqué debajo del asiento delantero en busca del bote de anfetaminas. No sentía ninguna tentación. ¿Se puede decir que un hombre que se está ahogando se siente «tentado» ante un salvavidas? La tentación se veía aplastada por la necesidad. Además, todo es lo mismo, cambiamos sin cesar para mantener el equilibrio dinámico que se mantiene a través del cambio. Y ese equilibrio dinámico requiere el esfuerzo humano. Cada uno debe hacer lo que pueda. Me tomé siete.

Y la verdad es que me sentó muy bien: al momento, ya tenía esas sinapsis jodidas por el ácido en pleno funcionamiento de nuevo. Por ejemplo, me acordé de las

cervezas que llevaba en el portaequipajes. El hielo estaba fundido, pero el agua todavía seguía fresca. Me bebí dos rápidamente, disfruté de las dos siguientes y saboreé otra mientras iba sacando de nuevo el Caddy a la carretera.

Las sesenta millas siguientes estuvieron dedicadas a un severo autoexamen de dar vueltas y vueltas sobre lo mismo. Pensando en lo que había hecho, había sido un idiota ya de entrada al tomarme el primer ácido, y luego al tomarme otro más. Por otra parte, como dice el dicho, cuando estás metido entre caimanes hasta el cuello resulta difícil recordar que lo único que querías era drenar el pantano. Y, ¿qué es una aventura sin riesgo, peligro y osadía? La emoción lo era todo, en cierta manera. ¿O acaso tenía miedo de aceptar la responsabilidad de entregar aquel regalo, que en lo más hondo de mi ser sabía que era un gesto insignificante, un acceso de fingida afirmación en un universo indiferente? No tenía ni una maldita pista.

Y debido a aquel análisis tautológico estimulado por el speed y sólo vagamente atemperado por la cerveza, a partir de un mar de confusiones creé un remolino de dudas. A pesar del empuje energético de la confianza anfetamínica, me notaba de pronto absorbido hacia la depresión. No hay droga más fuerte que la realidad, me dijo una vez John Seasons, porque la realidad, a pesar de nuestra insistencia arrogante, aterrorizada y esperanzada, no requiere de nuestras percepciones, sino simplemente de nuestra presencia indefensa. Debaté la verdad de todo aquello de camino hacia la frontera de Arizona. Finalmente aparqué y me golpeé la cabeza contra el volante para obligarme a dejar de pensar.

Empecé con unos golpecitos suaves y rítmicos, pero eso no hacía más que aumentar los gritos en mi cerebro y lo hice cada vez con más fuerza, tan fuerte que hacía daño. Luego me eché atrás en el asiento, jadeando, con los ojos cerrados, e inmediatamente tuve una visión: un hombrecito diminuto color naranja, quizá de unos siete centímetros de alto, desnudo, llevaba lo que parecía un trozo de contrachapado pintado de negro brillante tan grande como él por una línea fina y negra suspendida en el espacio. Iba caminando ansiosamente adelante y atrás por la línea, mirando hacia abajo con aprensión. El contrachapado estaba cortado de una forma irregular, como la paleta de un artista, pero sin agujero para meter el pulgar. La forma me recordaba enormemente a algo personal, pero oscurecida por un velo de asociaciones. Al final me vino a la mente: la varicela, cuando tenía siete años, una imagen de Hopalong Cassidy a horcajadas en su caballo. Eso era, un rompecabezas, una pieza de la camisa negra de Hoppy.

El hombrecillo naranja diminuto, del color de una mandarina de neón, todavía iba caminando sin objetivo arriba y abajo por la línea, con los ojos clavados en ella y en el contrachapado, alternativamente. Hasta que se volvió y se apartó de mí un momento no me di cuenta de que la línea negra era en realidad el borde de una superficie, y mirando más de cerca vi que era una fina placa de cristal suspendida en

el aire. Estaba exactamente al nivel de mis ojos, y sin la línea negra en su borde superior, no la habría visto. Intenté estirarme para ver por encima de su borde, obtener una visión mejor de la superficie hacia la que miraba el hombrecillo naranja, pero no podía romper el ángulo de visión.

Lo contemplé fascinado y él fue vagando adelante y atrás, mirando a su alrededor. De vez en cuando dejaba la pieza de contrachapado y la desplazaba con los dedos del pie, y luego la recogía y continuaba lo que, evidentemente, era una búsqueda. Me esforcé de nuevo por ver la superficie, pero mi mirada estaba sujeta al nivel del borde de cristal y la línea negra paralela por encima de éste, una sombra laminada hasta quedar translúcida. Al final me di cuenta de lo obvio: el hombrecillo naranja estaba trabajando en un absurdo y loco rompecabezas.

Por la forma que tenía de moverse, llevando a cuestas la pieza del rompecabezas tan grande como él, estaba claro que no sabía dónde colocarla, y a juzgar por su mandíbula tensa, se estaba frustrando cada vez más. Intenté desesperadamente examinar el rompecabezas, ver lo que había hecho hasta el momento y qué imagen parecía que iba a emerger, pero a pesar de un último esfuerzo de intensa concentración no podía ver más allá del borde, una barrera que no era capaz de romper. Quería ofrecer mi ayuda al hombrecillo naranja, añadir mi visión a la suya, pero no podía hacer gran cosa. Decidí, sin embargo, que al menos podía animarle, y acababa de abrir la boca para hablar cuando se desencadenó el infierno.

Supongo que debería decir que se desencadenó «el cielo», porque el cielo entero se abrió y empezó a llover a cántaros, oleadas, cataratas de lluvia, un verdadero diluvio. El hombrecillo se puso la pieza de rompecabezas encima de la cabeza aprovechando el escaso cobijo que podía ofrecerle. Yo estaba seguro de que la lluvia le arrastraría. Pero tan repentinamente como había comenzado la lluvia cesó, e inmediatamente volvió a su trabajo, con más dedicación que antes si cabe, como si el aguacero torrencial hubiese limpiado la imagen. Y entonces empezó a caer granizo, unas bolas de hielo del tamaño de pelotas de tenis. De nuevo el hombrecillo naranja se tapó levantando la pieza de rompecabezas encima de la cabeza, tambaleándose bajo la fuerza martilleante de los impactos, haciendo muecas al oír el estruendo ensordecedor, con el diminuto pene golpeándole el muslo mientras luchaba por permanecer erguido. En el momento en que empezó a caer la tormenta de granizo se levantó un viento fuerte, con ráfagas que le enviaron trastabillando casi hasta el borde antes de que pudiera agacharse bajo su pieza de rompecabezas, que la fuerza del viento doblaba sobre su cuerpo como si fuese una cáscara. En cuanto el viento empezó a amainar, un rayo fracturó el cielo y unos enormes relámpagos de un blanco azulado chisporrotearon por encima de su cabeza. El hombrecillo levantó la pieza de rompecabezas para desviar la fuerza de los relámpagos, girando entre los estruendos ensordecedores de los truenos que siguieron al instante, y yo casi me reía cuando

empezaron a caer tomates y a continuación empezó a llover mierda literalmente, una lluvia compacta de aguas fecales, y luego pegotes de gusanos, enormes escupitajos y fruta podrida. Cuando acabó el chaparrón de tartas de crema, yo estaba ya totalmente cegado por las lágrimas y jadeando en busca de aire, y doblado en dos en el asiento delantero del Caddy. Juro por lo más sagrado que me reía con él, y no de él. Me reía lleno de simpatía por encontrarnos los dos, pequeños, desnudos y casi indefensos, atrapados en aquel torbellino de fuerzas que no éramos capaces de controlar. Era la risa de la compasión sincera, de la auténtica celebración de la espléndida y absurda tenacidad que nos mantiene en pie, a pesar de los golpes.

Cuando finalmente conseguí mirar de nuevo, el hombrecillo naranja seguía allí de pie, sujetando con resolución la maltratada pieza del rompecabezas encima de su cabeza aunque el cielo ya estaba despejado. Me miraba directamente, eso estaba claro. Sus labios se movían pero no emitían sonido alguno. Parecía un pececillo dorado apretado contra el cristal del acuario, introduciendo el agua a través de sus branquias. A su voz le costó un par de segundos llegar al interior del Caddy, y resonar con un estallido ensordecedor que sacudió el coche en su suspensión y me aplastó los pulmones. El hombrecillo se desvaneció con el estallido de sonido, pero cuando recuperé el oído unos momentos después, sus palabras me esperaban, ni estridentes ni furiosas ni amargas ni siquiera pronunciadas en voz demasiado alta, pero absolutamente corrosivas por el desdén que encerraban:

—Muy bien, idiota... ríete.

—¡Jódete! —chillé, rabioso por la injusticia del evidente malentendido—. ¡Tú no sabes una mierda! —No hubo respuesta.

Furioso, puse en marcha el Eldorado y me dirigí hacia la carretera, todavía chillando:

—Pero ¿cómo me puedes decir eso? Me estaba riendo contigo. Es absolutamente cierto.

Pero aunque me sentía lleno de justa indignación, percibí una nota de falsedad en aquel «absolutamente». Sí, me estaba riendo «con» él en un ochenta por ciento, y en un diez por ciento de alivio por no ser yo, y en otro diez por ciento porque era divertido. Así que aunque mi aseveración no fuese cierta «absolutamente», sí era bastante cierta, y no merecía su desprecio.

—¡Pequeño enano naranja de mierda! —grité—. ¡Monstruo! ¿Quién eres tú para juzgar mi risa? Sabes que te habría ayudado, si hubiese podido. Esa pieza negra en forma de paleta... era una parte de la camisa de Hopalong Cassidy. Yo hice el rompecabezas cuando tenía siete años, gilipollas.

Por entonces ya estaba bajando el tono hasta refunfuñar solamente, y el sordo latido de mi cráneo me recordaba que me había estado golpeando la cabeza contra el volante, así que retorcí un poco el retrovisor para comprobar los daños. El miedo me

golpeó como un mercancías hacia el infierno. No fue el pequeño chichón, ni la sangre lo que me sobresaltó. Fueron mis ojos. En ellos vi la locura.

Paré el coche de inmediato. A ese paso no llegaría a Texas ni por Navidad... si es que llegaba algún día. Era una locura. Algo insensato. ¿Por qué me engañaba? Me había golpeado la cabeza con el volante, había visto un hombrecito naranja corriendo por ahí y haciendo un rompecabezas. Y peor aún: había hablado con él. La noche anterior había muerto en medio de un remolino de estrellas y había bailado con un cactus una música que no podía recordar. La noche anterior a la anterior, había robado un coche y me había enfrentado a un hombre que en aquel preciso momento probablemente estaba reuniendo un grupo de matones bien pagados para que me persiguieran, y a los que complacería muchísimo convertirme en un montoncito de carne socarrada y astillitas de hueso metidos en una bolsa de la compra. Según todos los haremos objetivos de cordura, yo no estaba cuerdo. Ni de lejos ni de cerca, si me enfrentaba a los hechos sin permitirme ningún tipo de gilipollez. Pero aun concediendo que yo estuviera totalmente majara, quizá fuese sólo un estado transitorio, como resultado de las drogas, el cansancio, el estrés, el desplazamiento y una constitución psíquica débil. Quizá yo no supiera de verdad lo que era estar loco, de la manera más profundamente retorcida y con la fuerza más oscura. Quizá yo quisiera estar loco para no tener que pasar por todas las racionalizaciones normales y las autojustificaciones de la indulgencia sin restricciones. Y así, mi mente acelerada por el speed fue balbuciendo hasta que finalmente se rindió y volví a la carretera. Si me ponía mal, muy mal, siempre podía golpearme la cabeza otra vez con el volante y tener otra visión. El hecho de haber visto al hombrecillo naranja me animaba secretamente. La visión pertenecía al peregrinaje, y a pesar de todas mis ideas románticas, en el fondo soy un clásico. Sin embargo, estaba bastante desilusionado por la «calidad» de la visión: no era nada celestial ni beatífico, sino más bien del orden de la comedieta grotesca. Quizá tenía que haberme dado los golpes con algo más pesado. Me preguntaba qué tipo de visión se obtendría con un golpe bien dado con un martillo potente, o qué visión cósmica inimaginable acompañaría a un golpe dado con una bola de derribos. Me preguntaba también cuánto costaría alquilar una grúa de derribos durante treinta segundos. Me preguntaba si el hombrecillo naranja habría sido una auténtica visión de peregrinaje o sólo un resto del festín de ácido de la noche anterior, la engañosa proyección de mi hambre espiritual. Me preguntaba qué espíritu sería. Me preguntaba qué quería yo sacar realmente de todo aquello. Quería ir allí, dondequiera que fuese ese «allí». Quería entregar el regalo. Quería echarme desnudo junto a Kacy y que ella se volviera medio dormida y se acurrucara mientras yo le pasaba la mano por el suave y cálido costado. Me preguntaba dónde estaría ella, y qué estaría pensando, y luego me pregunté también por qué entregar el regalo de Harriet al Big Bopper si los dos estaban muertos, desaparecidos e idos para

siempre. ¿Sería porque yo no era capaz de entregar mi propio regalo a los vivos? Y dale con el bla bla bla hasta Arizona. Cuando miré el espejo retrovisor de nuevo, mis ojos ya no tenían un aspecto tan loco, y sólo parecía cansado y confuso. Necesitaba un descanso.

Estaba en un tramo largo de carretera vacía a unas cinco millas de Quartzsite, Arizona, cuando vi una figura que caminaba hacia el este por el arcén de la carretera, de espaldas a mí. Ciertamente, estaba cansado de oírme hablar a mí mismo y sentía un súbito deseo de compañía, pero había algo en su forma de andar, en la caída de sus hombros, en la sensación de peso, su penosa marcha, su aislamiento contra el paisaje, algo indefinible pero claramente erróneo que me hizo soltar el acelerador. Cuando estaba a unos cincuenta metros de distancia, bajando la marcha, vi que era una mujer. No hacía autoestop. Ni siquiera me miró cuando pasé.

Siempre es delicado encontrarse a una mujer sola en un lugar solitario cuando uno es un hombre; por muy nobles que sean tus intenciones, te tienen que ver como una amenaza... sencillamente, hay demasiadas pruebas feas de que en el fondo lo eres. Paré a unos setenta metros por delante de ella y salí. Ella se acercó y luego se detuvo. Era bajita, rechoncha, de treinta y pocos años, me pareció, con el pelo rojizo y oscuro corto, llevaba unos vaqueros desteñidos y una blusa arrugada que se pegaba en los lugares donde se había mojado de sudor. A aquella distancia no podía verle los ojos, pero la cara parecía pálida e hinchada. No había nada raro en ella, que yo notase, pero sí le faltaba algo: el bolso. A cinco millas de la ciudad más cercana, sin coche estropeado alguno en el arcén, y sin bolso. Tuve la desagradable seguridad de que la habían violado o atracado. No se me ocurría qué decir, de modo que la saludé con la mano, sonreí y me apoyé en la aleta trasera izquierda del Caddy, esperando que ella hiciera alguna señal, pero se detuvo y se quedó quieta, contemplándome. No parecía sentir miedo ni tampoco desconfianza; sólo fatiga.

—¿Se encuentra bien? —Intenté imprimir a mi voz la sinceridad de mi preocupación, pero me pareció torpe incluso a mí.

Ella levantó la barbilla un poquito.

—No lo sé —dijo. Parecía sincera.

De modo que yo también le dije la verdad.

—Bueno, yo también me preguntaba lo mismo hace unas cuarenta millas, en la carretera, y todavía no sé si me encuentro bien del todo. Pero me dirijo a Texas, y me encantaría llevarla a algún sitio antes de Sabine Pass, sin malos rollos ni tonterías. Si lo prefiere, puedo llamarle a un taxi en la próxima ciudad para que la recoja, e incluso pagárselo, si no tiene dinero, o llamar a algún amigo para que venga a recogerla. Pero si prefiere seguir andando sin más, dígame y me voy. O si puedo ayudarla de alguna otra manera, ya veré lo que puedo hacer. —Al final había resultado todo un discurso, pero me costaba mucho decir las cosas con sencillez.

Ella avanzó cinco pasos hacia mí.

—Pues le agradecería que me llevase a la ciudad, gracias —dijo, con triste formalidad, como si los modales fuesen la única dignidad que le quedase ya.

Yo di la vuelta hacia el asiento del pasajero.

—¿Quiere sentarse delante con los tontos o prefiere ir detrás y que la lleve como un chófer a una princesa que va al casino a pasar la tarde entre bacarat y jóvenes guapísimos?

Ella sonrió un poquito, como para demostrar que apreciaba mi broma. Tenía unos ojos muy bonitos, de un marrón oscuro y lustroso como el chocolate sin leche. No era ningún experto, pero estaba seguro de que había estado llorando.

—Delante me parece bien —dijo—, con los tontos.

La acompañé hasta el asiento delantero y dije:

—Sé adónde va, pero ¿de dónde viene?

—Del mismo sitio. Quartzsite. Ahí es donde vivo.

—Bueno —le pregunté, sin poder reprimirme—: ¿y dónde ha estado?

—Cambiano de opinión —respondió ella, con la voz ronca.

—Ah, sí, ya sé lo que quiere decir. Cuando yo no cambio de opinión, es ella la que me cambia a mí. Tendremos que discutir la importancia del cambio a la hora de mantener el equilibrio, así como su relación con la oportunidad, el conocimiento, el espíritu y el sentido de la vida. Y qué tienen que ver el amor y la música con el sentido de la existencia. Cuando hayamos solucionado todo eso, podemos ponernos con los temas difíciles.

Ella me miró con un punto de irritación y un atisbo de desdén.

—Tengo dos hijos pequeños. Chicos. Allard tiene siete años, y Danny casi seis.

Se llamaba Donna Walsh. Además de los dos chicos tenía un marido, Warren, que había perdido el trabajo en los campos de petróleo de Oklahoma y finalmente se había alistado en las Fuerzas Aéreas por pura desesperación. Estaba aprendiendo mecánica de aviación, para tener un oficio cuando saliera. Estaba en el extranjero, en Alemania, y ella y los chicos vivían en una caravana del tío de ella en Quartzsite.

Ella se había enamorado de Warren el último año de instituto, y se había acostado con él la noche después del baile de graduación porque estaba harta de pararle los pies cuando en realidad no quería hacerlo. Se quedó embarazada, y en Oklahoma si te quedas embarazada, te casas.

Warren se había ido a Alemania hacía seis meses, en abril. Era una misión de un año solamente, y luego cumpliría otro año de servicio en Estados Unidos y después de su licencia podría conseguir un trabajo en una compañía aérea, como mecánico de aviones. A Warren se le daban muy bien todas las máquinas, aseguraba ella, especialmente los motores. Le habría gustado que estuviera en casa para arreglar la camioneta Ford del 55, que perdía tanto aceite que le ardía el motor. Las reparaciones

costarían 200 dólares, pero Johnny Palmer de la Texaco decía que no valía la pena arreglarla. Pero no importaba, realmente, porque Warren sólo podía mandar 150 dólares al mes, y con eso ella tenía que cubrirlo todo. Los sargentos técnicos no ganan mucho, pero como decía Warren, aprender mecánica de aviones era una inversión para el futuro.

Warren era una buena persona, en general, decía Donna, pero sentía muchísima responsabilidad y presión por haberse casado tan joven, y con dos niños ya en seguida. Y cuando le despidieron en el campo petrolífero empezó a beber demasiado, y sólo le pegaba cuando estaba borracho. Tampoco le pegaba demasiado... ella no quería dar esa impresión. Sólo habían sido tres o cuatro veces como máximo, y una vez ella misma se lo había buscado por darle la lata con lo de encontrar un trabajo, cuando él realmente lo había intentado de verdad.

Otra vez fue una de esas cosas que pasan: ella estaba haciendo la cena y el pequeño Danny tenía tres años y no dejaba de llorar, y aquella noche hacía mucho calor, treinta y siete grados o así, seguramente, y Danny no paraba y no paraba y Warren había bebido demasiada cerveza y empezó a chillarle al niño que se callara, y sólo consiguió que Allard se echara a llorar también, y Warren le dio una bofetada a Danny tan fuerte que le mandó volando contra la mesita de la cocina, y cuando hizo eso, Donna ni siquiera se lo pensó, simplemente le atizó con lo que tenía en la mano, que resultó ser un paquete de maíz Bel-Air congelado, y le abrió la ceja izquierda a Warren a lo largo (todavía tenía la cicatriz), pero él no dijo ni pío, con la sangre corriéndole por toda la cara y todo, simplemente se puso de pie, muy, muy despacio, la empujó contra la nevera y empezó a pegarle en el cuerpo con los puños, muy duro, en el estómago y en las costillas y en los pechos hasta que ella se desmayó.

Él no volvió a casa hasta al cabo de una semana después de aquello, una semana en la cual a veces a ella le dolía tanto respirar que tenía que contener el aliento hasta que se mareaba, una semana en la que lo único que podía hacer era preparar bocadillos de mantequilla de cacahuete y de gelatina para los niños. Ella llamó a todos los familiares y amigos de Warren pero nadie le había visto. Cuando volvió, él estaba pálido y llevaba los dos ojos morados; le habían tenido que dar nueve puntos para coserle la herida. Estaba sobrio cuando volvió, y lo sentía muchísimo. Fue la única vez que ella le vio llorar. Ella le hizo prometer que nunca jamás en la vida volvería a pegar de aquella manera a los niños.

Ésa fue la última vez que le pegó hasta justo antes de abandonar la busca de empleo y alistarse. Ella estaba dormida cuando le oyó chocar contra la mesa y luego acercarse tambaleándose hacia el sofá plegable que compartían en la habitación de delante. Él se inclinó encima de ella. Ella estaba echada de espaldas, mirándole, pero entraba la luz suficiente desde el porche a través de la ventana sin cortinas detrás de él para que la cara del hombre quedase completamente en sombras. Ella olió el

aliento de whisky.

—Todo es culpa tuya —dijo él entonces, bajito.

Donna vio el golpe acercándose, pero no pudo moverse. La golpeó en el vientre, doblándola en dos. Ella no podía respirar, ni chillar, ni patear. Paralizada, aterrorizada, vio subir el puño de él de nuevo apretado, más apretado aún, hasta que pensó que los nudillos le iban a reventar la piel. Ella creía que iba a morir. Oyó cómo suena un grito cuando uno no tiene aliento para gritar. Pero él no le volvió a pegar. Se golpeó a sí mismo en el estómago, justo en el mismo sitio donde le había dado a ella, y empezó a golpearse la cara metódicamente. Jadeando, ella fue avanzando por la cama hasta que pudo sacar un brazo y tocarle. Él se detuvo cuando ella le tocó. Su puño se abrió y bajó la mano y le tocó el pelo, con suavidad, y luego le acarició la base del cuello, haciéndole un suave masaje mientras ella se ahogaba, luchando por respirar. Frotándole todavía el cuello, él bajó la sábana lentamente y se echó junto a ella y la estrechó entre sus brazos. Ella estaba desnuda; él iba totalmente vestido. Se quedaron uno en brazos del otro, en silencio, durante mucho tiempo. Donna decía que aquél era el momento de más intimidad que había tenido nunca con él, y que se sentía excitada, aunque lloraba. Apretó los muslos contra las piernas de él y se fue moviendo para acercarse, pero él se había quedado dormido o desmayado.

Warren siempre enviaba el dinero, cada mes, con la misma carta breve. «Hola. ¿Qué tal estás? Yo trabajando en los B-52. Muy ocupado. Chicos, obedeced a mamá». La llamó el 4 de julio. Sobre todo habló con los niños, que estaban tan emocionados que sólo podían tartamudear. Cuando ella recuperó el teléfono no se le ocurrió qué decir, de modo que se limitó a decir que le echaban de menos. Ella quería confesarle que le echaba muchísimo de menos y cómo, pero los chicos ya chillaban y la empujaban y él estaba demasiado lejos. Ella le había escrito cada semana hasta aquella llamada de teléfono. Ahora hacía dos semanas. Era muy duro decir lo que sentías cuando no podías mirar a la otra persona.

Ella me contó todo esto mientras estábamos sentados a un lado de la carretera y luego, al cabo de un rato, recorrimos las cinco millas hasta la ciudad. Hablaba con un tono ronco y monótono, mirando hacia la carretera como si estuviera intentando describir una foto que había visto de niña. Necesitaba hablar. Si no puedes creer que se abriera a un completo desconocido, y además un hombre, bueno, la verdad es que a mí también me sorprendió. Me sorprendió. Estaba allí sentado con el speed corriendo por mi sangre y no dije ni una sola palabra, sólo escuchaba. A veces es más fácil ser sincero con un desconocido, alguien a quien sabes que no volverás a ver jamás. Más seguro. No hay ninguna obligación, sólo la ciega confianza que se abre en el momento.

Mientras llegábamos a Quartzsite le dije que tenía hambre y le ofrecí pagarle un almuerzo tardío, si no tenía prisa. Ella dijo que tenía que estar en la caravana a las

cuatro y media, cuando los niños volvieran del colegio. Normalmente estaban en casa a las tres de la tarde, pero aquel día los niños más pequeños estaban preparando la decoración de Halloween.

Nos paramos en el Joe's Burger Palace y comimos en el mismo coche. Mordisqueamos nuestras hamburguesas en silencio durante unos minutos, en un silencio cómodo, y luego hablamos sobre minucias de la vida en Quartzsite. Pero aquella charla insustancial parecía rebajar lo que había pasado antes entre nosotros, y al cabo de unas cuantas frases sin sentido ella se volvió en el asiento, me miró y me dijo, sin previo aviso, lo que había ocurrido aquella mañana. Mientras hablaba su voz iba cogiendo fuerza, pero nunca superaba el deje de cansancio de su tono.

—Me he levantado a las seis, como siempre, después he despertado a los chicos y los he ayudado a vestirse. Danny no encontraba sus calcetines azules. Son sus favoritos. No se acordaba de dónde los había dejado. Le he dicho que no le haría ningún daño llevar los marrones por un día, y se ha echado a llorar. Los niños son tan raros con la ropa, como si fueran pequeñas piezas de su propia vida. De modo que he ido a buscar los calcetines y al final los he encontrado debajo de su almohada. Debajo de la almohada, ¿qué te parece? Estaban tan asquerosos que podría haberlos localizado por el olor. Eso me ha recordado que toda la ropa estaba sucia y que tenía que hacer la colada.

«Así que le he llevado los calcetines a Danny y luego les he preparado las tortitas de avena y les he servido la leche. Allard le estaba hablando a Danny de esqueletos y fantasmas y que los fantasmas pueden aparecer así, ¡pum!, como salidos de la nada, y cuando estaba diciendo «¡pum!» ha movido la mano para demostrar lo que quería decir y ha tirado la leche. Yo he limpiado la mesa y estaba a punto de mirar si había goteado algo al suelo cuando he notado un olor de algo que se quemaba: había puesto la sartén para las tortitas en el fogón, pero no lo había apagado, como pensaba. Las tortitas estaban quemadas y pegadas a la sartén. He llenado la sartén de agua y un poquito de levadura para que se empapase, pero el olor de avena quemada había llenado toda la caravana. A esas horas los niños ya llegaban tarde al colegio, de modo que les he hecho salir a toda prisa y he pensado que ya lo arreglaría todo cuando volviese».

«He llevado a los niños andando al colegio, que está a ocho manzanas de distancia, pero cuando he vuelto a la caravana, no podía abrir la puerta. No quiero decir que estuviera atrancada, o que me hubiese dejado la llave dentro... sencillamente, no podía abrirla y volver a enfrentarme al olor a avena quemada y a leche derramada y a ropa sucia. No podía, físicamente no podía. Así que me he dado la vuelta y me he echado a andar».

«Al principio pensaba ir al supermercado Curry, a un par de calles abajo, pero he pasado por delante sin entrar... lógico, ya que tenía el bolso dentro de la caravana.

Luego he pensado ir a la antigua iglesia baptista, pero cuando la he visto, con esas vidrieras de colores y las puertas pesadas, no he querido entrar. Así que he pasado de largo de la iglesia y he seguido andando, ¿sabes lo que quiero decir? Sin pensar en nada en particular, excepto que era muy agradable ir moviéndose por el aire despejado. Andando, sin más. Cuando he llegado a la carretera y he visto las líneas ininterrumpidas y blancas que se perdían tan lejos en la distancia que parecían unirse, me he sentido feliz. He seguido andando. Dos o tres coches se han parado, pero yo meneaba la cabeza. Quería seguir andando».

«Ya sé que me sobra un poco de peso, pero a medida que iba andando me iba sintiendo ligera, cada vez más y más ligera, como si el viento pudiera levantarme y llevarme volando, como me sentía cuando era una niña pequeña. Entonces de repente todo se ha venido abajo y me he echado a llorar».

Donna parpadeó rápidamente al recordar aquel momento. Le temblaba la barbilla, pero no había lágrimas en sus ojos. Meneó la cabeza.

—Pero ya sabes cómo ha acabado todo. Aquí estoy. Pero he ido andando mucho rato por la carretera pensando que todas las promesas se rompen un día u otro, que todas las esperanzas que tienes se hacen esperar tanto, tanto tiempo, que es casi como si rezaras, como si creyeras en «algo», pero que nunca sale bien. Te diré por qué lloraba. Es que «sabía» que iba a volver, que iba a dar la vuelta en esa maldita carretera y volver. «Sabía» que no podía irme. Me avergüenza admitirlo, pero hace unas pocas noches que siento que lo mejor que podría hacer es coger el cuchillo de la cocina y apuñalar a los niños mientras duermen, matarlos, antes de que averigüen lo que les pasa a los sueños. ¿Estoy enferma? Pero no se puede hacer eso, igual que no se les puede dejar volver a una casa vacía con papá en Alemania y mamá que se ha vuelto loca y se ha largado. Son demasiado reales para hacerles daño de esa forma, demasiado reales para huir. De modo que vuelvo porque en realidad no tengo elección. No lo entendía, pero yo elegí con Allard y Danny. Voy a volver atrás y a abrir esa maldita puerta de esa maldita caravana y entrar allí a pesar del olor a avena quemada y leche agria y calcetines sucios. Aunque sea un desastre.

—Admiro tu valor —le dije.

Donna meneó la cabeza.

—Si pudiera salir de allí y ser feliz, me iría. Pero con algo tan malo royéndome el corazón, no podría ser feliz nunca. Tampoco soy feliz ahora, sin descansar nunca con los niños y con las paredes que se me caen encima y un marido que no sé dónde está, pero así, hay una oportunidad de que las cosas mejoren. Quizá no sea así, pero tengo que hacer lo que creo que es correcto, y espero que lo sea.

—Yo también lo espero —dije—, y creo que lo es. Pero si Warren vuelve a pegarte alguna vez, yo me largaría rápidamente. Sin pensarlo. Simplemente, me iría.

—Sí —aseguró ella—, eso ya lo he pensado.

—Prométemelo.

—¿Y tú? —preguntó Donna—. ¿Vas o vienes? —Así ella desviaba la tensión de la pregunta, sin dar excusas, y ya había soportado bastante tensión por un día. De modo que allí sentado en el Caddy, con nuestras hamburguesas a medio comer ya frías desde hacía un rato, le conté a Donna adónde me dirigía, mis propios líos y aquel viaje. No mencioné la muerte de Eddie (no lo vi necesario) ni tampoco que el coche era robado. Le conté lo de bailar con un cactus, y el hombrecillo naranja y el parloteo que oía en el cerebro. En el curso de mi explicación me asaltó la fuerte intuición de que a ella le gustaría mucho la carta de Harriet, así que le pregunté si quería verla. Ella pensó un momento y dijo que sí. La saqué de la guantera y se la tendí.

Donna olisqueó el sobre.

—Uaaa... —soltó una risita—. La señorita Harriet iba en serio.

Leyó la carta despacio, asintiendo, moviendo la cabeza, sonriendo. Cuando acabó, la dobló con cuidado y la volvió a meter en el sobre, y se echó a llorar. «Bien por mis intuiciones profundas», me dije a mí mismo, pero entonces ella se acercó a mí desde el asiento de al lado y nos abrazamos.

Resultó, sin embargo, que mi intuición era mejor de lo que parecía a primera vista. No fue la letra lo que más le llegó, según me dijo, sino recordar que Ritchie Valens había muerto en el mismo accidente de avión. Resulta que Ritchie Valens fue uno de los motivos por los cuales ella se había acostado con Warren aquella primera noche, la noche que se quedó embarazada de Allard. No Ritchie Valens en persona, claro, sino una canción suya llamada «Donna», Donna la rompecorazones, un lamento por su amor perdido. El instituto al que asistía ella en Oklahoma era demasiado pequeño para permitirse un grupo que tocara en el baile de graduación, de modo que pusieron discos. Y cuando Ritchie Valens cantó esa canción con su nombre, aquella noche, a la débil luz del gimnasio, Donna, con su bonito traje y el pelo recogido y una orquídea en la muñeca, deslizando los pies enfundados en sus medias por el suelo encerado mientras bailaba lento, muy cerca de Warren, quiso crecer y convertirse en la mujer que sentía dentro de sí.

Admití que no recordaba aquella canción, y Donna me miró con suspicacia, como un guardia fronterizo enfrentado a unas credenciales dudosas, y luego meneó la cabeza, sonriendo, y dijo:

—Bueno, sin la canción, no tiene mucho sentido.

Y con una voz clara y alta, con un toque de whisky y una potencia y una claridad que me dejaron sin aliento, cantó:

I had a girl

Dooonna was her name

*And thought I loved her
She left me just the same
Oooh Donnaaa
Oooh Donnaaa...*

Y yo pensaba que me iba a romper el corazón cuando de repente ella se detuvo y dijo:

—Y por eso lloraba al leer la carta. Y porque es muy triste que ellos dos nunca tuvieran la oportunidad de conocerse. Y porque es realmente maravilloso lo que estás haciendo... un poco loco, pero muy tierno.

—Entonces déjame que entregue este regalo también en tu nombre... como tributo a Ritchie Valens, el músico, y a las posibilidades de la amistad, la comunión y el amor.

Ella inclinó la cabeza a un lado y me dirigió una sonrisa que contrastaba de forma extraña pero feliz con las lágrimas de sus mejillas.

—Eso sería muy bonito —dijo.

—Bueno, yo soy un chico muy majo, y éste es un viaje muy romántico... algunos dirían que es una estupidez, algo inútil, incluso. ¿No sabrás dónde está enterrado el Big Bopper por casualidad, no?

—No —contestó ella—, pero se me ha ocurrido un buen regalo para ti. —Parecía emocionada—. Está en una caja grande debajo de la cama, traída desde Oklahoma: un tocadiscos a pilas y una colección de discos de cuarenta y cinco de cuando era joven, para escucharlos en el tocadiscos.

—Estás de broma. ¿Vinilos antiguos de cuarenta y cinco? ¿Son de los 50?

—Yo tenía diecisiete, en el 59. El tocadiscos lo tenía allí, en Braxton, Oklahoma.

—¿Y son de rock-and-roll?

—¿De qué iban a ser si no?

—Bueno, escucha, eso es lo que se supone que iba a hacer cuando volviese de entregar el Caddy: buscar colecciones de discos de los cincuenta. Tengo un amigo en Frisco que se llama Johnson el Mugre, un vendedor de coches usados, y colecciona rock de los cincuenta, igual que otras personas coleccionan cromos de béisbol. Es como una afición que tiene, pero está loco con ella. Cuando supo que iba a hacer este viaje, me dio mil dólares para que comprara discos, y con eso puedo cubrirme los gastos de vuelta a casa. Le dije que no sabía ni media palabra de música, pero él decía que no era un problema grave... que, en caso de duda, lo comprara todo. El tipo los compra, los vende, comercia con ellos, lee esas revistas raras de pequeños coleccionistas que sólo sacan media docena de números... bueno, ya sabes, es un chiflado de este asunto. O sea que si tú tienes los discos y yo tengo el dinero y los dos estamos en el mismo sitio, podría comprarte algunos.

—No, quiero que sea un regalo —dijo Donna, con firmeza.

Ya estaba preparado para ello.

—Si insistes, me sentiré muy honrado de aceptar el tocadiscos como regalo. El Mugre no colecciona tocadiscos. Los discos en cambio te los pagaré. Eso son negocios. Por supuesto, tienen que estar en perfecto estado. Sin rayaduras, ni torcidos, con las fundas intactas, ese tipo de cosas.

Ella me miró con la duda reflejada en su cara, y no sé si es que estaba sopesando el intrínseco valor de mi oferta o su torpeza. Francamente, yo pensaba que había actuado de una forma bastante hábil. Finalmente, dijo:

—Bueno, de acuerdo, pero el tocadiscos es un regalo... eso quiero que quede bien claro.

—Comprendido y aceptado de buena gana. —Hice una reverencia en lo posible, dado que seguía en el asiento delantero—. Me gustaría echar un vistazo a los discos, pero no estoy seguro de cuál es tu situación. Me gustaría mucho llevarte de vuelta a tu caravana, si crees que tus vecinos no lo interpretarán mal. Pero tampoco me importaría llamarte a un taxi y esperarte en algún otro sitio a que me trajeras los discos... y el tocadiscos. ¿Qué te parece?

Ella me miró con aquellos brillantes ojos castaños y sonrió.

—Creo que eres un hombre muy considerado. Y a pesar de tu supuesta locura, muy respetuoso. Podemos ir a la caravana. A ninguno de los vecinos le importa lo que yo haga o deje de hacer, que yo sepa. La única persona con la que hablo es el tío de Warren cuando viene a principio de mes a cobrar el alquiler y a intentar tocarme el culo. —Arrugó la nariz, con desagrado—. Los niños llegarán a casa dentro de un par de horas. Puedo arreglar el desastre de esta mañana mientras tú miras los discos.

La caravana, cerrada todo el día y con aquel calor, apestaba a avena quemada, leche agria y calcetines sucios, tal y como había dicho Donna. Ella se detuvo en la puerta, tomó aliento con intensidad y soltó el aire poco a poco con un suspiro.

—Ah, hogar dulce hogar. Bienvenido a mi casa. Mira si encuentras un sitio para sentarte. —Dejó la puerta exterior abierta y entró en una habitación diminuta que había en la parte posterior de la caravana. No tenía que ir demasiado lejos: al parecer la caravana sólo tenía unos dos metros de largo. Yo no había pasado mucho tiempo con niños a mi alrededor, pero aunque se mantuvieran quietos como estatuas, aquel espacio parecería agobiante.

Donna había vuelto al cabo de unos minutos con dos grandes cajas de plástico, cada una de la mitad de tamaño de una máquina de escribir, más o menos. Una era de color turquesa con topos amarillos, y la otra verde claro. La última contenía el tocadiscos. Estaba un poco polvoriento y las pilas se habían gastado hacía mucho tiempo, pero el plato giraba con suavidad y la aguja parecía afilada.

Preocupada, Donna dijo que funcionaba bien la última vez que lo puso. Yo le

aseguré que confiaba plenamente en que con unas pilas nuevas bastaría, y, si no era así, yo era un estupendo mecánico, pero ella insistió en buscar la linterna de cuatro pilas para comprobar con ellas si el aparato funcionaba. No encontraba la linterna y se iba angustiando cada vez más.

—Los niños la usaron anoche para jugar. ¿Cómo es posible que pierdan todo lo que tocan? Quiero decir que... —Extendió los brazos—. ¿Cómo se puede perder algo en un sitio de este tamaño? La maldita linterna es más grande que la mesa...

Todavía buscaba la linterna cuando yo abrí un pequeño compartimento que había a un lado del tocadiscos y encontré un enchufe para una conexión de 12 voltios. Se podía enchufar al encendedor del coche. Lo levanté.

—Olvídate de la linterna. Mira los milagros de la tecnología moderna... puede enchufarse directamente a la batería del coche.

La caja turquesa estaba llena de discos. Había tres filas, muy apretados, todos excepto una docena o así en sus fundas de papel.

—Has guardado la colección de discos en perfecto estado. Casi no tienen ni una mota de polvo. No hay motivo alguno para que no les puedas sacar un buen dinero.

—Mirando por aquí nunca se diría que antes era una chica muy ordenada, ¿verdad?

—Supongo que dos niños traviesos realmente ponen a prueba nuestro sentido del orden.

—Eso digo yo —contestó ella, compungida—. Mira, voy a lavar los platos. Ve mirando tranquilamente los discos. Y coge los que quieras; todos están en venta.

Miré los discos rápidamente. Una colección muy completa, según mi limitado conocimiento. Encontré «Chantilly Lace» del Big Bopper, desde luego, un puñado de Elvis, Jerry Lee Lewis, Fats Domino, Bill Haley & the Comets, Chuck Berry, Buddy Holly a montones, cinco o seis de Little Richard, los Everly Brothers, algo de folk y calypso y un montón de grupos y gente de la que jamás había oído hablar. «La Bamba» y «Donna» de Ritchie Valens estaban casi al final de la primera fila. Dejé a un lado «Donna».

Ella estaba detrás de mí, en el fregadero, lavando los platos. Le dije que había apartado «Donna» y le pregunté si tenía algún otro favorito.

Ella se dio la vuelta, casi encima de mí.

—Llévate «Donna» —dijo rotundamente—, ése precisamente no lo quiero.

—¿No hay favoritismos sentimentales?

—No, ya no. —Se volvió hacia el fregadero.

Conté los discos y luego mi dinero. No llevaba demasiado en el bolsillo y tuve que ir al Caddy a buscar el rollo que llevaba en la bolsa de lona. Cuando volví, conté el dinero encima de la caja turquesa.

—Bueno —dije—, vayamos a los negocios. Me llevo doscientos siete discos, a

dos pavos cada uno, y eso son cuatrocientos catorce, así que te doy cuatrocientos quince si me das también la caja.

Donna estaba impresionada.

—¿Me compras «todos» los discos a dos dólares cada uno?

—Ya sé que parece poco, pero el Mugre dice que es el precio normal para los que están en buen estado o excelente. No sé cómo estará el mercado por aquí ahora, pero ni siquiera en Frisco puede sacar tres dólares por cada uno. Y yo te los compro todos, recuerda, sin elegir sólo los de mejor calidad.

Donna señaló hacia la caja turquesa.

—¿Me vas a dar cuatrocientos dólares por esos discos, eso es lo que me estás diciendo?

—Cuatrocientos quince —la corrigí—. Lo siento, pero realmente no puedo darte más. —Intenté que pareciera que lo sentía.

Donna meneaba la cabeza.

—Sabes que esos discos no valen eso. Simplemente estás buscando una forma de ofrecerme algo de caridad. Te lo agradezco mucho, George, pero no está bien.

La verdad es que yo no tenía la menor idea de lo que valían aquellos discos usados, pero dos dólares me parecía un precio bastante justo que me permitía aportar algo de honradez a mi mentira.

—Donna, si quieres te doy el número del Mugre. Llámale al trabajo y te dirá si te estoy engañando o no.

Ella decidió creerme.

—No, no hace falta. Dios mío, supongo que no... Ya me perdonarás, pero yo me imaginaba sacar unos céntimos por cada uno, y tú me estás ofreciendo dos dólares. ¡Cuatrocientos! Madre mía, si hubiera sabido que estaba sentada encima de una mina de oro, los habría vendido hace mucho tiempo...

—Me alegro de que no lo hicieras —sonreí—. Y sé que el Mugre se alegrará mucho también.

Donna insistió en salir al Caddy a decirme adiós..., además, quería asegurarse de que el tocadiscos funcionaba. Enchufé el adaptador al encendedor del coche, y encendí el aparato. El plato empezó a girar. Estuve tentado de poner «Donna» y pedirle a la de verdad que bailara conmigo una lenta allí mismo, delante de su caravana, ante Dios y ante los vecinos, apretándola fuerte antes de internarme de nuevo en la Interestatal. Pero pensando que a ella le dolería y no era necesario, elegí uno al azar de Buddy Holly. Cayó suavemente en el plato y el brazo se levantó y luego dejó caer la aguja en el surco:

I'm gonna tell you how it's gonna be:

You're gonna give-a your love to me.

*I wanna love you night and day,
You now my love not fade away*

Doo-wop; doo-wop; doo-wop-bop.

*My love is bigger than a Cadillac,
I try to show it and you drive me back.
Your love for me has got to be real
For you to know just how I feel.
A love for real not fade away!*

Llegué a la autopista a toda marcha y contento, con el beso de despedida de Donna todavía en la mejilla. Como aún estaba puesto el tocadiscos, supuse que podía escuchar también «Chantilly Lace» y dejarme mecer por la ola de las consecuencias producidas por la canción, en mi actual locura. Lo saqué de la caja. Se oía el timbre de un teléfono que sonaba y luego un susurro bajo y libidinoso:

*Hello, bay-bee.
Yeah, this is the Big Bopper speaking.
[una risa lasciva]
Oh, you, sweet thing!
Do I what?
Will I what?
Oh bay-beee, you know what I like:*

Y entonces empezaba a cantar:

*Chantilly lace had a pretty face
and a ponytail hangin' down,
a wiggle in her walk
and a giggle in her talk
Lord, makes the world go 'round 'round 'round...*

Escuchándole, estuve de acuerdo con el Bopper en que todos necesitamos un poco de contacto humano, un poquito de calor animal. Era triste, pero en la música había una alegría invencible que demostraba que la tristeza se puede compensar, si no derrotar, y durante un rato, oyendo rock de camino a Phoenix y con el tocadiscos de Donna a todo volumen, tan agotado que no podía ni parpadear, me mantuve sereno. Sobre todo era la música, el poder cautivador del ritmo; no tenía que pensar. No me

extrañaba que a los jóvenes les encantase. La adolescencia ya es bastante espantosa sin tener que pensar en ella; es mejor llenarte la cabeza de esa energía que te limpia por dentro. Yo seguí acumulando energía, esperando que aquella sensación de serenidad durase para siempre, pero cuando empecé a cabecear encima del volante me di cuenta con claridad de que era hora o bien de tomar un speed o de dormir. Actuando con la sensatez que inspira la serenidad, aparqué junto al Motel Fat Cactus en las afueras de Phoenix, me registré semiinconsciente y Morfeo le echó un pulso a la habitación 17. Quedaron empatados.

Me desperté al mediodía del día siguiente, renacido. Me duché durante casi cuarenta y cinco minutos, quitándome el polvo de la carretera y la grasa del speed, y me puse ropa limpia. Me sentía fresco, en forma, dispuesto a comerme Texas. Después de llenar el Caddy con gasolina de alto octanaje, me detuve en la calle y acallé mi rugiente estómago con una buena pila de tortas en la Casa de las Tortitas.

He dicho que me encontraba bien y es verdad, pero siempre se puede encontrar uno «mejor». Mi sistema nervioso, después de la limpieza del sueño, estaba empezando a pedir con insistencia sus anfetaminas, apelando a una necesidad que se veía aguzada por el conocimiento de que los medios de satisfacerla estaban al alcance de mi mano. Invoqué mi recién recuperado sentido de la contención y me limité a tres. Un hombre agobiado por la debilidad general y con tendencia a la indulgencia necesita reforzar su resolución mediante semejantes actos de autocontrol. Por supuesto, no supone un consuelo tremendo decirse a uno mismo que sólo se toma tres cuando se podría tomar treinta, pero la Fortuna favorece a aquellos que, al menos, lo intentan.

A ocho millas de Phoenix la Fortuna, presta a pagar sus deudas, me recompensó con Joshua Springfield, para que hiciera con él lo que me apeteciera. Al principio fue difícil hacer nada, porque sólo era una silueta perfilada en medio de una luz cegadora, pero a medida que el ángulo de visión cambiaba y yo me acercaba vi lo que había que ver (al menos, aparentemente) y paré el coche como respuesta a su dedo levantado.

Aquel hombre era la prueba viviente de la imposibilidad de la descripción. Era grande y redondo, pesaría fácilmente cien kilos, con las piernas cortas, el torso grande y una cabeza enorme, aunque en conjunto daba una sensación de equilibrio en sus proporciones. Tenía el rostro redondo y tan suave que parecía carecer de rasgos, o quizá los rasgos se vieran desdibujados por la intensidad de sus ojos azules, un color que no pegaba nada con el pelo rojizo, corto y rizado que le cubría la coronilla como un hongo que hubiese atacado a un globo rosa. Llevaba un traje de gabardina de color verde lima que parecía hecho por un sastre que hubiese sufrido una grave discapacidad en sus facultades sensoriales y motoras. El color del traje se daba de bofetadas con la camisa roja, aunque hacía juego con las plumas de cotorra que llevaba pintadas ésta. Joshua se encontraba de pie encima de una caja plateada

rectangular del tamaño de un baúl, y era el resplandor de la luz del sol al reflejarse en la caja plateada lo que le hacía parecer, a pesar de su considerable solidez, una aparición.

—Buenas tardes —me saludó, con una melodiosa voz de bajo—. Es muy amable por detenerse. Espero que no le importe cargar con esta caja tan pesada y bastante difícil de manejar.

En eso no mentía: ambos jadeábamos cuando conseguimos meterla en el asiento trasero. De nuevo en la carretera, todavía secándome el sudor, dije:

—Debe de llevar el oro de la familia ahí, para ir arrastrándolo por la carretera mientras hace autoestop.

—Ah, si fuera oro, le aseguro que no haría autoestop. Alquilaría un helicóptero. Pero como no es oro, y como no he aprendido a conducir un automóvil, tengo que confiar en la suerte de la carretera y la amabilidad de los amigos viajeros como usted.

—Encantado. ¿Le importa que le pregunte qué lleva en la caja? Siempre tengo curiosidad por aquello que me ha hecho sudar.

—En absoluto. No es nada espectacular, se lo aseguro. Sólo se trata de un equipo que uso en mi trabajo: amplificadores, altavoces, esas cosas.

—¿Es usted electricista?

—Bueno, hago chapuzas. Soy químico vocacional, pero supongo que sería exacto decir que la electricidad está dentro de mi campo de trabajo.

—Un químico —repetí. En mi cabeza bailoteaban visiones de lucecitas de Navidad—. ¿Y qué es exactamente lo que hace?

—Ah, lo normal. Disolver y coagular, agregar y separar; normalmente, remover la sopa elemental.

—Ah, bueno... ¿Y qué tipo de sustancias elabora?

—Durante los últimos veinte años sobre todo me he interesado en los medicamentos, pero he hecho todo tipo de cosas: pulimentos para metal, jabón, plásticos, papel, cosméticos, tintes y demás.

—¿Ha oído hablar alguna vez del ácido lisérgico? ¿LSD?

Escuché cuidadosamente a ver si notaba una nota de precaución en su tono, un rastro de reserva, pero fue bastante franco:

—Sí. Lo vi en el trabajo de Hoffman con mohos de cereal.

—¿Y lo ha hecho alguna vez?

—No.

—¿Lo ha tomado?

—No.

—¿No tiene curiosidad?

—Soy curioso por naturaleza y por disposición estética, pero he averiguado que las drogas psicotrópicas son como espejos deformantes... revelan mediante la

distorsión.

—¿Y usted quiere una galería de espejos con espejos normales?

Joshua pensó un momento.

—En realidad, supongo que me interesa más una galería de espejos «sin» espejos.

—¿Y le parece que seguiría siendo divertido? —Reconozco que en mi tono había una nota insincera de superioridad.

—¿Por qué iba a interesarme, si no? —replicó abruptamente, levantando los brazos, exasperado. Una manga le llegaba a la mitad del antebrazo, la otra hasta los nudillos. Como no repliqué, continuó con un tono más suave, pero aún irritado—. No tiene por qué pincharme como si yo fuera un cangrejo en un agujero. Si quiere algo, dígalos; si tiene alguna pregunta, hágala.

Yo no quería nada, pero sí que tenía muchas preguntas, demasiadas en realidad, y las tres pastillitas de speed me estaban pegando de lo lindo, así que le conté toda mi historia tal y como te la estoy contando a ti, y la historia y la carretera fueron rodando juntas, de Phoenix a Tucson, por todo el camino. Joshua escuchaba con mucha atención y sin hacer comentario alguno, cosa que al principio me puso nervioso y luego hizo que me precipitara por temor a aburrirle. Pero cuando me di cuenta de que estaba absorto, y no aburrido, me relajé, y eso despertó mi honradez. Le dije que el coche era robado, que había tomado drogas y que quizá estuviera loco. Aquella información no pareció alarmarle; llevaba las manos cruzadas en el regazo y brevemente volvió las palmas hacia arriba, como para indicar que era algo natural e insignificante.

No acabé mi rollo hasta que pasábamos a la altura de Dos Cabezas. Joshua desplazó su atención de mí a las montañas, y luego sacó la cabeza por la ventanilla y estiró el cuello para mirar hacia el cielo. Cuando metió la cabeza y se acomodó de nuevo en el asiento, dijo:

—Existen muchas posibles respuestas si uno se pierde en un lugar agreste. Se puede quedar uno quieto y esperar a que le ayuden. Puede encender una fogata, hacer señales con espejos, construir señales enormes de s.o.s. con piedras o ramas secas... Se puede rezar. Se puede arrojar uno desde un acantilado. Se puede intentar encontrar el camino de vuelta, o seguir adelante. O ir a un lado. O dando vueltas en círculo. O al azar, de cualquier manera. No creo que suponga una diferencia excesiva el método que uno adopte, aunque sí será un reflejo del carácter propio, y ciertamente, una expresión de estilo. El romanticismo es un impulso peligroso, que se confunde fácilmente con el sentimentalismo más patético, y sin embargo es maravillosamente capaz de una magnificencia soportada e iluminada no sólo por la simple resistencia, sino por una alegría tan elemental que de buena gana se arriesga a la monumental estupidez de su probable fracaso.

—¿De modo que lo aprueba?

—No se requiere mi aprobación. Confieso que yo también soy proclive a ese tipo de gestos, aunque generalmente me ofenden sus excesos. Es como una gran salpicadura, cuando bastaría con un toquecito. La gelatina de los adjetivos, en lugar del pan del sustantivo. Ah, pero cuando se establece la conexión y se completa el arco, ¡qué belleza tan intensa! ¡Qué erupción tan maravillosa cuando se unen un millón de espíritus!

—Lo que está diciendo, básicamente, si lo comprendo bien, es que estoy con el culo al aire.

—Bueno, tal como lo dice es como matar una mosca a cañonazos, pero sí, esencialmente es eso.

—¿Y qué tal su culo, Joshua? —repliqué yo—. ¿También tiene el culo al aire?

Él me dirigió una enorme sonrisa de luna, como las que dibujamos de niños en las caras redondas de nuestra imaginación, en forma de U y con las comisuras de los labios casi tocando los ojos.

—Por supuesto que tengo el culo al aire. Parece que es la situación perpetua de los culos.

—No parece excesivamente preocupado —observé.

—Es que no lo estoy. No me importa si recibo o no. Quizá no me guste, por supuesto, pero no me importa. —Me dirigió un estupendo guiño, cordial y cómplice, y en ese momento, aunque no me daría cuenta hasta más tarde, nuestros caminos se unieron. Estoy seguro de que Joshua ya se había dado cuenta de ese hecho y no hacía más que constatarlo con aquel guiño... pero era químico, y a fin de cuentas todo es cuestión de química, de congruencia y de responsabilidad.

Cuando nos adentrábamos en Apache Pass, Joshua me explicó que él mismo también se hallaba embarcado en una especie de viaje. A medida que hablaba me fue quedando más claro que Joshua era una de esas personas eminentemente funcionales y que sin embargo están bastante locas, un equilibrio psíquico que pocos pueden sostener y que puede que constituya una forma extrema de cordura... o no.

—Estoy embarcado en un experimento de campo —me explicó—. Como químico, uno de mis deberes es remover la sopa. No necesariamente para condimentarla, sino para evitar que se pegue al fondo y, no por casualidad, ver si aquello se precipita o se disuelve. Quizá me engañe a mí mismo pensando que soy un agente de lo posible, pero todos sufrimos de nuestras vanidades propias. Como su hombrecillo naranja que se protegía con la pieza del rompecabezas. Es el clásico efecto catalizador con su carga, pero ¿por qué gimotear o consumirse ante esa carga, cuando los árboles soportan el viento con tal gracia, y las montañas el cielo? No importa si la mula está ciega, simplemente, sigue tirando de la carreta. En esa caja plateada que ocupa el asiento posterior se encuentra un sistema de amplificación completo desde el tocadiscos a dos potentes altavoces. También hay un micrófono

conectado. Muy primitivo, en realidad: corriente continua, doce voltios, pilas de níquel-cadmio. La amplificación eléctrica es una nueva fuerza en el mundo y hay que evaluarla. ¿Se puede aclarar la claridad mediante la amplificación? ¿Está destinado el sonido a ser llevado mucho más allá del alcance natural de su fuente? ¿O vamos a empezar a adorar otra abrumadora distorsión tecnológica como si fuera una degradada y puritana forma de magia?

«Mi experimento es rudimentario, pero no carece de ciertas posibilidades de elegante resonancia. Me propongo ir a San Picante, un pueblecito que contará quizá con diez mil almas. Está en Nuevo México, junto a Lordsburg y más arriba de Silver City, en los montes Mimbres. No ha pasado nunca ningún tren a menos de veintinueve millas de San Picante. Aproximadamente a las cuatro en punto de esta noche (o, para decirlo con mayor precisión, mañana por la mañana), yo colocaré allí mi equipo de amplificación y pondré un disco con el sonido de un tren aproximándose... a todo volumen. Ya lo he probado, por supuesto, y el efecto es impresionante, de verdad. Lo que planeo hacer ahora es probarlo en una zona residencial, y si se reúne una multitud, puedo conectar el micrófono y hacer unas cuantas observaciones».

—Si fuera usted me largaría en seguida —le dije—. A algunas personas igual les sienta mal que les den un susto de muerte y perder dos o tres horas de sueño antes de tener que levantarse para ir a trabajar.

Joshua inclinó su enorme cabezota unos milímetros, como dándome la razón.

—Estoy de acuerdo; es bastante probable. Pero sin esa probabilidad, ¿cómo podríamos captar la maravillosa excepción? Hablando como científico «de verdad», como contraposición a aquellos que se ponen en fila para lamerle el culo al Logos, si me perdona la justificada vulgaridad, mantengo una reluctante objetividad que estoy dispuesto a abandonar al mínimo atisbo de lo maravilloso. En mi primera clase de ciencias en la universidad, todos miramos una gotita de nuestra propia sangre bajo el microscopio. Yo vi un millón de mujeres desnudas que cantaban mientras ascendían por una montaña, bajo la lluvia. ¿Quién es capaz de decir lo que va a ocurrir, cuando puede ocurrir cualquier cosa, literalmente? Esa gente, esta noche, puede oír el tren y salir llenos de felicidad de sus casas, sacudidos por la realidad de su ser. Pero si sus reacciones confirman sus sombrías predicciones, usted es un buen conductor. Excelente, diría yo.

Observé que me había incluido en su «experimento» y lo tomé como una tímida invitación, más que una presuntuosa suposición. Estaba a punto de responder cuando Joshua señaló hacia la carretera.

—Mire ese precioso roble. Es un árbol extraordinario. Uno lo mira y al momento sabe que no podría estar en ningún otro sitio. Ese árbol no podría estar en la televisión. Es una buena señal, ¿no le parece?

No sabía qué pensar, así que sonreí y dije:

—Joshua, estás más loco que yo.

Él echó la cabeza atrás en el asiento y cerró los ojos como si se preparase para dormir, pero inmediatamente volvió a inclinarse hacia adelante y me miró.

—George, amigo mío, cuando yo tenía siete años y vivía con mi familia en Wyoming, un día estaba sentado en una montaña, junto a un prado, examinando las formas que el viento dibujaba en la hierba, cuando un cuervo voló por encima de mi cabeza y me preguntó, con una áspera sílaba: «¿Arc?». Como asistía con regularidad a la catequesis, me convencí de que era el auténtico cuervo que Noé había enviado, siglos antes, a buscar la tierra, el cuervo que precedió a la paloma, ¿recuerdas?, y que nunca volvió. Y que después de un viaje inimaginablemente misterioso y fatigoso, había encontrado tierra, pero había perdido el arca. Noté que su alegre mensaje moría en su garganta. De modo que me puse a construir un arca en nuestro patio trasero, usando maderas de desecho de una obra cercana. No era un arca demasiado buena, más bien era una balsa con forma puntiaguda, pero trabajé en ella con una concentración absoluta, y la completé al cabo de una semana. Entonces me subí a ella y esperé a que volviese el cuervo. Al cabo de tres semanas de absoluta intransigencia por mi parte, mis padres me internaron en un manicomio.

«Los médicos me dijeron que yo había entendido mal. Decían que todos los cuervos emitían un sonido áspero, que se podía confundir perfectamente con la palabra «arc». Yo pensaba que eso era bastante obvio. Pero ellos no estuvieron en el prado conmigo; no lo oyeron. Yo comprendía sus dudas, pero no su categórica negativa a admitir ni la más remota posibilidad de que pudieran estar equivocados. Tampoco me podían ofrecer ninguna prueba textual en la Biblia de cuál fue el destino del cuervo, aunque decían que era imposible que aquel ave hubiese seguido volando desde los tiempos de Noé, porque tenía que haber muerto de vieja, etcétera, etcétera. A pesar de todo eso, aseguraban que creían en Dios. Y sin embargo, no eran capaces de ver, o se negaban a ver, que si Dios podía crear la tierra, y el cielo, y el agua, y las estrellas, seguramente también sería capaz de mantener en vuelo a un pobre cuervo perdido. La suya era una desagradable violación de la lógica, y un insulto a la investigación inteligente. Por eso es un alivio y un placer encontrar a gente como tú, gente que comprende...».

—Joshua —le interrumpí, sin querer que pensase que yo era duro de entendederas —, observo que parece haberme incluido en tus planes para esta noche como conductor de fuga, y quiero dejar las cosas bien claras. Ésta es una de mis normas en este viaje: no andarme con rodeos.

—Bueno, has sido muy directo —dijo, parpadeando—. Pero yo te consideraba más bien acompañante y amigo, no un simple chófer.

—Acepto el honor de ser tu cómplice.

Él sonrió de una forma que nunca podré olvidar, y que todavía brilla en mi interior a veces como una bendición inesperada. Aquella sonrisa era lo que yo aceptaba.

—Y espero que aceptes mi ofrecimiento de seguir luego conmigo y hacer la entrega en la tumba del Big Bopper —añadí—. Me encantaría que me acompañaras.

Joshua suspiró.

—Hay lecciones que ni el consejo más sabio puede evitar que aprendamos nosotros mismos. Ni debe hacerlo, tampoco. Cada gota de lluvia es diferente en el río, pero riega de igual modo los árboles. Después de dos años de paredes verde claro y doctores apóstatas sabía que el cuervo no vendría a mí, así que fui a buscarlo yo. Lo encontré en los árboles, en el cielo, en el agua, en las llamas, y en mí mismo. He construido muchas arcas para muchos cuervos, he quemado muchos nidos vacíos. Tengo algo de experiencia en estos temas, George, créeme. Ya no soy profesor, igual que tú tampoco eres un estudiante. Pero es mejor para ambos si no te acompaño. El tuyo es el viaje de un hombre joven. Yo estoy ya cerca de los cincuenta. La ayuda que pudiera ofrecerte sólo serviría para obstaculizarte; mi compañía resultaría una distracción. Créeme si te digo que eres mucho más esencial tú para mí de lo que yo soy para ti. —Levantó la mano y me dio unas palmaditas en el hombro—. ¿Me comprendes?

—Pues no —dije, picado ante su negativa—. No comprendo nada estos días. Comprendo que tú no sabes conducir, y yo sí... cosa que, si he entendido bien, es lo que me hace necesario.

Con calma, pacientemente, Joshua dijo:

—Es un principio. —Y luego añadió, con una mordacidad que su paciencia no pudo contener—: Era sólo una invitación, George, y se puede declinar.

No estaba seguro de si se refería a la suya o a la mía, y decidí que no importaba.

—Pensaba que había dicho con claridad que me gustaría ayudarte.

Joshua se inclinó un poco más hacia mí.

—Bueno, entonces podemos conspirar —susurró.

En realidad no fue una conspiración. Llegaríamos a San Picante cuando ya hubiera anochecido, encontraríamos un barrio adecuado, Joshua instalaría su equipo, enviaríamos el tren atronando hacia los pacíficos sueños de los residentes, Joshua haría sus observaciones y nos largaríamos al momento... dispuestos para hacerlo a mucha mayor velocidad aún, si sufríamos una furiosa persecución. Yo tenía algunas objeciones, interrogantes y dudas. Temía que el Caddy fuese demasiado llamativo para aquel asunto, pero Joshua argumentó que, por el contrario, poseía «la perversa invisibilidad de las proporciones absurdas». Y en cuanto al hecho de ser robado, aseguraba que eso haría mucho más difícil localizarnos, y además, que el estatus legal de los automóviles era una preocupación que agobiaba innecesariamente a las mentes

que estaban a punto de emprender un experimento científico. Estuvo de acuerdo en que yo manchase de barro las matrículas para «confundir la identificación», aunque personalmente creía que no teníamos nada que ocultar y que debíamos comportarnos como si así fuera.

Yo no tenía demasiada hambre, pero jugando al anfitrión considerado, le pregunté a Joshua si él tenía. Dijo que no le importaría tomar un batido, de modo que nos paramos en un Dairy-Freeze en Lordsburg y compramos cuatro batidos para llevar, uno de vainilla para mí y tres de frambuesa, caramelo y chocolate para Joshua. Yo me tragué cuatro pastillitas de speed con el mío, porque veía que tendría que permanecer despierto hasta tarde trabajando duramente. Joshua declinó mi ofrecimiento al abrir yo el bote de speed, diciendo que con los batidos ya bastaba. Bebió alternativamente de los tres vasos, consumiéndolos a un ritmo regular y con evidente placer.

Paré en el U-Save local en busca de hielo, patatas fritas y donuts Dolley Madison, luego llenamos el Caddy de gasolina hasta los topes. Cuando nos dirigíamos hacia las montañas, le pregunté a Joshua qué pensaba decir, suponiendo que hubiese tiempo para hacer un discurso. Dijo que no había pensado en nada en particular, quizá solamente en unos cuantos comentarios generales sobre la naturaleza de la realidad y el sentido de la vida... algo que le inspirase el momento. Me sonaba muchísimo a la mentira que dije a Natalie y su amigo acerca de lo que pensaba decir en el pico del monte Shasta.

Por unas carreteras que se estrechaban a medida que íbamos subiendo en la noche, hablamos de lo que nos podían ofrecer aquellos momentos. Estábamos a una hora de distancia de San Picante, como resultado, según Joshua, de que yo conducía más de prisa de lo que él había calculado, pero la ciudad ya estaba dormida hacía rato. Hasta el restaurante Dotie's, Abierto Toda la Noche, estaba cerrado, un hecho que, no sé por qué, me irritó mucho y divirtió enormemente a Joshua. Fuimos circulando por las pequeñas zonas residenciales apartadas de la calle principal hasta que Joshua encontró exactamente lo que quería, «una calle típica de clase media, repleta de sueños atrofiados, bien dispuesta». Dijo que lo notaba perfectamente, y yo, más nervioso a cada minuto que pasaba, esperaba que supiera lo que estaba haciendo.

Aparqué en la oscuridad protectora de la sombra de un enorme árbol. Joshua tardó quince minutos expectantes, novecientos larguísimos segundos, en montar el sistema de sonido en el asiento trasero. Las pilas, el tocadiscos y el amplificador seguían metidos en la caja plateada; los altavoces, que tenían una especie de lengüetas ajustables de metal, quedaron colocados en las ventanillas traseras, abiertas. Joshua tarareaba la vivaz «Wabash Cannonball» mientras trabajaba. Por mi parte yo me preocupaba, examinando el mapa del condado que había comprado en Silver City mientras poníamos gasolina, y cuando Joshua tuvo instalados todos sus instrumentos, yo había memorizado todas las posibles vías de escape, desde las carreteras

principales a los oscuros senderos. Buscaba unas rutas factibles a campo traviesa cuando Joshua colgó el micrófono en el asiento delantero y luego se subió él.

—¿Estás preparado para un viaje hacia lo irreal? —preguntó, animado.

—Supongo que sí —dije.

Joshua miró por la ventanilla.

—Me temo que este árbol podría causar cierta distorsión en la configuración sónica del altavoz derecho. ¿Podrías retroceder unos quince metros?

Para no discutir, dije adiós a nuestro refugio y retrocedí tal y como se me requería. En cuanto apagué el motor Joshua se volvió hacia el asiento posterior y puso en marcha el tocadiscos. Oí caer el disco y luego un susurro de estática cuando la aguja se puso en contacto con él.

Joshua me tocó el brazo en la oscuridad y susurró:

—¿No es un momento increíble? No tengo ni la menor idea de lo que ocurrirá. — Noté que se hinchaba a mi lado, lleno de felicidad.

Se podía oír al tren acercándose desde lejos por las vías, pitando más rápido y con más intensidad de lo que imaginaba. El ruido fue aumentando hasta que se oyó por todas partes y al momento se nos echó encima. El silbato le hacía saltar a uno la tapa de los sesos. Te aseguro que toda la calle temblaba. El Caddy empezó a dar coletazos como un pez arponeado, dando tales sacudidas que yo instintivamente apreté los frenos. Yo sabía que aquel tren era falso, que era sólo un engaño, pero aun así me asustó de muerte. Me estremecí al pensar el escándalo que se organizaría dentro de aquellas casas dormidas, casas que nunca jamás se habían visto sacudidas por el estruendo y el silbido del ferrocarril. Miré a Joshua. Tenía los ojos alegres, los labios entreabiertos, pero mientras el silencio se iba aposentando en la estela del estruendoso paso del tren fantasma, antes de que los ahogados gritos y maldiciones salieran de las casas y las luces empezaran a parpadear por la calle, una diminuta sonrisa se elevó hacia sus sienes mientras inclinaba la cabeza hacia el micrófono como un hombre que está a punto de rezar.

Desde el otro lado de la calle vi una cara que hacía muecas detrás de una cortina apartada, y luego oí más gritos y escándalo. Imaginé muchos dedos temblorosos marcando unos números que se encuentran en las tapas de todas las guías telefónicas bajo el epígrafe «En caso de emergencia». Esperaba que Joshua no esperaría literalmente que se congregara una multitud. Se abrieron las puertas de un par de casas y un hombre grueso con un pijama arrugado salió al césped delantero blandiendo un bate de béisbol. A mí no me parecía radiantemente transformado; por el contrario, parecía monstruosamente cabreado. Ya iba a poner en marcha el coche cuando la voz de Joshua, amplificadas hasta surgir como un rugido atronador, resonó en la noche:

—¡LA REALIDAD ES INAPELABLE! —Hizo una pausa y añadió, más bajo—: Pero no

está completa.

«¿Cómo iba a estar completa sin un Tren Misterioso entrando en vuestros sueños? ¿Cómo iba a estar completa si no imaginamos que juntos lo hemos soñado todo, para hacerlo real, para que en este momento, justo ahora, nuestras vidas enteras pudieran llegar a esto? Una situación bastante provocadora, ¿no os parece?»

«El tren con el que soñábamos era el *Expreso Celestial*. No sé nada de vosotros, pero mis brazos están cansados de intentar hacer señales para parar el *Expreso Celestial*. El tren con el que soñábamos era un antiguo tren de carga, cargado de neveras, periódicos, recambios de tractor, municiones, sal. El tren con el que soñábamos era el *Céfiro de la Muerte del Amanecer*, que quemaba como combustible aliento humano y sueños rotos. El tren con el que soñábamos era la simple posibilidad de cualquier tren real en el que queríamos subir».

«¡Todos a bordo! ¡A bordo del tren!»

«Pero, claro, ya estamos todos a bordo. Ésa es la gracia de la broma. Una broma que os aseguro que no estaba pensada para rebajaros como si fuerais tontos, ni para mataros de miedo, sino más bien para iluminar nuestro rostro en la lluvia y oír las mil canciones de vuestra sangre. Quizá para tocar el pecho de vuestra madre como lo hacíais cuando teníais sólo una semana de vida, en un mundo mágico... su limpia calidez mamífera era lo más mágico de todo. Renovar la magia. La auténtica magia de estrecharos los unos a los otros con vuestros brazos reales».

«Nos hacemos daño los unos a los otros. Nos ayudamos los unos a los otros. Nos matamos los unos a los otros, y nos amamos los unos a los otros, y entretanto parecemos sufrir el asesinato del fracaso y el aburrimiento. Nos tratamos unos a otros (personas, plantas, animales, tierra) con desdén, engaño, venalidad desatada, babeante codicia. La fe que tenemos a menudo se muestra cegada por la rectitud, o sólo es una tapa de cubo de basura que sirve para evitar que las moscas se conviertan en gusanos, los perros hurguen en la basura ante nuestra casa y nuestros pequeños secretos sucios y nuestra vergüenza descompuesta queden allí expuestos, donde todos puedan verlos. Y entonces un niño pequeño corta una rama retorcida de cerezo para hacerse una espada, y coge la tapa del cubo de basura como escudo, y sale a derrotar a los dragones reales que guardan los griales reales, los griales vacíos que representan con piedras preciosas el matrimonio del sol y de la luna».

Joshua hizo una larga pausa, y el eco de sus últimas palabras fue extendiéndose por el valle, y luego continuó, atronador:

—No estoy hablando de religión. No os intento vender un billete del tren. Ni tampoco soy el propietario, ni el conductor; sólo soy un pasajero, como vosotros. Quizá algunos asientos del tren sean mejores que otros, pero todas las religiones son lo mismo, en esencia. Después de todo, las iglesias y los templos se llenan de contables, guerreros y engaños... y, francamente, yo preferiría llenarlos con ríos,

cuervos y deseos reales.

«La realidad es inapelable, pero no está completa. Nos desvaneceremos en la lluvia, en el río, en los inquietos e infinitamente sugestivos deseos que salpican nuestros rostros. Aparecerá un cuervo, o no. Lo único que tenemos es lo real. Lo que podemos comprender, reabastecer, sostener, crear. Y si las posibilidades están más allá de nuestra comprensión, no están más allá de nuestra elección ni, por esa misma elección, de nuestra fe. El «es» es lo auténtico y real hacia lo cual todo tiende, os lo aseguro yo que sé lo real y verdaderamente destrozados que están los corazones, cómo cae sobre nosotros el peso de nuestra soledad, cómo filtran nuestras sales la duda y la ignorancia. No sabemos si somos sólidos, gaseosos o líquidos; luz o espacio, ángeles trastornados o idiotas del demonio, todo o nada o algo al mismo tiempo, o quién, qué, dónde, cómo o por qué, por qué el «es» es... excepto que hacemos que sea así, y así lo afirmamos, y lo vivimos como testigo nuestro».

«Pero aquí estamos. Aquí estamos esta noche, vivos. Vivimos por la vida. Y estamos obligados a ser, a ser vida, a hacer y aceptar nuestras elecciones como nuestras propias verdades y sin excusas arrancadas a la imposibilidad de elegir. Lo único que quiero decir verdaderamente es que sé que las elecciones no son fáciles, que hay un mundo inexplorado entre la intención y la consecuencia, que si nunca os habéis perdido, no tenéis forma de comprender lo afortunados que sois. Me dirijo a vosotros por pura conmiseración, no por instrucción, esperando recordaros que podemos hacernos daño unos a otros o ayudarnos unos a otros, pudrirnos o florecer, quedarnos inmóviles o saltar».

«Saltar»

Apenas había acabado de pronunciar la palabra cuando vi el relámpago del arma de fuego por el rabillo del ojo, y en el mismo instante, el altavoz izquierdo fue arrancado de la ventanilla y Joshua se echó hacia el cristal, llevándose la mano a la cabeza, y vi que la sangre se filtraba a través de sus dedos. Yo me abalancé hacia él de un salto y le aparté la mano. Esperando lo peor, me sentí aliviado al ver sólo una rascadura sin importancia, en lugar de lo que había temido: un agujero que le perforase el cerebro. Supuse que había sido un fragmento del altavoz o la propia bala. También decidí que la explicación de las peculiaridades de la herida podía esperar, y en ese mismo instante había que salir pitando de allí. Di otro salto, de nuevo detrás del volante, y estaba ya girando la llave en el contacto cuando una mano sujetó la mía. La de Joshua.

—No. —Lo decía convencido.

—Nos están disparando —dije yo, intentando razonar.

Él se encogió de hombros.

—No ha sido un discurso demasiado inspirado. —Se secó despreocupadamente el hilillo de sangre que corría por su ceja izquierda—. Uno tiene que aceptar las críticas.

—Estás sangrando.

—No es nada. Un fragmento de madera del altavoz, creo. —Cogió el micrófono y me lo tendió a mí.

Por entonces, gente en albornoz o a medio vestir salía a la calle y chillaba el nombre de Henry. Yo estaba allí sentado con el micrófono en la mano, y la mente, tan reciente e incesantemente poseída por el parloteo, en blanco. Esperé unos quince segundos la siguiente bala; luego, incapaz de aguantar el suspense, me llevé el micrófono a la boca y chillé:

—¡Tenéis tres minutos para matarnos! ¡Es todo lo que pueden soportar mis nervios! —Mi propia voz me sonaba extraña, fracturada, hueca—. Si no nos habéis matado en tres minutos, voy a responder al discurso de mi amigo. Seré breve. Luego nos iremos. —¿Por qué tres minutos?, me preguntaba a mí mismo. ¿Por qué, realmente? Aunque, ¿por qué no?

Joshua se deslizó hacia el asiento de atrás.

—Abandonándome en el momento de mayor necesidad, ¿eh?

—Por el contrario, George —gruñó, mientras se iba metiendo hacia atrás—. Estoy comprobando los daños sufridos por el altavoz. Existe una tremenda distorsión en alguna parte. Tu voz suena como una rana masticando pelotas de ping-pong.

—Es el miedo y la locura —expliqué.

—Tonterías. Han disparado a un altavoz. ¿Comprendes que disparaban al altavoz, y no a nosotros?

—Uf —dije, dejando que asomara el sarcasmo—, qué alivio. —Miré el reloj de pulsera y sufrí un momento de pánico cuando me di cuenta de que no había fijado el inicio de los tres minutos. Al menos había pasado ya un minuto, me parecía, o digamos dos, y me preguntaba si alguien realmente estaría midiendo el tiempo.

Fuera, una mujer aulló:

—¡Eddie, vuelve aquí!

Calle arriba, un hombre gritó:

—¡Maldita sea, Henry, ya basta de disparos! Estás más loco que ellos. No hay motivos para matarlos. —Esperaba que aquella opinión prevaleciese en el vecindario.

—Ajá —dijo Joshua, detrás de mí—. La bala ha dado en el borde del altavoz; un cable se ha soltado al caer. Justo lo que pensaba. —Empezó a tararear «Zippity-du-da» mientras empezaba a repararlo. Tenía una soltura considerable sometido a presión, o bien un problema mental grave.

En el tiempo de los relojes todos los segundos duran lo mismo, pero nuestra experiencia demuestra que eso, sencillamente, no es verdad. La duración entre el «tic» y el «tac» se estira, se comprime, y a juzgar por aquella ocasión, a veces se detiene. Miré el minuterero hasta que estuve seguro de que se movía, imaginando que había perdido medio minuto como mínimo durante mi despiste con el reloj. Eso haría

tres minutos, incluso más. Puse en marcha el micrófono.

—El tiempo se ha acabado —anuncié—. Gracias, amigos. No queríamos haceros ningún daño, y esperábamos que vosotros sintierais lo mismo. —Evidentemente, Joshua había vuelto a conectar el cable, porque mi voz sonaba fuerte y clara. Lo cual significaba un desperdicio de buen sistema de sonido y eficiencia en las reparaciones, porque yo no tenía nada más que decir, y aunque lo tuviera, de repente tenía la boca demasiado seca para hablar. Dejé el micrófono en el asiento delantero. Entonces, con una desesperación disfrazada de valentía, abrí la portezuela y salí lentamente del coche, con cuidado de mantener las manos a la vista todo el rato. Fui caminando en torno a la parte delantera del coche, luego me subí al capó, que estaba caliente, y luego al techo del coche. Allí me quedé de pie, respirando el aire claro de la montaña y mirando todas las caras que se veían, gente que permanecía de pie en grupitos, como para protegerse, con las caras pegadas a las ventanas; familias que se agolpaban en las puertas o medio escondidos en porches oscuros, y luego empecé a aplaudir, sonoramente, sinceramente, con gran dolor, porque todavía tenía las manos tiernas por el baile con los cactus.

—¡Sacad vuestros culos inútiles de aquí ahora mismo! —aulló una voz desde las sombras.

—Sí, antes de que os echemos a patadas —añadió el tío con el bate de béisbol.

Yo seguí aplaudiendo.

—Estáis locos y no deberíais andar sueltos por ahí. —Era la voz de una anciana, llena de juicio dictado por la experiencia, malhumorada por el escándalo causado por aquellos idiotas.

Yo seguí aplaudiendo como loco.

Los gritos se detuvieron y oí mi aplauso que hacía eco en toda la calle. No conozco el sonido de una sola mano aplaudiendo, pero te aseguro que sí sé cómo sonaban dos. Me dolían las manos, pero continué con mi ovación.

Al final, una persona a la que no veía (sólo una sombra en un porche, al final de la manzana, no sabía si hombre, mujer o niño) se unió a mi aplauso. Sólo una, cierto, pero ya bastaba. Además, nadie nos abucheó. Dejé de aplaudir.

—Gracias por su paciencia —dije, y salté al suelo, abrí la puerta ante el asentimiento silencioso de Joshua, arranqué el Caddy y salimos en medio de la noche. Una partida, según mi punto de vista, no carente de cierto garbo.

Al cabo de dos millas la dignidad de nuestra salida se vio enturbiada por una luz roja, y lo que había empezado como un desplazamiento frío y clandestino se convirtió en una huida con todas las de la ley, completa, corre que te cagas, perdiendo el culo, a toda leche, sin mirar atrás.

Cuando la luz roja vino detrás de nosotros, me volví hacia Joshua para pedirle instrucciones. Estaba sujetando el micrófono por el cable y haciéndolo oscilar como

un péndulo siguiendo el ritmo de la luz roja, y con la otra mano se apretaba un pañuelo color verde amarillento contra la frente. Estaba absorto en sus pensamientos o conmocionado.

Yo le dije:

—Creo que un agente de la ley nos está haciendo señales de que paremos.

—Ni caso.

—No nos dejará.

—Es una simple conjetura por tu parte, George —replicó él, balanceando aún el micrófono. Se detuvo abruptamente cuando el sheriff puso en marcha la sirena—. Esa sirena es ciertamente detestable, ¿verdad?

—A menos que estés sordo —accedí.

—Ignórala si puedes —aconsejó Joshua.

Yo mantuve la marcha justo por encima del límite de velocidad, y el sheriff venía siguiéndonos pegado a nosotros como una lapa. Al cabo de una milla más o menos, cuando entrábamos en una larga recta, aceleró y se puso al mismo nivel que la ventanilla izquierda trasera. Decidí tratarle como a otro conductor cualquiera, haciéndole señales con las luces para indicarle que tenía el paso libre.

El sheriff apagó la sirena y se puso al mismo nivel que el Caddy. Usó el megáfono que llevaba instalado en el techo del coche para emitir una petición clara y profesional:

—¡Parad, soplapollas!

—Y encima tenemos que soportar injurias contra nuestra sexualidad —le dije a Joshua, que estaba rebuscando en el asiento de atrás.

—Sí —gruñó.

—A palabras necias oídos sordos, ¿eh?

—Dentro de lo razonable.

—¡QUE PARÉIS EL COCHE O DISPARO! —ordenó el sheriff.

—Y las balas qué —pregunté entonces a Joshua.

—Deberíamos mostrar compasión por esa mentalidad gruñona y envidiosa —replicó apaciblemente, volviéndose en el asiento y mirando de lleno hacia atrás, hacia la carretera, mientras trasteaba con el micrófono en la mano.

—¡AHORA, HIJOPUTAS! —atronó el megáfono.

Lo siguiente que oí fue la voz de Joshua, todavía plácida, pero a un nivel de decibelios que estaba muy por encima de la capacidad del insignificante megafonito del sheriff:

—Señor, no reconocemos su autoridad para detener a unos científicos en plena investigación ni a unos peregrinos en su camino.

Miré a un lado para ver cómo respondía el oficial a aquella modesta objeción justo a tiempo de verle levantar del suelo un arma del calibre 12 con el cañón feo y

recortado. Se oyó un poco de ruido estático que chisporroteaba en el megáfono, seguido por un grito ahogado por la rabia:

—¡AHORA MISMO, CABRONES!

—¡UNA MIERDA! —aulló Joshua.

No sé quién se sobresaltó más, si el sheriff o yo. Como si se hubieran visto barridos por el vendaval sónico del sistema de sonido de Joshua, el Caddy y el Dodge se apartaron el uno del otro. Yo recuperé la dirección pero él no. Sin embargo, consiguió bajar la marcha lo suficiente para que, cuando se cayó en la cuneta y se llevó por delante treinta metros de alambre de espinos, éste no se le enrollara.

—Para —recomendó Joshua.

Yo detuve el coche y miré hacia atrás. La luz roja todavía parpadeaba, pero de una forma errática. La luz interior se encendió y vimos que el sheriff saltaba fuera e inmediatamente se ponía a chillar, enredado en el alambre de espinos.

—Está bien —dijo Joshua—. Sólo ha quedado inutilizado por su propia rabia y nuestra magia. Dejémosle aquí, preferiblemente a toda prisa. —Puso en marcha el botón del micrófono y murmuró, alegremente—: Buenas noches, oficial.

Yo volví a la carretera y metí el pie en el acelerador, subiendo a los tres dígitos en quince segundos.

Al cabo de un minuto Joshua me preguntó:

—¿A qué velocidad viajamos?

—A unas ciento diez.

—¿Es necesario?

Pensé un momento.

—Pues en realidad no. Pero has dicho: «A toda prisa», y yo, dada la probabilidad de que hubiese persecución, he encontrado muy reconfortante la velocidad.

—Entonces disfrútala, de verdad. Y si contribuye a nuestra seguridad, mejor que mejor.

—Hablando de huidas, Joshua, no sería mala idea librarse de la caja plateada y su contenido... es una prueba que realmente puede ponernos contra la pared. A menos que no quieras desprenderte de ella. Por una especie de apego sentimental o lo que sea.

Joshua sonrió.

—Ya había decidido dártela como agradecimiento por tu ayuda. Un regalo para el que regala. Puedes hacer con ella lo que quieras.

—Joshua, ¿no te ha dicho nadie que eres un tío muy cuco?

—Siempre he pensado que la generosidad es la más fácil de todas las virtudes.

—Gracias —dije, como reconocimiento.

Joshua asintió a su vez.

—Muy bien. Pues disfrútalo. He pasado meses preparándolo.

—¿Puede reproducir discos de cuarenta y cinco?

—Sí. De hecho lo del tren es un disco de cuarenta y cinco.

—¿Te importa que ponga algunos discos de la colección de una amiga en mi nueva máquina? ¿Lo más alto posible?

—Rock-and-roll, supongo. —No parecía entusiasmado.

—Pues sí —dije.

—¿Como castigo, o simplemente es un intento de persuasión?

—Ninguna de las dos cosas —dije entonces—. Es una celebración.

—George —susurró Joshua—, no es demasiado deportivo flagelar a un hombre con su propia retórica; nuestras bocas suelen ser más grandes que nuestros corazones.

—Mala suerte.

Empezamos con «Maybelline» de Chuck Berry, seguido por «Shake, Rattle and Roll» de Jerry Lee Lewis, que era precisamente lo que hacíamos, y seguimos con cuatro pastillitas de speed para mí y una para Joshua, bendito fuera, que decidió que al menos debía escuchar la música en su contexto adecuado. Incluso le vi marcar el ritmo con el pie unas cuantas veces mientras miraba fijo hacia la carretera, perdido en unas maravillosas erupciones mentales que yo ni siquiera podía imaginar, o que sólo imaginaba como las mías propias.

Siguiendo la sugerencia de Joshua, fuimos conduciendo al azar hasta bastante después del amanecer. Su teoría sostenía que podíamos confundir a cualquier perseguidor si nos confundíamos nosotros también; que los perderíamos perdiéndonos nosotros. Perdernos, sin embargo, resultó bastante difícil. Normalmente llegábamos a un punto sin salida y teníamos que dar la vuelta en redondo, de modo que más de una vez yo tenía la vaga sensación de haber estado ya por allí antes. Joshua decía: «Coge la siguiente a la derecha, y luego nueve minutos hacia adelante y la séptima siguiente a la izquierda». Casi siempre acabábamos ante una verja o una carretera sin salida. Además, había frecuentes señales de carretera diciéndonos dónde estábamos y cuánto faltaba para el siguiente lugar. Pero funcionó. Vimos a algún que otro policía, pero ninguno pareció vernos a nosotros.

Joshua y yo nos separamos en Truth or Consequences, Nuevo México, una ciudad que eligió él en un letrero como lugar apropiado para nuestra despedida. Le dejé nada más llegar a los límites del pueblo, a una distancia corta del siguiente batido del Dairy Queen que estaba a punto de abrir. Me dio las gracias por el viaje y por la noche memorable. Yo le di las gracias por la caja plateada de música y por haberme hecho sentir que era posible. Me entristeció despedirme de él.

Tomé la 25 hacia el sur, hacia Las Cruces y la intersección con la 10. Buscaba algo de compañía, pero nadie hacía dedo en la carretera. Echaba de menos la presencia rara pero en cierto modo tranquilizadora de Joshua, y eso, junto con la sensación de estar exhausto hasta la médula y emocionalmente agotado tras los brotes de

adrenalina nocturna, me dejó melancólico. Es del conocimiento común que la mejor cura para la melancolía es la música, de modo que puse a Little Richard a todo volumen y le oí delirar por una mujer llamada Lucille.

Sin duda la música ayudaba a alejar la tristeza, pero lo que más ayudó fue una tarde tranquila pasada a las orillas del Río Grande, contemplando la ancha extensión de agua sucia que iba pasando. Me había parado a echar una meadita rápida, pero cuando tuve la vejiga vacía me sedujo el curso tranquilo del río. Decidí descansar media hora y acabé allí sentado casi hasta el anochecer. Echando alguna cabezada de vez en cuando, contemplaba el agua que iba moviéndose, calmado por su fuerza amplia, sucia, inevitable. Cuando al final puse en marcha el Caddy me sentía como si hubiera disfrutado de una buena noche de sueño. No quedaba nada de la melancolía, excepto la sombra que casi siempre permanece en el fondo.

Me detuve en El Paso para poner gasolina y enfrentarme al trayecto del West Texas. Yo también recargué el depósito con dos tacos del Rancho de Juan, Tacos Para Llevar. Me comí el primero y di un par de bocados al segundo, y después cinco benzedrinas. Así fortalecido y con la mente clara, puse «Little Darlin» de los Diamonds en la caja y emprendí la lenta curva hacia el este, hacia el país de las montañas.

Incluso tenía algo parecido a un plan. Iba a conducir hasta Houston, registrarme en un motel, dormir hasta que me despertara, comer, luego ir a la biblioteca o adonde fuera necesario para averiguar dónde habían encontrado reposo exactamente los huesos del Bopper. Estaba seguro de que le habían enterrado en su ciudad natal, o bien en Beaumont, pero era el momento de asegurarse. Tenía que haberlo hecho antes. Me había descuidado bastante, una verdad que reconocí con calma y que me prometí cambiar con calma, también. Sí, no había ninguna duda al respecto: ya era hora de ponerlo todo en orden, de una vez. Noté una oleada de decisión y supe que lo iba a conseguir. Estaba cerca del final, a punto de entregar.

Clint, Torillo, Finlay, arriba hacia Quitman Range cuando la luna ya se alzaba, pasando por Sierra Blanca y abajo hacia Eagle Flat y luego siguiendo hacia Allamore, Van Horne, Plateau, cogí la West Texas a todo galope, volando por la carretera, movido por esa combinación tan relajante de drogas y rock-and-roll.

«*Pow! Pow! Shoot'em up now... ah-hoooo, my baby love's em Western Movies*». Desaparecía la melancolía, hasta la sombra desaparecía. No necesitaba ni a Joshua, ni a Kacy, ni dormir tampoco. Recuerdo haber repetido una y otra vez durante millas y millas una letra para mi propia canción: «Yo mismo, este momento, este viaje». En serio.

Paré a repostar en el Área de Camiones Texaco del cruce 10-20. Un chaval escuálido me acorraló a la salida del lavabo de hombres y me pidió que le llevara a Dallas. Sólo sus ojos ya eran causa probable de detención, y su aliento apestaba tanto

a vino barato que habría dejado tiesa a una serpiente de cascabel. Le dije que iba hacia otro lado, a Houston, y que de todos modos no quería compañía, que por primera vez desde hacía muchísimo tiempo disfrutaba estando solo.

Retrocedí a la 10 mientras Little Richard aullaba «Tutti Frutti» hasta darme escalofríos. Con una rapidez y una precisión que avergonzarían a cualquier ordenador de hoy en día, yo calculaba el tiempo y la distancia, comprobaba mi sistema neurológico en busca de pruebas de fatiga, pensaba en todas las necesidades intrínsecas e intangibles, y determinaba que siete anfetaminas era la dosis óptima. Me las tomé con una cerveza fría. El camino a Houston iba a ser largo y vacío..., exactamente lo que yo deseaba. Me acomodé bien en el asiento afelpado del Caddy, bajé una ventanilla para que entrara aire fresco, coloqué los dedos en torno al volante y le metí caña hasta que las estrellas empezaron a emborronarse. Yo era como un cohete blanco en un muro de sonido, puro, poderoso, presto a tensarse y entregar el regalo, besar con la rejilla del Caddy la lápida del Bopper, empapar el asiento trasero de gasolina y luego quemar la carta de Harriet y arrojarla a la pira, como una pequeña antorcha, un chispazo que prendería un fuego magnífico, un monumento de amor y de constancia. Sí, mamá, sí. Salvaje, en tierras salvajes. Uamba-buluba. Flores y raíces.

Y allí, justo allí, precisamente en el punto diamantino de la decisión más completa, acunado por aquella música que quemaba puentes, plenamente comprometido con mi destino desconocido, capté el sombrío aspecto de Johnson el Zumbado en el halo de los faros y me desdije. No del todo, claro está, ni tampoco inmediatamente, pero sí que di un brusco giro hacia la izquierda, de noventa grados hacia el norte.

Más tarde me pregunté por qué, dado mi humor, pensé siquiera en detenerme, pero el hecho es que me estaba deteniendo antes de pensarlo. Sería un impulso neurológico, un reflejo social, no lo sé: me dejé llevar por él. Si era sabio o estúpido, afortunado o maldito, son juicios que te dejo a ti. Antes de extraer una conclusión, déjame que te describa a aquel hombre tal y como lo vi, las impresiones que tuve a la luz de los faros, a medida que aminoraba, los detalles más precisos al ir acercándose... y te pido que consideres lo que habrías hecho tú dado un estado de ánimo y circunstancias similares, en ese mismo lapso de tres latidos del corazón, en que tuve que decidir.

El color de su sombrero de ala corta por sí mismo ya te obligaba a detenerte. Era de un color rosa flamenco, al que sólo le faltaban tres decibelios para resplandecer en la oscuridad, y se veía apenas matizado por una banda de raso de un color lila fluorescente. El sombrero quizá no lo detuviera a uno, pero no sería por no haberlo visto.

Era alto, uno ochenta y cinco o uno noventa.

No hacía dedo ni parecía que levantase dedo alguno ni menease el brazo. Estaba ahí, alto y quieto.

Llevaba un objeto de forma más o menos cuadrada, brillante y moteado de blanco, que al examinarlo más de cerca resultó ser una Biblia del Rey Jaime encuadernada con la piel de algún lagarto sudamericano.

Esbelto, pero sin que pareciese flaco de ninguna manera.

Negro. Eso sólo habría hecho que me detuviera, con toda seguridad. Un hombre negro haciendo autoestop en una carretera de Texas a las dos de la mañana en 1965 o bien era un verdadero temerario, un desesperado con algo de sobrenatural, o bien era muy tonto... y cuál o cuáles de esas opciones serían las correctas es lo que me pareció intrigante.

Sospechaba que era simple intrepidez, la que procede de una profunda sensación de protección celestial, porque iba vestido como un clérigo, y aunque Johnson el Zumbado era ministro de la iglesia y por lo tanto un hombre sagrado, también era, como revelaba su vestimenta, un hombre elegante en lo profano. Llevaba una levita de terciopelo negro, de severo aspecto pero muy bien cortada y elegante. Los pantalones también eran de terciopelo negro, bien ajustados y de caída impecable. Un suéter de alpaca negra. Llevaba alzacuellos también, pero con una variación de color: en lugar del cuadrado blanco almidonado en la garganta, llevaba un trocito de raso color lila resplandeciente cortado del mismo género fluorescente que la banda de su sombrero. Al atuendo básico eclesiástico añadía una capa de terciopelo negro forrada de seda teñida con un tono idéntico al del sombrero. Un par de botas de vaquero de piel de serpiente completaban el conjunto.

Me detuve y me acerqué a abrir la portezuela del pasajero.

—Voy a Houston o a cualquier sitio en el camino.

Arrebatos se agachó para mirarme con sus ojos castaños oscuros. No parecía desconfiado ni nervioso, sino lánguidamente alerta. Tenía los labios anchos y gruesos, y cuando sonreía mostraba unos dientes fuertes y blancos. Se inclinó y colocó la biblia encuadernada en piel de lagarto en el asiento delantero con suavidad, pero él no entró.

—Un momento, por favor —requirió, con una voz dulce de barítono, levantando un largo dedo.

Pensé que iba a recoger un equipaje que yo no había visto o a desaguar, pero por el contrario, dio la vuelta al Eldorado, tocando el capó y la rejilla delantera, pasó las manos por el cromo y por el techo, por las luces traseras en forma de bala y asintió rápidamente, canturreando suavemente para sí, mientras hacía el circuito:

—Sí. Es sólido. Caramba, caramba. Largo y sólido. Oooh, sí. Real y seguro. Muy, muy, muuuy seguro, demasiado, demasiado seguro y todo.

Y dio toda la vuelta hasta la portezuela del pasajero abierta. Se metió dentro,

cogió su biblia, cerró la puerta con suavidad y me dedicó una sonrisa radiante.

—El Espíritu Santo debe de amarle mucho para dejar que viaje en un coche tan resistente.

—En realidad es robado —le confesé.

—Bueno, es igual, sí. —Parpadeó—. A veces uno se ve obligado a recoger el botón celestial con sus propias manos, eso lo acepto, pero entonces la situación es mala, ¿me comprende? Significa que la ley lo andará buscando. Significa que lo encontrarán, que me encontrarán a mí dentro, y, no falla, son cinco años en chirona, si uno es negro y está en Texas, y resulta que a mí me pasan las dos cosas, y éstas son condiciones que no permiten demasiada inocencia y no admiten justicia. Y como a mí realmente me gusta muchísimo el aire fresco y los espacios abiertos y la suave carne femenina y todas las Sagradas Manifestaciones de la Luz Omnipotente, pues no tengo tiempo para perder ese tiempo, ¿me comprende? Así que, que Dios le bendiga por ofrecer a un alma peregrina un refugio en su camino, pero es mejor que siga sin mí, aunque me duela decirlo.

—Bueno, me parece bien —dije, y esperé a que saliera del coche.

Pero él se arrellanó en el asiento, levantó los ojos hacia el cielo en busca de guía y luego los cerró mientras suspiraba y decía para sí:

—Zumbado, estás listo si la ley de los blancos te cae encima; el negro lo tiene claro. Un hombre blanco y uno negro en un Cadillac robado con matrícula de California, ¿quién van a creer que lo ha robado? Aunque este blanquito que tienes a tu lado confesara cien veces hasta llegar a la Corte Suprema, a ti te iban a caer cinco años. Ya puedes estar seguro.

—Robado —interrumpí sus divagaciones— quizá sea una palabra demasiado fuerte. Legalmente, tengo un montón de documentos ilegales que explican que simplemente estoy transportando este coche a una ceremonia en memoria de alguien. Ya me han detenido una vez, al salir de Frisco, y los papeles colaron. Y...

—Sí —replicó el Zumbado, ansioso—, sigue, sigue.

—Y moralmente, en realidad voy a entregar este coche como regalo de amor de una solterona a la que la música abrió los ojos.

—¡Uaaaaau! ¡Más! —Arrebatos me aplaudía—. ¡Más, más!

—Pero debo decirte que esta mañana un sheriff que iba en persecución de un coche cuya descripción se ajustaba mucho a la de éste se salió él solito de la carretera, aunque él quizá piense que alguien le obligó a salirse.

—Eso sí que es malo. Se podría malinterpretar como intento de asesinato o alguna mierda de éstas.

—Sin embargo —continué—, eso fue en las montañas de Nuevo México, y como he dicho, fue esta mañana, y el tiempo «es» distancia.

El Zumbado asintió, pero sin convicción.

—Y observarás que en el asiento trasero llevo una caja con unos doscientos discos de rock-and-roll y un sistema de sonido de aspecto algo extraño, tan potente que te hace volar la tapa de los sesos.

El Zumbado se iluminó.

—Eso es mejor, sí, ahora ya volvemos al buen rollo, ése es el tipo de música que me gusta escuchar.

—Y...

—¡Vamos, sigue! —me apremió Arrebatos.

Lo hice.

—Y en la guantera llevo un bote con casi novecientas pastillas de anfetamina, recién salidas de fábrica.

—¡Señor Misericordioso! —gritó Arrebatos, con las palmas levantadas hacia el cielo, signo de jubilosa rendición—. Será mejor que nos las tomemos todas para que la ley no las coja como prueba.

Esa estrategia me pareció muy sabia. Houston todavía estaba muy lejos en el horizonte, y yo notaba que el cansancio me iba venciendo. Además, como había observado astutamente Arrebatos, no tiene sentido dejar pruebas incriminatorias por ahí. Ambos tomamos un puñadito cada uno, aunque el Zumbado tenía las manos más grandes.

Yo saqué la caja de los discos del asiento trasero y se los tendí.

—Ahora pones tú los discos.

—¡Bien! ¡Me encanta! Y ahora preparaos para la emisora KRZY que os hará estallar los sesos, el reverendo Arrebatos Johnson llevará la batuta y os regalará los oídos con un poco de gospel.

—Bueno, reverendo Zumbado —dije, volviendo a sacar el Caddy a la carretera—, estás viajando con el irreverente George: me alegro de tenerte a bordo.

—Choca esos cinco —dijo, extendiendo la mano.

Yo la estreché.

—Y ahora, quizá entre disco y disco podrías explicarme tus filiaciones religiosas y la naturaleza exacta de tu ministerio, porque nunca en mi vida he visto un hábito tan elegante, ni un clérigo que tome anfetaminas en lugar de la hostia de la comunión. Siempre me ha parecido, y ciertamente mi experiencia me lo confirma, que las anfetaminas son obra del diablo.

El Zumbado bufó.

—El Señor hizo al diablo para que jugáramos con él. Lo hizo todo, todas las cosas y todos los seres; lo es todo, y estará ahí mucho después de que el toque a rebato de las campanas nos conduzca hacia la Luz Infinita. Lo que hay que comprender es que no hay salvación si antes no hay algún pecado del cual salvar tu alma. De otro modo, todo sería una mierda aburrida y yo me quedaría sin trabajo.

—Estoy preparado para la conversión. ¿Cómo se llama tu iglesia?

El Zumbado gruñó... debido a la desesperada situación de mi estado espiritual, pensé al principio.

—Tío —suspiró con fuerza—, toda mi vida he sido un desastre para los nombres.

Se explicó con más detalle mientras íbamos bajando por la carretera, acompañando con su voz de barítono todas las canciones que sonaban por los altavoces mientras yo iba comiéndome las líneas blancas y convirtiéndolas en una sola tira brillante, todavía felizmente inconsciente de que me conducían hacia el interior del laberinto, y no fuera.

El Zumbado se dirigía a su hogar en Houston después de nueve años de andar zascandileando por Los Ángeles. Se había ido a los quince años, cuando sus padres se separaron; mamá ya no soportaba las borracheras de papá, y papá no podía soportar su trabajo de conserje nocturno en el edificio de la Texaco sin pegarle un poco a la botella. El Zumbado era el hijo menor, y se llevaba seis años con la última de sus tres hermanas, que ya estaban casadas y se habían ido de casa cuando los viejos se separaron.

—No había motivo para quedarnos, ninguno de nosotros —explicaba—, mamá, papá o yo.

El Zumbado no era su verdadero nombre.

—Me pusieron Clement Avrial por mi abuelo, pero con todo el respeto por la tradición, Clem era un nombre que no me pegaba nada. Parece que acabas de volver de destripar terrones y tienes el mismo coeficiente intelectual que un gorrino. De modo que cuando me fui a la costa me cambié el nombre y me puse Onyx... y bueno, tío, tenía quince años, quería un poco de emoción en mi vida. En cuanto llegué a Los Ángeles me busqué una puta blanca, una chica de esas que tienen debilidad por los jovencitos negros y tiernos como yo.

«Justo después de hacerlo (y estamos hablando de la primera vez, eh, de mi virginidad), yo todavía ahí echado encima de ella, hecho polvo por el polvo y jadeando, ella empieza a soltar risitas como hacen las chicas y cada vez se reía más y más hasta que acaba riendo como loca. Le pregunto por qué se ríe tan fuerte, y a ella le cuesta un minuto entero poder contestarme. «¡Onyx!», chilla, y se ríe a carcajadas. Y allí estoy yo, sin saber qué hacer, sin distinguir mis pies de mi nariz, ni mi polla de un caramelo de palo, pero una cosa sí que sabía seguro, y es que no quería tener un nombre que fuera una broma que no pillo. Así que me bajé de allí, me vestí y me fui hacia la puerta. Ella sigue riéndose todavía. Ah, las mujeres, qué sufrimiento maravilloso. Aprendí en seguida a quererlas, nada más, y no pretender comprenderlas. Es una especie distinta. Pero ya lo ves, el Señor no comete errores, sólo crea misterios... y, tío, de verdad que hizo uno muy grande al crear a las mujeres».

«Bueno, el caso es que yo no tenía nombre. Se había quedado en Johnson a secas. Decidí que si no las podía deslumbrar con mentiras, les daría misterios. Y funcionó, sí... enganché a un buen puñado... pero claro, seguramente debía de ser por mi belleza natural y mis movimientos suaves. Intenté poner a trabajar a un par de chicas, pero Los Ángeles es un coto vedado y son malas calles, ya me comprendes... Pisé unos cuantos pies de peces gordos, metidos en zapatos de cien dólares, y conseguí que me zurraran bien mi bonita cara de chavalín de dieciséis... bueno, lo bastante para pasar unas semanitas en el hospital General de Los Ángeles bebiendo por una pajita. No fue nada divertido, pero consiguió abrirme los ojos a base de cerrármelos por la hinchazón, se podría decir».

«Cuando salí cojeando del General, decidí que iba a hacer las cosas al estilo americano. Encontré trabajo lavando platos en Denny en el turno de noche. Alquilé una habitación tan pequeña que si se te ponía dura, te chocaba contra la pared. Lavé tantos platos que no me daba ni asco, de tan deslomado que acababa. Empezar por lo más bajo y luego ir subiendo, ése era mi plan. Leía los anuncios de «Se busca» como si fuesen un mapa hacia la Mina de Oro, y en cada entrevista sonreía mucho y me lustraba mucho los zapatos, pero no lo llaman «trabajo de negros» porque haya un montón de gente haciendo cola para cogerlo, ya sabes a qué me refiero. Yo iba avanzando pero siempre de lado, un curro de mierda tras otro, hasta que me miré la cartera al cumplir veinte años y no tenía ni cinco, ni para una botella de vino barato y una mamada. La vida es estupenda, eso es verdad, pero, tío, esas mierdas le pueden joder a uno».

«Así que empecé a trabajar otra vez en la calle, esta vez con mucho, muchísimo cuidado, con chanchullos baratos. Ya sabes de qué va: hierba al por menor, lotería clandestina y pequeñas estafas, material robado tan caliente que sólo con mirarlo te producía quemaduras de tercer grado. Y cuando tu margen es el diez por ciento del precio en la calle, sólo tienes suerte la noche que consigues liquidar un anillo de brillantes. Yo era malo, pero un malo de poca monta. Un malo perdedor. Iba hacia abajo como esos dinosaurios que se cayeron en el pozo de alquitrán. Empezaba a emborracharme y a meterme heroína o morfina de vez en cuando, y a dormir allí donde caía. Tenía el alma por los suelos».

«Pero la tarde del 7 de enero del año pasado, cuando iba tan borracho que ya no cabe más, me despisté al doblar la esquina de la tienda de licores y acabé delante de un edificio de cemento con una cruz de neón morada encima de la puerta de roble, con un cartel que decía: «Iglesia del Júbilo Eterno de Bessie Harmon». Me volví en redondo para apartarme como de la peste de aquella mierda, pero se me enredaron los pies de borrachín y caí hacia la puerta. Y aquella puerta vibraba, tío. Puse la oreja contra ella, y escuché un centenar de voces humanas que cantaban gospel. Abrí la puerta y entré en una habitación con olor a almizcle de emoción y llena de caras

negras y brillantes todas levantadas hacia el cielo cantando, con los ojos cerrados, cantando con toda su alma, y de repente, ¡pum!, las voces se callan y Bessie Harmon sube al púlpito y grita, con una voz que era como una trompeta de cristal: «¿Queréis sentiiiiiiir el júbilo poderoso y eterno?».

«Y cien voces contestaron «sí» con una sola voz... ciento una, porque yo supuse que no me haría ningún daño sentir un poquito de aquello también, viendo lo poco que había disfrutado últimamente».

«Bessie dejó que el silencio reposara durante un momento y luego dijo, con una voz dulce, natural: «Pues es muy fácil». Y se inclinó hacia afuera, con su dulce rostro brillando como una luna negra, y susurró: «Lo único que tenéis que hacer es abrir vuestro corazón».

«Hice lo que ella decía, abrí mi viejo corazón destrozado, y la Luz entró a raudales y me inundó tanto que me sentí abrumado, allí mismo. Cuando empezaron de nuevo a cantar, yo estaba ya con ellos, y bailaba por el pasillo como un hombre que nunca volverá a estar vacío».

«Me fui a casa con la señorita Bessie aquella noche, para que me dedicara un ministerio personal, y ella fue introduciendo la gracia en mi interior mientras yo le introducía otra cosa a ella, y me dijo: «Había visto a gente extasiada con la luz o con la música, pero tú eres un puro arrebatado, Johnson, y no puedo esperar a tenerte cerca». No pensaba dejarla colgada, ¿verdad? Y cuando ella empezó a gemir en voz alta: «¡Oh, Señor, Señor!» con esa profunda voz de manantial, supe que Él escuchaba nuestras plegarias humanas, alto y claro».

«Bessie me llevó a la iglesia y me alojó en su casa para continuar su ministerio personal. Empezó a leerme la Biblia y a enseñarme los himnos y a saltar y agitarse cuando el espíritu la movía... y era una mujer llena de espíritu, vaya que sí. Si alguna vez tienes la suerte de oír a esa mujer, Bessie, cantando «Amazing Grace» echada en la cama desnuda sobre unas sábanas de seda, es probable que también tengas una experiencia religiosa que te deje tan pasmado como hablar con los propios ángeles».

«Bessie me metió en el rollo este de predicar. Parecía que me salía de una forma natural, como si me hubiera esperado ahí toda la vida, escondido y acechando su momento. Bessie me enseñó a predicar a lo grande, como el más devoto, una parte de Biblia, otra parte de estilo y las noventa y ocho restantes de alma y corazón. Yo le hacía caso. Al cabo de cinco meses me nombró ministro auxiliar de los Testigos Auténticos, y me entregaba el diez por ciento de la recaudación.

«A final de año teníamos la iglesia de bote en bote. Mi misión era calentarlos... que notaran el fuego del infierno que les lamía los pies. Yo les machacaba como un martillo, abría la tapa de todos sus pecados y sus miserias, les hacía retorcerse de culpa y fracaso, y entonces salía Mamá Bessie y elevaba sus pobres almas hasta la beatitud celestial. Pero, tío, aunque sacábamos dinero a espuestas, yo no podía

soportar eso de hacerles sudar así, de hacerme el duro. Yo quería elevarles al cielo, pero Bessie no lo aceptaba. Yo quería añadir algo de guitarra eléctrica, un poco de bajo, un toquecito de percusión a lo de cantar himnos. Bessie decía que ni hablar, y nunca pude hacerlo. Además, ella era una mujer inquieta y le echó el ojo a un mulatito muy guapo. Llego a casa la otra noche, me dice que por qué no me hago el despistado por una noche, porque tiene que hacer un trabajito de salvación de emergencia con Sammy (el gatito, ese mulato, ¿comprendes?), que tenía no sé qué crisis espiritual en los pantalones. Y bueno, yo soy un hombre que sabe perfectamente cuándo estorba, y ya era hora de que «alguien» hiciera un movimiento, de modo que me guardé el dinero del cepillo de camino hacia la puerta».

«Y ahí estaba yo en el centro de Los Ángeles, con la ropa vieja que llevaba puesta y esta Biblia que me regaló Bessie cuando cumplí veintiún años y trescientos y pico dólares para mantenerme, de pie en un rincón cualquiera a medianoche, con la melancolía en el corazón y sin ninguna idea de lo que iba a hacer, cuando el Señor va y me dice, tan claro como te lo estoy diciendo a ti ahora: «Vete a casa, Zumbado; vete a casa y florece». Y cuando el Señor habla, tú le haces caso... y rápido, tío. Tenía que elegir entre un coche usado y ropa nueva, y me imaginé que no podía sacar gran cosa de los trescientos, pero sí al menos mejorar un poco mi guardarropa, así que me decidí por la ropa... Al Señor le gusta que sus evangelistas vayan bien vestidos y no parezcan filósofos yanquis pobretones o alguna mierda de ésas».

«Bueno, y aquí estoy, o casi. Lo que tengo pensado fundar en mi ciudad natal, Houston, es la primera iglesia del mundo con rock-and-roll. Llevar la Luz con toda la fuerza a los jóvenes, para que sepan que sus cuerpos y sus almas son una misma cosa y que el placer no es pecado, al menos según mi evangelio. Y eso supongo que me dará unos buenos ingresos, una vez lo ponga en marcha. Quizá me diversifique un poco y abra también un par de asadores de chuletas. El Señor me ha metido en esto, así que supongo que es para bien. Tengo la sensación de que no puede fallar. Quiero decir que hay tres cosas, por lo menos, que los negros hacen mucho mejor de lo que hayáis soñado jamás vosotros, los blanquitos, y que son: cantar blues, hacer las chuletas e ir a la iglesia».

«Y eso me devuelve de golpe a mi problema con los nombres. Con lo de «Zumbado» ya tengo cubierto el tema personal, pero ahora necesito un nombre para mi iglesia. Algo que explique lo que es... ¿lo captas? Y que les enganche. Algo atrevido, pero también elegante. He estado dándole vueltas en el coco entre viaje y viaje. Te voy a decir un par de nombres, a ver qué tal te suenan. Éste, por ejemplo: la Sagrada Iglesia del Júbilo Impresionante. Demasiado, ¿eh? Y espera que te diga otro: Primera Iglesia del Éxtasis del Exitazo Monstruoso. Bueno lo de «monstruoso», ¿eh? ¿Tú crees que asustará a los niños? Y también tengo éste, más tranquilo y suave: Iglesia del Alma Plena del Puro Deleite. ¿Y qué tal Iglesia Conmovera del Gozo

Rockero? ¿Iglesia del Gozo Rockero del Evangelio Atómico? No sé, algo moderno...».

Yo también aporté una sugerencia:

—¿Y por qué no algo más sencillo? ¿Algo como Iglesia de la Fe?

El Zumbado se mostró ofendido.

—Es demasiado blanco y reprimido. No tiene nada de marcha, tío. ¿Eres unitario o algo así?

—Bueno, ¿y qué te parece la Iglesia de la Fe Rockera de la Luz Salvaje y Agitada y la Gloria Demoledora?

—Bien, bien. Ahí vas bien.

Eso me animó.

—Pues mira ésta: Iglesia del Torbellino de la Inimaginable Algazara.

—¡Vaya! ¡Qué buena, colega! Pero ¿qué es eso de «algazara»? Conocí en Watts a una chica que se llamaba algo parecido y que llevaba unos pantaloncitos cortos color rosa pintados con spray y tenía un culo que hacía que se te parase el corazón...

—Es una palabra que significa «felicidad» —expliqué.

—Me parece muy bien, pero no quiero una congregación donde tengas que poner un puto diccionario con el libro de himnos.

—Vale —dije yo—, entonces deberías buscar un nombre de algo en lo que tú realmente creas. Es tu iglesia, ¿no? Algo como la Iglesia del Corazón Abierto y la Inundación de Luz.

—Sí, ya había pensado en eso —dijo el Zumbado—, pero lo de «corazón abierto» parece una operación de cirugía o algo... Pero ya entiendo lo que quieres decir. A ver qué te parece ésta: la Iglesia del Pepinazo del Evangelio del Gozo Eterno.

Y seguimos, y seguimos, la conversación derivando aquí y allá, una juguetona contienda de speed y ritmo, intercambiando solos sobre cualquier melodía que iba apareciendo. No salió nada en limpio, pero nos divertimos mucho.

El sol intentaba salir ya cuando nos paramos a comprar gasolina y donuts en un Gas Mart a las afueras de Austin. La escarcha brillaba en el cemento manchado de gasolina de los surtidores de la gasolinera. Los donuts ya estaban rancios la semana anterior, de modo que nos tomamos un poco más de speed para acabar de digerirlos. Yo empezaba a sentirme embotado y rígido. La pálida luz del amanecer hería mis ojos en carne viva, y los músculos del cuello y los hombros los notaba retorcidos y más tiesos que las tuercas del volante del Caddy. Necesitaba un baño caliente y dormir un día entero. Tenía ganas de llegar a Houston.

El Zumbado husmeaba entre los discos cuando nos metimos por el acceso cubierto de escarcha hacia la carretera de nuevo, y yo puse la velocidad de crucero, con la aguja clavada y fija entre el nueve y el cero.

—Éste es un botín celestial, verdaderamente —rió el Zumbado, sacando un disco

y leyendo la etiqueta a la luz que iba en aumento—. ¡Ah, sí! Con la cabeza llena de voltios, y buena música para el tocadiscos, y un coche tan guapo que podría ser el mismísimo carro del Señor que entra por las Puertas Celestiales. Además creo que vas a entregar un regalo en una ceremonia conmemorativa de alguien de parte de una viuda o no sé qué, ¿no?

—Lo de la ceremonia conmemorativa es la excusa. Y era una solterona, no una viuda. Voy a entregárselo al hombre que supo conmovérla. Ahora mismo lo tienes en tus manos: el Big Bopper.

—¿El Bopper? —El Zumbado me miró con reserva—. Pensaba que el Bopper se había matado con Holly y Valens.

—Exacto. Murió justo antes de que ella le enviase este Caddy como regalo. Lo tenía ya preparado para enviarlo. Lo metió en un almacén cuando se enteró de la triste noticia.

—Ah, tío, qué triste. —El Zumbado dio unos golpecitos consoladores en el salpicadero—. Una máquina como tú metida en un rincón oscuro...

—Y luego, cuando ella murió —continuó—, el idiota de su sobrino lo heredó.

—Me estás rompiendo el corazón.

—El sobrino está hasta el cuello de deudas de juego. Él y ese delincuente del Mugre (que es el cerebro) lo aseguraron por su valor máximo como si fuera un artículo de coleccionista o un artefacto cultural o no sé qué, y yo tenía que fingir que lo había robado antes de estrellarlo.

—Tú lo estrellas y ellos recogen la pasta... ¿de eso va la historia?

—Sí, así era. Yo lo robaba y me iba. Y aquí estamos.

—Ya lo veo —asintió el Zumbado—. Y como humilde siervo del Señor, mi corazón me dice que esto es correcto, a sus ojos.

—Me alegro mucho de que tú y el Señor estéis de acuerdo.

—Por supuesto, no creo que la ley te dé unas palmaditas en la espalda por ser buen chico y te deje suelto sin más ni más, porque hay motivos para que la dama que lleva la balanza en la mano tenga los ojos vendados. Y esos dos tipos que dices probablemente no se sentirán abrumados de alegría... de hecho, quizá hayan marcado ese número en el que responde el tipo de gente a la que le gusta oír el chasquido de los huesos.

—Ajá, ése es el tipo de ruido que hicieron cuando les dije cómo estaba la cosa, pero yo tengo las pruebas para llevármelos conmigo, y me aseguré muchísimo de que ellos comprendieran que era así.

—Es decir: si vives. Pero digamos que esos matones te aplastan a ti y a esta bonita pieza de automoción... Ellos recogen el dinero y tú quedas aplastado.

—Primero tendrán que encontrarme, y luego cogirme.

—Y no saben adónde vas, ¿no?

¡Ah, mierda! La carta de Harriet. Cory Bingham la había leído, y yo le había dicho al Mugre que llevaba el coche al lugar donde debía estar. ¿Había sido demasiado claro? De pronto, el súbito latigazo oscuro de adrenalina provocado por el miedo había cerrado la llave de la memoria.

—No tienes buena cara —señaló el Zumbado.

—Bueno, se lo pueden imaginar, pero yo diría que es una apuesta con muy pocas probabilidades.

—¿Están relacionados esos tíos?

—¿Relacionados con qué?

—Quiero decir —dijo el Zumbado pacientemente— que si tienen amigos, familia o socios de negocios aquí, en el estado de la Estrella Solitaria, a los que una llamadita por teléfono pueda advertir mucho más rápido de lo que tú conduces.

—Pues no lo sé. Uno de ellos, quizá. Pero lo que quieren conseguir son cuarenta o cincuenta de los grandes como máximo, y tú hablas de un esfuerzo que les saldría muy caro.

El Zumbado meneaba la cabeza.

—Conozco a algunos tipos con el alma tan retorcida que son capaces de liquidarte sólo por seis cervezas y unas risas. Hay tipos de esos por todas partes. Y esa gente hace lo que sea sólo para hacerse un nombre o para impresionar a un tipo importante. No siempre se trata de dinero; el tipo importante salva la cara y da buen ejemplo a los chicos.

—Reverendo, no me estás levantando el ánimo precisamente.

—Primero tienes que comprender cómo están las cosas. No estamos hablando solamente de ti. ¿Qué pasa con la gente del Bopper? Si les das este bonito automóvil, podrías entregarles en realidad un regalo envenenado.

—Espera un momento —dije, viendo que me había entendido mal—. Estoy hablando del Bopper en persona.

El Zumbado parpadeó.

—¿Cómo?

—El Big Bopper. Le voy a entregar este coche a él, con amor, de Harriet, cenizas a las cenizas y polvo al polvo.

—Pero el Bopper está muerto, tío, se estrelló y se quemó.

—Ya lo sé.

Quizá mi tono sonase un poco seco, porque la respuesta del Zumbado tenía un punto glacial.

—Bueno, ¿y sabes acaso que los muertos no conducen?

Yo me reí, con alivio.

—Escucha, me había olvidado de que tú no lo sabes todo, y casi se me olvida a mí también. Veamos, lo que pretendo hacer es lo siguiente: entregar este Eldorado en

la tumba del Bopper, empaparlo con un galón de gasolina de alto octanaje, subirme en el capó, leer la carta de Harriet (una especie de panegírico) y luego prenderle fuego.

El Zumbado me miró atónito.

—Estás enfermo, tío.

—Ah —repliqué—, pero espera: no sólo voy a entregar este regalo de amor perdido, y honrar el poder que tiene la música de conmovernos y completar otra conexión en el Circuito Sagrado, sino que mis dos amigos cutres tendrán su dinero del seguro.

—Ya lo entiendo, pero ellos no lo saben. Para ellos podrías tener el coche aparcado en Sunset y Vine con un letrero de «Se vende» pegado en la ventanilla.

—Error —dije—. Sí que lo saben. Les dije que iba a estrellar el coche, pero que iba a tardar un poquito más de lo habitual.

—Ah, sí, claro. —Arrebatos adoptó un aire de fingida inocencia—. Ellos se estarán diciendo: «Bueno, ahí tenemos a un chaval anfetamínico con un tipo vestido de cuervo corriendo por ahí con el vehículo que nos va a dar un beneficio de cincuenta de los grandes, arriesgando nuestros ingresos seguros y, si la ley se mete por medio, quizá también nuestras personas, pero George dice tranquilos, no os preocupéis, y claro, al viejo George no se le ocurriría nada parecido a cambiarle las matrículas o sacar algo de dinero por otra vía o incluso mantenerlo guardado en algún sitio para obtener unos ingresos fijos con el chantaje. No, hombre, no: nosotros confiamos en el viejo George. Claro, haremos lo que él dice y nos quedaremos aquí tan frescos y no haremos ningún intento de trincar su puto cuello».

—Zumbado, ya tengo el nombre perfecto para tu iglesia: El Tabernáculo de la Humillación y los Presagios Sombríos.

—El Señor nos da ojos para poder verlo todo, no sólo lo que queremos ver. Además, tío, me rompe el corazón imaginar esta preciosa y estilizada maravilla de la ingeniería desperdiciada entre las llamas. Y sería doblemente triste, una verdadera desgracia, si diera la casualidad de que tú ibas metido en el maletero en ese momento.

—No hace mucho rato decías que lo que estaba haciendo era correcto, a los ojos del Señor.

—Sin duda alguna, pero obrar bien no es excusa alguna para ser un idiota.

—¿Piensas que me estoy comportando como un idiota?

El Zumbado asintió una sola vez, con solemnidad.

—Me temo que habrá que aceptarlo.

—Bueno, tío, mirándolo a través de los ojos del Señor, dime cuál sería el comportamiento más hábil.

El Zumbado sonrió.

—George, ya sabes que yo nunca he dicho eso. Sólo los verdaderos idiotas

piensan que pueden ver a través de los ojos del Señor. ¿No has leído el Libro de Job? —Dio unos golpecitos a la Biblia que estaba en el asiento entre los dos. Vi que se avecinaba el sermón.

—El viejo Job era un auténtico hombre justo, con un montón de propiedades y ganado y una mujer muy cariñosa, además de siete hijos de puta madre y tres hijas tan guapas que ponían la piel de gallina.

«Pero Satán iba por ahí rondando, pavoneándose por la Tierra y meneando el esqueleto. El Señor lo vio y dijo: «Eh, Satán, deja a mi siervo Job. Él me ama como es debido, y no hace ningún daño».

«Y Satán va y dice: «Sí, claro, no me extraña: lo tienes hasta arriba de cosas buenas. Quítaselo todo y verás como Job se caga en ti».

«El Señor sabe que eso son chorradas, de modo que le dice a Satán: «Haz lo que quieras para convencerte... pero a él no le toques ni un pelo».

«En cuanto hubo dicho aquello, Satán se ensañó de verdad con Job: envió a unos matones a que le robaran las muías, envió bolas de fuego contra los siervos y las ovejas, un viento horrible que soplaba desde las montañas tiró la casa del hijo mayor donde estaban todos sus hermanos y hermanas de fiesta, y todos la diñaron. Y ¿qué crees que dijo Job al ver toda aquella ruina y aquel desastre? Pues dijo: «Dios me lo dio, y Dios me lo quitó. Bendito sea el nombre del Señor».

«Al Señor le gustó mucho aquello. Le dijo a Satán: «Ya te decía yo que mi hombre era legal».

«Pero Satán volvió con la misma monserga otra vez: «Joder, claro que sí. A él no le ha pasado nada. Haz que sienta un poco de dolor en su propio cuerpo y se cagará en tu nombre como un maldito hijo de puta; ya puedes contar con ello».

«El Señor le dijo a Satán: «Venga, adelante, haz lo que quieras con él... pero no lo mates, eso no».

«Y Satán, que se las sabe todas a la hora de atormentar de verdad a la gente, llenó a Job de horribles forúnculos purulentos de pies a cabeza. Es una cosa tan dolorosa que te meas patas abajo. La esposa de Job perdió la chaveta cuando vio el dolor que tenía. Le dijo: «Job, maldice al Señor y muere de una vez. Esto no va bien».

«Pero Job no cambió de opinión. Le dijo que se callara la boca. Le dijo: «Si recibimos lo bueno de manos del Señor, ¿por qué no vamos a recibir lo malo?».

«Y entonces apareció un puñado de colegas de Job para consolarle. Job iba todo desnudo y con el pus cubierto de ceniza, y cuando vieron el dolor tan terrible que tenía, ninguno pudo hablar durante siete días. Pero los forúnculos de Job se lo estaban comiendo vivo, y empezó a gimotear y a maldecir haber nacido, y a decir que no entendía nada porque él era un tipo bueno, que nunca había desobedecido al Señor, y que no creía haber hecho nada para merecer tantos males. Pero fíjate que no le pedía a Dios en ningún momento que terminase con su sufrimiento. No. Sólo pedía fuerza

para poder soportarlo. Eso es ser bueno».

«Pero sus amigos se metieron por medio, y empezaron a decirle cosas como»: «Job, colega, seguramente tendrás que haber pecado, porque si no Dios no te jodería tanto». O por ejemplo: «Te han castigado por pensar que Job es más bueno que el mismo Dios».

«Job les llama lo que tú me has llamado a mí: «Malos consoladores». Pero no soporta que digan que es un pecador, porque sabe que no es verdad. Sus colegas le insisten mucho, diciendo que se arrepienta y confíe en el Señor y Job les dice a Elihu y Elifaz y Bildad y todos los demás que se larguen, que él no tiene nada de qué arrepentirse, que siempre confió y obedeció a Dios, y por lo que sabe, le están jodiendo sin motivo alguno».

«Y de repente, ¡pum!, viene la voz del Señor de lo alto, en un torbellino, y baja Él en persona. Y les dice a Job y sus colegas: «Puede que estéis jodidos... pero como sois míos, os puedo joder si quiero. ¡Yo soy el Señor! Tenéis lo que tenéis, lo que es vuestro, ya sean buenos tiempos o malos tiempos, buena suerte o mala suerte. Tengo que mantener una armonía que está tan fuera de vuestra experiencia que es increíble».

«Pero, para asegurarse más, el Señor se aparece con toda su belleza y luz y dulzura y se lo pone directamente ante los ojos: «¿Conocéis los tesoros de la nieve? ¿Hacéis que los capullos tiernos se abran y florezcan? ¿Sois vosotros los que alimentáis a los cachorros de león? ¿Os aseguráis vosotros de que los cuervos tengan comida, o dividís las aguas para que los grandes hipopótamos puedan bañarse en ellas? ¿Controláis vosotros las dulces influencias de las Pléyades, desatáis vosotros el cinturón de Orión?». Ah, esto me gusta mucho, tío, habla de estrellas. Y el Señor sigue quejándose: «¿Sois vosotros los que hacéis que el corazón entienda? ¿Os dais a vosotros mismos la vida? ¿Pensáis realmente que sabéis mejor que yo lo que es y lo que no es? ¿Que tenéis algo más que unas pistas patéticas de cómo es todo? ¿De lo que soy yo? Bueno, pues enteraos: ni puta idea».

«Pues bien: cuando un hombre hace una cosa, es muy probable que se vuelva contra él, en su cara. Pero cuando es el Señor el que hace algo, bien hecho está... y Job lo comprendió al momento y dijo: «Estaba ciego, pero mis ojos ya ven. Haz lo que quieras conmigo. Lo comprendo».

«Así que el Señor le curó las llagas así por las buenas y no le quedaron ni cicatrices ni nada, y le dio a Job el doble de camellos y burros y de todo lo que tenía antes, y diez hijos más, siete chicos tan altos y fuertes que podían haber zurrado a los Celtics, y tres hijas tan y tan guapas que se le ponía dura a uno con sólo mirarlas. Y por si eso fuera poco, dejó que Job viviese otros ciento cuarenta años, para que pudiese jugar con sus nietos y los hijos de sus nietos y así sucesivamente durante muchas y muchas generaciones llenas de alegría hasta que Job estiró la pata al ser ya muy viejo y con muchos días».

Yo entonces dije:

—Y ¿eso significa que yo soy idiota? ¿Me has oído decir a mí que he visto a través de los ojos del Señor?

—¿Lo ves? —El Zumbado parecía exasperado—. Te lo has tomado como algo personal. Te has puesto tú por en medio. El tema es: no intentes siquiera saber cuál es la voluntad del Señor; simplemente, síguela.

—Te estoy oyendo —dije, un poco irritado, supongo—, y estoy de acuerdo. Pero supongo que no tengo forma de saber cuál es su voluntad.

—Lo mejor que me enseñó Bessie fue a dejar de intentar cosas y dejar de negar cosas. Hay que «sentirlo». Siéntelo como sientes la música. Como sientes la luz del sol en tu piel. Como te sientes cuando duermes con una mujer amada. Lo juro, vosotros los blancos sois una causa perdida...

—No puedo hacer nada por lo del color de mi alma —dije, con la mandíbula tensa.

—¿Sabes por qué el Señor ha dado tanta alma a los negros? —preguntó el Zumbado, con un tono súbitamente juguetón.

Yo no me sentía nada juguetón.

—No. ¿Por qué?

—Para compensar lo que hizo con nuestro pelo. —Su sonrisa era radiante, combinada con el relámpago rosa de su sombrero, casi provocó las lágrimas en mis ojos irritados—. Claro —continuó el Zumbado—, no es realmente el color del alma lo que importa, aunque tener una cierta herencia cultural es una ayuda muy potente, en lo que respecta a notar el movimiento del espíritu.

Lo que yo sentía de nuevo era que el parloteo se volvía a instalar en mi cerebro de una forma tan aguda que tenía ganas de chillar. Pero respiré profundamente.

—Todavía no me has dicho por qué soy idiota.

—George —dijo el Zumbado sosegadamente—, te estás portando como un idiota porque te interpones en tu propio camino. Haces el tonto porque la estás liando. Haces el tonto porque te sientes tan elevado y omnipotente con tu rectitud que no te has cubierto el culo... los otros pueden ser unos ineptos y unos idiotas, pero es muy peligroso estar tan absorbido por tu propia genialidad como para no preocuparse por los asuntos propios. ¿Está enterrado en Houston el Bopper?

La pregunta, que surgía de pronto entre la letanía de mis imbecilidades, me cogió por sorpresa.

—Bueno, en realidad no estoy seguro de dónde está enterrado. —Carraspeé un poco—. Supongo que fue en Sabine Pass, donde nació, o quizá en Beaumont.

—Pero no lo sabes con seguridad. —No era una pregunta.

—Últimamente me he movido bastante rápido.

—No sabes ni adónde vas... dime si no es una tontería eso. Tontería y pereza.

¿Crees que porque estás de camino el Señor tendrá que hacer todo el trabajo?

—No —accedí—. Yo mismo me estaba llamando tonto descuidado justo antes de verte de pie en la carretera, con ese sombrero iluminando la noche.

—Tendrías que gritarlo. Te sentirías un poco incómodo si resulta que el Bopper está enterrado en San José. Pero yo me imagino que esos dos tipos que has nombrado sabían adónde tenían que mandarles flores. La gente así presta atención a los detalles; si no lo hacen, pagan las consecuencias.

—Sí, ya lo capto, tío, está clarísimo. Pero me estás diciendo lo que ya sé, que quizá no sea demasiado, dado que soy muy corto. Dime qué sería lo más inteligente. Soy todo oídos.

El Zumbado cambió ligeramente el peso a un lado y se inclinó hacia mí.

—Si yo fuera tú, de ninguna de las maneras me acercaría ni remotamente a la tumba del Bopper. A mí me gusta ir por todo lo «alto», y me gusta también el «riesgo», pero no me gusta ver las dos palabras juntas, como en «alto riesgo». Entonces me paro a verlo todo con más detalle y lo que busco es una forma de dar un rodeo.

—Vaya novedad —dije. Sonaba mezquino, pero normalmente es así, cuando uno defiende su ignorancia.

—George —dijo entonces el Zumbado, con tristeza—, es obvio que habrá unos matones esperándote en la tumba para echarte el guante y poner tu cabeza en una bandeja y dar un feo final a tu bonita historia romántica. Sigue adelante y es probable que acabes uniéndote al Bopper, y en tu lápida escribirán: «Este hombre se buscó el sufrimiento».

Noté el primer atisbo de un cierto empuje.

—¿Y tú, qué es lo que estás buscando tú? —le pregunté, con la mayor sorna que pude.

—Tío —se enfurruñó el Zumbado—, no te metas conmigo cuando estoy en plena faena. Me rompe el ritmo.

—Es obvio que estás intentando liarme.

—Sí, George, has dado en el clavo. Ya te habrás dado cuenta de que no he puesto todo mi interés en hablar con claridad... No me gusta hablar mal de los muertos, especialmente si eran gente maja cuando estaban vivos, pero no creo que el Bopper sea tu hombre. Y tengo mis motivos. El primero es lo que ya te he dicho: si quieren ir a por ti, su tumba es el lugar adecuado. En segundo lugar, no estoy seguro de que el Bopper se lo merezca. Suena duro, ya lo sé, pero es así. Sólo tuvo un éxito, y fue una bobada de moda, algo intrascendente, nada profundo. Deja que lo ponga en el tocadiscos y así oirás...

—No hace falta —le corté—. Ya lo he oído, y te oigo a ti. Pero no estoy entregando esto al Bopper como recompensa por su excelencia musical, ni porque

tuviese una carretada de éxitos, se lo estoy entregando porque era para él, de Harriet al Bopper, de alma a alma, como se supone que debe ser el amor.

—Pero tú sabes que en realidad no es así. —El Zumbado se mostraba inflexible—. Esa solterona jamás puso los ojos en el tipo ese. Él se coló en su vida y la sedujo a traición, en la oscuridad, y ella ni siquiera sabía cómo era en realidad el Bopper.

—Se conmovió con su música, y eso basta para mí.

—Aleluya, hermano, bien dicho. Pero tienes que preguntarte a ti mismo de dónde venía aquella música.

—En la etiqueta dice que era él quien cantaba y tocaba y que él la escribió, así que yo diría que era suya.

—Estás confundiendo la flor con la raíz —me reprendió dulcemente el Zumbado—. ¿De dónde crees que viene el rock-and-roll?

Yo ya me estaba cabreando.

—Oye, nunca te he dicho que yo supiera una mierda de música.

—¿Es cierto eso? —El Zumbado se mostraba educado—. Bueno, recuerdas que he puesto a Elvis cantando «Don't Be Cruel», ¿verdad?

—Sí —dije, cansado.

—Y a Elvis cantando «All Shook Up».

—Sí.

—Y a Jerry Lee cantando «Great Balls of Fire».

—Sí.

—¿Tienes alguna idea de quién escribió esas canciones?

—No.

—Un tío negro llamado Otis Blackwell.

—Otis trabaja bien. —Ya empezaba a ver por dónde iba.

—¿Recuerdas «Hound Dog», el bombazo de Elvis? Una mujer negra llamada Mama Thornton cantó antes esa canción, mucho antes de que la carita regordeta de Elvis y su flequillo tan mono salieran por la tele y humedecieran tantas braguitas que los papaitos americanos se pegaron un susto de muerte temiendo que sus hijitas salieran al jardín a aullarle a la luna.

Sonreí al imaginar la escena, pero no hablaba, sobre todo porque obviamente era el momento de escuchar.

Arrebatos continuó.

—¿Has oído hablar alguna vez de T-Bone Walker? ¿Joe Turner? ¿Sonny Boy Williamson? ¿Big Bill Broonzy? ¿Mississippi John Hurt?

—Pues no.

—Ya tocaban rock on blues y sacaban sus buenos derechos cuando Elvis no era todavía más que un brillo en los ojos de su papá.

—Zumbado —dije, cada vez más cansado—, ya te he dicho desde el principio

que yo no sé un pimiento de música. He pasado toda mi juventud conduciendo y persiguiendo a las camareras de los bares de carretera. Ni siquiera tenía una puta radio en ninguno de mis camiones.

—Pero lo que tampoco sabes —dijo el Zumbado con sorprendente vehemencia— es cuándo podría surgir la necesidad de saber. Un poco de conocimiento puede darte un cierto ángulo para la acción, ayudarte a ver tu camino despejado de preocupaciones, ahorrar a tu corazón unos cuantos sufrimientos. Por eso te estoy procurando mostrar el hecho cierto de que si sigues la música rock hasta sus raíces, viajarás a través del rhythm and blues, el antiguo y clásico blues, la música de jazz, la jug-band de los porches, las canciones de trabajo, y justo en el centro, en el mismísimo corazón de todo eso, la música nacida de la sencilla alegría y el dolor de vivir, el gospel. Viajando hacia atrás en alas de las puras voces humanas alzadas en súplica y queja, verás miles de millones de caras negras que nunca han estado en la televisión, nunca han oído enloquecer a la multitud asistente a un concierto, nunca fueron en coches buenos, ni vieron un solo y maldito céntimo por vaciar sus almas, y nunca perdieron la fe cuando les robaron su música.

—Sí —dije—, es una reclamación muy justa, hecha con sinceridad y pasión y gran elocuencia, pero no te voy a regalar este Cadillac.

—Pero, hombre —sonrió ampliamente—, con lo guapo que quedaría yo paseando por la calle... Lo sacaré después de cambiar un poco la pintura y los números de matrícula, placas nuevas, documentos...

—Tú lo has liado todo. Si no me hubieses puesto tan paranoico con eso de que el Mugre me perseguía, yo no me sentiría tan responsable. —Eso era cierto, pero la razón no expresada era mucho más sencilla y estoy seguro de que ambos la comprendíamos y la apreciábamos: era yo quien debía hacer la entrega, y no él.

El Zumbado se mostró muy comprensivo.

—La responsabilidad es una carga muy pesada, hermano. Deja que alivie ese peso de tus hombros.

—Eso no va a ocurrir —le dije—. Y tú lo sabes.

—George, olvida mi pequeña broma acerca de que quiero el coche para mi uso personal. No es así. Es demasiado llamativo para un tipo que acaba de llegar a la ciudad. Yo se lo regalaría a Chuck Berry, o a Otis Blackwell, o a Mama Thornton, o a alguien de quien nadie hubiese oído hablar nunca y que canta en el coro con todo su corazón.

—Ni hablar. Eso no haría más que transferir los sufrimientos que tú estás tan seguro que van a aparecer en mi camino. Me molestaría si Chuck Berry o algún otro acaban apaleados por este bonito Eldorado.

—Antes no mentía, George. Creo que ellos te buscan, y que si averiguan algo, es posible que tengas problemas.

—Y yo sé que no mentías tampoco con lo de la música —dije, intentando mostrarme generoso—. La música pertenece a aquellos que la hacen.

—Sí, eso es cierto, pero el caso es que no he ido lo suficientemente lejos. Verás, la música gospel no pertenece a los negros. Simplemente, nosotros la oímos mejor. La música de gospel, de rock, de Beethoven, el country, toda la música pertenece por derecho propio al Espíritu Santo. Esa mujer, Harriet, notó el amor a través de la música. Sólo por casualidad fue a través del Bopper, que su alma siga tocando rock para siempre, pero si llegamos al meollo de la cuestión, vemos que pertenece al Espíritu Santo. Quieres quemar una ofrenda, como una vela de amor ante el altar de piedra, y eso está muy bien. Pero si hay demasiada gente en la tumba del Big Bopper (¿me oyes?) siempre puedes entregárselo en toda justicia al Espíritu Santo. Él procurará que lo tenga el Bopper.

Empecé a contestar cuando el Zumbado súbitamente levantó la mano, pidiendo silencio. Le temblaba.

—¡Ya lo tengo! —exclamó, jubiloso—. El Señor... ¡bendito sea! Acaba de hablar en voz muy alta y clara, un chasquido muy fuerte en el centro de mi cerebro. Y ahora agárrate bien al volante, George, porque lo que ha dicho es: IGLESIA LUMINOSA DEL ROCK Y EL GOSPEL SÓLIDO DE LA SAGRADA LIBERACIÓN.

—Me encanta —dije, contento de compartir su alegría, y en cuanto hube dicho aquello, una voz (que sonaba como la mía propia), habló a mi confundido cerebro y me dijo: «Si no puedes ir a su tumba, ve al lugar donde murió», y se abrió ante mí todo un mundo de nuevas posibilidades: la ampliación del gesto incluyendo a Ritchie Valens por Donna, y a Buddy Holly por los millones que lo amaban, y sí, por el Espíritu Santo, también. Considerando la advertencia del Zumbado de que el Mugre podía tener a algunos feos amigos suyos esperándome en la tumba del Bopper, era muchísimo más sensato entregar el Caddy en el lugar donde se estrelló el avión propiamente, dejar que el regalo les honrase a todos ellos y al mismo tiempo eliminar el riesgo.

Se lo dije al Zumbado.

—¡Sí! —exclamó—. Eso es muy astuto, muy astuto. ¿No te decía yo, hombre de poca fe, que el Señor nos ayudaría? ¿No he acabado por contarte el Libro de Job para abrir tus oídos a su voz resonante? Ah, misericordia, aleluya al Espíritu Santo, te ha llegado la palabra del Señor tan clara como la luz del día, con gran estruendo y estrépito, igual que Él me ha revelado el nombre de mi iglesia.

—Espera —objeté, precavido—. No quiero dudar, pero debo decir que yo no he oído la voz con tanta claridad. Podría ser que estuviera susurrándome a mí mismo.

—George —me advirtió el Zumbado—, debes aceptar sus dones a medida que llegan.

—Es que no estoy seguro del todo de que fuese el Señor.

—Tenía que ser. Lo sé porque Él me ha hablado, me ha puesto ese nombre tan bonito en el cerebro. Y me imagino que ya que estaba por aquí, también te ha ayudado a ti... el Señor no desperdicia ningún movimiento, sabes, y a la velocidad con que movemos el culo, no habrá querido tener que bajar a vernos dos veces. —Yo debía de tener un aire muy escéptico, porque el Zumbado siguió hablando—: Aquí estás cometiendo un error, George, amigo mío. No te líes más dudando de todo lo que va pasando. ¿Me has oído?

—Hay que dar las gracias por lo que tenemos. —Parecía bastante claro.

—No sólo dar las gracias sino tomárnoslo muy en serio. De verdad. Usarlo. Que nos ayude a subir la montaña. Y por encima de todo, lo más importante de todo: devolver algo de lo que recibimos. Hay que seguir en marcha, dale que te pego. Hay que alzar la voz y rezar y cantar alabanzas. Reflejar la pródiga generosidad del Espíritu Santo, hacer tuya su abundancia. Buscar en el depósito bancario de tu alma y desprenderte de lo que creas conveniente.

—Cuando he oído el dulce nombre de tu iglesia, reverendo, he sabido que nada iba a hacerme más feliz que ofrecer un pequeño donativo para que ésta se haga realidad... llámalo una inversión en fe, si quieres.

—Pero ¿esto qué es? No he visto pasar ninguna bandeja por aquí...

—Es que no puedes permitirte una todavía. Necesitarás una bandeja petitoria, y madera labrada para hacer una cruz, y quizá el alquiler de un primer mes para un local donde puedas ir convocando a tu rebaño.

—¿No te importa que te pregunte cuál era tu parte en la operación de desguace de este coche?

—Cuatro de los grandes, la mitad por adelantado, que al final es lo único que tengo.

—Si los cálculos no me fallan, eso son dos mil.

—Menos los gastos —le recordé—. Los documentos son gratis porque me los hizo un amigo, pero las anfetanas, gasolina, comida y moteles van subiendo, y además le compré esta colección de discos a una mujer de Arizona por 400 dólares.

El Zumbado dio un respingo como si le hubiesen dado una patada en las tripas.

—Oooh, me duele oír que pagaste esa cantidad por ese montón de vinilos. Hay cosas buenas, desde luego, pero casi me entran ganas de vomitar al verlas mezcladas con Pat Boone, Fabian y Frankie Avalon. —Soltó una risita—. Esa mujer debió de dejarte bien contento... bien trabajadito por arriba y por abajo.

—Lo necesitaba. Sin blanca, con dos críos.

—Ajá. O sea que te quedan unos mil doscientos, ¿no?

—Más o menos.

—Bueno, la mitad estaría bien. El espíritu no sale barato, ya te darás cuenta.

—¿Me desgravará?

—¿Qué coño dices? El espíritu no está sujeto a impuestos, hombre... sólo da beneficios.

Tuve un impulso.

—Tal y como yo lo entiendo, el donativo religioso habitual es del diez por ciento, pero como tú estás doblemente lleno de espíritu, pues lo doblaré. De modo que digamos que son dos billetes y medio. Pero tienes que darme tu sombrero.

—Tío —el Zumbado hizo una mueca—, eres duro. De seis billetes a dos y medio con sombrero y todo... ¿Y para qué lo quieres? Parecerás más paliducho de lo que ya eres.

—Me gusta —le dije.

—A mí también, hombre... por eso me lo compré.

—Doscientos, entonces. Usaré los otros cincuenta para comprarme uno. Por cincuenta pavos tendría que ser fácil conseguir un sombrero como ése.

—George, hombre, ¿por qué me haces esto? Te he dedicado mis mejores oraciones. En realidad, te he procurado la salvación. Te habrían pillado los matones si no te advierto. ¿Y crees de verdad, en lo más hondo, que el Señor te habría hablado si no hubiese estado ya de camino para establecer, la Iglesia Luminosa del Rock y el Gospel de la Sagrada Liberación conmigo, su fiel servidor?

—Por eso te doy doscientos cincuenta a cambio de tu sombrero.

El Zumbado miró hacia la carretera murmurando, con aire teatral, y luego, con un gruñido doble, se quitó el sombrero y me lo tendió. Yo me lo puse. Él me miró y meneó la cabeza mientras yo me contemplaba en el espejo retrovisor.

—No te pega, George. Ni pizca.

—Lo que me gusta de verdad es el color —dije—. Parece un flamenco al que le han metido un millón de voltios.

—Estropea totalmente mi coordinación de colores —gruñó el Zumbado—. Me siento desnudo. No creo que pueda soportarlo, George; es parte del hombre que soy, ¿comprendes? Cada hombre tiene que sentirse a gusto consigo mismo. Pero podría sentirme mejor, sé que podría, si me incluyeras también unas cuantas pastillitas de esas que aceleran.

—Déjame cien. Y, por favor, Zumbado, no me lloriquees más.

—Tienes razón. Has acertado. Ya está hecho, sellado y olvidado. —Dirigió un saludo un poco triste en dirección a mi cabeza—. Adiós, adiós, sombrero. Tápale bien. Y ahora, acerca de esa contribución caritativa...

Frenamos mientras el Zumbado contaba cien pastillitas de speed para mí y se quedaba el resto, que guardó junto con el dinero en un bolsillo secreto de su capa. Luego se echó hacia atrás sonriendo.

—Eres un tío muy raro, George; bueno, pero raro. No sé dónde cojones estás.

—A veinte millas de Houston y acercándome rápidamente.

—¿Conoces ese viejo dicho: por mucho que corras no puedes esconderte? Yo pensaría un poco en ello.

—Aléjate de mí, Satanás. —Sonreí mientras lo decía.

—George —dijo con ternura el Zumbado—, yo estaré velando por ti, siempre. Por eso me gustaría ver que me haces caso.

—Un poco de fe, reverendo.

—Sí, eso es. —El Zumbado sonrió.

Nos separamos media hora después ante los escalones de entrada de la Biblioteca Pública de Houston, donde, siguiendo el consejo del Zumbado, me proponía llevar a cabo la investigación. Al despedirme, le dije:

—Reza por esa iglesia luminosa del rock y el gospel, reverendo Zumbado. Espero que tu rebaño y tú florezcáis hasta que estéis tan repletos de dones que podáis morir de felicidad, viejecitos y llenos de días.

El Zumbado me regaló una elegante bendición, aunque era difícil asegurar si se trataba del signo de la cruz o una Z trazada en el aire por una especie de Zorro marchoso y espídico.

—George, quiero que logres tu objetivo, amigo mío. Y ahora, sigue el compás, ¿de acuerdo?

Yo le dije adiós y empecé a subir los escalones cuando su voz de barítono, pronunciando mi nombre, hizo que me volviera. Me señaló con el índice derecho a la cabeza.

—Y, George, no te quites el sombrero.

No estaba seguro de si sus palabras eran una severa orden destinada a conservar su antigua propiedad o un reconocimiento magnánimo de que la estaba entregando a otro. De cualquier modo, decidí, el consejo estaba bien. Más tarde me di cuenta de que ambas interpretaciones eran erróneas. El buen reverendo no estaba ni dándome órdenes ni entregándome su propiedad: era una simple, pura y auténtica profecía.

Una campana de voz profunda empezó a repicar, y su resonancia quedó ahogada entre las aceleraciones y bocinazos del tráfico mañanero del centro. Llegué a la biblioteca justo a tiempo: un hombre delgado y bajito, negro, con unos pantalones caqui estaba abriendo la puerta en aquel momento. La mantuvo abierta para que entrase yo, y sus agudos ojos castaños se elevaron hasta clavarse en mi sombrero.

Yo me detuve y me volví hacia él.

—Buenos días, señor —dije—. Soy un investigador que pasaba por aquí y me he encontrado en la urgente necesidad de obtener información fiable sobre un accidente de aviación que, tristemente, arrebató las vida de unos músicos notables el día 3 de febrero de 1959.

—El mostrador de referencias está a su derecha, caballero —me señaló mecánicamente.

Me acerqué más y bajé la voz.

—¿Qué opina?

—¿Perdón, señor? —preguntó, nervioso.

—He observado que miraba mi sombrero nuevo. —Me bajé un poquito más el ala—. ¿Qué le parece?

El hombre encogió sus huesudos hombros, mirando fijamente más allá de donde yo estaba.

—No pienso nada en particular. Un colorido muy atrevido, desde luego. Pero sólo miraba, no pensaba.

—¿Cree usted que posee esa cualidad elusiva conocida como «alma»?

—No, que yo vea así a simple vista... pero desde luego, es algo que debe decidir usted mismo.

—Eso es interesante —dije—. Lo compré porque pensaba que estaba fuera de toda discusión. Y también por el motivo práctico de que necesitaba algo que reforzase mi cráneo, en caso de que me explotara el cerebro.

Él me miró a los ojos y dijo con un susurro contundente:

—O bien anda usted metido en drogas o está loco, ni lo sé, ni me importa, pero desde luego parece desaseado y alterado, de modo que debería pensárselo antes de entrar, porque si no se porta bien, tendrá problemas. Esta biblioteca no tolera ningún mal comportamiento. Estará rodeado de policías al menor movimiento en falso. ¿Lo comprende?

—Sí, lo comprendo. Quiero información, no problemas —le aseguré, desconcertado al ver que mis bromas no le habían hecho ninguna mella.

El hombre sacó la llave de la cerradura de la puerta y, al volverse hacia mí, se la metió en el cinturón.

—Otra cosa: su sombrero es una mierda.

—Espere. Me disculpo por haberle acosado. Sólo quería mostrarme amistoso, pero supongo que estoy demasiado atolondrado, emocionado y exhausto. Acabo de hacer un largo viaje.

—Ya me parecía a mí. Y ahora, si me perdona, tengo que trabajar.

—Por eso estoy yo aquí también. —Sonreí—. Así que vamos a hacerlo.

—Vaya con cuidado —me dijo por encima del hombro.

Y así lo hice, mostrándome absolutamente cordial y profesional con la bibliotecaria del mostrador de referencia, una morena de mediana edad que se desvivía por ser útil. Revisé todo lo que me fue proporcionando, sobre todo recortes de periódicos con las mismas noticias de agencia, más un par de diarios de la industria discográfica y algunos párrafos en revistas musicales. Eliminando las repeticiones no quedaba demasiado, pero la información que me interesaba, es decir, la localización del accidente, la averigüé en seguida. Sin embargo, seguí investigando

como un buen peregrino, y mi diligencia se vio recompensada por lo que quería saber hacía un par de miles de millas: el Big Bopper estaba enterrado en Beaumont. O sea que había llevado el buen camino desde el principio.

Cuando salí de la biblioteca, dos horas más tarde, era mucho menos ignorante, pero también estaba dos veces más deprimido, enormemente cabreado, mucho más decidido, extrañamente temeroso y según la voluntad del Señor, al parecer, completamente confuso, sobre todo acerca del siguiente movimiento que debía emprender. Me introduje detrás del volante del Caddy y metí la llave en el contacto. Luego decidí: no, no más movimientos inútiles, y la quité, respiré hondamente siete veces, bajé el sombrero hasta que me cubrió la cara y pensé en todo el asunto.

En primer lugar, estaba mejor informado, y eso jugaba a mi favor. Sabía adónde me dirigía en un radio de unas pocas millas cuadradas, cosa que ciertamente era una mejora, y también tenía una idea bastante buena de los acontecimientos que rodeaban el accidente.

La avioneta de alquiler había dejado el aeropuerto de Mason City a la una de la madrugada, dirigiéndose hacia Fargo, Dakota del Sur. Entonces nevaba y hacía frío, pero no había tormenta. Evidentemente la avioneta se estrelló poco después de despegar, porque cuando el vuelo no llegó tal como estaba programado a Fargo, el propietario del servicio de alquiler tomó otra avioneta para buscarla y encontró los restos al noroeste del aeropuerto de Mason City, en un campo de rastrojos de maíz cubierto de nieve. En torno a las 11.30 de la mañana llegó el forense y confirmó lo que ya había quedado claro por la magnitud del siniestro, y es que las cuatro personas que iban a bordo habían muerto: Buddy Holly, de 22 años; Ritchie Valens, de 17, J. P. Richardson (más conocido como el Big Bopper), de 27, y el piloto, Roger Petersen, de 21. Según la noticia de agencia, el avión ya no resultaba reconocible como tal, y las identidades de las víctimas fueron imposibles de determinar sin realizar un extenso trabajo de laboratorio.

Me sentí tan deprimido por mi morbosa imaginación como por lo triste de aquellas muertes. Sentado allí, en aquella biblioteca luminosa y cálida, con todo limpio y organizado, sentí durante un momento horrible el miedo devastador al precipitarse la avioneta, oí los gritos y las plegarias atormentadas mientras la tierra iba girando y se acercaba hacia ellos, y todo el posible futuro de su música perdido en el instante del impacto, de la vida a la muerte en el transcurso de un solo latido, igual que Eddie.

No tenían que haber volado a Fargo en una avioneta alquilada por ellos mismos, pero no tenían demasiada elección. Durante seis días habían estado viviendo en unos autobuses de mierda sin calefacción adecuada, en un duro invierno del Medio Oeste. La gira, de hecho, se había anunciado como el Festival de Invierno. Seis días en un autobús frío y lento. Seis días, seis conciertos, y a toda marcha. Intentando dormir

sentados y medio congelados, con los riñones castigados por los golpes que los hacían fosfatinas desde hacía 30.000 millas; enfermos por los escapes de combustible, con una ropa que no habían podido lavar desde no se sabe cuándo. El Big Bopper, que tenía un fuerte catarro, acabó por comprarse un saco de dormir para poder mantener el calor. Al final, Buddy Holly decidió contratar una avioneta junto con dos de los miembros de su banda, Waylon Jennings y Tommy Allsup, y volar a Fargo, llevar a la lavandería la ropa de actuación de todo el grupo y pasar una noche de sueño auténtico en la habitación de un hotel, con la calefacción a tope. El Big Bopper, cuyo corpachón hacía juego con su nombre, encontraba aquellos asientos canijos especialmente insoportables, y convenció a su colega Waylon de que le cediera el asiento en el vuelo. En el último momento Ritchie Valens quiso ir también, y le estuvo dando la paliza a Tommy Allsup para que decidieran quién de los dos cogía el último asiento tirando una moneda al aire. Allsup accedió de mala gana, pero sólo si podía quedarse el saco de dormir del Bopper si perdía. Ritchie pidió cara y salió cara.

Los promotores del Festival de Invierno, Super Enterprises y General Artists Corporation, evidentemente, creían que los buenos negocios se definen mejor (como ocurre muy a menudo en este país) por unos números negros muy abultados en la última línea. Si quiere uno engrosar los beneficios, se recortan detalles como la calefacción en el autobús de la gira, la lavandería, o una fecha libre de vez en cuando para descansar un poco de todos esos viajes nocturnos en autobús por Milwaukee, Kenosha, Eau Claire, Duluth, Green Bay y todos los demás lugares del camino. Obtener beneficios honrados mediante un trato justo es una cosa, y la codicia explotadora, esa glotonería del corazón y el ego, despoja a todos los que tiene a su alrededor mientras entierra la cara en el abrevadero. Cuando uno jode a las personas que hacen música, está jodiendo la música; y si El Zumbado tenía razón, si la música pertenece al Espíritu Santo, también se jode al Espíritu Santo. Y si jodes al Espíritu, al final te mereces lo que te pase.

Mi ira fría y vengativa y la tristeza recién reavivada ante aquellas muertes me inspiró el deseo de honrar sus vidas y su música, y me alegré de que Buddy Holly y Ritchie Valens estuvieran incluidos también. La mía era una decisión empecinada, cerril, insensata, de esas que te obligan a morir intentándolo. Pero temía aquella decisión, no sólo porque temiera morir, intentándolo o como fuese, sino también porque no comprendía que mi resolución se hubiese acrecentado. Quería entregar el regalo y largarme. No había necesidad de enredarme en posteriores motivos internos. Igual que podemos disfrazar la codicia como ambición, podemos disfrazar la obsesión de necesidad. Yo temía no distinguir qué era cada cosa, perder el hilo de mi propósito. Temía verme destruido de igual modo por la certeza que por la duda.

Me quedé allí sentado con el sombrero encima de la cara, intentando en vano pensar en una forma de salir de aquella nueva confusión. Al final decidí que era

mejor moverse, que me tomaría un café y a la I-35, subiendo por Dallas y pasando Oklahoma City hasta el bar de carretera Posthole de Joe, donde vería si Joe todavía hacía el mejor pollo frito en las 24.000 millas de la Interestatal que era mi hogar. Si dejaba las anfetaminas por entonces tendría mucha hambre, y me proponía hacer justamente aquello. Ya estaba verdaderamente hecho polvo, era lo que necesitaba, y no perder más fuerzas en pasatiempos enloquecidos. Tenía que endurecerme un poco.

Empecé a tramitar un plan. Después del pollo frito del Posthole con sus panecillos y su salsa, me tomaría quizá cuatro anfetaminas (no más) para postre, y luego volando hacia Kansas City, allá voy, Kansas City. Desde allí a Des Moines sólo había unas dos horas y media, y podía recorrerlas con los ojos cerrados, si era necesario. Pero no tenía por qué, pensé. Dormiría si me sentía cansado. Pero era muy tentador pensar que si seguía en ello, podía estar tomando un buen baño caliente a medianoche. Después, ocho horas seguidas con los ojos cerrados, un buen desayuno y un viajecito de una hora a Mason City y al lugar del accidente, descansado y listo para la ceremonia.

El día era claro y hermoso, pero la temperatura fue bajando en picado a medida que el sol subía. Desde Dallas a Oklahoma City hay un tramo recto y plano, sin nada que distraiga los ojos excepto los pozos de petróleo que se alzan como enormes esqueletos de aves. Cada uno de ellos se elevaba y caía de forma mecánica como si estuviera jugando al tira y afloja con un gusano de cable, tirando lentamente de él, y luego dejando que se encogiese bajo el suelo y atrajese hacia abajo la cabeza del pájaro.

Puse en marcha el Eldorado y fui avanzando con los ojos literalmente fuera de las órbitas en busca de aquel cartel elusivo en el que pondría: 35 Norte: Dallas, el Posthole de Joe, Kansas City, Des Moines, Mason City, lugar del accidente, entrega y de vuelta a casa, mamá, un cartel mucho más elusivo debido al diseño del centro de Houston, otra ciudad más donde los responsables del tráfico evidentemente obtenían su inspiración profesional echando salsa de barbacoa al azar en un mapa local. Encontrar una vía rápida que llevase hacia el norte me costó diez minutos, de modo que metí gas a fondo para recuperar el tiempo perdido.

Al norte de Gainesville crucé el Río Rojo, en la frontera entre Texas y Oklahoma por el norte, y la frontera de Texas y Louisiana por el este. Recordé que el Big Bopper había nacido junto a la desembocadura del Río Rojo, y me quité el sombrero en un saludo respetuoso. Recordé también un disco que había visto mientras husmeaba en la colección de Donna: «Red River Rock», por Johnny y los Hurricanes. Lo abrí y lo puse en el tocadiscos, aunque por entonces ya me había adentrado quince millas en Oklahoma. Pero aun así el gesto me pareció adecuado. El agua que llevaba mis bendiciones acabaría allí, al final.

Me parecía que me iban a sangrar los ojos si no había un eclipse total de sol en el

plazo de unos minutos. Intenté meterme más el sombrero para que me diera sombra, pero no había manera, era un sombrero de ala corta. Tenía la boca más seca que tres años sin lluvia, y el estómago se me había encogido hasta el tamaño de una nuez. Había puesto gasolina nada más salir de Houston, y de nuevo antes de dejar Dallas, pero cuando llevaba recorridas veinte millas por Oklahoma me detuve de nuevo. Aquel lugar se llamaba Max y Maxine Maxi-Gas Stop, y el letrero desconchado prometía: GASOLINA CALIENTE, CERVEZA FRÍA Y TODO TIPO DE ARTÍCULOS. Le pedí al joven empleado de los surtidores que me llenara el depósito de etilo y entré en la tienda. Tenía los sentidos tan embotados que me parecía que avanzaba por un budín todavía no cuajado del todo.

Compré una caja de Bud, una bolsa de hielo picado, un botecito de colirio y una de las dos gafas de sol que quedaban en el expositor. Preferí las de una sola pieza con montura amarillo chillón en lugar de las verdes y alargadas en forma de ojo de gato con brillantitos falsos incrustados. Los cristales de ambas estaban cubiertos de polvo.

Volví a colocar la nevera portátil en el portaequipajes, guardándome un par de botellas para su consumo inmediato. Cuando hube metido las otras adecuadamente entre el hielo, tenía las puntas de los dedos tan insensibilizadas que no podía ni sacar un billete de veinte de la cartera para pagar al ayudante. Fue un placer volver a entrar en el caliente Caddy. Me bebí una cerveza, luego me puse unas gotas de colirio en cada ojo. Picaban como el demonio al principio, pero poco a poco me fueron aliviando. Parpadeando todavía y secándome el colirio de las mejillas, me dirigí de nuevo hacia la carretera. Una vez que volví a ponerme a velocidad de crucero, miré a mi alrededor en busca de algo para quitar el polvo a mi nuevo par de gafas de sol y, cuando levanté la vista de una manera automática para comprobar el tráfico, una hoja de papel blanco vino revoloteando a través de la carretera desde el arcén derecho y yo pisé los frenos, con un chillido agazapado en el estómago mientras esperaba el espantoso golpe de la carne contra el metal.

Pero no hubo golpe alguno, ningún Eddie, ningún niño aplastado contra el cromo resplandeciente; sólo el chirrido de la goma y las zapatas del freno humeando en los tambores mientras yo me esforzaba por evitar que la parte trasera del coche diese un coletazo... pero cuando oí otro chirrido de ruedas detrás de mí y capté la visión instantánea de una camioneta en el espejo retrovisor que se me echaba encima por detrás, giré el volante con fuerza hacia la derecha, desplazando la parte trasera a un lado mientras la camioneta, que corcoveaba al pisar el freno, pasaba sin rozarme a la distancia de un pelo. Yo me detuve bastante lejos, en el arcén de la derecha, di una vuelta en redondo mirando hacia el lugar de donde acababa de venir, con la sangre latiendo por la adrenalina. Me oía jadear a mí mismo. Oía los latidos de mi corazón y el golpeteo apenas audible de las arterias en mi cuello. Oía el ruido pesado de unas botas que corrían por el asfalto, más fuerte a medida que se iban acercando: el tipo de

la camioneta.

Casi arranca mi portezuela, un acto que encontré comprensible, dado su propio nivel de adrenalina, su rabia ante mi súbito e inexplicable frenazo y su tamaño. Parecía que iba a cazar un oso con una navaja y volver con carne para la mesa. Llevaba unos Levis muy guarros, una camisa de franela gruesa a cuadros, un chaleco acolchado azul con un bolsillo medio desgarrado y un casco amarillo muy raspado con un logo de Gulf Oil.

—Pero ¿qué cojones piensas que estás haciendo, hijo de puta?

No era una pregunta demasiado civilizada; de hecho, no era una pregunta en absoluto, pero era justa, dadas las circunstancias, y merecía una respuesta rápida y verídica.

—Hace una semana, en San Francisco, iba andando por la calle y un niño de cinco años bajó corriendo unas escaleras y un dibujo que llevaba salió volando hacia la calle, y Eddie (porque se llamaba Eddie) se fue derecho detrás del dibujo, sin pensarlo. Lo vi venir, y me eché hacia él todo lo largo que era para intentar cogerlo, pero sólo le rocé los pantalones con los dedos, y él salió hacia la calzada entre dos coches que estaban aparcados y lo aplastó un Merc del 59 antes de un suspiro. No sé si lo ha visto, pero un trozo de papel acaba de pasar volando por la carretera justo delante de mí, un poco antes, y he frenado por puro reflejo, porque nunca, nunca más en mi vida quiero ver a un niño pequeño de cinco años destrozado en medio de la calle, muerto, en medio de un charco de sangre.

—Bueno, vale —dijo el hombre. Cerró la portezuela muy despacio, se volvió y se alejó.

A veces no hay nada más terrible que comprender. Me eché a llorar. No intenté luchar contra aquello. Me dejé caer encima del volante y lloré por Eddie, por la amable comprensión que confirma nuestro dolor y no cambia nada, por todas las almas sobrecogidas obligadas a ser testigos impotentes de una destrucción azarosa, y, con una autocompasión a la que no podía escapar, por mí mismo.

Cuando empecé a notar que los coches aminoraban la marcha para ver qué le pasaba a aquel Cadillac apuntando con el culo hacia el flujo del tráfico, sorbí un poco por la nariz y salí y comprobé el coche rápidamente, entre lágrimas, para ver si se había estropeado o roto algo en aquel giro apresurado de 180 grados en el arcén. Mientras me agachaba para examinar la parte delantera, vi el trozo de papel pegado a la rejilla. Era una hoja fotocopiada, con la tinta desvaída por el sol hasta un tono de un débil color violeta. Me dolían los ojos al intentar leerla, pero al final lo conseguí:

Queridos padres de los estudiantes de segundo curso:

Los alumnos de segundo van a celebrar una fiesta de Halloween en el aula de su

curso la tarde del 31 de octubre. Pueden venir a la fiesta con sus disfraces. La fiesta de Halloween se celebrará las dos últimas horas de clase. Saldrán a la hora de costumbre, a menos que se deba aplicar el horario de los días de lluvia. Los autobuses funcionarán con total normalidad.

Les deseo a todos muchos sustos y un feliz Halloween.

Atentamente,

*JUDY GOLLAWIN
Profesora de segundo curso*

Aquella nota me alteró mucho. Un solo error inconsciente y la fiesta terminó, chico. Un solo paso en falso y quedas aplastado en el polvo. Volví al coche y me eché de nuevo encima del volante y dejé correr las lágrimas. No gimoteaba, o al menos no tenía esa sensación. Lloraba de puro dolor.

Uno puede sentir un dolor infinito, pero no se puede llorar siempre, de modo que al cabo de un rato me sequé las lágrimas, doblé la notita y me la guardé en la guantera con la carta de Harriet, y volví de nuevo a la carretera, subiendo la velocidad hasta que la aguja se puso a temblar entre los dos ceros del 100. Esto me habría resultado terrorífico, si me hubiese parado a pensarlo: la mente más lenta del oeste a esa velocidad, derecho hacia la gloria, maldita sea, sin importar que tuviera que pararme a llorar a cada trocito de papel que se me cruzara en el camino, cada niño que fuera apartado del colegio, cada salpicadura de sangre en la carretera.

Al cabo de veinte millas ya estaba abrumado por una sensación inefable de paz, sin duda una combinación del cansancio más absoluto y el desahogo emocional, pero no quise pensar en ello. Me di cuenta, para mi deleite y mi asombro, de que había llegado a un equilibrio inestable y precario, un frágil aplomo entre el agua y la luna, e iba navegando con la decisión de una ola.

Fue un trayecto corto, de una hora y media entre las últimas lágrimas y el Posthole de Joe, y me sentó tan bien que bajé la velocidad para irlo saboreando. Al pasar por Oklahoma City faltaba todavía una hora para la puesta de sol, pero bajo un cielo que se había ido poniendo tan plomizo por la tarde que ya casi estaba totalmente oscuro, y sólo una luz rosada, como un fantasma del color de mi llamativo sombrero, se mantenía todavía en el horizonte.

Mi paz se hizo mucho más honda cuando dejé el coche en el aparcamiento del Posthole de Joe. El restaurante, largo y con el tejado plano, tenía el mismo color blanco sucio ribeteado de rojo; la luz del interior la suavizaba hasta un resplandor suave e invitador el cristal de los ventanales, sucio por los tubos de escape. Dos Kenworth y un White Freightliner estaban también en el aparcamiento. Era idéntico al recuerdo que yo tenía, familiar y seguro, una referencia retenida sólidamente, y me alegró ver que algo había permanecido entre tanto cambio. Mientras entraba por la puerta mi sensación de paz y felicidad empezó a expandirse hasta sentir una auténtica euforia que no podía ni comprender ni contener, sino sólo disfrutar. Cuando me introduje entre los cálidos y ricos olores del interior y vi a Kacy de pie justo a mi izquierda: alta, con el pelo rubio y suelto, más adorable de lo que recordaba incluso, con el vestido blanco de rayón y el delantal marrón que siempre habían llevado las camareras del Posthole, allí, de pie, surgida de la nada, tomando nota de las peticiones de dos conductores que estaban sentados a una mesa junto a la pared... mi euforia se transformó en júbilo, grité su nombre y la cogí entre mis brazos.

Los recuerdos más profundos son los de la carne, y en cuanto mis brazos la

apretaron contra mi cuerpo supe que había cometido un error. No era Kacy, pero aquella información se quedó atrapada en los circuitos sobrecargados de mi cerebro, llegando justo un instante antes de que la rodilla de la chica aterrizara en mis testículos.

—Lo siento —jadeé, de camino hacia el suelo—. De verdad. Equivocado...

Conseguí susurrar «equivocado» antes de acurrucarme en el suelo de linóleo beige y abandonar las disculpas en favor del dolor agónico. No podía hablar, pero no sé por qué, lo oía todo con asombrosa claridad.

—¡Vale, mierda! —me gritó la doble de Kacy.

—Uno tiene que mirar bien antes de lanzarse así —dijo uno de los tipos sentados a la mesa, como un juicio o verdad general. Su compañero se rió.

La camarera se arrodilló y me tocó el hombro.

—¿Se encuentra bien?

Desde aquel nuevo punto de vista resultaba obvio que no era una doble de Kacy, ni siquiera una hermana, pero el parecido bastaba para engañar a un desesperado o a un esperanzado. Sin embargo, yo no podía responder a su pregunta.

Ella me apretó el hombro suavemente.

—Lo siento. Me ha asustado de muerte agarrándome de esa manera. ¿Quiere echarse en un asiento o algo?

Yo meneé la cabeza.

—Culpa... mía...

Ella increpó a los dos tíos sentados a la mesa.

—Vosotros, en vez de reiros tanto podríais echarle una mano. Joder, no sé qué es lo que hay que hacer en estos casos.

El filósofo dijo:

—Con el viaje que le has dado, Ellie, no es una mano lo que necesita este buen hombre, sino un equipo de búsqueda... para que vayan a ver dónde están sus huevos. Creo que donde primero habrá que mirar es en el cuello. —Su compañero lo encontró mucho más divertido que antes, incluso.

Yo busqué la mano de ella, que descansaba en mi hombro izquierdo, y le di unas palmaditas.

—¿Ya va mejor? —dijo ella, tiernamente.

Asentí una vez, le volví a dar un golpecito en la mano para expresar mis gracias y luego me apoyé sobre las rodillas y los antebrazos, levantando el culo, y empecé a gatear hacia la puerta principal. Había perdido el apetito y la alegría.

—¡Tommy! ¡Wes! —chilló ella—. ¡Maldita sea, ayúdadle a levantarse!

Ambos empezaron a deslizarse para salir de sus asientos, y el más listo gruñó:

—No te metas ahora con nosotros. No te hemos tocado. Ese hombre ha recibido lo que se merecía.

Yo me detuve y me apoyé en una cadera, levantando una mano para detenerles. Al cabo de unos momentos más había cogido el aire suficiente para formar las palabras, como graznidos medio ahogados.

—Lo que uno recibe... pues se lo queda... es suyo. —Asentí vigorosamente para indicar el énfasis que mi voz no podía aportar, y luego añadí—: Ya voy bien.

Avancé un metro más hacia la puerta, me puse de rodillas y luego, apoyándome en el picaporte, acabé por ponerme de pie. No estaba bien erguido todavía, pero al menos me apoyaba en los pies. Me toqué la cabeza para comprobar que no había perdido el sombrero. La camarera y los camioneros me miraban, un tío en el mostrador a quien no había visto antes se volvió también para mirarme, un par de cabezas se asomaban desde otros reservados, y un cocinero a quien no reconocí se asomaba desde la cocina.

—Lo siento —les dije—. Siento las molestias. Buenas noches.

Me llevé la mano al sombrero color flamenco cortésmente, pensando que su color era mucho menos encendido de lo que sentían en aquel momento mis huevos, y luego salí. El Caddy resplandecía en el aparcamiento y me dirigí hacia él a pasitos menudos y precavidos, con calma.

No me di cuenta hasta que abrí la portezuela del Caddy y empecé a pensar cómo meterme en el asiento sin añadir más dolor al que ya sentía de que la camarera me había seguido afuera y estaba de pie ante el restaurante, con los brazos cruzados para protegerse del frío. Ella quería asegurarse de que me iba bien, o al menos eso pensé. Por un momento deseé que los brazos de la chica me rodeasen a mí, pero en mi estado aquello habría sido muy cruel para ambos, de modo que simplemente la saludé con la mano. Ella me devolvió el saludo y se volvió a meter en el interior.

Con la portezuela del coche y el volante como apoyo, me fui metiendo en el asiento, con mis quejidos y gruñidos amplificadas en el amplio interior del Caddy. Para mantener la pelvis elevada apoyé los hombros contra el respaldo del asiento y los pies contra el suelo. Pero no se puede conducir estirado de esa manera, de modo que contuve el aliento y asumí la posición normal; el dolor no era peor, y al menos podía conducir. Volví a la carretera, cambiando las marchas lo más rápido que pude para no tener que pensar en mover las piernas de nuevo.

No podía evitar pensar en Kacy, sin embargo. El momento erróneo en los brazos de la camarera era un cruel recordatorio de lo mucho que la echaba de menos, de lo mucho que deseaba tenerla entre mis brazos de verdad, ya mismo. Aquel sentimiento desencadenó una oleada de recuerdos, cada uno de ellos con algo de dulzura y tristeza por la pérdida. Si tenía un ápice de sentido común, pensé, debía coger un desvío hacia Sudamérica e ir a buscarla. Si el regalo era el amor, ¿por qué no entregaba el mío propio, cara a cara, vientre con vientre, corazón a corazón? Pero el buen sentido tropezó con la convicción más arraigada aún de que no podía acosar a Kacy con mi

amor. Ella debía apreciar el gesto, pero sin presión. Perseguirla era perderla. Yo podía meter mis doloridas pelotas en la nevera con hielo para calmar el dolor, o acercarme al hospital más cercano e ir a urgencias, o meterme en la farmacia más cercana en busca de los narcóticos que tuvieran, pero no podía hacer nada para aliviar el dolor de desear a Kacy, nada excepto olvidarla, y su recuerdo era lo único que tenía de ella.

Afortunadamente, un estado de trance y conmoción acompaña a todos los traumas, cierra el cerebro hasta dejarlo sólo con las funciones más básicas y te aleja lo suficiente para resistir el dolor.

Y mejor aún: te vuelve completamente incapaz de pensamientos metafísicos retorcidos y prolongados autoanálisis, eliminando el insulto en favor de la herida y posponiendo de forma muy adecuada la angustia de la indagación ante la agonía inmediata de la carne. Cuando la presa se rompe, no hace falta ponerse a examinar sus grietas o discutir las complejidades de la ingeniería hidráulica: es mejor echarse a correr hacia un terreno seguro. El cuerpo sabe muy bien lo que hace.

A medida que la conmoción iba cediendo, mis pelotas se iban instalando en un dolor palpitante y más soportable, y mi mente añadió una consideración primitiva a la simple percepción: estaba completamente exhausto. Dado ese cansancio, agravado de manera acuciante por mi reciente trauma testicular, me preguntaba si detenerme en Wichita para comer algo y descansar aquella noche o sacar las cuatro anfetaminas que pensaba tomarme para postre y seguir hacia Kansas City y Des Moines. Me pregunté brevemente si el problema lo tenía con mis planes o con los planes en general, y por qué parecía ir cayendo en trampas que ni siquiera sabía que había puesto, pero encontrándome carente de esa añagaza emocional, acabé por caer en la emboscada del compromiso: me tomé las cuatro anfetaminas de inmediato y una hora después, cuando paré en Wichita para poner gasolina, después de examinarme en el lavabo de hombres para evaluar los daños y encontrarme los huevos algo sensibles, pero sin necesidad obvia de atención médica, crucé la calle con mucho cuidado hacia Licores y Deli Grissom, donde me compré un buen bocadillo de jamón hecho con pan Wonder y un envase de cuarto de ensalada de col algo mustia.

Me lo comí todo en el coche, distrayendo mi paladar con una somera reconsideración del hecho de si era mejor coger una habitación allí mismo para pasar la noche o seguir hasta Des Moines, a cuatrocientas millas de distancia. Eran las 19.13 horas según el reloj de Hire's Root Beer de la gasolinera. Podía llegar a Des Moines a medianoche con toda facilidad, lo cual significaba que todavía podría meterme en un baño caliente durante una hora, dormir ocho horas de un tirón, desayunar tranquilamente y llegar a Mason City al mediodía. Aquello se parecía tanto a un plan que de inmediato lo abandoné. Ya lo pensaría todo sobre la marcha... de todos modos, siempre parecía acabar así. En el caso improbable de que no ocurriese ninguna de las miles y miles de complicaciones imprevistas que podían pasar,

siempre podía volver al plan.

Me dirigí hacia Kansas City, pues, con una consoladora sensación de realismo (quizá que te den un golpe en los huevos te provoca ese efecto), y también, para mi sorpresa, lo bastante juguetón como para poner a Jerry Lee Lewis en el tocadiscos, llevando el compás con los dedos en el volante, porque resultó demasiado doloroso dar golpecitos con los pies:

*You broke my will
What a thrill!
Goodness, gracious,
Great Balls o' Fire!*

Seleccioné esa canción como un reconocimiento arrogante y humilde a un tiempo de que podía permitirme una broma, acompañada por una silenciosa plegaria de que los dioses tuviesen sentido del humor.

Navegando por la Interestatal entre Wichita y Kansas City, de repente me encontré sumergido en el recuerdo etílico de una noche en North Beach, cuando alguien me gritaba, a través del tiempo: «¡Enséñame un solo lugar en la Biblia donde Dios Padre o Jesucristo Su Hijo se rían y me convertiré al cristianismo! Si no es así, que les jodan». ¿De quién era aquella voz? Parecía uno de los poetas budistas, quizá Welch o Snyder, pero quienquiera que la dijese se encontraba a varias mesas de distancia entre el parloteo distorsionado por el vino y el ruido del Vesubio, y yo me hallaba embelesado en la contemplación de una voluptuosa pelirroja llamada Irene que se estaba tomando un chupito de Jack Daniels al fondo del bar. Tenía su gracia ser un macho adolescente americano, porque todo lo que no me la ponía dura, tuviese coño o alcanzase las sesenta y cinco millas en segunda, no me preocupaba lo más mínimo. ¿A quién le importa el humor en el orden cósmico, cuando tienes diecinueve años y no te la han chupado nunca? ¿Cuando hay drogas que tomar y carreteras que seguir y música que te transporta? Aún no había pecado lo suficiente para necesitar salvación, y tampoco había perdido lo suficiente para reír de verdad.

*But what a thrill!
Good-ness, Graaacious;
Greaaat Balls o' Fire!!!*

Pues sí. Y si ni el Padre ni ese afortunado Hijo suyo tenían el requerido sentido del humor, quizá éste residiese en el Espíritu Santo, en el speed, la música y hacerte polvo los sesos, en vagar por las montañas y correr en medio de la noche, a pelo, en

vivo y en directo. Sería divertido.

Era demasiado adecuado que mi pequeña ensoñación sobre las posibilidades del humor divino se viese arrasada por el relámpago parpadeante de una luz roja en mi retrovisor. Como iba a cerca de cien la luz no adelantaba demasiado, lo cual me dio tiempo para morir mil muertes antes de acelerar instintivamente y al instante cambiar de opinión. Bajé la velocidad y fui pasando despacio hacia el carril de la derecha, esperando con todo mi corazón que no fuese la policía y que, si lo era, tuvieran en mente a alguna otra persona, y no a mí.

Era un coche de bomberos, un coche de bomberos rojo. Me salí al arcén y me detuve para verlo pasar. Estaba a punto de volver a meter el pie en el pedal cuando otra luz roja pasó a toda marcha, y luego otra: un coche patrulla seguido por una ambulancia. Un accidente allá delante, seguramente, de los malos. Me dije que si veía otro niño de cinco años atropellado me tragaría el bote de speed entero, metería a toda marcha el Cadillac del Bopper a través de las puertas celestiales y cogería a Dios por el cuello y le exigiría una justificación, una explicación, y una satisfacción también. Un niño muerto no tiene ninguna gracia.

Era dos millas más allá, en la carretera, y yo fui el cuarto o quinto coche que llegó al lugar. La policía había bloqueado los dos carriles hacia el norte a doscientos metros del accidente. No veía mucho con el resplandor de las llamas y los intermitentes que parpadeaban, pero no parecía que fuesen necesarios los bomberos. Estaban allí de pie, charlando, mientras las llamas se iban apagando. El chasis carbonizado de un coche vuelto boca abajo se encontraba atravesado en diagonal en el carril derecho, con el morro tocando justo en el arcén y la parte posterior sobresaliendo en la carretera. El aire apestaba a goma quemada y a gasolina socarrada. Tenía muy mal aspecto, tan malo que no quise mirarlo de nuevo. En diez años de conducir y remolcar coches, no había visto muchos accidentes tan graves.

Bajé la ventanilla y le grité a un policía que estaba cerca si necesitaban alguna ayuda.

—No, no, gracias —dijo él—. No es tan malo como parece. Lo ha perdido una grúa que lo remolcaba... se ha soltado la horquilla. No había nadie dentro. Tendremos un carril abierto en diez minutos.

Qué buena noticia. Tuve que estirarme para ver la grúa a otros cien metros de distancia, con los intermitentes apenas visibles en la neblina de gasolina. Probablemente necesitarían a un escuadrón de policías para redactar todas las multas para el conductor. Yo nunca perdí un coche, pero hay muchos conductores buenos a los que les ha pasado. El policía no mencionó la cadena de seguridad, pero esperé, fraternalmente, que no se la hubiera olvidado y que hubiese sido un accidente.

Abrieron el carril izquierdo al cabo de unos quince minutos. Por entonces el tráfico se había acumulado casi un cuarto de milla, pero yo estaba delante de todos.

Anticipaba con deleite la carretera abierta para poder correr mientras medio turno de noche de la policía de Oklahoma estaba ocupado allí, de modo que casi había pasado el chasis humeante cuando me di cuenta de que era un Cadillac del 59. Imposible decir cuál era el modelo, pero aun aplastado, quemado y boca abajo se reconocía el estilo de nave espacial.

No sabía si aquel accidente en mi camino tenía gracia o no. No me reí, pero sí sonreí, aunque con algo de tristeza, lo admito, porque si me lo tomaba como algo más aparte de la coincidencia absurda o la conexión azarosa, entonces tenía que pensar que era una señal o un presagio, y decidir si éste traía buenos o malos augurios: buenos, si lo que anunciaba era el cumplimiento y el regalo envuelto en llamas, entregado y sin nadie en su interior ni herido; malo, si lo que presagiaba era un lamentable fracaso, un enganche demasiado débil que se rompía, una oportunidad desaprovechada por ignorancia, negligencia, falsas ilusiones... si el regalo se perdía, en lugar de ser entregado. No estaba seguro de lo que significaba, más o menos como siempre, pero no me gustaba.

Sin embargo, me gustaba mucho la carretera abierta y dejarlo todo atrás al momento, incluyendo las especulaciones inacabables acerca de oscuros presagios. Parecía el momento ideal para emitir de nuevo por la KRZY, y como las ciento diez millas por hora requieren gran parte de tu atención, cogí un puñado de discos al azar y los apilé en el eje, anunciando a la noche: «Ésta es la KRZY que se acerca en la oscuridad, George el Acelerado muerto de cansancio y susurrándote al oído. Lo que vas a oír es lo que tenemos, y parece que ahora tenemos a Jerry Lee y “A Whole Lot of Shaking Going On”. Yo mismo no me voy a menear demasiado, ya lo comprenderéis, porque he recibido un mal golpe en los cataplines esta misma tarde, pero vosotros, chicos, aprovechad y menead el esqueleto».

Cuando llevaba menos de la mitad de la pila, el programa se vio interrumpido por el mejor vendedor ambulante del mundo entero. Vestido sólo con un pantalón oscuro y una camiseta blanca, caminando descalzo junto a la carretera con menos de dos grados, yo habría jurado que era el tipo más loco en mil millas a la redonda, o el mejor Palo Saltarín Humano al oeste del Mississippi, pero no pasó por mi imaginación que pudiera ser el mejor vendedor ambulante del mundo hasta que estuvo dentro del Caddy, me estrechó la mano y se presentó como Phillip Lewis Kerr, «por favor, llámame Lew», y me tendió una tarjetita plateada con las letras grabadas en azul oscuro que decían:

PHILLIP LEWIS KERR

El mejor vendedor ambulante de todo el mundo

(212) 698-7000

Era un hombre viejo, que tendría ya sesenta años, con el vientre caído por encima del cinturón, pero no descuidado. De hecho su aspecto general, la barba gris bien recortada y el bigote cuidado, los ojos azules pequeños y alerta y ligeramente divertidos, la franqueza de sus modales y su habla, todo se combinaba para otorgarle la tranquila dignidad de un hombre que sabe lo que hace, aunque esté haciendo autoestop medio desnudo en una noche helada.

Me presenté mientras él guardaba un maletín de cuero debajo del asiento delantero. Tenía los pies anchos, con los dedos nudosos, y morados de frío. No sé si yo tiritaba por simpatía o por la ráfaga helada que entró cuando abrió la portezuela. De repente, estaba helado.

—Hola, Lew —susurré, con la mandíbula apretada para no tiritar—. A menos que tenga más equipaje, ¿por qué no tapa ese agujero rapidito con la puerta?

Él me miró, perplejo.

—¡Ah! Sí, lo siento. —Cerró la portezuela y se apagó la luz interior. En la oscuridad su voz sonaba descarnada—. Ha sido muy desconsiderado por mi parte, George, inexcusable. Se agradece tanto el calorcillo que no pensaba que usted pudiera sentir frío. Y realmente fuera hace frío, se lo aseguro. —Notaba temblar el asiento cuando él tiritaba a mi lado.

Volví a poner el Caddy en el asfalto y fui cambiando las marchas, todavía preocupado por la sensibilidad de mi entepierna. Al pensar en mi incomodidad recordé la de Lew y le pregunté si quería que pusiera la calefacción.

—Ah, no, no, en absoluto. Es mejor irse descongelando poco a poco. A mi edad, las paredes celulares no toleran los cambios bruscos y se rompen.

—No lo había pensado —dije, con toda sinceridad. Todo lo que decía el hombre parecía sincero y directo al llegar a mis oídos, pero en mi cerebro daba unos extraños saltos oblicuos. No conectábamos. Yo estaba dispuesto a aceptar que el problema estaba en el receptor. Sin embargo, no quería que siguiera hablando de sus paredes celulares como hacen a veces los viejos, explicando sus achaques con escabrosos detalles fisiológicos de cómo va decayendo la carne (yo mismo tenía un par de dolorosos ejemplos) de modo que cambié de tema preguntándole si se dirigía a Kansas City.

—Sí, voy allí. ¿Y usted?

—A Des Moines... y llego tarde. Puedo dejarle en el próximo lugar caliente que encuentre junto a una salida de la carretera.

—Bien —empezó él, haciendo una pausa tan larga que pensé que había terminado—. Debe de haber salido terriblemente tarde, porque a esta velocidad, habría tenido que llegar temprano. —Sonrió tímidamente.

Yo le sonreí también.

—Lew, ¿le importa si le pregunto si viste siempre así con este tiempo tan frío?

—¡Dios mío, claro que no! —dijo—. Le vendí la chaqueta, la camisa, corbata, calcetines y zapatos a un joven que trabaja en los pozos de petróleo. Tenía una cita con una joven esta noche, pero se había parado a tomar algo con sus amigos después del trabajo y no tenía tiempo de ir a una tienda de ropa.

Una vez más, aquello no me sonaba bien.

—¿Y no quería también los pantalones? Habrá quedado muy raro con unos viejos vaqueros sucios y con chaqueta y corbata.

—Ah, sí, también me pidió los pantalones, pero no podía arriesgarme a la posibilidad de que me encarcelasen por exhibicionista.

—Era preferible morir por exposición a los elementos —respondí, con ligereza.

—Me imaginé que pronto pasaría alguien. Y además, los pantalones le iban pequeños.

—Me alegro de que me explique las cosas, porque yo me preguntaba cómo es que el mejor vendedor del mundo no puede permitirse poner un poco de tela entre su carne y esta noche tan fea. ¿Es lo que vende normalmente, ropa de hombre?

—Vendo de todo, cualquier cosa. He averiguado que, a largo plazo, la diversidad significa estabilidad.

—Pues parece que lo ha vendido todo.

—Sí, es verdad. Ha sido un viaje muy interesante.

Entonces le dije lo que me preocupaba.

—¿Sabe, Lew? Quiero hacerle una pregunta desde que me ha dado su tarjeta de visita, pero no veo la forma de hacerla sin que parezca ofensiva, como si no me acabase de creer sus credenciales, y no quiero que dé esa sensación.

—George —me respondió él—, soy vendedor. Empecé con un puestecito de limonada en Sweetwater, Indiana, cuando tenía cinco años. Aprendí muy pronto que ofenderse resulta muy caro. Te desvía de tus objetivos.

Yo quería preguntarle cuál era su objetivo, ¿los beneficios? ¿La transacción en sí misma? ¿El apaciguamiento de los propios demonios y sueños? Pero no quería olvidar mi pregunta original.

—Está bien, ya que dice que no se va a ofender, me preguntaba por lo que dice en su tarjeta, eso de que es el mejor vendedor del mundo.

Me interrumpió suavemente.

—En realidad dice el mejor vendedor «ambulante» del mundo.

—Bien. Pero es eso de «el mejor» lo que me ha llamado la atención. Quiero decir que, ¿cómo sabe que es el mejor del mundo, ya sea ambulante o estático? ¿Existe alguna medida, una escala objetiva, un comité de jueces, un consenso general, o simplemente usted se ha apropiado del título sin más?

—George, es usted un hombre muy curioso, el único entre mil cuya primera reacción no es la preocupación por las hijas de los granjeros. —Notando mi asombro

añadió, amablemente—: Ya sabe, lo del vendedor ambulante y la hija del granjero... es un chiste típico. Estoy seguro de que ha oído algunos.

—Bueno, sí, pero no recuerdo ninguno en este momento. —De hecho estaba intentando con todas mis fuerzas acordarme de alguno, un acto, considerando mi estado mental, similar a intentar pescar en un aparcamiento, cuando me di cuenta de que él había esquivado mi pregunta con un pequeño rodeo adulator, para distraerme. Pero estaba demasiado cansado y demasiado drogado para jueguecitos, de modo que insistí con toda franqueza... no de forma impertinente, porque comprendía que había algo en juego, sino con una cautela imprudentemente cercana a la más olímpica despreocupación—. Lew, le he hecho la pregunta porque quiero que me responda.

—Señor Gastin —me dijo, con una voz tan suave como una bolita de algodón en rama—, pensaba que le había perdido hace un minuto o así. Quizá debería usted dejar a un lado sus prisas y descansar en Kansas City. Y aunque obviamente estoy menos capacitado que usted, estoy dispuesto a conducir.

Se sabe que el abuso de las anfetaminas produce paranoias, y yo noté una súbita y fuerte punzada: el viejo Lew era un matón contratado por el Mugre para matarme y estrellar el coche. Tenía que mantenerme sereno, dejar que el tema de la locura se insinuase en el aire, seguir llevando el control... Dudaba de que él hiciera movimiento alguno si yo tenía el volante en mis manos, especialmente a cien.

—Aprecio su preocupación, Lew. —Solté una risita—. Admito que mi salud mental no es tal y como debería ser. En absoluto. Últimamente he tenido repetidas pérdidas de coherencia, y francamente, estoy alarmado por su frecuencia creciente. La única cosa que parece detenerlas temporalmente es un rodillazo fuerte en las pelotas. Pero una vez más, creo que ha esquivado mi pregunta. Es una pregunta normal y corriente. ¿Por qué no me la responde?

—Si insiste —dijo él, sin alterarse—, aunque no tiene sentido.

—Para mí no es así.

—Pero George, no tiene absolutamente ninguna forma de saber si yo le estoy mintiendo o no.

—Eso es exactamente lo que me preocupa —dije, y sin tener ni la menor idea de qué era lo que me preocupaba, salté—: Ya ve, no importa si puedo conocer o no la verdad de lo que me diga; el asunto es si confío en que me va a decir la verdad, igual que usted confía en que yo me la crea. Y si la verdad es aburrida o molesta, entonces cuénteme una mentira interesante. Debemos tener fe los unos en los otros. Me pongo algo incoherente cuando he llegado tan lejos, especialmente considerando que ya de entraba estaba un poco jodido, de modo que lo diré de la forma más sencilla que pueda: o me contesta o se va.

Él dijo muy tranquilo, como si fuera para sí mismo:

—No.

Entonces comprendí que no era un matón, pero yo ya había llegado demasiado lejos. Iba a apartar el pie del acelerador y dirigirme hacia el arcén cuando él dijo, sólo un poquito más alto:

—No, señor Gastin, no hablaré bajo coacción, y ciertamente, si la confianza es lo que le preocupa, la coacción la traiciona. Si retira su desconsiderada amenaza, responderé de buen grado a la pregunta, tal y como pensaba hacer. Después de todo, fui yo quien la provocó. Y es una cuestión de justicia.

Es obvio que la coacción niega la confianza. Yo me sentía debidamente alleccionado, tanto por mi obvia carencia de lógica como por mi delirio paranoico.

—Puede quedarse, tanto si contesta como si no —dije.

—Gracias. —No había rastro alguno de triunfo ni de burla en su voz.

Yo estaba a punto de estallar en lágrimas de nuevo, me notaba la garganta tensa y los ojos me ardían. Me volví y chillé:

—¡Que le den por culo! Va por ahí andando medio desnudo y entra aquí tan tranquilo y tímido, ¿a qué cojones está jugando? ¿Cómo sé yo qué... qué...? —Pero me había perdido, y lleno de rabia y frustración di un palmetazo contra el salpicadero con tanta rabia que sonó como un disparo.

Lewis Kerr se encogió y se retiró hacia la portezuela. Pero habló con el mismo tono de imperturbable simpatía.

—George, si me permite una observación sincera, está usted muy mal.

—¡No me joda! —grité yo, sarcástico—. ¿Vendería su alma? —le grité entonces, más como una exigencia que como pregunta, y sin referencia inmediata, excepto que yo estaba mal.

Él se quedó confuso por un momento y luego dijo:

—No sea tonto.

—¿Tiene alma que vender o qué?

—Sí, supongo que sí.

Yo quería atrapar a aquel tipo tan resbaladizo.

—¿Por qué —le pregunté, con la garganta muy tensa— es tan asquerosamente precavido?

—Porque usted no lo es —me respondió, con algo de acaloramiento en la voz por primera vez.

—¿Y por qué iba a serlo?

—Porque está aterrorizado, y el terror inspira una estupidez desastrosa, y la estupidez es esclavitud. Y usted, George, usted no es un esclavo.

Si alguna vez han estado en el interior de un matadero y han visto a un enorme buey derrumbarse y despatarrarse bajo el golpe del mazo, es una sensación bastante aproximada a lo que yo sentí... tanto por parte del buey como del observador. Estaba flotando fuera de mí mismo. No podía pensar con palabras. No podía asegurar si

respiraba o no, si tenía la lengua aún en la boca, si era el coche o la carretera lo que se movía, o si la noche se movía a través de ambos. Mi campo de conciencia, normalmente estrecho, se había constreñido repentinamente y no abarcaba más que una simple sensación de terror. No el miedo a la muerte profundo e instalado en las células, o el del movimiento estelar y los mecanismos de piedra que rechinan y marcan el tiempo, ni el temor gangrenoso a estar entre los elegidos al azar para ser destruidos al azar, en cualquier momento, sin advertencia alguna. No, era un terror vergonzoso, como si me hubiera perdido en mi propia casa.

Aunque el silencio había sido largo, Lew continuó, como si hubiésemos hecho una simple pausa.

—Pues bien; asumo que no es un esclavo, de la misma forma que asumo que yo tengo alma.

Yo no decía nada. A una persona que conduce a ciento diez millas por hora por una carretera cuya existencia se está cuestionando no debería pedírsele que piense, ni se le debería permitir tampoco.

—Pero —continuó Lew— ya basta de suposiciones; me acusará de eludir la pregunta, cuando en realidad lo que hacía era preparar una respuesta.

Hizo una pausa mientras cambiaba de peso en el asiento, y luego continuó:

—Soy un hombre orgulloso. Es un orgullo basado en mis logros, no en arrogantes suposiciones... o eso me gusta creer. El orgullo es una fuerza poderosa, y al mismo tiempo una peligrosa debilidad. Intento atemperarlo con una humildad sincera. No fanfarroneo. No me regodeo. No aireo mis logros. Simplemente, vendo. En los cincuenta y nueve años transcurridos desde que vendí mi primer vaso de limonada en las bochornosas calles de Sweetwater, he dedicado todo mi ser al dominio de las artes de la venta. He vendido por un valor de más de cuatro mil millones de dólares en productos. He originado millones en ganancias y comisiones. Cuando tenía diecinueve años vendí ciento sesenta y ocho coches usados en Akron, Ohio, durante un periodo de veinticuatro horas... eso supone siete coches por hora, uno cada ocho minutos y medio... aunque, por supuesto, yo no me encargaba del papeleo. Vendí un camión lleno de aspiradoras en Santa Rosa, California, en dos días. Antes de los treinta años me fui a Labrador y vendí neveras a los esquimales. No tenían electricidad y sí mucho hielo, pero tuve la habilidad de ver posibles aplicaciones al producto, cuando otros sólo veían lo absurdo de la empresa: los refrigeradores, al estar aislados, eran como una especie de termo, y les permitían guardar el pescado y evitar que se congelase en aquel clima tan frío, mientras no estuviesen enchufados. Además, si se perforaba y se ventilaba adecuadamente, el refrigerador podía convertirse en un armario muy bueno para ahumar, preservando el calor en una estructura destinada a preservar el frío. Vendí los motores aparte a las Fuerzas Aéreas y usé el dinero para comprar calefactores eléctricos, que vendí a los indios de la

cuenca del Amazonas. Ellos comprendieron perfectamente la belleza intrínseca de las resistencias y sus posibilidades decorativas. Usaban los enchufes también de adorno y para atar cosas. Las placas de metal desmontadas resultaron tener mil y una aplicaciones, como por ejemplo la fabricación de puntas de flecha.

«Cumplí los treinta y los cuarenta y fui viajando por todo el mundo vendiendo todos los artículos que se puedan imaginar, incluyendo canela en Ceilán y té en China, mejorando mis habilidades sin parar, y destilando los principios del oficio. Y esos principios, según descubrí, eran muy sencillos: escuchar bien y decir la verdad.

Abruptamente se inclinó hacia adelante y cogió su maletín. Lo puso en el asiento entre nosotros dos y lo abrió para que yo lo inspeccionara. Estaba repleto de fajos de billetes bien apilados, y los de veinte eran los más pequeños.

—Es mucho dinero —dije, esperando impresionarle con mi capacidad de captar lo obvio.

—Ni siquiera lo cuento ya. Mi contable lleva todo eso. No tengo esposa, ni hijos, ni gustos caros. He averiguado que es mucho más inteligente tener gustos sencillos, y en mi caso, hasta los placeres más sencillos se ven arruinados por la indulgencia. Disfruto el anonimato constante de las habitaciones de motel, la neutralidad de estar siempre de paso. Me regodeo con los estímulos del viaje y del contacto. Todavía me siento atraído por las posibilidades de mi trabajo. Cada vez que llamo a una puerta, la cara que aparece cuando ésta se abre... Pero aparte de mi trabajo necesito muy poco y quiero menos aún. De modo que para mí, el dinero carece relativamente de sentido, ni siquiera como medida. En lugar de tomar decisiones atroces e imposibles sobre a quién beneficiarían más mis excedentes, todo lo invierto en comprar tierra para que se mantenga intacta y sin edificar en diversos fondos de inversiones a perpetuidad.

—Es un vendedor romántico —dije. Aunque creía en el dinero que llevaba en el maletín, no estaba seguro de creer en sus explicaciones.

—¿Romántico? —exclamó él—. Bueno, creo que existe una conexión entre la capacidad y la posibilidad.

—Quizá tenga un corazón romántico y una mente clásica. Yo soy justo lo contrario, creo. Lo llevo fatal. ¿Le molesta mucho?

—Creo que ya he mencionado —dijo él secamente— que mis placeres no pueden soportar la indulgencia.

—Los míos parecen estimularla.

Lew se encogió de hombros.

—Es joven. La cotización aumenta.

—¿Sabe? —le dije—, probablemente es el vendedor ambulante mejor del mundo. Tengo la sensación de que es cierto, ¿sabe lo que quiero decir? Le creo.

—Ah, bueno, quizá... pero ciertamente, no es algo que yo reivindicaría para mí. No lo comprendía.

—Pero está en su tarjeta de visita, ¿no?

Lew dijo, con muchos remilgos:

—Quizá no lo reivindique, pero es un título que acepto.

—¿Así que existe de verdad un cuerpo de jueces, o un comité, o algo parecido?

—Sí, algo parecido.

Estaba muy complacido, habiendo averiguado ya lo suficiente para notarme recuperado funcionalmente.

—Entonces ¿quién dice que es el mejor vendedor del mundo?

—Los dioses.

No, pensé, ¿por qué no aprendes nunca? Lo que conseguí decir fue:

—¿Dioses, en plural?

—Sí. En plural.

—¿Y cómo le dijeron que era el mejor del mundo? ¿Mediante revelación divina? ¿Con una placa?

—Llamaron a mi servicio de llamadas en Nueva York.

—Lew, está intentando quedarse conmigo. Tenga cuidado: mi mente está extremadamente frágil estos días.

—Ya me he dado cuenta. Por eso he tenido tanto cuidado. Pero es la verdad, sin embargo. Los dioses dejaron un mensaje en mi servicio de llamadas... un número, sin nombre. Devolví la llamada. Respondió una mujer, supuse que sería una secretaria por sus modales, y me dijo que esperase un momento. Se oyó un chasquido en la línea, y de repente una voz de hombre muy agresiva me preguntó: «¿Le vendería usted un culo de rata a un ciego diciéndole que es un anillo de diamantes?». No tenía tiempo para pensar, por supuesto, así que respondí guiándome por mis principios: «Sólo si se lo vendiese al precio justo de mercado de rectos de rata, y estuviese plenamente convencido de que el ciego tenía la imaginación suficiente para apreciar el brillo de la piedra».

«Excelente, Lew», replicó la voz. «Volveremos a llamarle». Y se cortó la conexión. De inmediato volví a marcar el número, pero sólo salió una grabación diciéndome que aquel número estaba desconectado.

«Tres días después, de nuevo a través de mi servicio de llamadas, devolví otra llamada a un número sin nombre. Esta vez fue una voz de hombre muy profunda la que me respondió. «¿Sí?», dijo. Le di mi nombre y le conté que estaba devolviendo una llamada».

—¿Kerr? ¿Kerr? —murmuró, y oí roce de papeles—. Ah, sí, aquí lo tenemos. Señor Kerr, somos los dioses. Le consideramos el mejor vendedor ambulante del mundo, y nos gustaría emplear sus talentos.

«Yo pensé que era una broma, por supuesto, así que dije»:

—¿Y si no estoy disponible?

—Entonces, nosotros tampoco —dijo, y lo que más me impresionó fue la amenaza implícita que había en su tono cuando lo dijo... una afirmación indiferente y tajante.

«De modo que le pregunté»:

—¿Y qué es lo que vendería?

«Al cabo de una pausa, respondió»:

—Bueno, en realidad no vendería nada. Devolvería objetos perdidos y recogería los gastos de entrega.

—Pero ¿qué tipo de objetos perdidos?

—Fantasmas —me dijo, con toda la naturalidad el mundo, como si estuviésemos hablando de bombillas o de pañuelos de papel.

«Naturalmente, yo me mostré incrédulo, pero también estaba intrigado por las posibilidades del asunto, de modo que le pregunté:

—¿Y la gente sabrá que le han devuelto sus fantasmas, o que se les habían perdido ya de entrada?

—No —dijo él—, no a menos que se lo diga.

«Y esa información me resultó muy intrigante... Esencialmente, vender un producto invisible a una persona que ni siquiera está segura de haberlo comprado. Tenía más preguntas».

—¿Y si esas personas se niegan a pagar los gastos de entrega?

—Entonces es que no es usted tan buen vendedor. Pero —añadió, justo después de una pausa para dejar que el desafío me fuera interesando— no habríamos solicitado sus talentos si no confiáramos en nuestra elección.

Yo no pude aguantar más y dije:

—¿Y se lo tragó, Lew? Mierda, no es usted el mejor vendedor del mundo... es él. O ellos, mejor dicho. Dígame, ¿adónde envía el dinero?

—Ésa fue exactamente la siguiente pregunta que le hice.

—Bueno —le pinché—, ¿adónde lo manda?

—Eso es lo que me confundió de verdad. Dijo: «Quédese el dinero. A nosotros no nos sirve de nada el dinero. Somos dioses».

—No. Está de broma.

—Sí. Y no estoy de broma. Qué provocativo, ¿verdad? O bien son los dioses, o bien es el producto de una mente humana inusualmente elevada. O mentes, quizá. ¿Puede comprender el esfuerzo y los gastos requeridos para perpetrar una estafa de tal magnitud sin obtener ningún beneficio a cambio de la inversión, excepto tu propia diversión?

La verdad es que tenía razón: era demasiado elaborado para ser una simple broma. Pero me pareció que no habían quedado claros determinados puntos importantes.

—¿De dónde recogía esos supuestos fantasmas perdidos que se suponía que iba a devolver?

—Pues no los recogía —dijo Lew, con benevolencia—, evidentemente, ellos me recogían a mí.

Joder, espero que no se refiera a mí. La idea penetró en mi cerebro descarriado; a mi corazón le habían crecido piernas y se me había subido a la garganta.

Lew debió de notar mi miedo, porque inmediatamente explicó:

—No quiero decir que me recogieran en un coche. Los fantasmas no conducen, al menos que yo sepa. Los fantasmas se encuentran conmigo, supongo, por el camino. Se unen a mí de forma invisible. Ni siquiera sé que están conmigo hasta que oigo decir su nombre, que es el mismo que el de la persona que los ha perdido. Suena algo embrollado. Intentaré ser algo más preciso. Yo devuelvo las llamadas que me hacen a mi servicio telefónico. Normalmente es una voz de mujer, y ella me da una lista de nombres que suelen ser de siete a nueve. Yo transcribo los nombres en mi libretita y luego sigo con mis viajes normales. Sin búsqueda ni intención alguna por mi parte, invariablemente, acabo encontrándome con aquellas personas cuyos nombres están en la lista. A veces me cuesta dos o tres meses acabar la lista; la más breve fue de cinco días para siete nombres. ¿Comprende ahora? Nadie puede soportar los gastos o el egocentrismo necesario para sostener esa ilusión de los dioses. Tendrían que someterme a una vigilancia constante, y ya he contratado a los mejores detectives privados que he encontrado, quienes me han asegurado que no me siguen, ni llevo micrófonos ni ningún tipo de dispositivos de monitorización. Ya ve, quienquiera que sea tendría que contratar a gente para que se tropiece conmigo, gente cuyos nombres estén en la lista que me dan, y eso significa que tendrían que conocer mis movimientos por adelantado... y le aseguro que últimamente he procurado actuar al azar. Mi única conclusión, George, es que se trata de los dioses, quienquiera que sean. Y déjeme que le enseñe una cosa. —Rebuscó un momento y finalmente sacó una libreta pequeña encuadernada en piel, más delgada que una billetera. Buscó en ella rápidamente y entonces se detuvo y volvió la hoja. Luego me la ofreció para que la examinara. Yo bajé un poco la velocidad y eché un vistazo. Señalaba una página con una lista de siete nombres—. ¿Ve? —dijo—. Aquí. El número cuatro. George Gustin.

Durante mucho rato deseé que se me ocurriera algo ingenioso que decir, como por ejemplo: «Lew, quizá esos “dioses” suyos sean simplemente ángeles trastornados», pero últimamente he llegado a creer que mi respuesta tuvo una cierta elocuencia. Miré mi nombre allí en la lista y exclamé:

—¡Aaaaarggggh!

—Eso es lo que siento yo, exactamente —asintió Lew, mirándome fijamente—. Pero lo que me gustaría saber, George, la pregunta que puede responderme con toda sinceridad y confianza es: si no son los dioses, ¿quién le ha pagado para que me haga

esto? ¿Y quién es ese, o esa, o esos que se toman tantísimas molestias para volverme loco?

Anzuelo, hilo, plomo y caña, y carrete también. Era muy bueno. Suspiré.

—¿Cuánto son los gastos de entrega? —¿Por qué resistirse cuando uno ya está atrapado?

—¿Así que niega cualquier conocimiento de lo que está ocurriendo?

—Lew —levanté la mano derecha—, juro que lo que voy a decir es la más total y absoluta y honrada verdad que jamás he pronunciado en toda mi vida: no tengo ni la más mínima idea de qué va todo esto. En absoluto. Ni pizca.

—Bien, George, eso hace que nosotros dos estemos en virtual unanimidad ante esta coyuntura particular de tiempo y espacio.

—No lo creo —discrepé afablemente—. Uno de nosotros es un excelente vendedor; el otro, una especie de alma perdida. El gran vendedor no sólo es grande, sino que es el mejor del mundo, tan extraordinario que él solo es capaz de inventarse desafíos para sí mismo, porque sabe que si deja de explorar y extender sus talentos, de pulir su brillo, no tendrá nada que justifique su orgullo. Pero ése es su problema. El problema de las almas perdidas es la confusión total, y no ayuda nada que busquen de forma romántica la verdad, la belleza, el amor, la esperanza, la confianza, el honor, la fe, la justicia y todas esas grandes abstracciones brillantes que su espíritu malogra constantemente... o al menos eso creen secretamente. Además, el alma en cuestión sufre de agotamiento, dolor en el sexo y abuso de drogas. El vendedor, como es un observador agudo, nota todo esto, pero como no tiene artículo alguno que vender en una situación de enorme potencial de venta, se las ingenia con gran brillantez para vender eso precisamente: nada. Cosa que procede a hacer, de una manera impecable, después de un ejercicio de prestidigitación en la oscuridad. Tanto la concepción como la ejecución son, de hecho, tan impecables que el alma perdida ve con toda claridad que no tiene otra elección que comprar su fantasma, al que ni ve ni siente, porque aunque está convencido de que es una patraña, él, al estar perdido y ser romántico y estar normalmente muy hecho polvo, no puede arriesgar ni la menor posibilidad de que sea verdad. Y si es verdad, si los dioses creen que es importante devolver los fantasmas perdidos, aunque él no recuerda haber tenido uno ni haberlo perdido, sería un idiota por no aceptar la entrega y pagar los gastos. Así que: bravo, señor Kerr. Es usted, verdaderamente, el mejor vendedor ambulante del mundo. ¿Cuánto le debo?

—Es bonito, ¿verdad, George? Y por eso estoy empezando a creer que realmente son los dioses: hay tantas posibilidades de incredulidad, tantas cosas que no se pueden probar. Es perfecto.

—¿Y el precio de esa perfección? —le recordé agriamente.

—George —sonaba apenado—, si los dioses no cobran una tasa por devolverle su fantasma, ¿cómo podría yo pedir cantidad alguna aparte del privilegio de

entregárselo? —Dio unos golpecitos al maletín de cuero—. Ciertamente, no necesito el dinero.

—Puede permitirse hacerlo por diversión.

—Podría creerme, George, aunque no estoy seguro de creerlo yo mismo. La confianza, ¿recuerda? Sigue sin entenderlo, de modo que no me extraña que esté confundido.

—¿Me está diciendo que no me cuesta nada? ¿Que me devuelve mi fantasma perdido por nada?

—No exactamente por nada. Los dioses no necesitan dinero, y yo personalmente no cobro comisión, pero sí que hay una tasa por la transacción, una especie de tasa simbólica por el intercambio térmico... yo lo llamo un donativo para cubrir los gastos de la entrega cósmica. Es un dólar y noventa y ocho. Simbólico, como ya he dicho, pero los dioses insisten.

—¿Y qué ocurre si yo sencillamente me niego a pagar sin más ni más? ¿Se vuelve a llevar mi fantasma?

—No lo sé. Nadie se ha negado nunca.

—¿Y quién recoge el dinero?

—Lo he incluido en mis compras de tierras. Por ahora he recogido ciento cincuenta dólares y cuarenta y ocho céntimos. Los dioses dicen que no les importa lo que haga con eso, mientras lo recoja. Esta cifra obviamente es caprichosa, los dioses no lo han dicho, pero supongo que es como un recordatorio simbólico de que hay cosas que están más allá de las consideraciones normales de precio y valor.

—¿Y aceptarían un pago simbólico?

Lew inclinó la cabeza.

—No lo sé. Nunca ha surgido el tema. Pero hablando como ignorante agente suyo que soy, no veo por qué no.

Sin bajar la velocidad busqué en el asiento trasero y cogí mi chaqueta de segunda mano del Ejército de Salvación. Se la arrojé.

—Un pago simbólico para mantenerle caliente en un universo cada vez más frío. Voy a dejarle aquí porque mi cerebro está a punto de estallar y quiero morir en paz.

—Lo comprendo —dijo Lew, mientras se ponía la chaqueta—. Es interesante, ¿sabe? Invariablemente, cuando devuelvo un fantasma, la persona de repente quiere estar sola.

—O con su fantasma. Una especie de segunda luna de miel.

Lew me miró muy serio.

—Yo desconfiaría muchísimo de la ironía, George. Acaba por destruir lo que es incapaz de transformar.

—¿Cómo va a preocuparme la ironía, si ni siquiera sabía que había perdido mi fantasma?

—Eso es verdad —dijo Lew, abrochándose la chaqueta.

—No sabrá dónde perdí mi fantasma, ¿verdad? ¿O cuándo? ¿O cómo? ¿O por qué?

Lew recogió su maletín.

—Pues no, no lo sé.

—¿Y qué dicen los dioses de esos fantasmas perdidos?

—Nada.

—¿Les ha sonsacado?

—Claro. Yo también soy un hombre curioso.

Incliné la cabeza.

—Bueno, y ¿qué dijeron cuando insistió?

—Me dijeron que no me preocupara por eso. Los dioses no parecen muy dispuestos a la charla intrascendente. Simplemente, me dan una lista de nombres. Es todo muy frío, muy distante.

—¿Y está seguro de que son dioses, en plural?

—Positivo. No cometería un error en algo así.

—El último tipo al que llevé en el coche era el pastor de la Iglesia Luminosa del Rock y el Gospel de la Sagrada Liberación. El Señor le hablaba. Un solo dios. Monoteísmo, ¿vale? Y usted me habla de los dioses. Al menos, más de uno. Voces que salen de la nada, y en un torbellino, y por teléfono... evidentemente, los espíritus andan por ahí parloteando. No es que yo los haya oído personalmente. A mí no me han dicho una mierda. Bueno, quizá un susurro o dos, pero nada de lo que pueda estar seguro.

—¿Sabe lo que me da más miedo? —dijo Lew—. Me da miedo hablar con los dioses por teléfono un día de estos y escribir nombres de fantasmas perdidos para devolver y que mi nombre esté en la lista.

—Pues ponga uno noventa y ocho en el bote, como todo el mundo.

—Supongo que sí —dijo, intranquilo—, pero no creo que para mí fuese tan sencillo. Dicen que la única marca que no se puede borrar es la que nos queda dentro. Probablemente yo intentaría vendérselo de nuevo a ellos.

—Y probablemente se lo comprarían. —Aminoré la marcha para que saliera—. Siento mucho dejarle así. No sé lo que está pasando, pero supongo que debería darle gracias por su ayuda para que esto siga adelante.

—Ha sido un placer —dijo Lew—. Ya sé que no me hará caso, pero, George, no debería seguir mucho tiempo sin descansar un poco. No está bien.

—Tres horas más y estaré metido en un baño caliente. —Me detuve en el arcén—. Estoy tentado de secuestrarle para tener compañía y consejo, pero tengo que estar solo para pensar un rato, para decidir cosas.

—Tome buenas decisiones —me aconsejó el mejor vendedor ambulante del

mundo mientras me saludaba con la mano como despedida.

Volví al asfalto y le vi a lo lejos por el retrovisor, cruzando a la carrera hacia los carriles del sur de la autopista y sacando el dedo para que le devolvieran al lugar de donde había venido. Algo más en lo que pensar.

Pero no recuerdo haber pensado en eso ni en ninguna otra cosa en el camino hasta Des Moines. Ni siquiera recuerdo el trayecto. La única prueba real que tengo de haberlo hecho es que me desperté en un motel de Des Moines a la mañana siguiente. Entre el momento en que dejé a Lewis Kerr y el del despertar había un agujero. Han quedado unos pocos fragmentos adheridos, y si éstos fueron los puntos más importantes, entiendo que todo lo demás haya quedado olvidado. Quizá mi recuerdo más intenso sea una sensación de rabia y de frustración por haber sido expulsado del Paraíso. Recuerdo una enorme figura verde que parecía hacerme señas. Recuerdo haber dado dinero a un joven cetrino con una nuez prominente que parecía un aprendiz de embalsamador, pero llevaba una americana cruzada de un color verde intenso. Había una brizna de placer, el inmenso alivio que sentí al meterme en un baño humeante, pero el siguiente recuerdo que tengo es de despertarme chillando en un agua helada y grasienta, aterrorizado por si había ahogado a mi fantasma. Recuerdo haber salido de la bañera agarrándome como podía y salpicando por todas partes, el linóleo helado, y, con mucha mayor intensidad, la amargor explosiva en la boca mientras me acercaba a cuatro patas al lavabo a vomitar. Recuerdo haber pasado junto al radiador de la pared, mientras me arrastraba hacia la cama, y pararme a subir la temperatura al máximo para no morir de frío. Todavía chorreando, me subí a la cama como pude y me metí debajo de las mantas. El último jirón de recuerdo de esa noche es tan débil que seguramente fue un sueño: unos temblores incontrolables que me provocaban convulsiones; rezar para que cesaran antes de que mi esqueleto se rompiera en mil pedazos, suplicar misericordia a todos los dioses que podía recordar, desde Alá a Zeus. Y después, nada.

Los recuerdos no volvieron con suavidad. Me desperté a la mañana siguiente con una conmoción de infarto, como si me pincharan con un agujijón para reses trucado. ¡El teléfono!, chillaba mi cerebro. Mesilla de noche. A la derecha. Lo vi. Un teléfono de plástico verde y amarillo que parecía una mazorca de maíz.

—¡No, por favor! —farfullé, mientras volvía a sonar. Me acerqué a cogerlo y se calló cuando se me encendió una luz de alarma en el cerebro: ¿quién sabe que estás aquí?, ¿quién sabe que estás aquí?, y el chorro de adrenalina despertó de golpe mi mente. Funcionaba aún de manera desigual, pero funcionaba. El teléfono volvió a sonar. «Nadie sabe que estoy aquí, esté donde esté». El teléfono volvió a sonar. Quizá fueran los dioses, que me devolvían la llamada. Volvió a sonar. Quien inventó el timbre del teléfono se merecía que le perforasen el cerebro con un taladro embotado hasta que sólo quedase una telaraña de hueso. Cogí el receptor, me lo llevé al oído,

pero no dije nada.

—¡Buenos días! —dijo alegremente una grabación muy rayada de una pizpireta voz femenina—. Ésta es su llamada despertador, tal y como usted la pidió. —No recordaba haberla pedido, pero no recordaba gran cosa, en general. Me relajé mientras la voz continuaba—: Gracias por alojarse en el motel Alegre Gigante Verde. Si tiene hambre, le sugerimos el Paraíso de las Tortitas, situado junto al motel. Y por favor, tenga usted en cuenta que irregularidades frecuentes en los intestinos o la presencia de sangre en las heces son signos de advertencia de cáncer rectal, y que debe acudir de inmediato al médico. Estamos encantados de servirle. Esperamos que disfrute su estancia. Si va a viajar hoy, que tenga un viaje muy seguro, y vuelva a vernos si viene de nuevo por aquí.

¿Cáncer rectal? ¿Sangre? ¿Heces? Mi cerebro negaba todo aquello. Seguía con el teléfono pegado al oído.

—¡Buenos días! —empezó ella de nuevo, y yo escuché atentamente hasta que dijo «signos de cáncer rectal», y colgué con decisión. La habitación estaba invadida por una humedad rancia. Yo sudaba y temblaba. Parecía que había estado retozando con un montón de sirenas en aquella cama toda la noche. Me sentía simultáneamente embotado y crispado por un nerviosismo desenfocado. Los músculos de mi cuerpo temblaban al azar. No me encontraba bien. De hecho, objetivamente, me encontraba fatal. Subjetivamente, sin embargo, lo único que necesitaba era una docena de pastillas de speed. Si no, iba a convertirme en un coágulo de algas.

El speed estaba... ¿dónde? El bote. El bote de speed. Ahora recordaba algo. Debajo del asiento del coche, claro. ¿El coche? ¿Y dónde estaba el coche? ¿Dónde estaría aparcado? ¿Las llaves? ¿Los pantalones? Pensar y estar ansioso al mismo tiempo es algo extremadamente difícil, sobre todo cuando uno se ve entorpecido por una pérdida de la memoria reciente.

Si crees que salí con el culo al aire de la habitación, con las llaves en la mano sudorosa, y eché a correr hacia el parking en busca de algo grande y blanco con unas aletas muy finas, con las luces traseras en forma de bala y un botecito de anfetaminas debajo del asiento, es que te habrás olvidado, como yo había olvidado hasta aquel momento, mi propósito al sujetarme a mí mismo al cansancio, la amnesia, la ausencia de drogas, los peligros de la carretera y el cáncer rectal en las llamadas despertador. Era el día de la entrega, la llegada, el punto de finalización, y casi me olvido, maldita sea.

—Eres una mierda patética —dije en voz alta—. Debería ser algo importante, un asunto muy serio de amor, música y espíritu. Pero primero debes conseguir ese speed. No te quedes aquí haciéndote una paja con toda esa mierda del regalo de amor y no sé qué más. O vas a por el speed o te pones serio.

Y me puse serio. No era por los sentimientos que me provocaba, porque me sentía

como un cascarrabias y un gruñón, pero cuando san Jorge venía al galope con su etéreo caballo blanco, yo me rendía a lo que quería ser, en lugar de a lo que era.

Siguiendo las órdenes de san Jorge, me dirigí hacia el cuarto de baño. El agua que todavía llenaba la bañera estaba resbalosa y llena de grasa grisácea y congelada, pero era como un lago de ensueño lleno de nenúfares comparada con el lavabo, porque yo, de forma comprensible aunque desgraciada, no había abierto el grifo después de vomitar.

—Mírate bien en el espejo —me ordenó san Jorge. Yo obedecí. No era tan malo como el lavabo, pero si la sangre que tenía en los ojos la hubiese visto en mis heces, ya estaría buscando en las Páginas Amarillas en la M de Médicos.

—A esto has llegado —dijo con desdén san Jorge—. Pero no tienes que vivir así toda la vida. No tienes por qué morir con manchas de meado en la ropa interior en un motel roñoso apestando a desinfectante, y llevar en brazos tus sueños rotos como un amante fantasmal que no conseguiste acariciar. Este baño es la mismísima imagen de tu alma. Límpialo.

Limpié el baño hasta que quedó resplandeciente, y luego empecé conmigo mismo. Primero una ducha caliente, luego una fría, seguida por un afeitado y luego un cambio de ropas. Que la bolsa con la ropa y mi equipo de afeitado estuvieran en la habitación era prueba de que al menos conservaba algunas funciones mentales la noche anterior.

Aunque intentaba disimular y tomármelo a broma, me sentía muy perturbado por el tiempo que me faltaba. Mi último recuerdo coherente era de Lew Kerr vendiéndome mi fantasma, y eso apenas resultaba un consuelo. Esperaba que mi fantasma no fuera tan hijo de puta como yo.

—Tienes que apañártelas con lo que hay —me reprochó san Jorge, con su formidable caballo blanco impaciente por entrar en combate—. Ve a comer, y luego ya veremos.

Cuando te estás fustigando a ti mismo sin parar, existe una cierta tendencia a ampliar más el dolor. Me empeñé en devolver la llave a la recepción en lugar de dejarla en la habitación, esperando que el joven cetrino estuviese de servicio; unos cuantos azotes harían que mi sangre circulase mejor. Me sentí desilusionado al ver a una joven con la cara pecosa de veintitantos años en la recepción, y ése era un síntoma de mi estado de ánimo sombrío. Ella era muy agradable y regordeta, con la nariz muy graciosa y los ojos de color avellana y brillantes, y llevaba más maquillaje del necesario: era como la lechosa hija del granjero de los sueños más húmedos de un vendedor ambulante. Me sentí desconcertado por el resplandor de su salud, pero cualquier inclinación a ahorrarme el fustigamiento desapareció cuando me saludó alegremente.

—Buenos días, doctor Gass. —Era la misma vocecilla pizpireta que había oído en

la grabación del teléfono.

—No, gran error. —Dejé con fuerza la llave en el mostrador—. Habría sido un día mucho más soportable si no lo hubiera mancillado el ano maligno de su llamada despertador.

El peso de su sonrisa al derrumbarse casi le hizo inclinar la cabeza. Me sentía como si le hubiera dado una patada a un cachorro.

—Me gustan las palabras —le dije—. Leo el diccionario a la hora de desayunar. Me enorgullezco secretamente de mi habilidad para expresarme en todo tipo de situaciones, y en compañías que abarcan desde granujas a poetas. Quizá sea porque he pasado la gripe esta semana, pero no puedo ni siquiera empezar a expresar mi disgusto por la increíble falta de gusto de incluir las señales de advertencia del cáncer rectal en una llamada despertador.

Ella levantó el rostro con las lágrimas a punto de caer de sus ojos.

—Pruebe «repugnante». O «asqueroso». «Un grosero y desconsiderado insulto a la sensibilidad humana y a la esperanza de un nuevo día». Ése ha sido el mejor hasta ahora. «Vomitivo» y «desagradable» son los más corrientes. —Hizo una pausa para secarse las lágrimas que desbordaban—. Tengo diez quejas cada mañana. —Sorbió por la nariz e intentó sonreír.

No me conmoví.

—Si tiene quejas cada mañana —dije, heladamente—, ¿por qué insiste en incluir eso? ¿Por qué no lo elimina?

—Yo quiero hacerlo —se quejó ella—. Pero el señor Hildebrand no me deja.

—¿Quién es el señor Hildebrand? —Iba a pagar doblemente, por mi dolor y por el de ella.

—Es el propietario.

—¿Está aquí?

Ella meneó la cabeza.

—Perdóneme un momento, señor. —Fue a una habitación adjunta, fuera de la vista. Oí que se sonaba la nariz.

Yo esperaba como una morena al acecho cuando ella volvió.

—¿Volverá pronto el señor Hildebrand?

—No hasta esta noche. —Su voz sonaba un poco tensa y jadeante, pero firme.

—¿Tiene el número de teléfono de su casa? No veo ningún sentido a quejarme a usted cuando lo hace sólo porque él insiste.

—Está en el hospital la mayor parte del día.

—Un hospital mental, supongo. —La letra con sangre entra. Demasiado ciego para ver.

—Ah, no, claro que no. Su esposa se está muriendo de cáncer. De cáncer rectal. ¿No lo ve? Es por eso. Harriet, su esposa, sabía que algo iba mal, pero le daba

vergüenza ir al médico o incluso contárselo al señor Hildebrand, hasta que fue demasiado tarde. Es muy triste. Avergonzarse por una cosa como ésa. Llevaban casados veintinueve años.

—¿Y se aman el uno al otro? —Era una pregunta ridícula, pero mucho menos ridícula de lo que yo me sentía.

Ella pareció sentirse perpleja ante aquella pregunta.

—Supongo que sí. Veintinueve años son muchos años, y él pasa todo el tiempo que puede con ella en el hospital.

No se me ocurría nada que decir, fuera ridículo o no, de modo que afirmé con la cabeza, como si comprendiera.

Ella continuó.

—Durante un tiempo le comenté lo de las quejas, pero no quería ni oír hablar de ello. Decía que la gente tenía que enfrentarse a la realidad. Que había que reforzarles, o si no la ignoraban.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿por qué hace que lo diga usted? ¿Por qué hacer que sea usted quien sufra las consecuencias?

—Bueno, a decir verdad —un asomo de sonrisa—, el señor Hildebrand tiene una voz muy chillona, y queda mucho peor en la cinta. Y todos los días, durante las seis últimas semanas, ha estado en el hospital, con su esposa... ya sufre demasiado sin atender las quejas. Así que trato de solucionarlo yo y no molestarle.

—¿Cómo se llama?

—Carol.

—Carol, tiene un corazón de oro.

—Es muy amable por su parte decir eso. —Sus ojos brillaban llenos de lágrimas. Ella encogió los hombros un poquito, se secó los ojos con un pañuelito arrugado que llevaba en la mano y luego esbozó una sonrisa tímida.

—¿Puede prestarme un lápiz y un papel? Quiero dejarle una nota al señor Hildebrand.

—Claro. —Ella se alegraba de poder hacer algo además de contener las lágrimas delante de un desconocido.

Le expliqué:

—Voy a sugerirle al señor Hildebrand que en lugar de meter a la fuerza la realidad en la llamada despertador, haga que todas las señales de advertencia del cáncer se impriman en un papel y los coloque en las habitaciones como señal para la Biblia... diagnóstico y consuelo al mismo tiempo. Que lo ponga justo en el Libro de Job.

Carol, indecisa, me pasó un bolígrafo y una hoja de papel de un verde claro en el mostrador. No comprendí sus dudas hasta que dijo:

—Pero, doctor Gass, nosotros no ponemos biblias en las habitaciones. El señor

Hildebrand no lo permite. Dice que es impertinente... que no todo el mundo es cristiano.

—Pero no es impertinente despertar a los clientes, sean cuales sean sus preferencias religiosas, con descripciones gráficas de los síntomas del cáncer rectal, ¿no? —Sentía como si me estuviera desintegrando.

—Supongo que el señor Hildebrand no lo cree así. —Observé una frialdad nueva y evasiva en su tono. Se estaba cansando de discutir conmigo.

Cogí el bolígrafo y empecé rápidamente: «Querido señor Hildebrand»... pero no se me ocurrió qué decir. Llevaba la última hora intentando sobrellevar aquella combinación de odio a mí mismo y falso poder que acompaña al fervor de la renovación, la rectitud liberada por la convicción reciente, pero todo aquello se estaba desvaneciendo con rapidez. El bolígrafo me temblaba en la mano, y lo dejé.

—No sé qué demonios decir —le confesé a Carol—. No puedo ni pensar con esta maldita gripe. —De repente quería enterrar la cara en su pecho y llorar.

—Ralph, que es el encargado nocturno, decía que parecía que usted no se encontraba bien.

—Era un zombi.

—Bueno, espero que se encuentre mejor, doctor Gass. Y espero que no nos eche en cara lo de la llamada despertador. —Era una imitación razonable de su ser pizpireto, pero no el auténtico. Ella se había echado atrás.

Yo también.

—Gracias. Espero encontrarme mejor. Y ya comprendo cómo sabe mi nombre... el encargado nocturno se lo ha dicho.

—Ralph estaba preocupado. Decía que si se quedaba más tiempo de la hora de salida, que fuera a ver qué pasaba... suena mal, es como si fuera por el dinero, pero en realidad era para comprobar que se encontraba bien.

—¿Y qué le dijo? «¿Parece un tío con el que puedo practicar mis artes de embalsamador?».

Carol soltó una risita.

—No, sólo dijo que parecía enfermo y cansado. Y que llevaba un sombrero muy llamativo.

—¿Le gustó el sombrero? —Le di un toquecito al ala estrecha.

—Decía que usted le preguntó si «comprendía» su sombrero.

—Bueno, estaba muy enfermo anoche. La fiebre estaba en su punto álgido. Supongo que decía tonterías. A decir verdad, ni siquiera recuerdo haber hablado con él.

—Doctor Gass, ¿lleva usted realmente ese sombrero para que los dioses le puedan identificar con mayor facilidad?

—¿Yo dije eso?

—Eso es lo que dijo Ralph que usted le había contado. No creo que Ralph se diese cuenta de lo enfermo que estaba usted. Pensaba que podía ser un chiflado, quizá.

—Entiendo que lo pensara. —Me reí, nervioso—. Ir por ahí diciendo esas cosas. O quizá lo que pasa es que Ralph no cree personalmente que los dioses nos vigilan. Y posiblemente tenga razón.

—Oh —dijo Carol. Ahora ambos estábamos nerviosos—. ¿Le importa que le pregunte qué tipo de doctor es usted? Ralph no creía que fuese médico, pero decía que sí podía ser un profesor.

—No, los dos estaban equivocados... aunque andaban cerca. Soy doctor en Teología. Llevo a cabo un trabajo misionero para la Iglesia Luminosa del Rock y el Gospel de la Sagrada Liberación.

—Por aquí casi todo el mundo es metodista —dijo Carol.

—Es una iglesia nueva —expliqué—, con gran énfasis eclesiástico en el papel del Espíritu Santo manifestado en el amor y en la música. Cosa que me recuerda que debo seguir mi camino de predicación. Ha sido un placer conocerla, Carol. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse de nuevo. Buenos días. —Ya salía por la puerta, pensando que había manejado las explicaciones y mi salida con dignidad y aplomo.

Fuera, en el aparcamiento, la dignidad y el aplomo se desvanecieron rápidamente: no encontraba el Eldorado. Toqué las llaves en mi bolsillo. Lo único que me faltaba era el coche. Di la vuelta por detrás. No había ningún Caddy. Di la vuelta al motel entero, temblando de frío y a punto de sufrir un colapso. Nada. Tan desaparecido como mis recuerdos de dónde podía haberlo aparcado.

Intentando dominar el pánico, volví a la recepción. Carol pareció sobresaltada al verme.

—No localizo mi coche, al parecer —dije, y mi intento de sonrisa más bien parecía una mueca.

Ella se llevó la mano a la boca.

—Oh, lo siento. Tenía que recordárselo... Ralph me lo pidió... pero luego me he distraído hablando y... lo siento de verdad. Está aparcado delante del restaurante... el restaurante de tortitas que tenemos justo al lado. —Señaló hacia allí, esperanzada.

—No recuerdo haberlo aparcado allí —dije, penosamente consciente en cuanto las débiles palabras salieron de mi boca de que era obvio.

—Bueno, según Ralph, estaba usted muy preocupado.

—¿Dije por qué? —No estaba seguro de querer saberlo.

—Porque las letras de neón eran del mismo color que su sombrero —dijo Carol. No tenía que haberlo preguntado.

—La fiebre. —Meneé la cabeza, tristemente—. Debía de estar delirando.

—No sé, pero Ralph dijo que casi llamó a la policía.

—¿Sí?

—Usted amenazaba con echar abajo la señal con las manos desnudas.

—¿Eso hice? Pero si me gusta ese color...

—Pero no era el Paraíso.

—¿El qué no era? —pregunté. Necesitaba speed para seguir aquella conversación.

Carol respingó al oír mi tono.

—Yo sólo sé lo que me dijo Ralph.

—¿Y qué fue? —insistí.

—Usted estaba preocupado porque la casa de tortitas no era el Paraíso. La señal decía que lo era, pero no lo era. Y si no lo era, usted decía que no debían usar un color honrado como el de su sombrero para un letrero falso.

—Parece que tiene una cierta lógica. Me habría gustado estar allí.

—Es muy raro. —Carol hizo una mueca, con una pizca de guasa en sus ojos color avellana—. Yo siempre había pensado que el Paraíso de las Tortitas era un nombre verdaderamente tonto. Es propiedad del antiguo socio del señor Hildebrand, el señor Granger. Compraron el hotel y el restaurante juntos, pero no se llevaban bien, sobre todo porque el señor Granger es un gilipollas... de modo que se separaron. El restaurante no va tan bien, ahora que lo lleva el señor Granger. Nunca está. Siempre viene por aquí y me pide que salga con él y que vaya con él a tomar algo, y está casado.

—¿Y hacen buenas tortitas allí?

—Uf. —Ella soltó una risita.

Me gustaba su risita.

—Bueno, si no es el Paraíso y sirven una comida uf uf y el señor Granger es un gilipollas adúltero, ¿por qué no vamos usted y yo allí y arrancamos el letrero ahora mismo? Demos un buen golpe por la verdad, la justicia, la belleza y la buena comida. Y luego, en cuanto yo me ocupe de un pequeño asunto, huyamos a Brasil.

Ella no se sentía ni impresionada ni ofendida. Se limitó a mirarme y meneó la cabeza.

—No puede decir que no.

—Doctor Gass, tengo que decir que no.

—No tiene por qué.

—Yo trabajo aquí. Vivo aquí. No le conozco.

Perdí el ímpetu ante aquella andanada triple de lógica.

—Tiene razón. Debe decir que no, supongo, y yo tengo que preguntarme por qué y preguntárselo. Y se lo digo respetuosamente, como un cumplido. Quizá en el futuro, bajo la influencia de circunstancias distintas, de signos diferentes... —Las

salidas airoas se estaban convirtiendo en una especialidad mía.

—No lo haga —me advirtió Carol—. Llamarán a la policía esta vez, seguro, y le meterán en la cárcel.

—¿El letrero del Paraíso? —Agité la mano, desechando la idea—. Estoy demasiado débil para hacerlo sin ayuda. Pero no pretendía hacerlo, de todos modos. No soy tan tonto. O tan listo, quizá. Además, hoy ya estaré ocupado haciendo muchas tonterías, y aunque me resulta muy difícil apartarme de su cautivadora compañía, será mejor que me ponga en marcha. Dígale adiós a su rechazado pretendiente que va a adentrarse en el desierto.

Ella meneó la cabeza.

—Es verdad que es usted un chiflado...

Nada más poner un pie fuera de la oficina vi las luces traseras del Cadillac en forma de bala sobresaliendo entre dos camionetas. Decidí que la mejor táctica era caminar hacia allí despreocupadamente, subirme y salir corriendo. Todo con una rapidez absoluta. Podía haber mucha animosidad suelta por allí. Estaba a mitad de camino hacia el Caddy cuando oí la voz angelical de Carol como una campanilla que cortaba el aire frío:

—¡Que le vaya bien!

Me volví e hice bocina con ambas manos:

—¡Nunca dejaré de amarte!

Aquello hizo que se metiera a toda prisa de nuevo en la oficina. Había olvidado por un momento que ella trabajaba allí, vivía allí y tenía que decir que no. Y lo dijo.

El Cadillac, gracias a mi sistema nervioso autónomo, estaba bien cerrado. Abrí la portezuela del conductor y me introduje en el asiento, volviendo a cerrar de inmediato. Me pareció que había muchas caras mirando por las ventanas del Paraíso de las Tortitas. Me encogí en el helado asiento delantero; no es de extrañar que la crema para las hemorroides, las píldoras Doan para el dolor de espalda y las anfetaminas sean las mejores amigas del camionero. No tendría que haber pensado en anfetaminas, pero en lugar de palpar debajo del asiento delantero, me incliné hacia adelante y puse la llave en el contacto. El motor empezó a crepitar lentamente, sin la gasolina suficiente debido al frío, pero poco a poco ésta fue entrando, de forma entrecortada al principio, y luego se calentó y empezó a ronronear.

Estaba tan concentrado en los sonidos del motor que me costó un momento darme cuenta de que justo al lado de mi portezuela había dos hombres enormes vestidos de forma idéntica con unos pantalones de peto azules y camisetas blancas. Parecían gemelos, pero el que estaba detrás tenía una sonrisa atontada y distraída y una mirada distante en los ojos de un azul claro, mientras que el que daba unos golpecitos en mi ventanilla con unos nudillos del tamaño de nueces sin cascar miraba con mucha atención y no sonreía nada. Supuse que juntos podían arrancar la puerta del Caddy

antes de que yo fuera capaz de meter la marcha atrás y salir corriendo, de modo que abrí la ventanilla un par de centímetros y dije, amablemente:

—Buenos días, caballeros.

El que me miraba fijamente y no sonreía no creía en cortesías ni bobadas por el estilo.

—¿Por qué estabas ahí en el aparcamiento gritando?

—Por amor —dije, cambiando a marcha atrás.

Él se enderezó un poco y sonrió ampliamente.

—Ajá —murmuró—. Eso del amor es un rollo, ¿no?

—Me alegro de ver que eres un hombre inteligente —le dije, alegrándome de verdad. Me encantaba verle sonreír.

Señaló su propio pecho macizo.

—Soy Harvey. —Señaló hacia el otro joven gigantón—. Ése es Bubba. Es mi hermano.

—Yo me llamo George —dije, saludando a Harvey, y luego alcé la voz para que me oyera su hermano—. Hola, Bubba. Soy George. Me alegro de conocerte.

Bubba desvió la cabeza ligeramente para mirarme, un movimiento que despertó en mí la intranquilizadora sensación de que alguien a quien no veía lo manejaba por control remoto. Su boca empezó a moverse en busca de palabras, un trabajo que no consiguió cambiar su expresión feliz y ausente.

—¿Qué ocurre, Bubba? —le animé.

—Bubba *guta* follar —anunció.

—A todos, es verdad. Pero el amor es un rollo, Bubba. Ya has oído a tu hermano Harvey.

—Buscamos una casa de putas —me confió Harvey—. Le prometí a Bubba que conseguiríamos unos chochitos cuando estuviera cogida la cosecha. La que visitamos el año pasado, y el anterior, está cerrada. ¿Sabe dónde hay una por aquí?

Les examiné cuidadosamente, y luego bajé la voz.

—Una casa de putas no, pero sé dónde podéis encontrar un par de fulanas estupendas que os harán gozar tanto que pediréis socorro.

—Dímelo despacio para poder acordarme —dijo Harvey.

Señalé hacia la puerta del Paraíso de las Tortitas.

—Ahí dentro.

Harvey sacudió la cabeza negativamente.

—Ya he estado ahí dentro. No he visto ninguna puta, sólo unas camareras.

—Pues claro, Harvey. Las putas no están ahí, pero su chulo sí que está. Se llama Granger. Granger. Es el dueño de ese sitio. Tenéis que hablar con él. Con el señor Granger. Fingirá que no sabe de qué le estáis hablando, y os dirá que os vayáis y se pondrá como loco (eso mismo me hizo a mí, al principio), pero entonces lo que tenéis

que hacer es decirle que vais a salir aquí, al aparcamiento, y que tú y Bubba vais a arrancar la mierda de cartel este del Paraíso si no os lleva inmediatamente con Mandy y Ramona.

—Mandy y Ramona —repitió Harvey.

—Os las recomiendo. A lo mejor vosotros queréis unas chicas más grandotas para daros unos revolcones, pero fijaos, yo estuve la noche pasada con Mandy y Ramona y mirad cómo estoy.

Harvey se acercó al cristal y me echó una larga mirada.

—¡Uaaaaa! —aplaudió, sonriendo.

—Pues veréis: Mandy y Ramona miden sólo metro cincuenta y tantos, pero Mandy tiene un culo muy respingón, y Ramona puede hacer levantar hasta a un muerto. Y las dos tienen grandes grandes las cosas que importan, ¿me entiendes?

—Claro.

—Sí, Harvey, y además tienen el corazón más grande capaz del amor más desinteresado por los hombres afortunados que van con ellas. Si consigues a esas chicas, ganas seguro.

Harvey parecía sorprendido, pero encantado también.

Bubba se unió a la conversación.

—Bubba *guta* follar.

—Muy bien —dijo Harvey, sonriendo a su hermano mientras se incorporaba—, pues vamos a ver a ese señor Granger.

—Espera, espera —le avisé—. Es posible que el señor Granger no esté ahí. Si no está, que os den la dirección de su casa. Decidle a quien esté dentro que queréis venderle al señor Granger un poco de harina de alforfón. Pero tenéis que ser muy, muy educados con todo el mundo. Nadie sabe que el señor Granger lleva el negocio más bestia de fulanas de todo el condado. Y recordad: a él no le gusta tratar con extraños, de modo que probablemente tendréis que amenazarle con arrancar el letrero del Paraíso... mierda, yo tuve que empezar a menearlo de verdad hasta que conseguí que trajera a las chicas. Y tenéis que decirle también que si se le ocurre llamar a la policía, lo meteréis en la cosechadora y lo haréis pedacitos para forraje.

—Pero ¡eso sería asesinato! —Harvey estaba conmocionado.

—¡Por el amor de Dios, no, no tienes que hacerlo! Sólo amenazarlo. Pero el letrero, claro, sí que lo puedes arrancar. Es que a los chulos hay que enseñarles un poco los músculos, porque si no, no te hacen caso. A mí personalmente no me gusta nada hacer daño a la gente.

—A mí tampoco —dijo Harvey—. Voy a la iglesia todos los domingos. A Bubba no le gusta mucho la iglesia.

—Sí, pero le gusta follar, y eso está muy bien.

—Vamos, Harv —lloriqueó Bubba, tirando de la manga de su hermano.

—Y otra cosa —dije, mientras metía el embrague—, tenéis que alejaros del motel ese de ahí. Está repleto de policías camuflados. Os meterían en la cárcel antes de que os dierais cuenta. —El embrague agarró y empecé a moverme—. Chicos, que os lo paséis muy bien. Dadles recuerdos a Mandy y Ramona.

Los dos me saludaron muy agradecidos mientras salía.

Azuzar a Harvey y Bubba contra Granger y su falso Paraíso era una mala acción, peligrosa y estúpida, pero no carecía de ingenio, y existía también la interesante posibilidad de hacer justicia. Además, me sentía tan podrido que quería que se extendiese la podredumbre. La privación de la benzedrina no conduce precisamente a unos juicios morales exquisitos, sobre todo cuando uno tiene un bote muy cerca, a mano, en el suelo, con un montoncito de diminutos prisioneros blancos dentro con una cruz marcada, todos aporreando el cristal y chillando: «¡George, por favor, sálvame! ¡Trágame ahora mismo! ¡Socorro! ¡Por favor!».

No podía soportar sus lastimeros gemidos, de modo que aparqué justo antes de la salida Clear Lake / Mason City, cogí el bote de debajo del asiento y, conteniendo la respiración, salté fuera del coche y lo guardé en el portaequipajes, dentro de la nevera, sacando dos latas de cerveza para hacer sitio. Observé que el hielo apenas se había fundido. Unos días muy fríos, unas noches más frías aún. Pensé en tirar aquel hielo para aligerar mi carga, pero eso habría significado abrir el maletero y resistir la tentación del bote de nuevo, y con una tentación ya bastaba. Que el hielo se fundiese entre las llamas, silbase hasta volverse líquido, y luego se convirtiese en gas. Que la nevera se fundiese entera y la cerveza explotase. Sí, joder, que ardiese todo entre las rugientes llamas purificadoras. Preparado o no, ya iba de camino, era la última etapa. Aunque estuviese loco, la verdad es que ya no importaba.

Tercera parte

El fantasma peregrino

El que sólo busca su interés
no encuentra nada.

GOETHE

Con el pie derecho clavado en el acelerador, la aguja en los tres dígitos, circulando a toda pastilla como alma que lleva el diablo, llegué a Mason City en unos cuarenta minutos. Dados mis reflejos de mierda, volar de esa manera resultaba difícil de justificar, pero o me concentraba en mi manera de conducir, a todo trapo, o en las ratas de alcantarilla que me mordisqueaban los nervios. Pero aguantaba, puede que como un sabueso viejo y desdentado con bozal agarrado al culo de un oso pardo, pero aguantaba de todas formas. Las dos cervezas frías que me había tomado ayudaban, el alcohol embotaba los bordes en carne viva y el líquido me hidrataba las células reseca. Me habría metido un par más si hubiera pensado que podía abrir la nevera sin sacar el bote de speed: otro obstáculo del que yo mismo era culpable, y que casi hacía que me echara en el suelo del coche a llorar. Pero que estuviera resistiéndome a la acuciante necesidad neurológica de refresco químico me hizo creer que tenía una posibilidad; débil, claro está, pero que iba en aumento.

Sin embargo no tenía plan, lo cual también estaba bien, ya que me faltaba la coherencia continuada para llevarlo a cabo. Sin embargo, en un típico brote de perversidad, recordé las recientes y severas admoniciones que me decían que tuviera cuidado, que prestara atención a los detalles, que evaluara toda la gama de posibilidades, y que en general tuviera en mente que la fortuna está del lado de quien se prepara... aunque me parecía que tanto la mente como la fortuna eran monos borrachos en el ojo de tigre. Sorprendido por la señal que indicaba los límites de la ciudad de Mason City, decidí al menos intentarlo con lo básico, así que hice un crispado recuento de los pasos esenciales: comer, llenar el Caddy con gasolina de alto octanaje, comprar un poco de queroseno y averiguar con la mayor exactitud posible dónde se había estrellado el avión. Me planteé un momento cómo salir mi equipo y yo del lugar del accidente después de prender la hoguera, pero me imaginé que con una llamada a una compañía de radio-taxi lo solucionaría. Lo primero era entregar el regalo, luego ya me preocuparía de escabullirme.

Mi primera parada fue en el café Blue Moon, donde pedí beicon, huevos, una pila pequeña de tortitas de alforfón y algo de información. Lo tenían todo excepto la información, pero una de las camareras consultó a otra, la otra camarera preguntó al cocinero, y luego los tres juntos preguntaron a los otros cuatro clientes. La opinión general era que Tommy Jorgenson era la persona que tenía más posibilidades de saber

dónde se estrelló el avión con toda exactitud, y que probablemente lo encontraría en su gasolinera Standard ocho manzanas más abajo a la izquierda.

Terminé lo que pude de mi desayuno, dejé una propina de diez dólares y me fui encorvado al Caddy tratando de abrirme paso entre el frío punzante. Había oído a un tipo con la cara roja y una gorra de John Deere intentando convencer al cocinero del Blue Moon de que apostara a que no nevaría antes de que anoheciera, y mientras ponía en marcha el Caddy deseé que el cocinero hubiera aceptado la apuesta. Creo que yo no lo habría hecho: notaba que la nieve se estaba formando en el aire. Sólo esperaba que tardara un par de horas. No tenía ningunas ganas de ir dando bandazos en una carretera resbaladiza por la nieve y estrellar el Caddy contra un poste eléctrico a pocas millas de mi destino. Había llegado demasiado lejos y con demasiado esfuerzo para acabar con una ironía tan cruel. Una vez que el Caddy se calentó fui hacia el centro, hacia la estación de servicio Standard, sin apenas sobrepasar las veinticinco millas por hora de la señal.

Tommy Jorgenson me sorprendió. Supongo que por su nombre me esperaba un individuo alto, lento y reflexivo del tipo escandinavo, y en cambio lo que encontré fue a un joven bajo y fibroso con el pelo negro y ensortijado y unos vivaces ojos castaños que no dejaban de moverse, ni siquiera cuando me miraba directamente, una de esas personas cinéticas, incansables, que pintan los techos cada semana sólo para quemar energía. Hasta que llegas a conocerlas, sospechas que se meten speed en secreto. Pero no lo necesitan. Funcionan con su propio sistema, con corriente directa. Es como si llevaran la energía de fábrica.

Le dije a Tommy que lo llenara hasta arriba, luego salí y le seguí mientras metía el tubo en el tanque y empezaba a comprobar el aceite y limpiar el cristal. Me presenté como un reportero de la revista *Life* y le dije que estaba de vacaciones visitando a mi hermana en Des Moines cuando se me había ocurrido la alocada idea de hacer un artículo largo sobre los tres músicos que se mataron en el accidente de avión, una especie de artículo conmemorativo u homenaje, y que me interesaba visitar el lugar del accidente.

Tommy me lanzó una mirada mientras limpiaba la varilla del aceite.

—Ya no está allí.

Volvió a meter la varilla en el agujero.

—¿Qué quieres decir con que no está allí? —pregunté—. Tiene que estar allí. Es un lugar, un sitio determinado; aunque lo hayan cubierto para hacer un aparcamiento, sigue estando allí.

El frío resultaba entumecedor.

Tommy sacó la varilla y la sostuvo para que yo la inspeccionara. Estaba casi lleno. Asentí rápidamente, sólo lo justo para que acudiera a mi cerebro un poco de sangre e indicar que el nivel de aceite me parecía bien.

Tommy dijo con algo de brusquedad:

—Claro que nadie se ha llevado el sitio. Lo que quería decir es que no hay nada que ver. Limpiaron completamente los restos y el campo se aró y sembró a la primavera siguiente.

—Ahora nos entendemos. —Sonreí.

—¿Aún quieres ir a mirarlo? —Tommy volvió a colocar la varilla y cerró el capó.

—Pues claro.

—¿Por qué?

—Buena pregunta —le dije para ganar tiempo, pensando para mis adentros: mierda de buenas preguntas. Lo que necesito son buenas respuestas, precisas y rotundas—. Tengo muchas razones, y todas son complicadas. Creo que la razón principal es sencillamente para presentar mis respetos. Hay otra razón más práctica. Tengo una idea para un artículo. Algo así como: «Una noche nevosa a principios de febrero de 1959, un pequeño Beechcraft salió del aeropuerto de Mason City y poco después se estrelló en un campo de maíz de Iowa. Junto al piloto, se mataron tres jóvenes músicos: el Big Bopper, Buddy Holly y Ritchie Valens. Me encuentro aquí en el punto preciso del impacto una tarde de finales de octubre, seis años después, y no queda prueba visible alguna del accidente. Durante seis años este campo se ha arado y sembrado; durante seis años, la cosecha ha dado sus frutos. La tierra y la música se curan rápidamente. El corazón tarda más...». —Hice una pausa para producir un cierto efecto—. Lo sé, sé que es durísimo, pero creo que ya lo debes pillar. Supongo que el mejor modo de plantearlo es que espero sacar algo de inspiración del lugar.

—Te dibujaré un mapa —dijo Tommy.

Aquello era música para mis oídos. La última pieza ocupaba su sitio. Me empezaba a gustar aquella pequeña dinamo. Puede que el motivo por el que Tommy vibraba de energía era que no la malgastaba en absoluto. Me sentí como si hubiera cogido un par de cables de arranque y los hubiese enganchado a los dos, cerebro con cerebro... como si me impulsara parte de su combustible. El frío estaba consumiendo el mío a través de los polos corroídos.

—Supongo que has estado en el sitio del accidente.

—Sí.

—¿Hace poco?

—No. La última vez fue a principios del 62, hace más de tres años.

—¿Lo viste después de que ocurriera?

—Mi viejo es ayudante del sheriff. Oí la llamada viendo la tele en casa. Había estado allí la noche antes, en el Salón de baile Surf, donde tocaron aquella noche. Eso fue en Clear Lake. Fueron casi todos los chavales de la zona, no organizamos muchas fiestas de primera por aquí. Fue un buen espectáculo, pero no genial. Parecían muy cansados. Claro que yo estaba hasta el culo de vodka. Lo que llamamos un Gato

Destornillador: un cuarto de litro de Royal Gate y un cuarto de refresco de naranja Nehi. Así que cuando llamaron a casa, aunque estaba ya muy tirado, tuve que salir fuera y ver si era verdad. Anda si era verdad. Se me revolieron las tripas. Debí de pasarme una hora potando.

Se me hizo un nudo en el estómago por solidaridad. El desayuno no me estaba sentando bien. El empacho de cerveza fría había congelado la grasa de beicon formando un coágulo sólido y pesado. Si seguía atascado de aquella manera seguro que acababa volviendo a salir. Resulta difícil apretar los dientes mientras estás hablando, pero me tocaba preguntar por qué:

—Pero volviste en el 62, ¿no?

El suspiro de Tommy formó una nubecilla en el aire.

—Sí. De hecho, pasé por allí un par de veces al mes durante un tiempo. No sé por qué. No había nada que ver, salvo el trigo que crecía. En aquella época tenía un Ford 51 coupé destrozado, verde metalizado, y le metí un motor T-Bird. Todo trucado y sin ningún sitio adonde ir. O ningún sitio mejor. La verdad es que se estaba muy tranquilo allí sencillamente, sentado, observando cómo movía la brisa los tallos de maíz. Así que me pasaba por ahí bastante a menudo; no está lejos, y hay un tramo recto largo en el que puedes circular a toda leche, ir y venir. Pero después de cargarme la transmisión, fui cada vez menos. La última vez fue el 3 de febrero del 62. El aniversario. Aunque no sé por qué. Nunca lo pensé. Lo hice, sin más.

Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, se volvió y se fue a la parte de atrás del Caddy. Para cuando lo alcancé estaba llenando el tanque.

—No me gusta molestar a la gente mientras trabaja, pero me pregunto si conoces al propietario de la tierra donde se estrelló el avión. Me imagino que tendría que pedir permiso antes de meterme en el campo de maíz de alguien.

—El maíz ya está cosechado —señaló Tommy, apartando la boquilla y cerrando el surtidor.

—Menos cobertura para mi culo, pues.

Tommy sonrió.

—Antes era de Bert Julhal, pero dicen que Gladys Nogardam se lo compró hace un par de años. No estoy seguro de ello, no pondría la mano en el fuego totalmente, pero creo que lo compró la vieja Gladys. Ahora debe de tener cien años, y la gente dice que sigue controlándolo del todo.

—¿Y qué sabes de ella?

La información es munición, y tenía el presentimiento de que más me valía cargarme hasta arriba. Una mujer tan vieja y todavía lúcida tendría sin duda las ideas muy claras, y eso significaba que resultaría mucho más difícil hacerle cambiar de opinión en caso de que no se tragara mi gesto romántico. No había estado con muchas mujeres viejas últimamente, y las pocas que había conocido no parecían

dispuestas a sufrir lo que les resultaba desagradable.

Tommy meneaba la cabeza.

—No la conozco, pero he oído contar muchas cosas de ella. Vivió en Clear Lake durante más de veinte años, casada con Duster Nogardam. Duster era un dentista sueco grandote, pero era famoso por el tiro al plato. Estuvo en el equipo olímpico del 34, llegó quinto o noveno o algo así. En cualquier caso, un tiempo después, no recuerdo cuándo exactamente, se fue a cazar faisanes a Lindstrom y desapareció. Dejó el coche aparcado junto a la carretera. Ya no se lo volvió a ver ni oír nunca más. Ella acabó heredando la casa de él. Se volvió un poco rara, me parece: se paseaba por las noches y cosas así. Compró el terreno de Julhal porque dijo que era demasiado vieja para la vida urbana y necesitaba un poco de aire fresco. Eso fue lo que le contó a Lottie Williams, vamos. Me lo dijo mi madre. Ya sabe cómo son los pueblos pequeños: siempre estamos unos encima de los otros. La vieja señora Nogardam no trabaja el campo, claro. Se lo arrienda a los hermanos Potts, eso es lo que he oído.

—Un momento. Volvamos a lo de antes. ¿Su marido desapareció sin más? ¿Puf? ¿Sin rastro?

No sé por qué aquello no me gustaba nada.

Y mucho menos me gustó cuando Tommy dijo:

—Y lo mismo les ocurrió a sus dos primeros maridos. Eso es lo raro.

—¿Tres maridos y los tres desaparecidos?

—Ajá.

—¿Y quién lo dice? ¿Es un rumor, un hecho, o qué?

—Mi viejo es ayudante del sheriff, ¿vale? Leyó los informes policiales.

—¿Y ella cómo lo justificó? Debieron de interrogarla hasta dejarla seca. Tres maridos desaparecidos es casi imposible, joder. Dos ya es rarísimo...

—Según mi padre, ella dijo que no tenía ninguna explicación. Que eran ellos quienes tenían que explicarlo, que ése era su trabajo.

—Y no pudieron, ¿verdad?

—Como dijo mi padre, «la coincidencia no es ninguna evidencia».

—Supongo que todos sus maridos tenían mucho dinero. O un seguro importante.

—Pues no, señor —Tommy meneó la cabeza—, ahí está lo raro. Duster tenía poco dinero, y el segundo, que creo que tenía un rancho en Arizona, apenas llegaba a fin de mes, pero el primero estaba pillado hasta las orejas. Era distribuidor de linóleo en Chicago. Sólo llevaban un par de años casados. Duster y ella llevaban veinte años juntos, o algo así; creo que estuvo diez con el tío de Arizona.

—¿Y tenía coartadas y todo eso?

—A prueba de bomba, acorazadas, ni un resquicio. En todos los casos, no sólo con Duster. O eso es lo que decía mi padre.

—No lo comprendo —dije, agitando los brazos para entrar en calor.

—No parece obra del Llanero Solitario.

—¿Y tú qué crees? ¿Fue ella quien lo preparó, simplemente les llamó el Creador, se fueron a dar una vuelta, bajaron unas naves espaciales y se los llevaron o qué?

—Naves espaciales —repuso Tommy.

No sabía si bromeaba o no, y de repente no me importaba. Estaba congelado y de muy mal humor. Vale, naves espaciales... era tan lógico como cualquier otra cosa, joder. Saqué la cartera.

—¿Cuánto te debo?

Eché un vistazo al surtidor.

—Seis con ochenta y cinco, es suficiente.

—¿Tienes queroseno?

—Latas de cinco litros. Suelto no.

—En lata va bien. Tengo un hornillo pequeño Coleman en el maletero para hacer café. Me meto un poco de anticongelante en el organismo.

—Puedes intentarlo también con una chaqueta —observó Tommy.

—¡No jodas! —Me reí, dándole veinte pavos—. Le regalé la mía a un pobre diablo que recogí haciendo autoestop anoche. Sólo llevaba una camiseta de tirantes.

—Te has encontrado con algunos chalados, desde luego —dijo Tommy mientras cogía el billete. Se dirigió a la oficina, gritando por encima del hombro—. Te traeré el mapa y el queroseno con el cambio. Lo del mapa puede tardar unos minutos.

—No importa —le respondí—. Y quédate el cambio. La información buena vale más que la gasolina. Y respecto a ese mapa: te lo agradecería mucho si lo hicieras lo más preciso posible... ya sabes, con una x señalando el lugar.

Tommy se detuvo para protestar por la propina, pero yo le hice señas de que se la quedara.

—La revista paga. Gasto legal. Oye, te daría cien si se lo tragan.

Esperé en el Caddy, dejándolo al ralentí con la calefacción a tope. Tomé nota mental de comprar una chaqueta gruesa antes de salir de la ciudad, mientras me reñía a mí mismo por habérsela dado a Lewis Kerr al recordar el terrón con el LSD envuelto en papel de aluminio que todavía seguía en el bolsillo. Esto añadía otras muchas posibilidades a las transacciones de la noche anterior. Esperaba que de algún modo el ácido lograra meterse en su torrente sanguíneo. No sé si el mundo estaba preparado para un Lewis Kerr alucinado, pero la idea me satisfizo enormemente.

No me gustaba mucho lo de la abuela Nogardam y sus maridos perdidos, así que pasé unos minutos preocupado por ese asunto y maldiciendo mi suerte. ¿Por qué las cosas nunca eran fáciles? ¿Por qué no podía ser el propietario un granjero con malas cosechas y que estuviese encantado de dejarme hacer cualquier estupidez que quisiera por veinte pavos y seis latas de cerveza, incluyendo el viaje de vuelta a la ciudad? Pero qué coño, igual ella también quería. No había manera de saberlo hasta que le

preguntara. Y lo haría muy pronto. Entonces sentí un pequeño y voluptuoso temblor de anticipación, un ligero estremecimiento premonitorio al estar a punto de terminar, y me emocioné. Cerré los ojos para saborear aquella sensación y vi el Caddy aparcado en mitad de un desierto de color marfil, blanco brillante sobre blanco. Ningún sonido. Ningún movimiento. De repente oí un ¡BOM! ahogado al encenderse el queroseno, y luego un estruendo tremendo al explotar el depósito. Sí, sí. Firmado con amor; sellado con un beso. El regalo entregado. Estaba soñando justo antes de que ocurriera. Sentía la inevitabilidad en los huesos. Tenía que ocurrir. Tenía que ser así. Sin duda.

Cuando Tommy se acercó rápidamente cruzando la plataforma de cemento, unos minutos más tarde, con el mapa y el queroseno, yo estaba listo para dar el último paso y poner la última pieza en su sitio. Estaba consumido, pero sacaba fuerzas de la promesa de liberación inminente, a punto ya de soltar la carga.

El mapa, tal y como esperaba, era hábil y preciso. Tommy lo repasó conmigo rápidamente aunque en realidad no era necesario, pues la ruta era muy sencilla, puede que fueran diez millas de carretera recta y sólo había que recordar tres giros. En el campo detrás de la casa señalado como NOGARDAM había una X grande, cuidadosamente rodeada por un círculo. Agradecí su ayuda a Tommy e insistí en que se quedara el cambio. Mis escrúpulos no se vieron atormentados lo más mínimo por el hecho de haber solicitado su ayuda de manera fraudulenta.

Saliendo de la ciudad, recordé que debía comprarme una chaqueta de abrigo y arreglar mis asuntos... organizar las cosas por si la abuela Nogardam resultaba intratable y tenía que salir pitando. Estaba listo para lanzarme, pero tal y como Joshua y El Zumbado me habían advertido, eso no era justificación suficiente para olvidar totalmente el sentido común.

Como si fuera una recompensa por mostrar un criterio maduro, detecté inmediatamente un J. C. Penney y estaba a punto de girar a la izquierda cuando a mano derecha vi una señal escrita a mano apoyada en un caballete junto a una gasolinera Phillips.

LAVADO DE COCHES 1 \$
A BENEFICIO DEL CORO METODISTA

Giré a la derecha impulsivamente, pensando que lo menos que podía hacer era llevar al Caddy a hacerle una limpieza ritual.

El personal del Túnel de Lavado del Coro Metodista parecía estar formado enteramente por vestales de dieciocho años, rubicundas, de ojos azules, todas las cuales, por desgracia, iban muy abrigadas para evitar el frío. Me pregunté quién tendría voz de bajo. Estaban limpiando un Chrysler del 63, seguido de una camioneta Jimmy. Cantaban «El señor es mi fortaleza» mientras trabajaban. La jovencita que se inclinó hacia mí para saludarme me

dijo que tardarían quince o veinte minutos, si no me importaba esperar. Le dije que me parecía bien si me vigilaban el coche y me guardaban el sitio mientras yo iba al otro lado de la calle.

Volví a los quince minutos vestido con una chaqueta nueva de lana de cuadros rojos y verdes y llevando una bolsa con un par de calzoncillos largos y un par de orejeras de mohair rosa que casi combinaban con el sombrero. Las chicas seguían sacando mierda de cerdo de la camioneta Jimmy, así que entré en el servicio de la Phillips a ponerme los calzoncillos. Cuando me hube vestido adecuadamente para el tiempo, el coro ya se disponía a bautizar el Caddy. Antes de meterlo saqué la bolsa de lona del maletero, utilizando la presencia testimonial de las chicas para frenar cualquier tentación de acercarme a la nevera en busca de anfetás.

Mientras limpiaban tres mil millas de mugre de la carretera y cantaban «Rock of Ages», me senté en el Caddy ordenando mis bártulos y recogiendo las latas de cerveza y envoltorios de donuts del suelo. Dividí mis posesiones en tres categorías: cosas esenciales «salida de emergencia», sobre todo la ropa del asiento trasero y el saldo de mis fondos, que había mermado considerablemente; una segunda categoría que era «cubierta de paseo», es decir, la bolsa de lona y todo lo que pudiera meter en ella, y una tercera categoría o «toldilla», que incluía las otras dos y cualquier otra cosa que tuviera ganas de llevarme, en la que destacaba el equipo de sonido de Joshua y la colección de discos. Me pareció que la nevera no era indispensable, pero me llevaría el speed. Me lo merecía.

Acabé de ordenar mis cosas casi al mismo tiempo que el Coro Metodista sacaba las gamuzas de pulir. Bajé la ventanilla para pagar y me dijeron que el precio incluía un aspirado por dentro, y por 50 centavos más harían los cristales interiores. Me parecía un chollo, así que salí y me dirigí a una cabina de teléfonos mientras cuatro de ellas se metían dentro, se ponían a rociar con limpiacristales y enchufaban la aspiradora.

Para divertirme decidí darle un telefonazo al Mugre y decirle que estaba a punto de cerrar el trato: había llegado el momento de relajarse. Marqué el último número que me había dado. Tras dejarlo sonar tres veces una voz grabada me informó de que aquel número ya no estaba operativo.

Las chicas seguían trabajando, así que, deseando oír una voz amiga, probé el número de John Seasons. No había nadie en casa. Esperaba que no estuviera fuera bebiendo, pero luego recordé el comentario sobre el médico que primero tiene que curarse a sí mismo.

Pensé en llamar a Gladys Nogardam. Pero decidí que no. Mejor que los dos nos sorprendiéramos.

El Caddy tenía tan buen aspecto que les di una propina de cinco pavos a las chicas del coro, que se entusiasmaron. Querían preguntarme por California y el coche y el extraño tocadiscos del asiento trasero, pero les dije que llegaba tarde a un oficio

religioso y me marché tocándome cortésmente el sombrero.

Iba despacio, tranquilo. Me dirigí hacia el cruce señalado en el mapa de Tommy y giré a la izquierda. Pensando que sería un toque apropiado, puse algo de música en el tocadiscos, primero «Chantilly Lace» del Bopper, y luego «Donna» de Ritchie Valens. Giré a la derecha en Elbert Road, y dos millas más adelante giré a la izquierda. Iba serio, seguro de mí mismo, formal, incluso ceremonial, y puse «Not Fade Away» de Buddy Holly, tamborileando con los dedos en el volante mientras comparaba los buzones con el mapa: Altman, Potts, Peligro, y ahí estaba... Nogardam.

Era una casa blanca con molduras de color verde oscuro, recién pintada, apartada de la carretera y con un campo de rastros de maíz vallado delante. Junto a la casa había un garaje o una especie de almacén, pero no se veía ningún coche ni señal alguna de que estuviera ocupado. Recorrí el camino de grava mientras Buddy cantaba la última frase: «Love that's love not fade away». Lo paré en la última nota y detuve el Caddy. «Wop, doo-wop, doo-wop-bop». Clavado, justo a tiempo; ya estaba allí, listo, ya había llegado. Respiré hondo y salí para pedirle permiso a la señora Nogardam. No es que fuera a necesitarlo, pero haría que las cosas fueran más fáciles. Mientras me dirigía al porche vallado me dediqué a repetir su nombre como un encantamiento: Nogardam; No-gar-dam; No-guar-dián. La verdad es que eso es lo que esperaba.

Me pilló muy desprevenido. El porche estaba muy oscuro y ya había dado dos golpes fuertes y decididos a la pesada puerta mosquitera de la entrada antes de darme cuenta de que la puerta de entrada estaba abierta detrás de la mosquitera y ella ya estaba allí.

—Ah —dije, en un arrebatado de ingenio—. No la había visto.

—Obviamente. —Tenía la voz áspera, pero muy potente.

Apenas podía verla entre las sombras interiores de la casa oscurecida, más negra aún por la mosquitera. Pero había luz suficiente para ver que no se la podía considerar una vieja bruja marchita; de hecho, aunque se había encorvado por la edad, sólo era un poco más baja que yo, por lo que debía de medir más de dos metros cuando era joven. Llevaba un vestido gris oscuro de una tela basta, y los hombros envueltos en un chal negro. El pelo, echado totalmente hacia atrás y muy tirante, era del color plateado de las cenizas filtradas. Tenía el rostro muy arrugado, y las arrugas se orientaban hacia dentro, hacia sus ojos, unos ojos del color de la cerveza negra levantados hacia la luz, de un tono dorado claro y oscuro al mismo tiempo, unos ojos que me miraban sin pestañear, expectantes.

—¿Señora Nogardam? —pregunté, tratando de recuperar la compostura.

—Sí.

Me toqué el sombrero, esperando que produjera un efecto de encanto juvenil.

—Qué sombrero más ridículo —declaró. Su voz parecía una lima que tropieza con un clavo.

—Sí, señora —dije en tono apacible, haciendo tiempo mientras me planteaba frenéticamente cómo abordarla. Estaba claro que no pensaba invitarme a entrar y tomarme un vaso de leche caliente y una bandeja de galletas, y tampoco parecía de las que se ablandan ante los balbuceos y las buenas intenciones y el encanto juvenil y patoso. Su mirada inmutable me decidió. Volví a tocarme el ala del sombrero, un gesto que esperaba que pareciera distraídamente dolido, y dije:

—Claro que es ridículo, pero es totalmente apropiado para el extraño viaje que me ha traído hasta su puerta. Digo que es «extraño», pero también ha ido resultando cada vez más urgente e importante, lo bastante importante como para considerarlo «esencial», al menos para mí, y es un viaje que no puedo completar sin su amable permiso, señora Nogardam.

—Pajarracas —replicó ella.

—No, señora —le aseguré—, es más: le voy a decir toda la verdad.

Aquello captó su atención. Inclino la cabeza ligeramente y cruzó los brazos encima del pecho. Animado por su atención, se lo solté todo, toda la verdad y nada más que la verdad, la versión condensada, unos diez minutos seguidos y mientras ella escuchaba sin comentar nada, sin moverse ni cambiar de expresión, y sin indicar tampoco lo que pensaba. Le expliqué cómo llegó a mis manos aquel coche, cité la carta de Harriet, le hablé de Eddie, Kacy, Big Red, John, el Mugre, el Big Bopper, Buddy Holly y Ritchie Valens y su música; mencioné a Joshua, el Zumbado, Donna y el resto. Se lo conté tan directa y convincentemente como pude, considerando que me sentía obligado a ello, y lo hice de puta madre; resulté casi elocuente, joder. Acabé contándole exactamente lo que quería hacer: dejar que ardiera todo como ofrenda a los fantasmas, los espíritus vivos, las posibilidades duraderas de amistad, comunión y amor. Concluí con una floritura:

—Todo esto es muy presuntuoso y romántico, sí, es ridículo, claro; seguro que resulta melodramático, tiene fallos, sin duda; es totalmente sospechoso... pero me resulta tan real como el hambre y la sed, tan crucial como la comida y el agua. Tengo que contarle mi verdad, tal y como es. He hecho todo lo que he tenido el ingenio y el valor de hacer. Éste es el final de mi viaje. Ahora depende todo de usted, señora Nogardam. Por favor, permítame completarlo.

Descruzó los brazos.

—Está loco —dijo sin más.

—Sí, lo estoy, creo que ya lo he aceptado.

—Tengo noventa y siete años.

No veía la relevancia de ese comentario, pero murmuré educadamente:

—La gente de la ciudad decía que tenía más de cien.

—La gente de la ciudad habla mucho para tener tan poco que decir. En eso son como usted, señor Gastin.

—En fin, señora Nogardam —dije, tratando de evitar ponerme desagradable—, ¿qué me dice?

—Ya lo he dicho: usted está loco. Y una de las pocas cosas buenas de mi edad es que no tengo que aguantar a los locos... ni de buen grado ni a la fuerza.

Me entraron ganas de rasgar la puerta mosquitera y estrangular a la vieja bruja, pero no lo hice, tomé aliento y me llené de aire los pulmones.

—Entonces no lo haga. Simplemente dígame sí o no.

—Por eso está loco —exclamó—. Quiere que se lo diga yo. Cree que se ha ganado ese derecho sencillamente porque tiene una idea y ha permitido que se infle hasta convertirse en una necesidad. Porque la confusión lo tiene paralizado. Porque ha conducido miles de millas lleno de drogas y buenas intenciones y una esperanza absurda. ¡Cuentos chinos! ¿Cree que por pensar que está enamorado es capaz de amar? ¿Se cree un cura simplemente porque está dispuesto a realizar un sacrificio? ¿Se ha ganado usted algún derecho a hacer esto? Señor Gastin, no puedo darle mi permiso, sólo puedo evitar la locura. Si quiere hacer ese gran sacrificio, ese homenaje que ha tramado como una especie de prueba secreta de su valor, ese testamento de una fe de la que es tan evidente que sospecha, no me endilgue a mí la responsabilidad de juzgarlo. No se trata de que yo diga sí o no.

—¿Quiere decir que depende de mí? —No la seguía en absoluto. Me parecía que ella sí que juzgaba, y mucho.

—Claro que depende de Usted, dado que no aceptará otra cosa que no sea esa seguridad. Pues muy bien: si es capaz de salir a ese campo y encontrar dónde se estrelló exactamente ese avión, se habrá ganado el derecho de entregar su regalo, como usted lo llama. Y no sólo tendrá mi permiso para prenderle fuego o cualquier otra locura que quiera hacer, sino que además con mucho gusto saldré afuera y bailaré alrededor del fuego con usted, y pagaré para que se lleven los restos. Pero si no puede descubrir el punto exacto del impacto, tiene que darme su palabra de que se marchará sin molestarme más.

—Con el debido respeto, señora Nogardam, he recorrido un camino muy largo, estoy muy cansado y no estoy de humor para demostrar mi valor, o el suyo.

—Entonces márchese.

—El hecho de que haya comprado la propiedad no le otorga los privilegios del corazón. La gente posee muchas cosas que no le pertenecen.

A la luz tenue vi sus dedos huesudos tocándose la garganta.

—Vaya, vaya, madre de Dios. Tengo que decir, señor Gastin, que resulta bastante arrogante que diga eso alguien cuya propiedad es robada, cuyo regalo es robado. Pero usted tiene razón, y estoy de acuerdo. Lo cierto es que me paseé por el campo y sentí

exactamente dónde murieron esos jóvenes. Lo sentí. ¿Lo entiende? Soy capaz de hacerlo, o más bien se me permite. Y eso, y no la propiedad, es el privilegio que yo reivindico. Si usted puede hacer lo mismo, tendrá tanto derecho en este asunto como yo. Pero en cuanto intente hacer alguna travesura o alguna payasada, lo detendré.

—¿Me detendrá? —No la estaba desafiando, simplemente tenía curiosidad por saber cómo iba a hacerlo.

—Ciertamente, lo intentaré. Y si yo no puedo, están los vecinos o el sheriff.

Suavicé el tono y respondí a las amenazas que acababa de lanzarme.

—Le he dicho la verdad porque quiero hacerlo sin engaños por mi parte o por la suya. No tenía por qué decirle que el coche era robado; podría haber dicho que era mío, o de un amigo, o miles de mentiras más. Pero quería hacer las cosas bien. Por eso tengo que ser honrado y decirle que ya sé dónde se estrelló el avión. —Cogí el mapa de Tommy del bolsillo de mi chaqueta y lo desplegué, extendiéndolo apoyado contra la puerta para que ella le echara un vistazo—. Ahí está.

Su atención se concentró en el mapa. Tras escudriñarlo durante un minuto, señaló con un dedo torcido y preguntó:

—¿Aquí? ¿Dónde está la x?

—Sí, señora. El chico que me ha dibujado el mapa vio los restos antes de que se los llevaran, y volvió muchas veces después.

—Ese mapa está mal.

Ni me había planteado esa posibilidad, y durante un instante me sentí confundido.

—Bueno, déjeme ver —empecé con reticencia fingida—, usted dice que está mal. Él afirma que está bien. Él estuvo allí y usted no. Usted dice que lo sintió. Él lo vio. Parece muy relativo ponerse...

—No quiero discutir de filosofía —me cortó bruscamente—. Le sugiero que lo intente en la universidad. Han convertido en una institución lo de confundir el mapa con el viaje.

—No quiero ofenderla, señora Nogardam. Lo único que digo es que usted podría estar equivocada. Eso es todo. Que es posible que usted esté equivocada.

—Entonces vaya a verlo usted mismo. Tiene de tiempo hasta el anochecer. Sin trucos. —Y cerró la puerta de golpe.

La puerta era blanca, y al cerrarla producía el extraño efecto de hacer que el porche pareciera más luminoso. Me quedé mirándola. De repente estaba muy cabreado, jodido, a punto de explotar, por los suelos, hecho pedazos, hecho polvo, furioso y perdido. Volví al Caddy dando fuertes zancadas, aturdido, farfullando en voz alta:

—¿Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué tenía que haber una vieja majarona, lo más selecto de la sala geriátrica, una guardiana vestal de los rastros de maíz? Que la jodan, maldita sea... tú métete en el Caddy y ponte de anfetaminas hasta que

te salgan por las orejas y dale un cabezazo a la puta valla y atraviesa hasta el campo y coge tu mierda y hazla estallar y sal corriendo cagando leches... —Y así fui farfullando y rezongando hasta que llegué junto al Caddy.

El aire parecía haberse enrarecido. Eché un vistazo hacia el campo, en dirección a la zona donde estaba la x del mapa de Tommy.

—«Ve a buscarlo tú mismo». ¿Y qué coño se cree que he estado haciendo?

Abrí la puerta del Caddy, me metí dentro y di un portazo al cerrarla.

Cuando el sonido del portazo atravesó el campo cultivado, como si se hubieran precipitado por el alboroto sonoro, empezaron a caer grandes copos de nieve. Justo lo que necesitaba. ¿Aquello estaba planeado para cubrir las pistas que se suponía que tenía que buscar, o para encubrir mi huida? ¿O era una mortaja para cubrir convenientemente el cuerpo de esa vieja bruja si seguía el irrefrenable impulso que sentía de golpearla hasta matarla con un martillo de bola? ¿Significaba alguna otra cosa distinta de lo que era, en realidad? El caso es que estaba nevando.

Ya estaba casi a punto de empezar a padecer otro ataque de balbuceos metafísicos. La nieve se iba arremolinando formando una capa gruesa, silenciosa, pacífica. Me incliné hacia adelante, con la barbilla apoyada sobre las manos en el volante, y me fui relajando mientras la nieve envolvía el campo y formaba montículos en los postes, se asentaba y luego se fundía en el capó del Caddy, todavía caliente por el motor. Se pegó al parabrisas durante un segundo, y los intrincados cristales se disolvieron en seguida en lentas gotitas que se deslizaban hacia abajo. Al cabo de quince minutos, que fue más o menos lo que tardaron los copos de nieve en adherirse al parabrisas frío y obstaculizarme la vista, me sobrevino la calma y el agotamiento. Decidí intentarlo primero a su manera. Puede que descubriera algo. Me subí la cremallera de la chaqueta hasta arriba y me encajé las orejeras nuevas.

Debí de pasarme un par de horas en aquel campo buscando pruebas físicas que a lo mejor se iban borrando mientras las buscaba, y buscando algún tipo de prueba metafísica que no estaba seguro de poder reconocer, aunque fuera capaz de sentirla. La nieve caía con fuerza, densa, incesante, reduciendo la visibilidad a menos de una zancada. Decidí enfrentarme a la tarea metódicamente, cruzando a un lado y otro entre las vallas en dirección este-oeste, intentando seguir líneas más o menos paralelas, pero cuando los rastros del último sitio por donde has pasado quedan enterrados antes de que puedas dar la vuelta, cuando no ves las vallas hasta que chocas con ellas, cuando básicamente lo único que sigues es tu propia cara congelada, es que ese método está condenado al fracaso. No tenía ni idea de si estaba siguiendo una cuadrícula nítida y proporcionada o simplemente iba tambaleándome arriba y abajo por el mismo sitio. Pero sabía que estaba perdiendo rápidamente la sensibilidad en mis extremidades, de manera directamente proporcional a la sensación de inutilidad inmensa que crecía en mi corazón. Cuando conseguí volver al Caddy ya no

sentía ni frío, sólo un deseo inmenso de echarme en el asiento delantero y dormir. Puede que incluso me muriera. Todo me daba igual.

Pero primero tenía que entrar en el coche, y tuve que darle una fuerte sacudida para abrir la portezuela, y luego otra para soltar la mano desnuda de la manivela helada. Hacía casi el mismo frío dentro que en el campo abandonado. Después de trastear bruscamente con la llave durante bastante rato, el Caddy empezó a vibrar como si estuviera aletargado y luego se puso en marcha. Con el codo subí la calefacción y puse mis manos a asar extendidas delante del conducto de ventilación.

Tenía los dedos como piruletas de arándanos hechas por un confitero loco. Mientras se derretían y empezaba a sentir un cosquilleo, pensé en la energía y sus maravillosas, múltiples e interrelacionadas formas: térmica, cinética, moral, hidráulica, metabólica, todas. La energía necesaria para calentarte, conservarte, conmoverte. Los ergios, unidades básicas con nombre de eructo, en ondas, calorías, corriente: x ergios necesarios para cada paso del viaje, cada giro de las ruedas, cada oración pronunciada, respondida, satisfecha. La energía capturada, transformada, liberada. La energía necesaria sólo para dirigir el galimatías de las transacciones. Se trataba de una reflexión melancólica, porque mientras el mundo vibraba lleno de energía, estaba claro que personalmente se me estaba acabando casi, la carne tenía un descubierto tremendo y el alma estaba a punto de ejecutar su deuda. Lo que me quedaba como posible energía, la potencia que necesitaba para lidiar con la intratable señora Nogardam y contestar a su cuestionario psicológico sorpresa era una reserva que yo, con una actitud triste y realista, asumía como falsa: dinero, anfetaminas y locura. Pero había dicho que haría todo lo que fuera necesario.

Cuando mis dedos volvieron a funcionar más o menos, aunque las puntas me ardían de dolor, saqué mi fajo de billetes y conté 2.000 pavos en cien billetes de 20. Lo doblé y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta, flexioné los dedos varias veces y me dirigí otra vez a la guarida de la señora Nogardam para hablar de negocios. Dejé el Caddy en marcha por si las negociaciones se alargaban; no quería volver a un hogar frío. Además, tenía un montón de gasolina y ningún sitio adonde ir.

Me había visto venir y tenía la puerta abierta. Sus ojos dorados me perforaban a través de la puerta mosquitera, sólo que esta vez yo también la vi, y no llamé. Aquella vez la mano que levanté contenía 2.000 pavos. Mostrando los billetes como una baraja de cartas, los apreté contra la puerta mosquitera para que los comprobara.

—Lo que ve, señora, es lo que hay. Son dos de los grandes, una cantidad considerable de mis fondos en efectivo, pero me deja suficiente para media docena de sándwiches de queso calientes y un billete a casa en la Greyhound. Y es todo para usted, ahora mismo, si me deja honrar a los muertos.

Golpeé con el dinero suavemente la puerta mosquitera.

—Así que... ¿qué me dice si nos dejamos de tonterías y nos hacemos felices los

dos?

—No puede comprarlo —dijo ella, con el tono de voz tan plano como Iowa. La puerta se cerró.

Golpeé la parte inferior de la puerta mosquitera, con marco de aluminio, gritando frustrado:

—¡Sea razonable, vieja puta!

La puerta se abrió de golpe.

—Cuidado con las palabrotas, señor Gastin, o se le acabará el tiempo ahora mismo. ¿Lo entiende?

El fuego que había en sus ojos producía el efecto paradójico de formar hielo en mi escroto. Sacudí ligeramente el dinero, y luego metí la mano en el bolsillo de la chaqueta mientras con la cabeza señalaba dócilmente que lo entendía.

Ella continuó:

—He dejado claras las condiciones. Son casi las tres. A las cinco será de noche.

—Pero señora —le supliqué—, hay una tormenta de nieve ahí fuera.

No dejaba de mirarme un momento.

—Así es.

La puerta se cerró.

Volví arrastrándome hasta el Caddy con la nieve hasta media pantorrilla, aunque parecía que había amainado un poco. Antes de volver a mi cohete terrestre cubierto de nieve aparté la capa de nieve del parabrisas con la manga de la chaqueta. Ablandada por el calor interior, la nieve cayó fácilmente.

Sentado ante el volante, me incliné hacia atrás. Ahora tenía una vista despejada a través del parabrisas, y veía la nieve que caía como confeti frío en mi convoy atascado. Me sentía totalmente deprimido. Lo de intentar comprarla había sido una estupidez. Cerré los ojos e intenté concentrarme en las opciones que tenía, pero o mi concentración era muy escasa o no había muchas opciones. Podía marcharme, intentar encontrar a Tommy y traerlo otra vez allí, aunque probablemente habría terminado su turno a las seis y se habría marchado. Además, tendría que convencerlo para que discutiera con la abuelita o incluso se peleara con ella, y no había ninguna garantía de que la vieja arpía reconociera que Tommy recordaba bien el accidente. No, decidí, era mucho mejor satisfacerla o atropellarla, y yo no tenía energía para ninguna de las dos cosas.

Bueno, no la llevaba encima. Pero el maletero estaba cerca. Después de todo, me habían ayudado a llegar hasta allí, y estaba seguro de que no llegaría a ningún sitio sin ayuda. Me tomaría tres (no más), para refrescarme. Me prometí a mí mismo que si me las tomaba, lo intentaría a su manera una vez más antes de recurrir a la mía. Bajé la mano y apagué el motor y estaba sacando la llave cuando me di cuenta de que en el transcurso de mi breve ensoñación había dejado de nevar. El cielo seguía estando

plomizo, pero la escena aparecía ante mis ojos silenciosa, prístina, despejada. Parecía una señal.

Cuando abrí la nevera del maletero y agarré la botella de speed como un águila que caza un pescado me di cuenta de un pequeño problema. En vez de un bote de tabletas blancas, pequeñas y con sus crucecitas blancas tenía un bote lleno hasta la cuarta parte de un líquido blanco pálido: no había enroscado bien la tapa y había entrado agua de la nevera, y las tabletas se habían disuelto formando un compuesto líquido. Bueno, considerando que sólo se había alterado la forma y no la sustancia, sólo debía tener cuidado al calcular la dosis adecuada. Recordando de la química del instituto que el alcohol rebaja el punto de congelación, saqué seis latas de cerveza de la nevera ya que estaba, y luego cerré el maletero.

Acabé teniendo un despertar estupendo en el asiento delantero: tres tragos de speed, cuatro cervezas, y una hora entera de clásicos de oro a un volumen tan alto que hicieron que saltara la nieve del Caddy y desprendieron la que recubría la casa de la abuela Nogardam. Escuché todo lo que tenía del Bopper, Buddy y Ritchie, esperando que el sonido de su música animara a sus persistentes espíritus a ayudarme.

A love for real not fade away!!!

—¡No! —grité—. ¡No, no! —Esperaba que la abuela estuviera escuchando.

Salí a trompicones del Caddy y me dirigí al campo en el anochecer de largas sombras. No me quedaba demasiado tiempo. Mientras me acercaba a la valla gritaba:

—¡Bopper, tío! ¡Buddy Holly! ¡Ritchie! Habladme. Decidme dónde entregar la carga de este regalo. Tengo amor y oraciones para vosotros. Me las ha mandado Harriet. Me las ha mandado Donna, Ritchie, te manda sus mejores recuerdos. Está un poco jodida ahora mismo en Arizona, pero lo está intentando, tío. Todo el mundo lo está intentando, ¿me oís? El Zumbado, Joshua, Kacy, John. Todos os mandan recuerdos. De esos que no se desvanecen. Así que, aunque ahora no os importe, no les importe una mierda a vuestros espíritus desaparecidos, a mí me importa, a nosotros nos importa. Así que habladme. Guiadme. Decidme dónde queréis que arda este monumento al amor y a la música, dónde queréis que se encienda la oscuridad.

La nieve empezó a caer otra vez, ligeramente, unos pocos copos que se iban amontonando. Ninguna voz contestó, ni dentro ni fuera, pero sentí que algo me atraía en una dirección y me puse a caminar, empezando alrededor de la línea de la valla y luego yendo en espiral hacia dentro, y cerrando la vuelta mientras la nieve caía con mayor velocidad, más gruesa, hasta que apenas podía ver mis propios pies, sentí como si me desvaneciera, y entonces mi pie izquierdo tocó algo sólido. Me arrodillé y busqué con ambas manos en la nieve hasta que lo toqué, frío y resbaladizo, y lo levanté y me lo acerqué a la cara para echarle un vistazo. Contuve un grito cuando me di cuenta de que era un hueso, luego me reí, lleno de alivio, al ver que era un asta,

una cuerna de ciervo, una parte gruesa que se bifurcaba en dos puntas largas, desgastada y con una fina capa de musgo verde, marcada aquí y allá con muescas y ranuras dobles en los lugares donde la habían mordisqueado los roedores por sus minerales. No podía dejar de reírme.

—Genial. Justo lo que necesitaba. Un puto cuerno de ciervo. ¿Tíos, no entendéis que ya tengo suficientes piezas para el rompecabezas? Probablemente debo de tener más putas piezas de las que tiene el propio rompecabezas. Vamos, venga: ayudadme, no me lieis.

Blandí el cuerno para poner más énfasis en lo que decía. Se me resbaló de la mano entumecida y quedó clavado boca arriba en la nieve, con las puntas erguidas y separadas como las bifurcaciones de un río que se unía y se sumergía directo en la tierra. Y ahí estaba, por pura casualidad, delante de mí: una varita de zahorí, un palo ahorquillado de bruja, una varita mágica para buscar el lugar donde sus fantasmas se liberaron de sus cuerpos rotos. La llave para abrir esa puerta o al menos la herramienta para forzarla.

Con la nieve que se amontonaba en mi sombrero rosa flamenco, apilándose en los hombros de mi chaqueta de cuadros, manos y pies, y la cara tan helada que ya no la sentía, crucé el campo con la varita de hueso bien sujeta frente a mí. Todo mi ser se concentraba hacia la punta receptiva, esperando que se hundiera. Di vueltas en espiral lentamente desde el centro del campo, pendiente del mínimo movimiento, la sensación más débil que notara, una pulsación, un temblor, cualquier cosa. Y no sentí ni el más mínimo estremecimiento: nada, cero patatero. Era totalmente de noche cuando me rendí.

La luz del porche era la única señal de vida de la casa. Esperaba que estuviera esperando detrás de la puerta mosquitera, pero la puerta estaba cerrada. Llamé. Mientras volvía derrotado del campo, había intentado ingeniarme una nueva súplica, pero ya no parecía importar. Cuando ella abrió la puerta ni siquiera levanté la vista.

—¿Y? —me preguntó, tan encantadora como siempre.

Sentí que me iba a echar a llorar, y temiendo que se me quebrara la voz, meneé la cabeza sin hablar.

—Será mejor que se marche ahora —dijo, y por primera vez, noté cierta amabilidad en su voz.

No mucha, pero me animó a intentarlo.

—Diría que está en alguna parte cerca del centro del campo. Es el único lugar en el que he notado algo. He encontrado una cornamenta de ciervo allí, cerca de donde está la x del mapa. Pero usted ya me ha dicho que estaba mal.

—Así es.

—¿No podría equivocarse?

—Es poco probable.

—¿Me diría dónde está el lugar?

—No. Usted ha aceptado las condiciones. No ha cumplido con ellas. Ahora tenga la bondad de marcharse.

—Quiero volver mañana y volverlo a intentar.

Ella no contestó ni dio indicación alguna de haberlo oído.

Lo había intentado todo excepto suplicar, así que pensé en probarlo.

—Por favor, señora Nogardam. Por favor...

—Ya le he dicho que no, señor Gastin. Ahora quiero que se marche.

Apoyé el puño contra el marco de la puerta, forzándola para que siguiera abierta antes de que el muelle la cerrara de golpe otra vez.

—¡Joder, tiene el corazón de piedra! —gimoteé—. ¿Cómo puede juzgar así lo que estoy haciendo, lo que significa para mí, cuánto...?

Pero me detuve porque ella ni siquiera había pestañeado, ni un parpadeo, un sobresalto, un paso atrás, nada. Sólo me observaba con sus ojos de un tono dorado oscuro.

Me limpié las lágrimas con la manga, y un poco de nieve del ala corta del sombrero hizo plaf al caer en el porche.

—¿Por qué no puedo hacerle ver lo mucho que me importa? Y no sólo a mí. También a Donna, Joshua, el Zumbado, a mis amigos en San Francisco... ¿qué les digo?

—Dícales que fracasó. Dícales que la compasión es una forma educada de odio. Dícales que no le compadecí.

—¿Con qué puto derecho...? —Empecé a cabrearme, pero de repente ella levantó un brazo y señaló hacia la oscuridad, detrás de mí. Me detuve en seco.

—Señor Gastin, si quiere quemar su rabia y su confusión hay una pala para la nieve apoyada en la parte trasera del porche. La necesitará para despejar el camino para salir. Buenas noches.

Y cerró la puerta.

Cogí la pala al volver al Eldorado. Encendí el motor del coche para que empezara a calentarse, tomé un traguito de speed para lubricar los músculos y empecé a cavar. Había unos sesenta metros de camino hacia la carretera y me puse a cavar ahí mismo, sin otro pensamiento en mi mente alocada que no fuera quitar la nieve, y sin pensar no había confusión, sólo el roce de la pala raspando el camino de grava, el resoplido al levantarla, bajarla y quitar un poco más. Terminé al cabo de unos veinte minutos, volví a recorrer el camino ya despejado y coloqué la pala donde la había encontrado, pensando que al menos yo constituía un magnífico quitanieves humano.

Volviendo del montón de nieve, usé el antebrazo para quitar la nieve de la esquina del parabrisas, y luego utilicé el mismo antebrazo para limpiarme la cara sudada. De hecho estaba tan caliente cuando me deslicé detrás del volante que tuve que bajar la

calefacción. Me tomé otro enérgico trago de speed para recuperar fluidos perdidos, enchufé el limpiaparabrisas para limpiar la nieve derretida, puse las luces largas, di marcha atrás y solté el embrague. Las ruedas motrices giraron un segundo, y a continuación agarraron. Mirando entre las luces traseras en forma de bala y acelerando de manera suave y uniforme, salí a la carretera.

Cuando noté que las ruedas traseras tocaban el pavimento me detuve, cambié la marcha y gritando «¡Oh, baby, tú sabes lo que me gusta!» aceleré a tope. El coche tembló un segundo antes de que la goma transmitiera la potencia al pavimento y al momento me deslizaba por el camino como una bala de plata, en tromba hacia la valla, esperando haber cogido la velocidad suficiente para atravesarla hasta el campo.

Nunca supe si lo habría hecho o no. Justo cuando metía la segunda y sentía que el Caddy saltaba hacia adelante entre la grava y la nieve, una llamarada explotó cerca del porche y el neumático delantero derecho del Caddy se hundió, y con el impulso, la parte trasera del coche dio un coletazo tan fuerte que me pareció que quería saltar por los aires, pero lo sorteé lo mejor que pude y giré en redondo, 360 grados, provocando un remolino de nieve. Entonces apagué las luces y el motor y salí del vehículo, sin saber todavía qué había ocurrido.

La señora Nogardam estaba frente a mí con una parka blanca, con la capucha tapándole bien la cabeza, y la escopeta que llevaba en las manos dirigida a mi garganta.

—Le he pedido que se marchara —dijo, mostrando una paciencia malvada e inalterable.

—Señora, eso es lo que estoy haciendo. —No conseguía disimular en la voz la aceleración de mis latidos.

—No, sólo estaba haciendo el imbécil.

—Reconozco mi error —dije, empezando a relajarme. No iba a disparar—. Y parece que voy a seguir aquí reconociéndolo un rato más, porque creo que al disparar ha frenado mi marcha. ¿Adónde quería disparar?

—A donde le he dado: al neumático delantero de la derecha. —Bajó ligeramente el arma—. Si tiene otro, cámbielo. Si no, parece que tendrá que utilizar parte de ese dinero en una grúa.

La posibilidad de aquella ironía me volvió temerario.

—Señora —pregunté con delicadeza—, ¿es posible que eso sea una Remington del calibre veinte?

—Así es.

—Tenía una igual de niño. Me crié en Florida. La utilicé para cazar una codorniz. ¿Ha usado la suya con sus maridos?

Temerario, pero la pillé: le brillaron los ojos y volvió a encañonar mi garganta. Su voz indicaba tensión.

—Me resulta difícil creer que ya es mayor, señor Gastin. Tengo tantas pruebas de su madurez como las que encontró la policía de mi implicación en las desapariciones de mis maridos. Ninguna. Porque no hubo ninguna.

—Se da cuenta —dije en voz baja— de que tendrá que matarme. No voy a rendirme. Tengo que hacer esto.

—No, no tiene que hacerlo —dijo ella—. Pero probablemente lo hará. Aunque eso no significa que vaya a hacerlo aquí. Estaba llamando al sheriff mientras usted devolvía la pala a su sitio. Le he dicho que me parecía que había un merodeador. No creo que se dé prisa, no soy muy popular entre los agentes de la ley de la zona, pero tardará unos veinte minutos, y entonces puede discutir lo que está bien y lo que está mal con él. O puede darse prisa y cambiar el neumático. No le mataré. Aunque no me crea, nunca he matado a nadie. Pero puede que viva el resto de su vida sin rodilla, o sin poder reproducirse.

—Estaba equivocado —le dije—. No disparó a sus maridos: los congeló hasta que murieron. O los puteó tanto que les encantó desaparecer.

Aunque no contestó, parecieron hundírsele los hombros. Creo que podía haberla convencido en media hora, pero no tenía tiempo. Si lo del sheriff era un farol, estaba jugando su mejor baza.

—Tengo una rueda de recambio en el maletero —le dije, confiando en necesitar solamente una rueda nueva.

Me siguió apuntando con la escopeta mientras yo buscaba la rueda de recambio y las herramientas en el maletero, y la mantuvo así hasta que me eché al suelo y me puse a cavar un agujero para el gato. Aunque normalmente puedo cambiar una rueda en cinco minutos en suelo seco, no sabía cuánto tardaría con la nieve, así que la ignoré para concentrarme en mi trabajo. No había motivo para retrasar las cosas con más conversaciones desagradables. Ya habíamos terminado de hablar. Ya volvería. Alguna vez tenía que dormir esa mujer.

Fijé el gato bajo el eje y luego me arrastré para desenroscar las tuercas. Miré en dirección a ella para ver si me vigilaba de cerca, y durante un solitario y extraño instante pensé que había desaparecido. Pero no, ahí estaba, cómo no, sentada con las piernas cruzadas en la nieve, con la escopeta en el regazo y apoyada en el brazo izquierdo, y la cabeza inclinada hacia la nevada. Unos pocos copos se desprendían del final del temporal, un puñado de estrellas brillaban en el cielo ya despejado. Y cualquiera habría dicho que ella era un viejo cazador de búfalos agachado esperando a que cambiara el tiempo.

Me puse otra vez con la faena. El neumático estaba destrozado. Había marcas de perdigones en el tapacubos y unas cuantas abolladuras cóncavas en el guardabarros. El acero desnudo brillaba a través de la pintura blanca desconchada y la imprimación. Introduje la llave en la primera tuerca y empujé, apoyándome en el mango. La tuerca

se aflojó con un leve chirrido. La desenrosqué y la eché en el tapacubos, donde repiqueteó.

El sonido apenas había cesado cuando ella empezó a hablar. Me sorprendió cómo había cambiado su voz. El tono duro se había convertido en un lamento delicado.

—Los quise a todos, ¿sabe? Kenneth fue el primero. Éramos jóvenes, estuvimos casados dos años. Tenía muchas deudas, dudaba mucho de sí mismo, y tuvimos algunos problemas, pero cuando las cosas funcionaban entre nosotros, funcionaba de verdad. Pensaba que se le pasaría, sin más. Que reaccionaría y luego seguiría adelante. Los hombres pueden hacer esas cosas. No intenté buscarle. Estaba embarazada de seis meses y de algún modo pensaba que el bebé haría que volviera. El bebé nació muerto. El cura y yo fuimos los únicos que asistimos al funeral, y el cura estaba allí porque le pagaban. Solía visitar la tumba cada día, esperando encontrarme a Kenneth allí. Pero no apareció.

«Joe, mi segundo marido, desapareció reuniendo unas reses perdidas en la frontera de Arizona y México. El sheriff pensó que lo podían haber matado unos traficantes de drogas. Que se tropezó con ellos por error y trató de detenerlos. Joe lo habría hecho: era grande y rudo, no era nada sentimental, pero era tan decente que resultaba casi frágil. Yo sabía que no habría seguido conduciendo sin más».

«Recuerdo que estuve paseando arriba y abajo por el rancho mientras se hacía cada vez más tarde. Me arrodillé en el suelo de piedra y recé para que volviera sano y salvo. Lo golpeé con los puños.

«Busqué a Joe. Meses después de que la partida se hubiera rendido yo seguía saliendo todos los días. La gente decía que estaba loca, histérica, que buscaba fantasmas. Busqué en todos los barrancos, arroyos, surcos, cañones, detrás de cada árbol y roca en treinta millas. Nunca encontré ni rastro. Pero tras pasar un tiempo ahí fuera, sola en las montañas, buscando con tanta intensidad y tanta devoción, sentí que podía atravesar un barranco y notar la presencia de la muerte: zarcillos, olores sutiles, una quietud particular. Y después de tres años de búsqueda podía sentir la muerte aunque sólo quedara un pelo, o una salpicadura de sangre seca, y pronto empecé a sentirla cuando no había nada en absoluto. Me ha dicho que soy una mujer dura; bueno, es que ese conocimiento es duro».

—Señora... —empecé a defenderme, pero me cortó directamente, otra vez con el tono de voz despiadado:

—Escúcheme mientras cambia la rueda. Si quiere hablar, hable con el sheriff.

Me callé. Desenrosqué otra tuerca mientras ella continuaba:

—Igual habría seguido recorriendo esa frontera si no hubiera aparecido Duster. Su mujer había muerto de cáncer seis meses atrás y estaba viajando por ahí cazando y pescando, intentando olvidarla. Paró en el rancho para pedir permiso para cazar palomas junto al estanque. Hablamos un poco, y al día siguiente vino otra vez a cazar

y me propuso que fuéramos a cenar. Le advertí que mis maridos desaparecían, pero él se lo tomó de la misma manera que me arrebató el corazón, con una seriedad alocada y despreocupada. Duster era un hombre poco común. Sabía muy bien quién era, así que te amaba por lo que tú eras, y no por lo que deseaba que fueras.

«Veintiún años estuvimos juntos Duster y yo, la mayoría de ellos por aquí. Y un día se fue a cazar faisanes adonde los Lindstrom y desapareció. No sabría explicarle lo duro que resultó. La policía estuvo encima de mí durante meses, no los culpo. Pero ¿qué podía decirles? No sabía ni qué decirme a mí misma. Pero decidí que encontraría a Duster, y cuando dejó de haber jaleo empecé a buscar. Busqué cada noche durante siete años. Todas y cada una de las noches.

«Verá, señor Gastin, así fue como aprendí a notar a los muertos, a sentir cómo revela la tierra los espíritus de los que se ha apoderado, a notar la presencia, a interpretar las señales. Lo aprendí buscando a las personas queridas que había perdido».

Tenía la rueda de repuesto en el eje y estaba terminando con las tuercas.

—¿Lo encontró? —le pregunté.

—Señor Gastin, siento tener que ser tan dura con usted. Usted es un imbécil, pero admiro sus agallas.

—Entonces deme otra oportunidad cuando no nieve. Usted lleva años practicando.

—No —dijo ella—. Aquí no.

—Entonces ¿dónde? —pregunté, ajustando la última tuerca.

—No lo sé. Siempre puede intentar volver al principio, pero estoy segura de que entiende lo difícil que es, lo peligroso que es. Lléveselo al lugar donde lo encontró. Ése es mi consejo.

—No estoy seguro de entenderla —le dije educadamente—, pero eso no es nuevo, en realidad.

Saqué el gato y me puse en pie. El cañón de la escopeta apuntaba a la nieve, pero me vigilaba atentamente mientras yo volvía a poner el neumático reventado y las herramientas en el maletero, y luego me metía de nuevo en el coche. Cerré la portezuela. Ella dio la vuelta y se acercó al lado del conductor. Cuando las marchas entraron, de pronto entendí con toda sencillez qué era lo que estaba vigilando ella en el campo. Bajé la ventanilla.

—Puede que no me haya ganado el derecho de entregar el regalo —dije—, pero creo que me he ganado el derecho de preguntarle lo que está protegiendo aquí. No me puedo creer que sean simplemente los fantasmas de tres músicos de rock.

—Estoy protegiendo mi ignorancia —me dijo.

No era lo que esperaba oír.

—Pensé que la ignorancia era el mal que me aquejaba a mí.

—Pues no es el único.

—¿Qué es lo que no entiende?

Volvió ligeramente la cabeza para mirar en dirección al campo.

—Le he dicho que busqué en el lugar donde desapareció Duster, busqué durante siete años, y aquí es donde lo encontré. Estaba segura de ello. En el centro, cerca de donde ha encontrado la cornamenta. Claro que entonces la cornamenta no estaba allí. Este lugar queda a unas nueve millas del terreno de los Lindstrom, en dirección opuesta respecto a donde vivíamos en aquella época, pero tuve una sensación potente y clara. Pensé que quizá lo habían asesinado y su cuerpo estaba enterrado aquí. —Cerró los ojos, pero los abrió de inmediato—. Lo cierto es que esperaba que lo hubiesen matado... quería un motivo...

—Ya veo —dije—. Pensé que protegía a su marido. Ahora lo entiendo.

—No esté tan seguro —dijo ella con tristeza—. Cuando cavé aquella noche, efectivamente, ahí estaba, un cráneo humano. Pero era el cráneo de un bebé, señor Gastin, un bebé de menos de un año, y llevaba allí desde mucho antes de que mi marido o sus músicos murieran. No había más huesos. Sólo el cráneo. Casi cabía en la palma de la mano. Así que, ¿entiende ahora por qué no podía dejarle llevar este coche ahí y prenderle fuego? Aquí hay fuerzas que superan mi comprensión, así que tenía que insistir en que usted demostrara la suya.

Me sentía como si mi cráneo brillase a la luz de la luna. Al final conseguí decir:

—No estoy seguro de que quisiera saber eso.

La señora Nogardam inclinó la cabeza encapuchada hacia la ventanilla abierta y esbozó una sonrisa rápida y seca.

—Yo tampoco. Lo único que consiguió es confundirme aún más. Pero si no queremos saber, ¿para qué buscamos? —Volvió a sonreír, casi como una muchacha, y luego se apartó del coche. Puso la escopeta a la altura de la rejilla para recordarme que actuara inteligentemente.

Salí dando marcha atrás hacia la carretera asfaltada, giré a la izquierda y me metí por ella tan rápido como me lo permitía la nieve. Aunque no tenía adónde ir parecía que tenía una prisa loca por llegar adonde fuera, aunque pensándolo bien había un lugar al que me moría de ganas de ir, y era muy lejos de toda aquella locura, del vendedor fantasma y la guardiana fantasma y los cráneos de niños iluminados por la luna y un regalo que al parecer se resistía a ser entregado, pero sobre todo quería apartarme de mi incapacidad permanente para encontrar el sentido a cualquiera de esas cosas, y el miedo enfermizo que me invadía de que no se le pudiera encontrar ninguno.

Cuando di con el coche del sheriff en el primer cruce (¿había llamado de verdad o sería una patrulla rutinaria?) estuve a punto de entregarme. Ahogué un impulso muy poderoso de cerrarle el paso y saltar de mi coche farfullando:

—Oficial, este Caddy está tan caliente que la pintura gotea y la botella de líquido blanco del asiento delantero es heroína pura de Hong Kong que vendo a niños, y los papeles de la guantera todavía tienen la tinta húmeda y al cadáver del bebé en el maletero le falta la cabeza y ¡vaya por Dios! no será un recipiente abierto con bebida alcohólica lo que tengo en la mano, chupapollas nazi abusaniños... Por favor, se lo ruego, ¡enciérreme! ¡Sí! Necesito que me detengan.

Pero no lo hice. Nos cruzamos tranquilamente en la carretera resbaladiza por la nieve. Observé sus luces traseras por el espejo retrovisor y vi cómo desaparecían hacia el lugar donde yo había estado, el lugar del que me estaba pirando. ¿Adónde ir a continuación, y por qué? «Sigue conduciendo», me dije a mí mismo, «por el amor de Dios averigua adónde vas». Pero ni siquiera eso podía hacerlo: debido a la nieve, las carreteras se habían vuelto tan peligrosas que tenía que limitarme a tararear, cuando lo que quería era dar un verdadero recital. No pude ni siquiera acelerar a más velocidad de la que indicaban las señales hasta que llegué a la I-35, de la que acaban de quitar la nieve y estaba limpia y pulida. Me fui en dirección sur, de vuelta hacia Des Moines, sobre todo porque había más estrellas en aquella dirección.

No quiero que dé la impresión de que se me estaba yendo la pelota. De hecho, me encontraba bastante estable, paralizado por la tríada que formaban la confusión absoluta, el terror y la depresión. Las cosas estaban tal y como las había planteado Gladys Nogardam con su absoluta frialdad: había fracasado. Me dije que si me quedaba algo de sensatez debía echarme la bolsa de lona al hombro y alejarme de todo aquel lío de mierda. Dejarlo mientras todavía estuviera detrás. Me encontraba ya en ese estado de ánimo en el que la huida se ve espoleada por la débil creencia y la patética esperanza de que lo que te persigue es peor que lo que te espera. Pero si no era lo bastante listo como para minimizar mis pérdidas, al menos sí lo era lo suficiente para detenerme y tomar aliento.

Después de conocer a Joshua Springfield, ¿cómo podría haberme resistido al motel El Refugio del Cuervo en el extremo norte de Des Moines? La recepciónapestaba a la fritura de hígado con cebolla del apartamento adjunto del gerente. En una mesita enfrente del mostrador había un cuervo disecado con las plumas raídas colocado encima de una calabaza ahuecada e iluminada. El gerente no dejaba de mirarme nervioso mientras me registraba, y a continuación examinó la ficha detalladamente mientras yo rebuscaba el dinero en el bolsillo.

—Ah, y con respecto a su trabajo, doctor Gass... ¿qué clase de pruebas farmacéuticas hace?

—Por mi cuenta —expliqué—. Pero ahora mismo estoy trabajando para los federales. Algunos de esos malditos beatniks están metiendo marihuana triturada en la aspirina para bebés Saint Joseph. Esta mañana he encontrado un lote en Fargo. La compañía dice que fue un envío dividido entre Fargo y Des Moines, así que he

venido a comprobarlo. Trataré de liquidarlo por la mañana. Llevo dos días sin dormir, y por eso agradecería mucho que no me molestaran. Me altero con facilidad. Y haga lo que haga, no se lo diga a nadie... no hace falta que empiece a cundir el pánico. Puede que ni siquiera estén en las estanterías todavía. Pero entre usted y yo, no dé a sus hijos Saint Joseph.

—Pensaba que la marihuana era verde. Debería ser fácil detectarla.

—Es verde, amigo, en su estado natural, y me gusta ver a un ciudadano alerta, pero la tiñen con tritripinato de mescalina.

—Alguien debería pegar un tiro a esos malditos cabrones —dijo indignado.

—Se me ocurre una idea: si la cosa se precipita, yo le daré los nombres de esos hijos de puta en cuanto los sepa. Puede que intenten tramar algo con los federales para ganar tiempo. ¿Sabe lo que quiero decir? Usted mismo podría cerrar el caso antes de que los cabrones tuviesen la oportunidad de llamar a sus abogados elegantes de Nueva York. ¿Tiene una tarjeta con un teléfono en el que pueda localizarle rápidamente? Debería estar listo para actuar en seguida.

Me dio una tarjeta junto con la llave de la habitación, aunque no parecía especialmente dispuesto a darme ninguna de las dos.

—Implicación ciudadana —le dije mientras me dirigía hacia la puerta—, eso es lo que separa a las ovejas de las cabras. —Me volví al llegar a la puerta—. Otra cosa: ¿bebe agua del grifo?

—Sí —dijo con aire vacilante.

—Un consejo: cómprese botellas. Algún babuino retrasado podría echar productos químicos al suministro de agua en cuanto se le ocurriese. Ácido lisérgico, extracto de hachís, cristales de opio... medio kilo de cualquiera de esas mierdas en el suministro del agua podría destruir Des Moines en una semana. Una mañana se toma una taza de café y diez minutos más tarde está en el tejado intentando meter la polla en la señal de neón. No piense que bromeo.

—Agua embotellada —repitió.

—Lo ha pillado. Ahora, en esta época, no hay seguridad. De hecho, nunca se puede estar seguro del todo.

Agarré mi bolsa de lona, seis latas de cerveza y el bote de speed del maletero y empecé a buscar la habitación 14. Me preguntaba por qué experimentaba un placer tan perverso engañando a todos los Harvey, Bubba y Walter Mitty del mundo. Cebándome en los indefensos no mostraba mucha personalidad, ni mucho corazón. No era de extrañar que fracasara o jodiera cada oportunidad que se me presentaba.

Pero la autoflagelación, destinada a levantar los verdugones de la autocompasión, se detuvo en cuanto entré en mi habitación. No es que fuera increíblemente espaciosa o estuviera decorada con gusto. Era una habitación corriente, con el papel pintado floreado amarillento por el humo, una alfombra de saldo verde y peluda, de Sears, un

televisor en blanco y negro Magnavox de quince pulgadas atornillado al escritorio, y una cama doble llena de bultos que probablemente había vivido más placer y desesperación sexual en un mes que yo en veinte años, pero la número 14 ofrecía un grato refugio de momentánea neutralidad, un espacio sin exigencias.

Cerré y eché el cerrojo a la puerta, puse mi bolsa en la mesita para equipajes, abrí una cerveza y me fui hacia el lavabo esperando encontrar una bañera espaciosa. La bañera no era lujosa, pero sí adecuada. Apreté con fuerza el tapón y abrí a tope el grifo del agua caliente. Mientras se formaba el vapor, me quité la ropa mugrienta y rebusqué en la bolsa algo que no hubiera llevado hacía poco. Tomé nota mentalmente de que debía lavar la ropa por la mañana, y sonreí ante la confianza que mostraba. Pero así era, ahí estaba el truco: continuar como si todo fuera normal. Necesitaba descansar, sobre todo de pensar, pero tenía que decidir lo que iba a hacer, ahora que había fracasado en la entrega y me había perdido.

En lo que tardé en cerrar el agua caliente, decidí que creía a Gladys Nogardam o que me daba tanto miedo que me cagaba encima. Cualquiera de las dos opciones era motivo suficiente para no intentar acercarme a medianoche al lugar del accidente, una idea que no me había percatado de que seguía contemplando en serio. No, la señora Nogardam me superaba. Pero lo que había comentado sobre volver al principio tenía cada vez más sentido. Con la exageración espiritual de ampliar el gesto, instigada por la paranoia infundada inspirada por El Zumbado de que los sicarios del Mugre podían estar esperándome, me había desviado de mi objetivo original y por tanto de mi camino, del objetivo sencillo y sin complicaciones de entregar el coche en la tumba del Bopper y desaparecer tranquilamente.

Según la información que había encontrado en la Biblioteca Pública de Houston, el Bopper, tal y como yo pensaba, estaba enterrado en Beaumont. El paso evidente que tenía que dar era conducir hasta allí y hacer entrega del regalo, y eso fue lo que decidí que haría tras dormir bien aquella noche. Aunque equivalía a un desvío de dos mil millas, podía apuntármelo como una experiencia educativa. La idea era la siguiente: levantarme temprano y volver a la carretera, descansado, relajado y más sabio. Y nada de recoger autoestopistas por el camino o hablar con alguien que pudiera desviarme de aquella tarea sencilla. Era demasiado sugestionable, demasiado vulnerable a mis propias dudas. Y tomé otra decisión más: si aquella vez no lo conseguía, me olvidaría de aquello y me iría. Abandonaría el viaje considerándolo un buen intento fracasado, víctima de mis propias meteduras de pata y del destino. Sería triste, pero no algo de lo que avergonzarse.

Entré a comprobar el agua de la bañera y saqué la mano en seguida: quería remojarme, no cocer langostas. Iba a darle al grifo del agua fría cuando pensé que no sabía qué cementerio de Beaumont contenía los huesos del Bopper. Eran las ocho más o menos, y estaba bastante seguro de que Texas y Iowa compartían la misma

zona horaria. Con un poco de suerte la Biblioteca de Beaumont seguiría abierta.

Si el agua hubiera estado seis grados más fría no habría llamado a la biblioteca antes de que cerrara y mi historia podría haber terminado en un lugar totalmente distinto. La temperatura del agua. Qué cosa tan tonta. Todo íntima y esencialmente ligado, millones de enrevesadas contingencias, ninguna carente de sentido, todas fundamentales en potencia, y las posibilidades mismas sujetas a infinitas intersecciones de tiempo, espacio y suerte... Es obvio que con una mente no basta.

Me senté con el culo desnudo en la silla del escritorio, dejé la cerveza cerca y marqué el número de información a través de la recepción del motel. El número de Beaumont estaba ocupado, así que pedí a la operadora que probara en Houston. La llamada fue bien. Una mujer contestó al segundo timbrazo:

—Biblioteca Pública de Houston, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Podría pasarme con información, por favor?

—Esto es información.

Procuré endulzar la voz.

—Muy bien, señora. Tengo una petición inusual, pero según lo que he descubierto en mi investigación hasta la fecha el mundo se volvería requeteignorante muy rápido si no fuera por la paciencia y la dedicación de ustedes las bibliotecarias, así que voy a arriesgarme y confiar en usted para solucionarlo. Estoy haciendo una investigación sobre músicos de los inicios del rock-and-roll y me falta una información sobre un músico de Beaumont conocido como el Big Bopper. Ése era su nombre artístico; su nombre real era Richardson, J. P.; Jiles Perry. Lo que quiero...

—Apuesto a que quiere saber dónde está enterrado.

Aquella respuesta captó mi atención.

—Vaya, ¿cómo lo ha sabido? ¿Las bibliotecarias son telepáticas?

—No, señor, es que es la tercera persona que ha llamado hoy preguntando dónde está enterrado este Bopper, y un hombre pidió ayer la misma información. Está claro que ese Bopper es muy popular por aquí estos días.

—Yo estoy escribiendo un artículo para la revista *Life*. No sé si estos otros tipos son reporteros, investigadores, o sólo ciudadanos interesados.

—Yo tampoco lo sé. No me lo han dicho. Pero puedo decirle sin ir a buscar los recortes de prensa que el señor Richardson murió en un accidente de avión el 3 de febrero de 1959, en los alrededores de Mason City (eso está en Iowa), y que está enterrado en Beaumont, en Forest Lawn. ¿Era eso lo que quería?

Al inclinarme hacia adelante en la silla, el culo desnudo chasqueó en el vinilo como si protestara. Compartía el mismo sentimiento.

—El lugar donde está enterrado, señora, eso es lo que quería. No me interesa el lugar del accidente. ¿Sobre eso están escribiendo los otros investigadores, sobre el lugar del accidente?

—Para serle franca —bajó la voz en tono confidencial—, los dos hombres que han venido hoy parecían más interesados en el hombre que estuvo aquí ayer que en el señor Richardson. No es que vinieran directamente y me lo dijeran, pero entiendo que el otro tipo les había robado unas notas de su investigación, ¿no? Le preguntaron a Helen (ella trabaja en el otro turno) qué aspecto tenía, qué clase de coche conducía, qué quería, esas cosas. También hablaron con Peebles, el guardia de la mañana.

—Me suena a la típica rivalidad de investigación. No se creería cómo las gastan algunos de esos investigadores.

—Lee (el conserje, Leland Peebles) no pensaba lo mismo.

—¿No?

—No, señor. Me ha dicho que habló con el joven del sombrero estrafalario ayer cuando vino. Llevaba un sombrero rosa chillón, pero no lo vi. No entro hasta el mediodía. El caso es que Peebles me ha dicho que el joven o estaba loco o drogado, y cree que los otros dos lo están buscando por robarles el coche o algo de dinero.

—No veo qué tiene que ver todo esto con el Big Bopper.

—Yo tampoco, pero debe de tener algo que ver. Todos preguntan por el señor Richardson.

—Bueno, muchas gracias por ayudarme. Se lo agradezco mucho, créame. Y la verdad es que ha despertado mi curiosidad sobre los otros dos tipos; espero que no hablemos los tres de lo mismo.

—Me alegro de haberle ayudado. Bueno, buenas noches.

«¡No!», me grité a mí mismo mientras volvía a marcar frenéticamente el teléfono de información de Houston para pedir el número de Leland Peebles. «Ayudadme. Soy el bueno».

El señor Peebles reconoció mi voz antes de que pronunciara siete palabras de mi torpe estratagema.

—Señor, no me quiero meter en esta mierda, de ninguna manera, ni de lejos. No quiero nada, gracias igualmente. No le conozco y no les conozco, pero le voy a decir una cosa, y es que los hombres que le buscan son exactamente de esos que uno no quiere que le encuentren. De esos grandes y malos, ¿entiende? Ya tengo mis propias preocupaciones, no necesito las suyas ni las de ellos tampoco. Así que adiós.

Y colgó.

—¡Espere! —grité. Cuando la única respuesta fue el zumbido vacío, me derrumbé. La paranoia empezó a jugar con mi cerebro como si fuera una máquina del millón, y ya había acumulado siete juegos extra cuando colgué. Las luces y los contadores se iluminaban y saltaban, los destellos explotaban en la oscuridad, eran amarillos lívidos y rojos chillones. Vi a los dos matones en la recepción del motel, en aquel mismo instante, mostrando mi fotografía a nuestro atento gerente.

—Sí, claro, el tipo de la 14, ése es. El que trabaja para los federales.

Me vi a mí mismo atado a la silla en la que estaba sentado, y un tipo como el doble de grande que Bubba amordazándome con una pelota de ping-pong y un trozo de cinta adhesiva ancha mientras el pequeño sacaba sus herramientas de un maletín negro como de médico.

Con un zapato en la mano y un brazo metido en una pernera del pantalón, iba buscando la ropa. Tiré la cerveza de la mesa al ponerme a cuatro patas a buscar el otro zapato. La cerveza fría empezó a chorrear por el borde del escritorio, por mi espalda y la raja del culo. Mi cerebro gritaba ¡HEMORRAGIA! cuando una voz cortante me habló, no con indignación ni odio, sino tranquila y divertida:

—George, no sólo con la mente no basta, sino que, evidentemente, es demasiado.

Y aquella voz atajó mi pánico, lo cortó. Era yo, claro está, a no ser que hubiera encerrado a alguien en la habitación conmigo, pero la voz parecía proceder de fuera de la persona huidiza que tendía a considerarme yo mismo. Me toqué por detrás y palpé sin atreverme apenas la humedad que me corría por el culo, y luego me examiné los dedos. Cerveza. Me sentí terriblemente humillado: me había derrumbado por la presión como una transmisión barata que se desmonta en marcha. Me preguntaba abyectamente en qué clase de charco tembloroso de mierda me convertiría si los especialistas del Mugre llegaban a pillarme algún día.

Revestido de una especie de dignidad fatal me fui al baño, alegrándome de que el espejo estuviera tan empañado de vapor que fuera imposible verme la cara. Recogí la cerveza con la toalla de la percha, y a continuación reuní la ropa más limpia que pude encontrar y la coloqué con cuidado en la cama. Así que los tipos malos me seguían la pista. ¿Se derrumbaría el Zorro? Claro que no, joder. ¿Hopalong Cassidy? Será una broma... ¿Davy Crockett, John Dillinger, Zapata, Errol Flynn? ¿Estarían estos tipos rebuscando en el suelo de la habitación de un motel, demasiado asustados por la simple idea de que llegara la hora de la verdad y vinieran a buscarles? Está claro que es una broma. Volví a entrar al baño y escurrí la toalla en el lavabo. Luego me miré y limpié el espejo. No había ningún Zorro valiente ahí, ningún Dillinger de mirada fría; ni capa ni espada. Sólo yo, con la mirada anfetamínica, los labios temblorosos, barba de varios días, sudoroso y con la polla arrugada. Me dirigí a la bañera, me metí dentro y me hundí en ella.

Traté de no pensar, pero era como intentar no respirar. Mi primer pensamiento, por extraño que parezca, fue que tenía que llamar a Gladys Nogardam y advertirle que quizá debía esperar malas compañías. Mi segundo pensamiento fue llamar a la Biblioteca de Houston y dejar una advertencia para los matones, por si pensaban ir a casa de ella. Aquello me animó. Si una mujer de noventa y siete años podía mantenerse firme, yo también sería capaz. Si Joshua Springfield podía llevar su *Expreso Celestial* a una ciudad aletargada y enfrentarse a la versión preponderante de la realidad, carente de todo sueño, sin pestañear siquiera cuando empezó el tiroteo,

desde luego, yo podía seguir soñando. A fin de cuentas, Gladys admiraba mis agallas, o eso había dicho, y me dispararían al igual que a Joshua. Y Donna intentó quitar el mal olor de la leche agria de aquel sofocante tráiler y alimentar a los niños: si ella podía continuar, ¿qué era lo que me detenía? Además del miedo, la duda y no saber adónde ir.

Qué hacer, adónde ir; la misma mierda aburrida de siempre. Vete a dormir. Vete cagando leches a Beamount hasta ponerte delante de sus mismísimas narices y quémalo en la tumba del Bopper. O llama por teléfono, pide un taxi para el aeropuerto, reserva un asiento al siguiente vuelo para México. Que se joda el regalo y vete volando.

Pensar, pensar, parando sólo para añadir más agua caliente o meterme otra cerveza. A las dos de la madrugada se me había acabado la cerveza, tenía la cara en carne viva por el vapor, y el cuerpo estaba empezando a arrugarse y empequeñecerse bastante, así que me levanté, chorreando y arrugado, y observé el agua que bajaba en espiral por el desagüe, un círculo succionado por sí mismo, desapareciendo hacia donde fuera... las tuberías, la alcantarilla, la cloaca, de nuevo evaporándose en el aire, cayendo otra vez en forma de lluvia para las raíces, y recordé luego que Gladys Nogardam había dicho: «Siempre puede intentar volver al principio».

Me pasé la hora siguiente dando vueltas por la habitación desnudo, intentado imaginar algún tipo de principio al cual volver, y pensé que debía de estar desesperadamente perdido si intentaba encontrar un comienzo sólo para comenzar otra vez, suponiendo que fuera capaz de distinguir los principios de los finales, suponiendo que no fueran sólo ilusiones.

Así estaba en la habitación 14 del motel El Refugio del Cuervo en Des Moines, Iowa, a las tres de la mañana. Me sentía totalmente fracasado, aterrorizado, atenzado por la duda, la cerveza y el speed. Andaba y andaba sin parar. Creo que fue el ritmo monótono del andar y no la monotonía de mis pensamientos lo que me trajo a la memoria el eco del principio que buscaba. Big Red Loco que se subía al estrado para tocar «Mercury cayendo», y adaptaba su aliento al silencio que habíamos escuchado juntos mientras el coche saltaba por el borde y caía, caía sin parar, y desaparecía, y luego estallaba en el fragor de las olas que rompían en las rocas. La misma noche que el pequeño Beechcraft cayó como una bola de fuego en un campo de maíz de Iowa. La primera noche que tuve a Kacy desnuda entre mis brazos. Ése era el principio que yo deseaba que volviera. No quería recuperar el pasado, sino abrir el presente. No quería un renacimiento, ¿comprendes?, sino este nacimiento. Esta vida. Mi amor desorientado, mi música desgraciada, mi fe tambaleante. Y que, aun así, eran un amor con esperanza, una música con la que todavía podía bailar, y una fe que repentinamente se afirmaba con el sentimiento de que al fin había acertado, de que sabía adónde iba: que describía un círculo completo y volvía a aquella curva por

encima de Jenner. Un plan que me resultaba familiar, que incluso puede que fuese el original, y que me hizo reír. Mi risa sonó un poco turbadora, extrañamente salvaje.

Me vestí, guardé mis cosas, dejé diez pavos en la mesilla por las llamadas telefónicas que probablemente me habían salvado el pellejo y salí y puse en marcha el Caddy. Mientras se encendía pacientemente y aumentaba de temperatura respecto al frío helador de antes de amanecer, guardé la bolsa de lona y celebré el nuevo comienzo del final con un sorbo de speed mezclado con cerveza, la primera de las seis latas que quedaban en la nevera. O yo me había concentrado demasiado o él no había aparecido todavía, el caso es que no me fijé en mi fantasma hasta que quité el freno de mano. Estaba sentado en el asiento delantero del pasajero, observando. Nuestras miradas se encontraron.

—Estás loco, ¿sabes? —me dijo.

—Lo sé.

—Bueno, haz lo que te dé la gana.

—Déjame en paz si no vas a ayudarme —le increpé, pero ya había desaparecido.

Hice girar el cohete blanco por el aparcamiento, me metí por la calle vacía y ocho manzanas más tarde encontré el acceso a la autopista que quería. Estaba un poco resbaladiza y había nieve de la tormenta del día anterior apilada en los arcones. La cogí con facilidad, notando la carretera. Cuando llegué al cruce de la I-80 paré a poner gasolina. Me quedé sentado mirando el dinosaurio del logo de Sinclair mientras el aburrido empleado llenaba el depósito. Cogí la I-80 en dirección oeste y me dirigí hacia la costa de California. Un Kenworth grandote pasó zumbando por mi lado al meterme en la autopista otra vez, y yo toqué el claxon y le hice señas. Él me pitó como respuesta. La carretera estaba cubierta de nieve medio derretida en algunos sitios, pero en general estaba bien. Una señal verde indicaba OMAHA 130. Puse Bill Haley y los Comets en el tocadiscos, «Rock Around the Clock», y luego le metí más caña al pedal. Si alguien me estaba persiguiendo, iba a quedar muy atrás. Todavía me quedaban mil ochocientas millas, pero me estaba acercando rápido.

Llegué a Omaha antes de las seis, hora Central. La luz empezaba a teñir el cielo. Soplaban un fuerte viento de costado procedente del norte, pero la carretera estaba despejada. Era como si navegara directamente a la costa. Esperaba llegar a Jenner antes del siguiente amanecer y pensé que si me ahorraba dos horas en el cambio de hora y lograba hacer ochenta millas por hora de promedio, podía hacer varias paradas y aún tendría el tiempo de mi parte. Las cosas pintaban bien.

No obstante, un par de asuntos me preocupaban. Uno era el neumático con restos de perdigones en el maletero, que ya no servía de nada. La goma de la parte de delante estaba nueva, pero nunca me ha gustado ir sin rueda de recambio: no puedo soportar lo idiota que te sientes cuando tienes un pinchazo. Y aunque no tengo pruebas estadísticas, la experiencia personal me ha convencido que tienes un

cincuenta por ciento de probabilidades más de sufrir un pinchazo si no llevas ruedas de recambio.

Y luego estaba mi fantasma. No que hubiera vuelto para vigilarme o cualquier otra cosa alarmante, sino el mero hecho de que hubiera aparecido. Me imaginé que era una alucinación fruto de la angustia mental y el agotamiento físico, y las alucinaciones no eran algo nuevo para mí. Me parecía que era el día anterior cuando había bailado con un cactus bajo las estrellas fundidas en el desierto, y cuando había visto a Kacy en una camarera de Oklahoma y se me habían ablandado las gónadas. Reconocía una alucinación cuando la sufría, y había conducido el camión el tiempo suficiente para saber lo que podía hacer la vista cansada y excitada ante un espejismo provocado por el calor, juegos de luces y sombras, semejanzas sugeridas por formas borrosas o distantes, imágenes fantasmales bailando en los nervios ópticos cuando un conductor que se acercaba se olvidaba de bajar las luces largas y te dejaba medio ciego y te hacía pestañear a su paso, todo tipo de locuras horribles que sucedían en la oscuridad. Pero nunca antes había visto a mi fantasma.

Claro que hay una primera vez para todo, pero me preocupaba, como he dicho, especialmente dado que se suponía que Lewis Kerr me había devuelto mi fantasma perdido la noche anterior. No quería plantearme la posibilidad de que fuera mi fantasma de verdad, ya que tal y como yo lo entendía, los fantasmas eran espíritus incorpóreos de los muertos, y yo no estaba muerto, de eso estaba seguro. Aunque, como un disco del embrague que perdiera aceite, aquella certeza estaba empezando a patinar. Si los fantasmas eran espíritus de los muertos y yo no estaba muerto, puede que fuera un anticipo de lo que iba a pasar, una advertencia para que tuviera cuidado. O quizá, y aquella idea me pareció tan ridícula que inmediatamente acepté que era posible, estuviese hechizado por mi propio fantasma.

Era mío. Estaba convencido de ello, aunque recordando su visita tenía que admitir que más que verlo lo había sentido, o quizá lo había visto porque lo había sentido claramente. Pero tanto si era un fantasma como una alucinación, un espejismo o una psicoproyección, era parte de mí.

Y aun así no estaba asustado. Porque no pensaba que fuera real, al menos no real en el sentido en que eran reales la sangre del pequeño Eddie, la música de Red o la calidez envolvente de Kacy. Y tanto si era real como si no, mi fantasma no parecía amenazador. En cualquier caso, parecía tener ganas de ayudar: me había señalado que estaba loco más como recordatorio que como juicio de valor o advertencia. Puede que ahora estuviera lo bastante loco como para haberme dividido en dos, lo cual ya me iba bien; me sería muy útil una mente de recambio.

En Lincoln paré en otra estación de Sinclair para que me llenaran el depósito. Estaba empezando a pensar que aquel dinosaurio verde era un amuleto personal que me daba buena suerte. Quería que su zumo exprimido me aportara energía para llegar

a la costa. Le dije al empleado del surtidor que llenara hasta arriba el depósito con vino de la gravedad. Él me miró perplejo, señalé en dirección al dinosaurio que daba vueltas por encima de nosotros, encima de la marquesina, y le expliqué:

—Un poco de zumo de dinosaurio de primera calidad de ocho octanos de la cosecha del mesozoico. Gasolina.

Pareció encantado de apartarse de nuestra conversación y ponerse a llenarlo. Al abrir el maletero para sacar el neumático destrozado, me advertí a mí mismo que Lincoln, Nebraska, a las 6.30 de la mañana, no era un buen lugar para sucumbir a un ataque de verborrea alocada.

El neumático estaba destrozado, tal y como recordaba, pero la llanta tenía buen aspecto. Lo levanté para que el empleado lo examinara.

—¿Tiene de este tamaño?

—Creo que sí, señor —dijo, mirando la goma reventada—. Por el amor de Dios, ¿qué le ha pasado?

—Infravaloré la determinación de una anciana.

Meneó la cabeza.

—Pues sí, creo que sí.

Aunque tenía uno en reserva, no pudo (o no quiso) montarlo hasta que viniera un segundo empleado a las ocho para ocuparse de los surtidores. Pareció asustarse cuando me ofrecí a montarlo yo mismo, o a vigilar los surtidores mientras lo hacía, y murmuró algo sobre problemas con el seguro. Pensé: Que le den por culo. La rueda delantera tenía suficiente buena pinta para llegar a Grand Island; de hecho la goma estaba tan bien que podía llevarme hasta Alaska si me arriesgaba.

Nebraska es un estado llano. Las carreteras son tan rectas que tienen que poner bandas sonoras para evitar que te duermas al volante, pero es un terreno estupendo para ir rápido, y me mantuve a noventa y tantas todo el camino. El tráfico era ligero, y el viento fuerte de costado dejó de soplar poco después de Lincoln.

Empezaba a parecer el clásico día de otoño, fresco y lleno de color, cuando llegué a Grand Island ciento cincuenta millas y noventa minutos después. Acababa de entrar a la ciudad cuando vi un letrero donde decía NEUMÁTICOS Y PUESTA A PUNTO AL HAY LOCK, y va y en el letrero aparecía nada menos que la imagen de un árbol del caucho. Sí, señor, ése es el tipo de anuncio que atrae a un hombre que busca el comienzo, la materia prima, la fuente sin refinar. El mecánico dijo que tardaría unos diez minutos en montar la rueda, y yo le pedí que cambiara el aceite y el filtro, ya puestos, y que le diera un repaso general también. Fui al aseo a evacuar un poco de cerveza, y luego a buscar un donut para echárselo a mi estómago que no dejaba de gruñir.

Había un comedero barato dos manzanas al oeste, me dijo el mecánico, así que me dirigí hacia allí. Dar un largo paseo bajo el sol matutino me iría bien después de estar sentado detrás del volante durante horas. Comprobaba el tráfico mientras

cruzaba una calle lateral cuando un letrero enorme, de color amarillo verdoso, en la azotea de un edificio del tamaño de un tranvía grande captó mi atención: ELMER, LA CASA DE LAS MIL RISAS. Todas las «aes» del letrero estaban inclinadas como cabezas echadas hacia atrás al reírse, y de hecho tenían pintadas cara, ojos cerrados y grandes bocas abiertas de las cuales surgían, en un texto de color rosa pálido, rebuznos, risitas, carcajadas, bufidos, gritos, vítores variados y otras expresiones de diversión y deleite.

Me atrajo lo extraño que era el lugar, pero me dije que no debía distraerme en aquel momento en que las cosas me estaban saliendo bastante bien. Además, la tienda parecía cerrada. Pero justo cuando decidí irme, alguien empezó a ondear una bandera blanca en el escaparate como si quisiera captar mi atención o indicar su derrota, o quizá propiciar una reunión en terreno neutral.

Al acercarme, vi que la bandera ondeante no era tal sino un cartelito improvisado con papel de envolver que una mujer estaba pegando dentro del escaparate, ESPECIAL HALLOWEEN, CONSIGA AQUÍ SUS TRUQUITOS. ¿Quién podía resistirse? Sobre todo cuando me di cuenta de que la mujer detrás del cristal tenía la cara más adusta que había visto jamás. Parecía que para desayunar había tomado un cuenco de alumbre y una taza de asco sin gracia.

En la puerta, escrito con letra pequeña y clara, había otro letrero: «Gastar una broma es ganar una risa». Encima se veía uno de esos rectángulos de plástico con dos esferas de reloj que suelen usarse para indicar las horas de apertura, pero habían quitado las manecillas. En una de las esferas las letras descoloridas por el sol decían: «El tiempo es oro». En la otra: «¡Plata no es!».

Me lo estaba replanteando en serio, pero al final empujé la puerta y entré. Me detuve inmediatamente en seco cuando oí una voz masculina y ronca que susurraba nerviosa:

—Edna, ¿has oído eso? Dios mío, creo que es tu marido.

—Es una de las bromas de Elmer —me informó una cansada voz femenina—. Una grabación. Al tocar el circuito en la puerta se activa. Le he dicho a Elmer que es malo para el negocio pero no me hace caso.

La que hablaba era la mujer con cara adusta que había visto en el escaparate. No parecía más feliz bajo la lúgubre iluminación de las dos bombillas de cuarenta vatios que iluminaban la tienda. Tenía cincuenta y tantos años, medía poco más de metro y medio y todo indicaba que estaba encogiéndose rápidamente. Iba vestida de arriba abajo de negro aburrido exceptuando un broche grande y redondo en el pecho, una calabaza sonriente de color naranja chillón con la leyenda QUEREMOS QUE LOS NIÑOS SE DIVIERTAN. Mirando su cara estrecha y sus labios apretados, la frase me pareció más un reconocimiento personal de su pérdida que un llamamiento a salvaguardar la inocencia: sus ojos castaños y sin brillo habían abandonado la diversión hacía mucho

tiempo.

—No importa. —Le sonreí para demostrarle que sabía encajar una broma. Mi instinto me llamaba a animarla.

—No nos queda mucho material —me dijo—, pero vaya y eche un vistazo. Si necesita ayuda estaré detrás del mostrador.

Era una tienda de artículos de broma: muelles que dan calambres para ponérselos en la mano, cojines que emiten largas flatulencias cuando te sientas encima, estilográficas diseñadas para gotear y manchar a la persona desprevenida, flores de solapa de plástico con resortes escondidos llenos de agua para mojar a las personas que las huelen, caleidoscopios que dejan a quien mira a través de ellos con un ojo negro... esa clase de cosas, y más estanterías vacías que mercancía.

La sección de plásticos captó mi atención. Una caca de perro que parecía tan real que casi se olía. Debajo de ella, extremidades cortadas: yemas de los dedos para poner en la cerveza de alguien, dedos enteros para colocar como cuña en las puertas, la mano entera para debajo de la almohada o en el borde de la taza del baño, no digamos ya las serpientes, arañas, murciélagos, escorpiones y moscas de plástico, y ratas de alcantarilla horriblemente hinchadas que al momento me imaginé flotando panza arriba en la piscina de alguna urbanización. Junto a los animales había charcos de plástico de vómito con trozos realistas de patata y carne a medio digerir. Ninguna de estas cosas me hizo reír, pero tengo que admitir que sonreí.

En la siguiente sección había carteritas de cerillas que no se encendían, papel de fumar saturado con sustancias químicas invisibles que provocaban náuseas al fumador, cargas explosivas para cigarrillos y cigarros, y cajas de velas de cumpleaños que parecían normales pero no se podían apagar. Esto último me pareció muy cruel. Si no logras apagar las velas de cumpleaños, tu deseo no se hace realidad, aunque tampoco es que vaya a hacerse realidad de todos modos, lo cual supone un tipo de crueldad distinto. Pero si no logras apagar las velas, ¿el cumpleaños se hace eterno, el deseo sigue vivo sin un futuro que lo garantice, que lo niegue, que lo traicione? Las velas no me hicieron reír, pero como me ofrecían muchas posibilidades decidí comprar una caja.

La siguiente sección estaba dedicada al humor de tipo químico. Un jabón espléndidamente envuelto que prometía que la piel de la persona se volvería de un verde gangrenoso media hora después de aplicarlo. Una cosa llamada Uro-Stim que resultaba invisible cuando se disolvía en líquido y que garantizaba que generaba en cualquier persona que se lo bebiera la necesidad frenética de mear. Inmediatamente pensé en un par de poetas pesadísimos de North Beach a los que les irían bien unos chorritos en el vino que tomaban antes de sus recitales. También estaba el Rainbow P, un paquetito de seis cápsulas incoloras que teñían la orina de colores diversos. Se me ocurrió que el Uro-Stim y el Rainbow P formarían una combinación demoledora:

hacer que la víctima fuese dando saltos de puntillas y haciendo muecas al meadero y que soltase un chorro de orina color granate... y que mirando hacia abajo, perplejo, pensara: «¡No me puede pasar esto a mí! Por Dios, ¿a quién me estuve follando anoche?». Me eché a reír. Estaba claro que empezaba a entonarme.

Me salté la sección de cartas de baraja, algunas de ellas recortadas o marcadas para hacer trampas, otras hechas obviamente para contemplarlas («52 Bellezas Distintas. Ninguna Pose Repetida») y rebusqué en una sección variopinta con esposas chinas, globos llamados Revienta Pulmones porque no podías inflarlos con nada inferior a un compresor de aire, y una sartén que parecía barata, supuestamente forrada con un componente antiadherente revolucionario, aunque el texto que la acompañaba aseguraba que el revestimiento milagroso se fundiría y formaría una sustancia epoxídica para uso industrial a los dos minutos de calentarla, de manera que los huevos se quedarían soldados al fondo.

«¿Qué clase de mente piensa en semejantes cosas?», me preguntaba mientras revisaba la cera para el bigote que se caramelizaba quince minutos después de aplicarla, una caja polvorienta de sorpresas de chocolate (la sorpresa era o bien un relleno de regaliz pegajoso o una cápsula escondida de extracto de jalapeño crudo), un muestrario de utensilios de cocina de goma y solo, al final de una estantería vacía, un bote grande color magenta con tapón de rosca que parecía un envase de piezas de construcción de juguete, pero con unas letras doradas que lo identificaban como «Dulces S. D. Rollo, Los Mejores Dulces a Este Lado del Cielo». No decía qué eran. Desenrosqué la tapa para echar un vistazo y ¡joder!, saltó una serpiente gigante enroscada que ocupaba media tienda. Tenía la piel de franela de un amarillo cegador con lunares azul cielo y rosa chicle chillón, sólo un poco más discretos que mi sombrero, y los ojos negros de botón brillantes como el pecado y la lengua de terciopelo rojo rígido dispuesta a mentir por puro placer. El susto de la serpiente saltarina hizo que se me cayera la caja de Uro-Stim, y que la pisara mientras me apartaba para retirar la serpiente de encima de los cojines pedorros. Me puse más rojo que la lengua escarlata de la serpiente e intenté farfullar una disculpa ante la amargada empleada, que ni siquiera había levantado la vista de lo que estaba haciendo. Me encontraba sumido en la confusión cuando una voz familiar gritó:

—Oye, George. —Y al darme la vuelta vi a mi fantasma señalando hacia una pila de cajas blancas pequeñas—. Pásame un par de ésas, ¿quieres?

—¿Qué son? —pregunté, pero entonces ya había desaparecido.

—¿Disculpe? —gritó la mujer detrás del mostrador.

Al intentar darme la vuelta tropecé con la maldita serpiente y me di contra la estantería de cojines pedorros, agarrando uno instintivamente para frenar la caída. Lo logré, pero con el largo acompañamiento de lo que los jóvenes de Jacksonville solíamos llamar un «chillido de culo prieto», sólo que éste terminaba más bien como

una sirena que se hunde en un fango burbujeante.

—¡Dios mío! ¿Está usted bien? —La mujer me miraba y parecía aún más cansada que antes.

—Bien, no pasa nada —dije entre dientes, levantándome del suelo con el cojín pedorro bajo un brazo y cogiendo la serpiente por el cuello con la otra mano.

—Le he dicho a Elmer que debería poner una advertencia en la maldita serpiente, pero él cree que ya hay demasiadas bromas explicadas. Cree que la gente no puede desarrollar su sentido del humor si no experimentan la broma por sí mismos. Venga, deje que le ayude a meter otra vez la serpiente dentro.

—No, no hace falta, la tengo. —Disfruté volviéndola a meter en el bote—. Y no se preocupe por las cosas que he pisado, iba a comprarlas de todas formas. —Enrosqué la tapa de los Dulces S. D. Rollo entusiasmado—. ¿Cuánto cuesta esta serpiente horrible?

—Diecinueve con noventa y cinco —dijo. Su voz sonaba consternada.

—Eso es mucho. —Me imaginaba que costaría un par de pavos.

—La empresa que la fabricaba, Artículos de Broma Fallaho, cerró hace un par de años. Ya no las hacen de franela, ahora las hacen fuera, de plástico, pero el plástico no resiste. Tres o cuatro saltos y el plástico se rompe. Y el muelle es de una aleación nueva, no de acero. Elmer quería conservarla como objeto de coleccionista, pero ya tenía ocho o nueve así que insistí en que debía ir a la estantería... Elmer puso un precio muy alto diciendo que uno tendría que estar loco para comprarla.

—Elmer y usted son socios en la tienda, ¿verdad? —De repente me interesó el viejo Elmer.

—Soy su esposa.

—Señora, si me dice que Elmer tiene cáncer o ha desaparecido misteriosamente, voy a atravesar su escaparate y salir corriendo como un gamo hacia el océano Pacífico.

Abrió la boca sorprendida.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque estoy lo bastante loco como para comprar esta maldita serpiente —le dije, dejando la lata con la serpiente en el mostrador—, y el cojín pedorro éste, y el Uro-Stim y un poco de Rainbow P, y estas velas de cumpleaños que no se pueden apagar, y un par de cajas de esa cosa de allí, lo que sea... mi fantasma las quiere. ¿Qué son?

—Rabi-Tabs. Son tabletas pequeñas que se ponen bajo la lengua y se convierten en espuma. Hace que sueltes espuma por la boca. Como si tuvieras la rabia.

—Me llevaré dos. —Me fui hasta allí y las cogí de la estantería—. ¿Quieres alguna cosa más, Fantasma? —dije en voz alta. No contestó. Recogí la caja aplastada de Uro-Stim de vuelta al mostrador.

—¿Habla con él? ¿Con un fantasma? —La consternación y el agotamiento sumaron fuerzas en su voz.

—Ajá. Eso creo.

—A Elmer le gustaría usted.

—Señora —pregunté con delicadeza, pensándomelo mejor—, ¿dónde está Elmer? ¿Dónde anda?

—Está en el hospital. En Omaha —respondió, como si le sorprendiera que no lo supiera.

Me sentí culpable por haberle obligado a contarme algo tan doloroso.

—Lo siento. Espero que no sea nada grave.

Levantó la vista para mirarme y dijo en un tono monótono:

—Pensé que todo el mundo lo sabía. Fue hace diez meses, en la última Nochebuena. Fue a la misa del gallo y metió un nuevo tinte dental en el vino de la comunión. A todos se les pusieron los dientes de color morado intenso. La gente estaba furiosa. Era Navidad. Sabían quién lo había hecho, claro, y arremetieron contra él. Salió corriendo de la iglesia, me dijeron que riéndose como un loco, y resbaló en los escalones helados y se abrió la cabeza. Ha estado en coma desde entonces, en la Sala de Veteranos. Los médicos dicen que no saben qué es lo que lo mantiene vivo.

«Voy a verlo cada semana. Aunque no me reconoce. Tiene una sonrisa feliz, enorme. Nunca cambia, o al menos ninguno ha visto que cambiara. Una vez intenté bajarle las comisuras de los labios, para que pareciera más digno, ¿sabe?, pero se le volvieron a subir. Pero nunca abre los ojos, no me mira, nunca dice nada. No sé si está contento o paralizado o casi muerto. Voy a vender todo lo que hay en la tienda. Supongo que estoy esperando a que se muera, y ni siquiera sé por qué espero a que ocurra eso».

—Creo que está contento —le dije—. Y creo que este fin de semana va a abrir los ojos y mirarla y decirle: «Cariño, huyamos a Brasil y empecemos otra vez». Pero si no lo hace, si se muere, espero que pueda sentarse en su lápida y reírse, reírse de verdad, desde lo más hondo, por él y por usted.

—No tiene gracia —repuso ella.

—Alguna debe de tener. ¿Por qué perdérsela?

—Usted tampoco le ve la gracia —dijo amargamente, y empezó a marcar mis compras.

—Debe deshacerse de su marido —dijo mi fantasma. Apareció durante un instante por encima del hombro de ella antes de desvanecerse.

—¿Ha oído eso? —pregunté a la mujer, aunque no había dado ninguna señal de haberlo oído.

—No —levantó la vista—, ¿el qué?

—Mi fantasma ha dicho: «Debe desvivirse por su marido».

—Usted es igual que Elmer. Le encantaba Halloween.

—Mi fantasma es como Elmer. En realidad yo soy como usted. Sólo que no espero. ¿Sabe por qué? Porque el tiempo es oro.

—Lo sé, lo sé —hizo un gesto con una mano—, plata no es. —Me entregó la bolsa con mi compra—. Que su fantasma y usted tengan un feliz Halloween. —Ojalá hubiera sonreído cuando lo dijo.

Me fui directamente a la tienda de neumáticos. El Caddy estaba listo, esperándome, brillante bajo la luz del sol. Puse la bolsa de artículos de broma en el suelo delante del asiento del pasajero, exceptuando el cojín pedorro, que coloqué cuidadosamente en el asiento. Si mi fantasma aparecía otra vez durante el trayecto, quería averiguar si lo haría sonar. Aquélla debía de ser la primera trampa de pedos diseñada jamás para detectar la presencia física de un fantasma. Nunca está uno demasiado loco para realizar experimentos físicos, en realidad.

Pagué el neumático y la puesta a punto, y a continuación di varias vueltas a la manzana con el coche para asegurarme de que rodaba bien. No podía haber ido mejor. Me dirigí hacia la I-80, parando en el camino para obtener energía de dinosaurio en Sinclair, y luego en el Allied Superette a comprar una docena de latas de Bud para rellenar la nevera. El reloj del salpicadero señalaba las nueve y veinte. Tomé un sorbito del speed líquido para seguir circulando, y unos pocos minutos después iba a toda mecha por la Interestatal, en dirección a California.

Utilizando mi cerebro sobreestimulado, calculé que el Caddy llegaría al Pacífico en unas veinte horas, unos mil doscientos minutos. Tenía prácticamente doscientos discos en el asiento de atrás, de dos caras cada uno, digamos que tres minutos por cara, seis por disco... ¿qué te parece? Sacando la calculadora celestial, aquello suponía unos mil doscientos minutos de música si se escuchaba toda, y eso era exactamente lo que me proponía hacer. Sentía que empezaba a alcanzar ese punto en el que uno ha tomado demasiado speed y no ha dormido suficiente, y la música amansa a las fieras. Dejé a un lado todo lo que fuera del Bopper, Buddy Holly y Ritchie Valens; parecía apropiado reservarlos para el último tramo salvaje junto al mar.

Entre mirar a la carretera y revolver discos tardé diez minutos en prepararme. El eje del plato de Joshua podía abarcar hasta diez apilados, lo cual significaba que lo único que tenía que hacer era darles la vuelta cada media hora y cambiar la pila cada hora. La primera canción, «Now or Never» de Elvis, me pareció adecuada. Me recliné en el asiento y conduje mientras lo oía cantar suavemente.

De Grand Island pasando por North Platte y hasta la frontera del estado, Nebraska se vuelve aún más llana, si es que eso es posible. No hacía falta ni conducir; bastaba con poner el coche en automático y no salirse de las líneas. Es aburrido, y supongo

que el aburrimiento fue lo que me inspiró la idea de lanzar los discos por la ventana una vez puesta la pila entera. Cuando se me ocurrió esto ya tenía un arsenal de veinte discos, así que si me limitaba a volverme una vez cada dos canciones, hacía un poco de ejercicio cada seis minutos. El resto del tiempo lo tenía bien ocupado bebiendo cerveza, escuchando la música a un volumen que podría desgarrar los tímpanos, eligiendo objetivos adecuados, y, lo mejor de todo, combinando títulos con sus destinos. «I'm Sorry» de Brenda Lee, por ejemplo, lo dejé caer en el carril lento para que lo atropellaran. Lancé «Bird Dog» de los Everly Brothers a un campo de maíz para cazar faisanes. Me guardé «Teen Angel» hasta que la carretera siguió en paralelo con las vías del tren, pero lo tiré mal y cayó en una cuneta llena de hierbajos. Como tenía bastantes, me guardé unos pocos títulos para lugares más apropiados: estaba claro que «Mr. Custer» pertenecía a Wyoming, mientras que «Save the Last Dance for Me» de Drifters estaba pensado claramente para lanzarlo a última hora de la noche.

Aquellos títulos que no sugerían objetivos se convirtieron en munición general en mi guerra al control, y volaron alegremente hacia vallas publicitarias y señales de tráfico, y especialmente hacia señales que indicaban el límite de velocidad. Arrojar un disco desde un coche que se mueve a 95 millas por hora y darle a cualquier cosa que no fuera el suelo suponía todo un desafío, y un 98 por ciento de las veces debí de fallar. Pero te digo que tienes una sensación magnífica cuando aciertas. Casi estuve a punto de estallar de alegría cuando arrojé «The Duke of Earl» en dirección a una valla publicitaria del Banco de América. Y respecto a la pregunta musical «Who Put the Bomp in the Bomp-Da-Bomp?» no estoy seguro, pero sé que el disco en sí hizo *bomp* en una señal de 65 millas por hora. Dobló a la jodida casi en dos, lo cual me alegró mucho. Celebré esta diana tan poco común dándole al claxon y estrujando con fuerza el cojín pedorro, feliz como un niño de siete años con un tirachinas en una fábrica de cristal. Mierda, incluso los fallos resultaban divertidos... volaban elegantemente por encima de los campos para caer como naves espaciales en miniatura procedentes de Plutón.

Me estaba divirtiendo tanto que mi fantasma no pudo resistirlo. Acababa de fallar a una valla de Burger Hut por muy poco con «Theme from a Summer Place» cuando apareció en el asiento del pasajero.

—¡Ajá! —salté—. No eres real, no ha sonado el cojín pedorro.

Ignoró mi excitación.

—Salvas —me instó—, descargas cerradas, ametralladoras, bombas de dispersión. ¡Ensalada de tiros con esos cabrones! Al diablo con ese rollo pacato de uno en uno.

Y desapareció.

Yo me resistía pero me sobran unos cuantos, así que cogí cinco juntos, esperé

hasta que apareció un cartel grande y verde en la carretera donde decía «CHEYENNE 37», recorrí cien metros y, cogiendo un poco de impulso, los arrojé del revés por la ventanilla del pasajero. Pero algo no funcionó bien, el peso, la manera de arrojarlos, la aerodinámica, porque uno cayó hacia abajo y los otros cuatro dieron unas cuantas vueltas y murieron a poca distancia del objetivo. Me pareció un mal consejo y dije a mi fantasma que lo olvidara. No oí ninguna queja.

Si arrojar música de esa manera te parece sacrílego... bueno, quizá lo fuera. Pero ya había decidido que los discos y el equipo de música se hundieran con el barco; pertenecían al Caddy, formaban parte del regalo, pero en vez de hacerlo todo de golpe iba entregando piezas por el camino. Los discos del Bopper, de Buddy, de Ritchie... todavía tenía pensado mandarlos por el precipicio con el Caddy en llamas, puede que incluso clavados en el eje del tocadiscos a modo de colofón. Me parecía que podía arrojar el resto como semillas por el paisaje, esparcirlos como cenizas. Si resultaba que chocaban con vallas, señales de tráfico y otros emblemas opresivos e innecesariamente controladores, mucho mejor: parecía algo congruente con el espíritu de la música, y doblemente adecuado considerando que también era divertidísimo.

Metí gasolina en la estación Sinclair de Cheyenne, saludé con mi sombrero color flamenco al dinosaurio, y luego continué hacia Laramie. Empezaba a subir la ladera este de las Rocosas, donde había que poner un poco más de atención al volante, pero aún existían múltiples oportunidades de arrojar la música por todas partes.

—¿Qué es esto, señor Charles? ¿«Hit the road, Jack»? Ningún problema. —Lo acerqué a la ventanilla y lo lancé directamente hacia abajo; es difícil fallar cuando estás encima de algo. No hizo falta que me dijera que no volviese nunca más, nunca más, nunca más.

Cuando Frankie Avalon planteó la pregunta musical «Why?», le dije que sólo era para ver a qué distancia podía volar antes de caer en la artemisa, aquél era el motivo. Y lo arrojé allá fuera, tan lejos como pude.

—Y Tom Dooley —dije en voz alta para mí mismo y para mí fantasma, por si estaba escuchando—, Dios mío, chico, llevas inclinando la cabeza desde la guerra civil, pobre muchacho. Déjame que te quite cierto peso de encima. —Y con un fuerte revés lo liberé.

Al salir de Rawlins, a punto de subir por las Montañas Rocosas, me cansé del juego y decidí aprovechar el aire despejado para arrojarlos lejos, pero iba tan rápido que no veía los objetivos más alejados. Cuando llegué a la cima paré, saqué el montón de reservas que me quedaba y, tras mear cerveza en ambas cuencas, arrojé discos alternativamente hacia el este y hacia el oeste, viendo cómo flotaban majestuosamente y describían una curva al caer. Algunos desaparecieron antes de que viera dónde habían dado, y apuesto a que otros continuaron volando durante varias

millas.

Volví al Caddy renovado, aunque al interrumpir el movimiento rápido me di cuenta de que probablemente había tomado demasiado speed. Tomé nota mentalmente de que debía dejarlo durante un rato o a medianoche me estaría comiendo el volante. No obstante me encontraba bastante bien, en general. Estaba en el lado del Pacífico del país, a mitad de camino del borde y ya cuesta abajo, de buen humor y pasándolo bien.

No duró mucho. Acababa de sonar «Hound Dog» y, o bien las anfetaminas me habían acelerado o Elvis cantaba más despacio, algo iba descoordinado. El siguiente disco fue «Louie, Louie» de los Kingsmen. Si quieres escuchar música para el apocalipsis, prueba a poner un «Louie, Louie» de 45 a 33 y que va disminuyendo progresivamente hasta 13:

*Looo
Loo
Ooooh yyyyyyaaaaaaaaah
Weeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee
Goo
Goooooooooooooooo
Nnnnnnnnoooooooooowwwwwwwwwuwwww*

A la caja mágica de Joshua se le estaba acabando la batería.

—¡Aaaaaaaaaaaaaah, jodeeeeeeeeeer! —grité, intentando conservar el sentido del humor mientras me volvía y lo apagaba.

—¡Música! —exigió mi fantasma, que de repente se encontraba a mi lado en el asiento del pasajero—. ¡Sonidos! ¡Dame ritmo!

—Si no te gusta, vete —gruñí, y fui aminorando.

Se puso a lloriquear como un niño de cinco años.

—¡Pero sin música es aburrido! —Y desapareció.

—Relájate. —Me preguntaba si todavía podría oírme—. Tu hombre está en ello.

Paré y salí. Podría haber intercambiado las baterías, pero sonaba tan bajo que probablemente habría tenido que poner en marcha el coche soltándolo cuesta abajo, y odio ir con la batería baja. Parecía más inteligente sacar el aparato de Donna y conectarlo al enchufe del mechero; aguantaría hasta llegar a Rock Springs, donde podría comprar combustible nuevo para el equipo de Joshua. En teoría parecía una buena idea, pero cuando saqué el tocadiscos de Donna del maletero me fijé en que el brazo del tocadiscos estaba caído contra el plato, y la aguja se había roto. En algún punto del camino, probablemente en el camino de entrada a la casa de Gladys Nogardam, la nevera debía de haberle caído encima. O quizá yo le había echado

encima el neumático lleno de perdigones. Llegados a ese punto ya no importaba una mierda: estaba inservible. Me planteé cambiar la aguja de sentido, pero me imaginé que para cuando descubriera que no eran intercambiables podía estar saliendo de Rock Springs con una batería nueva. Hasta entonces tendríamos que arreglárnoslas sin música.

Dos minutos después de permanecer en silencio por la autopista, mi fantasma reapareció a mi lado, hablando con la voz nasal y altanera que a los niños de cinco años les resulta tan mordaz:

—Y bien, hombre mío, ¿dónde está la música?

Le ignoré. No había motivos para alentar las alucinaciones.

—¡Necesito ritmo! —chilló—. ¡El sonido de la puta música!

—Cantaré para ti —propuse sarcásticamente.

—¿Por qué no pones la radio esa? —señaló—. Es un invento increíble. Mágico. Le das a la ruedecilla y a veces sale música.

Y desapareció.

Me sentía avergonzado. Como he comentado, no suelo llevar radio en mi vehículo de trabajo. La música está bien, pero la cháchara del pinchadiscos y los anuncios afectan la atención. Pero la verdad es que ni siquiera había pensado en la radio.

Pero me alegraba de que mi fantasma sí. Cogimos la KROM al salir de Boulder, era casi todo música y gran parte de ella la había estado escuchando un par de meses antes encerrado en mi apartamento, cuando intentaba mantenerme cuerdo. Después de alimentarme exclusivamente de la colección de Donna, suponía un agradable salto hacia adelante escuchar lo que estaba floreciendo a partir de aquellas raíces. Mi fantasma también debía de estar disfrutándolo; durante cincuenta millas no se asomó.

Cuando volvió a aparecer no era para quejarse de la música, sino para aportar una observación.

—Caray, George, puede que esté paranoico, pero a la velocidad a la que viajamos cuesta, creer que el coche negro que tenemos detrás nos esté alcanzando; bueno, no es que nos esté alcanzando, pero parece que está ahí muy fijo, tú ya me entiendes.

Dos cabrones en un Olds. Miro siempre los retrovisores de forma refleja, y estaba seguro de que lo había comprobado hacía medio minuto, así que, a no ser que se me hubiese escapado o se me estuviese yendo mucho la pelota, no llevaban mucho tiempo allí. Considerando el impacto negativo que tuvieron en mis pulsaciones por minuto, no vi ningún motivo para dejarlos allí más tiempo del necesario. En aquel momento me deslizaba suavemente a 90, bajando por un tramo largo cuesta abajo, y aún podía darle mucho más fuerte al acelerador. Empecé a apretar con fuerza cuando vi otro coche que se acercaba rápidamente y, a menos que la luz del atardecer me jugase una mala pasada, éste tenía una máquina de chicle pegada al techo y en

general daba la sensación de tratarse de un coche patrulla. Así que en vez de meterle más caña, dejé que el muelle del acelerador volviera a levantar mi pie a la velocidad más sensata de 65 millas por hora.

Al reducir de manera tan repentina, el Olds, si quería continuar siguiéndome, habría tenido que frenar, haciendo así evidentes sus intenciones o al menos ofreciendo una base racional para la paranoia que aporreaba mi corazón como un timbal. Si el Olds pasaba, y ése era el movimiento que esperaba obligarles a hacer, al menos podría verlos bien, y con un poco de suerte el agente se pondría a seguirlos. Mataría dos pájaros de un tiro. Llámame Listo. Por desgracia el Olds debió de ver también al coche de patrulla y no aceleró nada.

El Caddy, el Olds y el agente de patrulla pasaron a formar una majestuosa procesión, una procesión extremadamente inquietante desde mi posición de vanguardia, marcada por una gran cantidad de deseos, esperanzas y disimulo indiferente de cualquier delito visible, y contaminada por una cierta ironía malvada mientras Bob Dylan preguntaba a través de la magia de la radio KROM:

How does it feeeeell

To be on your oooooownnn

—Para serte franco, Bob, ahora mismo no estoy nada bien, estoy como pillado entre unos matones y el calor de las verdes llanuras alcalinas de Wyoming, cagado de miedo y con mi fantasma escondido debajo del asiento delantero, pero creo que eso es lo que convierte la existencia en esta aventura maravillosa.

Continuamos moviéndonos en estricta formación, yo delante, mis preocupaciones justo detrás a intervalos de cien metros. Dylan terminó su cáustico lamento y el pinchadiscos de la KROM anunció un número de matrícula para un concurso promocional: si era la tuya y llamabas en diez minutos ganabas dos entradas para ir a escuchar a Moon Cap and the Car Thieves en el primer Festival Anual de Terror y Rock-and-Roll KROM, en el Salón de Veteranos. Habría preferido estar allí en lugar de donde estaba y, peor aún, tenía que tomar una decisión: ¿debía coger la próxima salida a Rock Springs o no? Decidí que no: no conocía el terreno, lo cual suponía una desventaja importante si tenía que salir por patas.

Sin embargo, el Olds negro sí que cogió la salida, y me pregunté durante un minuto si no serían, sencillamente, un par de tipos grandotes que habían salido a dar un paseo. Sólo quedábamos el coche patrulla y yo. Yo trataba por todos los medios de irradiar inocencia y esperaba por Dios que el patrullero la estuviera recibiendo. Desgraciadamente, un vistazo discreto por el retrovisor me reveló que en realidad era él quien estaba transmitiendo, ya que tenía el micrófono de la radio pegado a la boca. Sólo un pequeño control a un Cadillac Eldorado del 59, con matrícula de California

número B de burro, O de ohmierda, y P de prisión, 3 que es la raíz cuadrada de 9,3 de trinidad, 3 como los Reyes Magos. Momentos como ése me habían llevado a creer firmemente que conducir por las carreteras de nuestro país sería muchísimo más divertido sin matrícula.

Mantuve la velocidad a 65 millas por hora los cinco minutos siguientes, y a continuación contuve el aliento al verlo acercarse rápidamente por detrás. Pero pasó de largo, mirándome detenidamente al pasar.

Vio una sonrisa. Mucho mejor para un paranoico tenerlos delante y no detrás. A no ser que estuviera jugando a algo, que es lo que parecía, porque a menos de una milla empezó a aminorar. ¿Y ahora qué?, chillé para mis adentros, pero aaah, clic-clic, cogió la salida de Green River.

Continué conduciendo como si el otro siguiera detrás de mí, pero tras recorrer unas cuantas millas sin verlo, volví a meter caña. Por la radio, los Rolling Stones estaban reivindicando su nube, una opinión que yo compartía, aunque para entonces estaba bastante oscuro y ya no se veían nubes.

Habían pasado sólo tres minutos, y yo apuntaba mentalmente que tenía que rellenar el depósito en la siguiente estación de servicio que encontrara y comprar la batería cuando pasó por mi lado otro coche patrulla por el carril que iba en dirección este. Las luces de freno proyectaron un brillo apocalíptico en mi retrovisor mientras aminoraba para cruzar la línea que separa los carriles. Lo perdí de vista un instante, ya que la carretera dio un giro abrupto al acercarnos al puente de Green River.

Apagué las luces y empecé a buscar otro lugar adonde ir. Casi siempre hay una carretera que sigue el curso de los ríos, y esperaba ver una con la luz que estaba desapareciendo rápidamente. Y ahí estaba, justo al otro lado del puente; no hacía falta poner el intermitente ni aminorar mucho. A continuación empecé a buscar dónde guarecerme, un campamento o un ramal de la carretera o cualquier cosa. Pero apagué el motor: iba demasiado rápido para ver, y parecía más inteligente aminorar que encender las luces. Finalmente detecté un camino abrupto a mano derecha que descendía hasta las tierras que se inundaban cuando crecía el río. Parecía que los camiones de grava lo habían utilizado durante el verano. Bajé en picado con los dientes castañeteando, a todo trapo. Di la vuelta al Caddy para quedar mirando hacia la carretera, paré cerca de unos sauces, apagué el motor y empecé a recopilar las latas de cerveza y otras pruebas incriminatorias.

Necesitaba algo para meter los envases vacíos, así que volqué lo que había comprado en la tienda de artículos de broma en el asiento delantero y cogí la bolsa. Lo primero que oí cuando abrí la portezuela fue el río. Sonaba verde. Me preguntaba si se llamaba así por ese motivo, pero dudaba que fuera por algo tan atractivo. Probablemente se llamaba así por el color del agua, aunque lo único que veía en la penumbra cerrada era un amplio reflejo de luz.

Escondí las latas de cerveza y la benzedrina detrás de un grupo de sauces y a continuación bajé caminando hasta el río, vigilando atentamente el tráfico de la carretera a mi derecha. Lejos, río abajo, divisaba las luces de los coches que cruzaban el puente de la I-80.

Hacía frío en la orilla del río. Mientras estaba allí observando cómo se desvanecía la luz, tres figuras oscuras sobrevolaron por encima de mí. Una de ellas chillaba: «¡Arc! ¡Arc! ¡Arc!».

Cuervos.

—Arc —respondí débilmente, pero desaparecieron río abajo.

Mi fantasma apareció delante de mí, sobre una roca a unos tres metros, en el río.

—Estás loco —comentó—. Gritar al cielo...

—Eran cuervos —me defendí—. Buscando el arca. El arca de Noé, ¿recuerdas? Los animales de dos en dos. ¿Sabes?, siempre me he preguntado cómo pudieron reproducirse los cuervos si Noé despachó a uno que no volvió jamás. Y quedó uno solamente, ¿no? Entonces ¿cómo...?

—Por favor —me detuvo mi fantasma—. Escuchemos el susurro del agua que corre. Resulta mucho más relajante que los desvaríos de tu pobre mente.

—Oye, tú eres mi fantasma. También tienes que estar loco.

—No tengo que estar nada —replicó, desvaneciéndose.

Me incliné y cogí un poco de agua con la mano y me la eché por la cara. Me eché a temblar al correrme por el cuello. Estaba fría. Cuando abrí los ojos, con las pestañas goteando agua, me pareció ver una luz parpadeante río arriba. Me froté los ojos y volví a mirar. Seguía ahí. No sabía si la luz en sí estaba parpadeando o si es que tenía algo delante que la tapaba. Caminé río arriba hasta que logré verla con mayor claridad. Por lo que podía ver, estaba detrás de una cortina de sauces. Decidí que era una fogata. Puede que el oso Smokey estuviera haciendo una barbacoa de salchichas para sus amigos del bosque. Volví a echarme agua por la cara para despejarme y centrarme. Ajá, estaba seguro de haber visto la sombra de Bambi, y luego la de Tambor. Pero ¿de quién era aquella sombra de mujer alta y desnuda desplegando las alas? Me dirigí hacia el coche.

—Y ahora ¿adónde vas? —me preguntó mi fantasma. No podía verlo, pero lo oía claramente—. ¿No crees que estaría bien esperar unos minutos antes de seguir con esta misión de locos? Me gusta estar aquí junto al río.

—Voy a nadar —le dije.

—El río está por este lado.

—Primero voy al coche. A buscar un regalo.

—George —empezó mi fantasma, a punto de agotársele la paciencia—, ¿no se te ha ocurrido nunca que tú eres uno de esos guerreros que, cada vez que se disponen a atarse los machos para dar otro salto a lo desconocido, se pillan la pilula con la

cremallera?

—Siempre hay una primera vez —afirmé sin aflojar la marcha.

—Y una última —me recordó él.

Al volver del coche con la lata de Dulces S. D. Rollo en la mano, me dije una y otra vez: «No esperes que sea Kacy; ni te lo plantees». Incluso en aquel momento me di cuenta de que era una idea descabellada. Elegí el agua más tranquila que pude encontrar, un remanso situado río abajo respecto a la luz parpadeante de la fogata. Noté como un ligero olor a humo.

Me quedé en calzoncillos, manteniendo la caja de dulces en alto, me metí hasta medio muslo y luego me introduje suavemente en la corriente. El agua estaba tan fría que toda la sensibilidad corporal se suspendió con un respingo y siguió un entumecimiento general, y si no hubiera ido tan puesto dudo que hubiera vuelto a funcionar jamás. Tras pasar un par de minutos pasmado y realizando un esfuerzo mecánico logré cruzar y salí gateando por la otra orilla como una prueba viviente y azulada de la selección no precisamente natural.

Me puse a dar vueltas por la playa arenosa para calentar el cuerpo, y luego, tiritando mucho todavía, agarré la lata de dulces y fui tambaleándome río arriba hacia el fuego. Mientras que en la orilla del río que daba a la carretera había una llanura amplia, la otra orilla tenía unos riscos rocosos y empinados con una parte llana, estrecha y cubierta de sauces, entre el río y la roca.

Me abrí paso entre los sauces, farfullando y gruñendo para mis adentros hasta que me di cuenta de que debía de parecer un oso rabioso. Notaba que los circulitos de la diana se iban alineando hasta apuntar a mi corazón. No era necesario asustar a nadie y hacerle adoptar un comportamiento defensivo tan desconsiderado como el de dispararme, así que me detuve y chillé:

—¡Eh, hola! ¡Viene compañía con regalos y alegría!

—Por favor, márchese —respondió una voz de mujer joven cerca. Había un tono de súplica acentuado en su voz.

—No hay nada que temer —repliqué, acercándome unos pocos pasos y tropezando en un pequeño claro. Habían hecho fuego contra la base del risco, bajo un saliente que el agua había erosionado durante siglos. La mujer estaba de pie delante del fuego meneando la cabeza con vehemencia. No era alta, no tenía alas, y desde luego, no era Kacy. Medía poco más de metro y medio, y lo que desde el otro lado del río me habían parecido alas era un poncho hecho con una manta caqui del ejército.

—Por favor, escúcheme un minuto antes de despacharme —le pedí—. Puede que esté más loco que una cabra y sea rematadamente tonto, pero mis intenciones son honradas. Me ha atraído la luz, y he atravesado ese carámbano que llaman río porque quería traerle un regalo, sea quien sea.

Levanté la lata de dulces como si fuera la verdad irrefutable.

—Es usted muy amable —dijo ella sin alterarse, bajando la cabeza—, pero no quiero compañía. No estoy de humor para recibir invitados.

—No se preocupe —le aseguré. Como si uno pudiera fiarse de un loco de ojos desorbitados y rebozado de arena que sólo llevaba puestos los calzoncillos y que agitaba lo que parecía una lata grande de un juguete de construcción—. Deje que me presente. Por favor, sólo quiero hablar con otro ser humano.

—De acuerdo —concedió ella, reticente.

Se llamaba Mira Whitman, tenía veinte años, y escuchó mi relato de mezquinas aventuras y muchísimas estupideces sentada en un tronco delante del fuego, con los hombros inclinados hacia adelante y la cabeza hundida, mirándose fijamente los dedos cruzados en el regazo. Tenía la cabeza pequeña y más bien cuadrada, el pelo castaño y corto, y una nariz angulosa y estrecha que contrastaba con los pómulos anchos. Su rostro estaba muy bronceado.

Cuando acabé de contar mi historia, hablándole de todo lo que había ocurrido con mi misión hasta el presente y la entrega inminente en la costa, ella me dijo, mirándose todavía las manos:

—Me parece que estás loco. Pero, en fin, al menos es una locura auténtica; al menos tiene un objetivo. Y espero que lo logres, si eso es lo que quieres hacer. Cargarte el coche, quiero decir.

—Eso es lo que quiero hacer. Pero lo que no te he dicho es que últimamente veo a mi fantasma. Aparece sin más. Es igual que yo, sólo que no es de carne y hueso. Hablo con él. ¿Crees que debería alarmarme por eso, importará mucho?

—No tengo ni idea. Hablas con la persona equivocada. Quiero decir que ni siquiera entiendo bien lo que me has estado contando. ¿Es que no lo ves? No entiendo nada. Lo único que puedo hacer ahora es levantarme por la mañana y mirar el río. O una hoja. O una hormiga.

—¿Y por qué te pasa eso? —le pregunté con delicadeza, añadiendo rápidamente—: Pero no me digas que tiene algo que ver con un hombre, que te quiere o que no te quiere, que te pega, que te adora, que está muerto o se está muriendo. No quiero saberlo. Parece que todas las mujeres con las que he hablado en el último año tienen problemas con los hombres.

Ella me miró, y luego bajó la mirada hacia sus manos.

—Pensaba que hacías esto por el amor y por la música. —Pero afortunadamente, antes de que tuviera que defender lo indefendible, ella continuó—: Pero no, no se trata de un hombre. Eso sólo hace daño, o te pone furiosa. No, se trata de mí. O de mi no-yo. —Se mordió el labio y volvió a levantar la vista—. Me he perdido. —Esta vez no volvió a bajar la mirada—. ¿Te parece normal?

Suspiré.

—Por desgracia me resulta muy familiar.

—No. —Se mostró categórica—. En tu caso tiene significado. Quieres que signifique algo.

—¿Y en el tuyo?

Miró hacia el fuego, y luego otra vez hacia mí.

—Eres agradable, George. Y me gusta lo que estás intentando hacer. Pero es inútil que hable de ello. Las palabras te ayudan a soportarlo, te dan algo a lo que agarrarte, pero en mi caso me lo arrancan de las manos, o lo convierten en una ñoñería. — Empezó a añadir algo más, pero luego cambió de opinión. Volvió a mirar en dirección al fuego—. He disfrutado hablando contigo, George, pero lo mejor que podrías hacer es marcharte.

—No —le dije—. No lo haré. —Aquello la sorprendió. A mí también—. Quiero saber qué ha ocurrido y qué vas a hacer al respecto, o qué estás intentando hacer. Estás aquí sentada contándome que estás perdida e insinuando que sientes que no eres real, y yo veo la luz real de este fuego real bailando en tus bonitos ojos castaños y reales, y sé que estás equivocada, yo que no sé mucho de nada. Puede que lo que hayas perdido sea un sentimiento, puede que yo también lo haya perdido, o que los dos estemos intentando crearlo, o fingirlo, o arreglárnoslas de alguna manera para recomponer las cosas y superar otro día más.

—Qué necesitado estás... —me dijo ella, mirándome directamente.

Yo le devolví la mirada.

—Y tú, ¿no lo estás lo suficiente?

—Yo no soy como tú —se defendió—. ¿Es que no lo ves? Tú tienes a tu amante perdida y tu coche robado y aventuras salvajes por todo el país. Para ti... ah, mierda, esto no tiene sentido... para ti es como si no pudieras hinchar un globo lo bastante grande como para contenerlo todo, porque no existen globos tan grandes... y yo, es como si me hubiera dedicado a hinchar un globo pequeño cada día, y cada día el aire se escapara de ese globo más rápido de lo que yo podía llenarlo. Ya desde que tenía doce años, al principio de la secundaria, he ido menguando. Te ahorraré lo que es la adolescencia en un pueblecito de Colorado. No era guapa. No era popular. No era especialmente lista. No tenía amigos que fueran del modo que pensaba que tenían que ser los amigos, ni chicos ni chicas. Pero era soportable. En cuanto terminé la secundaria me marché y me trasladé a Boulder. ¡La gran ciudad! Tenía un apartamento pequeño y limpiaba las habitaciones de un motel por la mañana y trabajaba en el Burger Hut por la noche. Me gustaba estar sola, hacer lo que me apetecía cuando no tenía que trabajar, pero seguía encogiéndose. Lo notaba cada mañana, como si me apartara de mí misma y huyera hacia el monte. Entonces hubo un respiro: una mujer que venía siempre al Burger Hut mencionó que quedaba un puesto libre en la emisora de radio que había en aquella misma manzana, en la KROM, no de pinchadiscos ni nada de eso, sino de recepcionista, para guardar los discos,

ayudante general... y me lo dieron. Me pagaban dos dólares la hora, pero el trabajo me encantaba. La gente estaba loca y siempre había caos y era divertido participar en la música. La música llega a la gente, ya lo sabes, y yo formaba parte de aquello, y hacía mucho tiempo que no me sentía parte de nada.

«Luego, hace unos tres meses, empezaron una promoción de adhesivos para el parachoques. Ya sabes: pones una pegatina de la KROM en tu coche, y si dicen tu número de matrícula y llamas, ganas algún premio: discos, merchandising, entradas para un baile, un concierto o una película. A la persona que elige los números de matrícula la llaman «El Observador Misterioso». Ésa era yo, La Observadora Misteriosa. Suena bastante importante, pero lo único que significa es que cuando iba en coche al trabajo, o a comer o cualquier parte, elegía cuatro o cinco coches con pegatinas de la KROM y apuntaba los números de las matrículas y se las entregaba al jefe. Y además era justa. Trataba de elegir al azar, y no importaba si se trataba de un coche nuevo o antiguo o quién lo conducía».

«Pero resultó que ninguno de los números que había recopilado llamaba, nunca. La idea de la promoción consiste en hacer que la gente escuche la emisora para ver si dicen su número de matrícula, además de la publicidad de las pegatinas en sí. Así que después de tres días sin ganadores, sin que nadie llamara, me puse muy nerviosa porque era como si nadie escuchara. Los pinchadiscos empezaron a burlarse y a decir que quizá La Observadora Misteriosa necesitaba gafas. Entonces el jefe de la emisora dijo: «Oye, trae diez números; no pararemos hasta que encontremos un ganador». Pero seguían sin llamar. Así que el jefe pidió veinte números. Le dijo a Evans, el guardia de seguridad de la noche, que trajera diez y yo diez más. Ninguno de los míos llamó. Pero ocho de los de Evans sí».

«¿Entiendes lo que quiero decir? Es como si no estuviera conectada. Así que empecé a hacer trampa. Le decía a la gente que era La Observadora Misteriosa y que si escuchaba la radio a las ocho en punto o a no sé qué hora, dirían sus números y ganarían algo. Y decían: «¡Oye, genial! ¡Vale, de acuerdo!»». Pero nunca llamaban. Y era gente que ponía esas estúpidas pegatinas en los coches. Es como si para ellos yo no fuese real. ¿Y los números de Evans? Llamaban al menos el setenta por ciento del tiempo.

«Parece estúpido, pero me puso de los nervios. Una Observadora Misteriosa que no detectaba nada. Podía contarle a alguien que era La Observadora Misteriosa de la KROM y notaba que mi voz los traspasaba sin tocarlos, y me sonreían, pasando de mí, y volvía a mi apartamento y abría la puerta y entraba y me preguntaba quién vivía allí. Echaba un vistazo en su armario y le tocaba la ropa y mi mano la atravesaba como si fuera aire».

«No se puede vivir así, sin sustancia. Soñé que me cortaba las muñecas. Cogía una cuchilla y cortaba hondo, esperando que saliera sangre a chorros. Pero no había

sangre. Cortaba más y más hondo hasta que se me caía la mano y podía mirar directamente dentro de la muñeca y allí no había nada: ni músculos, ni arterias, ni sangre. Creo que realmente habría intentado matarme si no me diera tanto miedo que no muriera nadie».

«Lo único que se me ocurrió fue marcharme. Cogí el saco de dormir, unas mantas, pedí prestada una caña de pescar, robé un cuchillo, y terminé aquí. Me gusta, pero cada vez hace más frío y no creo que me quede cuando lleguen las nieves. Pero puede que lo intente. Ahora me va un poco mejor, intento volverme real otra vez. Al principio era como un bebé (no intentando aprender los nombres, porque sólo servía para confundirme), sino tocando el agua, intentando sentir la luz en la piel, la textura y el color de esta piedra, esa piedra, las hojas y los árboles, sin que nada se me interpusiera. Volver a la nada y empezar de nuevo. Y me está yendo bien. Es lento. Todavía no estoy preparada para la gente, eso es todo».

—Mira —dije, resistiendo el impulso de cogerla entre mis brazos—, quiero que tú me observes.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Qué?

—Tú eres una Observadora Misteriosa y yo tengo una necesidad desesperada de que me observen. Así que por favor, obsérvame. Nos necesitamos el uno al otro.

Ella meneó la cabeza.

—Puede que estés demasiado loco.

—¿Y tú no? ¿Vas por ahí arrastrándote, tocando cosas a las que te da miedo poner nombre, chupando rocas, haciendo unos esfuerzos terribles por comprender las cosas más evidentes del mundo, y dices que yo estoy loco? Oye, los locos tienen que ayudarse los unos a los otros; nadie más sabe cómo hacerlo. Mi número de matrícula es BOP tres-tres-tres. Diles que lo digan. Yo estaré escuchando.

Ella encogió los hombros bajo el poncho.

—No puedo. No hay teléfono. Y ya ni siquiera trabajo allí.

—Qué literal eres, Mira. Creo que en parte es ése tu problema. Y puede que sea también el mío. Pero no lo sé. —Cogí un trozo de leña pequeño y se lo pasé—. Aquí tienes un teléfono. O puedes usar esa roca de allí. Usa una de esas manos que no dejas de mirarte; servirán. O puedes hacerlo mentalmente, sin accesorios, incluso sin palabras, y desde luego sin motivo.

—Sólo serviría para empeorarlo.

Había algo abyecto y tajante en su tono de voz que alentó mi determinación, pero adopté una táctica distinta.

—¿Ves alguna vez cuervos por aquí?

—Claro —parecía desconcertada.

—¿Recuerdas el tipo del que te he hablado, el que ponía la grabación del tren,

Joshua Springfield? Bueno, pues cuando Joshua era un crío oyó a un cuervo que volaba y chillaba «¡arc, arc!», y estaba seguro de que era el cuervo que Noé había enviado en el diluvio en busca de tierra, el que nunca volvió, y Joshua se imaginaba que seguía buscando el Arca. ¿Así que sabes lo que hizo Joshua? Se fue al patio trasero de su casa y construyó un arca para que el cuervo tuviera un lugar donde aterrizar. Joshua se negó a abandonar su arca, a abandonar la vigilancia. Finalmente sus padres lo internaron en un manicomio. ¿Eso hace que sea peor?

—Yo no soy Joshua —protestó ella, algo enfadada.

—No, tú no eres Joshua. Yo no soy Joshua. Hasta Joshua sabe que no es Joshua. Somos cuervos. Por eso construimos arcas.

—Creo que soy demasiado tonta para entenderlo. Para mí sólo son palabras, George.

Mi fantasma apareció a mi lado y bajó la vista como si quisiera reconfortarla.

—No te preocupes —le dijo a Mira—, él tampoco lo entiende.

—¿Has oído eso? —exclamé.

—No. —Mira estaba asustada—. ¿El qué?

—Mi fantasma. Está justo a tu lado. Ha dicho que yo tampoco lo entendía, así que no te preocupes.

—George —dijo mi fantasma mostrando irritación e indignación—, deja en paz a esta chica. Ella parece saber qué problema tiene, y qué hacer al respecto, y eso es más de lo que puede decirse de ti, y sin duda ella tiene mejores cosas que hacer que escuchar tus gilipolleces. Es prudente y ya te ha pedido que te marcharas un par de veces, así que ¿por qué no te largas? Si necesitas una conversión milagrosa para levantar el ánimo, suéltame tu locura a mí.

Repetí el discurso palabra por palabra, y Mira se limitó a asentir. No sé si aterrorizada o convencida. Mi fantasma había desaparecido muy enfadado mientras repetía sus palabras. Esperé un instante a ver qué opinaba Mira. Como no dijo nada continué.

—Parece que todo el mundo cree que este idiota debería marcharse, así que eso es lo que voy a hacer. De todos modos tengo que seguir con el trabajo nocturno. He disfrutado hablando contigo, Mira, y tu fe me ha inspirado. Perdóname por pontificar cuando tendría que haber estado escuchándote. Es uno de mis mayores defectos. Y por favor —sonreí afectuosamente—, acepta este pequeño regalo. Para entregártelo me he enfrentado al río. Espero que sea el primero de los dos que entregaré esta noche. —Saqué los dulces de donde los había escondido detrás de la roca y se los entregué haciendo una pequeña reverencia—. Son dulces, para una chica muy dulce.

Ella sonrió y lo cogió con ambas manos.

—Gracias.

Su sonrisa casi me hizo llorar.

—Tienes una sonrisa encantadora, Mira. En circunstancias diferentes me resultaría fácil quedarme y enamorarme. —Señalé el bote—. Espero que te gusten los dulces. Suponen un postre perfecto para la sopa de ramitas, la ensalada de musgo y las larvas con salsa de sauce.

La estaba avergonzando, y ella se puso a mirar la lata para tener algo que hacer.

—¿Sabes?, esto parece una de esas cosas que venden en las tiendas de artículos de broma, de las que sale disparado algo.

—«Gastar una broma es ganar una risa» —cité—. Y sin duda el humor es dulce y nutritivo, pero sería de muy mal gusto considerando la situación, ¿no te parece?

Antes de que pudiera contestar me despedí de ella, agradeciéndole su cálida hospitalidad en una noche fría.

—Buena suerte, George. Lo digo de verdad.

—Ah, no eres lo bastante real para decirlo en serio.

Ella volvió a sonreír.

—Puede que no, pero te mereces que haga el esfuerzo.

—Entonces esfuézzate un poco en observarme —le dije adiós con la mano y me metí entre los oscuros sauces. Me encantaba su sonrisa pero quería oírla reír.

Estaba a unos diez o doce metros del campamento cuando oí el ruido de la serpiente desenroscándose, y luego el chillido rápido y agudo. Se oyó un débil «¡pom!» sordo, seguido al momento por una llamarada de luz tan intensa que vi las venas de las hojas de sauce: era evidente que la serpiente había aterrizado en el fuego. Al desvanecerse la luz, empezó su risa: una risa cálida, plena y gustosa que rebotaba contra los riscos y reverberaba por el cañón del río.

Me di la vuelta y grité colocándome las manos en la boca:

—¡Muy bien, idiota: ríete!

—Joder, no tienes remedio, George —dijo mi fantasma a mis espaldas.

—¿Ah sí? Pues me siento rebosante de esperanzas. —Salí de los sauces en la orilla del río—. Así que no crees que yo soy uno de los cuervos, ¿eh? —No contestó. Aunque estaba oscuro para saberlo a ciencia cierta, di por hecho que se había desvanecido—. Pues fantasma mío, mírame: voy a atravesar volando este río de aquí sin mojarme ni un dedo.

Caminé río abajo hasta un sitio donde la orilla era más ancha. Me concentré intensamente, intentando que la risa de Mira me aligerara los huesos y me pusiera plumas en la carne, y a continuación eché a correr en dirección al río, cogí impulso para ganar altura y salté por el aire. Volé dos o tres metros antes de caer en plancha en el agua helada. Ya había recorrido la mitad del camino agitando los brazos antes de tomar aliento por primera vez. La corriente era más fuerte de lo que recordaba, pero nadar resultaba más fácil sin tener que llevar un regalo.

Cuando finalmente conseguí arrastrarme hasta la otra orilla, gateando, resollando

y tiritando como un perro enfermo, mi fantasma me estaba esperando.

—Ha sido un vuelo espectacular. Unos setenta centímetros, más o menos —resumió.

Yo temblaba de la cabeza a los pies, me quité los calzoncillos llenos de agua a manotazos y se los arrojé a la cara. Pasaron a través de él. Jadeando, dije:

—No tienes ni idea. Un palmo ya es un buen comienzo. Como ver una hoja. Mira me ha inspirado.

Me volví, arrojé los calzoncillos al río y a continuación me puse a tantear en la oscuridad hasta que encontré mi ropa amontonada. Me la puse a toda prisa, completando el conjunto con el sombrero color flamenco. Me imaginaba que brillaba como un faro. Los dioses sabrían dónde encontrarme, si es que me estaban buscando. Al volver al coche busqué una pluma de cuervo para colocarla en la cinta. No encontré ninguna.

Puse en marcha el Caddy y enchufé la calefacción, y a continuación saqué mi bolsa del maletero y cinco o seis discos que ya había puesto. Me detuve y recuperé la botella de benzedrina líquida, volví a echarme la bolsa de lona al hombro y lo llevé todo al río.

Arrojé los discos a las estrellas. Fallé por un par de trillones de millas. Abrí la bolsa de lona, saqué mis billetes, añadí dos de los grandes que todavía llevaba en el bolsillo, separé 500 para gastos y tiré el resto hacia el río. El pesado fajo se desmembró en diversas hojas rectangulares, cayó silencioso en el agua y se fue describiendo un remolino. Metí varias piedras grandes en la bolsa de lona y cerré la cremallera. Cogí un asa, me preparé para realizar un esfuerzo olímpico, le di una, dos, tres, vueltas, y la solté. Fue a parar en mitad del río salpicando escandalosamente, y se hundió. Desenrosqué el tapón del bote de speed y lo arrojé al agua sin levantar el brazo como si arrojara una piedra, levanté el bote como saludo al cielo nocturno, di un par de tragos de despedida y lo arrojé tan lejos como pude.

Volví trotando al calor del Eldorado, pasándome la lengua distraídamente por los dientes y las encías para limpiar el residuo amargo y calcáreo de la benzedrina. Sonreí al imaginarme a un pescador que pescaba una trucha repleta de speed. Que la caña casi se le escapaba de las manos y el sedal iba soltándose del carrete y tropezaba y caía río abajo gritando a su colega: «¡Joder, Ted!», cuando se acababa el sedal y su caña de bambú de 200 pavos se le hacía añicos en las manos. Y Ted que le contestaba: «Oye, que le den a la caña. Te compraré otra. Voy vadeando rodeado de billetes de veinte». Aunque no pasara aquello, la simple posibilidad de que ocurriera me hacía feliz.

Mi fantasma estaba sentado en el asiento del conductor cuando abrí la portezuela del Caddy.

—Será mejor que conduzca yo —dijo.

—Quita el culo de ahí.

Me miró; le miré.

—De acuerdo. ¿Por qué me preocupo si tú sigues sobrevalorando tus habilidades y despreciando las mías? Pero si tiene que ser así, pues muy bien, lo hacemos así, joder. No habrá ningún cuervo de mierda gritando «arc, arc, arc». ¡Que arda la maldita arca! Vamos a animarnos un poco, George. Vamos a gritar en la noche como águilas. Vamos a hacerlo bien.

Y se marchó.

A la mierda él y las águilas. Subí el terraplén de frente, muy suavemente, hasta la carretera que bordeaba el río, ya que no quería salir de culo. Últimamente había abusado del Caddy, que estaba hecho para pasear, no para correr como un todoterreno. Me aproximé a la I-80 con cuidado, y a continuación giré a la derecha. No había ni rastro de las fuerzas del orden o de Oldsmobiles negros. Necesitaba repostar en seguida, y una batería nueva para el cacharro con altavoces de Joshua. Encendí la radio, pero la KROM había desaparecido. Me imaginé que debían de interrumpir la señal de noche. O puede que se tratara de una anomalía topográfica, porque no era capaz de encontrar nada: sólo electricidad estática de un extremo de la frecuencia a otro. «O quizá sea una pequeña interferencia electrónica», pensé, «como un radar». Volví a recorrer el dial, y en el 1.400, clara y cristalina, oí la voz de un hombre:

—¡Muuuuy bien, hermanos y hermanas! Si estáis buscando cualquier cosa, seguid haciéndolo, pero si estáis buscando algo en el dial, deteneos aquí, porque tenéis la KRZE, un billón de megavatios de impacto puro taladrándoos el cerebro desde nuestro estudio aquí arriba, en lo alto de la cordillera de Wind River. Para disfrutar de la vida esta noche os tenemos preparados algunas sorpresas y regalos, algunas travesuras y un ritmo monstruoso, además de muchas cosas buenas, tantas que no os lo creeréis, así que iros preparando mientras yo susurro palabras de amor en vuestros oídos. Eso es, relajaos. Capitán Medianoche está al mando, si es que lo hay; quiero que disfrutéis el vuelo.

«Bien, ¿he dicho regalos? Vais a tener que pensar dónde encontrar una bolsa lo bastante grande para llevaros todas las cosas ricas de esta noche, una que sea lo bastante grande para llevar toodo el cargamento a casa. Pero no hay problema, porque el señor James Brown y yo creemos que os puede prestar una bolsa que tiene, que es nueva».

—Oye, fantasma —le grité mientras empezaba a sonar James Brown—, ¿qué te parece esta emisora?

Pero el fantasma no respondió.

Para ahorrar gasolina, y porque todavía seguía nervioso por lo de las patrullas, me mantuve a 65 millas. A continuación de «Papa's Got a Brand New Bag» vinieron Bobby «Boris» Pickett y los Crypt Kickers cantando «Monster Mash», que a su vez

saltó sin pausa al «Ghost Riders in the Sky» de Frankie Laine.

Luego volvió el Capitán Medianoche, que estaba excitadísimo:

—¿Habéis pillado el mensaje? Cowboys, más os vale cambiar de actitud u os pasaréis la eternidad rompiéndoos el culo, persiguiendo a los longhorns de mirada penetrante a través de las nubes. Aaaaaarre, eso sí que es duro. Y vosotras, pequeñas cowgirls, más vale que os portéis bien también, o no os dejarán montar en el Cielo, pequeñas montadoras, y ya sabéis que eso es lo peor que le puede pasar a una chica. Pero ya basta de moralidad cristiana barata, ¿no? Esta noche pertenece a las bestias y a los demonios, a los vampiros y a los muertos vivientes. Sí, es la Noche de Halloween, y algo oscuro invade la tierra y los rincones más profundos del cerebro humano, al que siempre le han encantado los rincones. Pero también la invade algo bueno, porque nuestro Observador Misterioso está ahí fuera buscando misterios a diestro y siniestro, así como unas cuantas matrículas bien escogidas, y puede que esta noche aparezca tu número. Muy bien, perrito caliente, puede que ya tengas tu salchicha. Así que permanece en sintonía y puede que consigas un par de entradas para el baile. Y mientras esperas, te garantizamos totalmente que tendremos otros números que sacaremos los dos, y nos divertiremos con ellos. ¿Qué le parece eso a tu culito feliz, idiota? Tienes al Capitán Medianoche pegado al oído, la KRZE, donde encuentras lo que tienes que encontrar, tan arriba, tan arriba, que estamos bajo tierra. Ahora, escucha esta monstruosidad.

Empezó a sonar «Purple People Eater», pero yo acababa de encontrar una estación de servicio Sinclair en una extraña trampa para turistas llamada América en Miniatura y ya estaba metiéndome entre los surtidores. El empleado, un viejo bajito vestido con un mono rojo, blanco y azul, tenía curiosidad por el coche y la caja grande plateada del asiento trasero, y no digamos por el idiota con cara de reventado y un sombrero de color rosa. Demasiada curiosidad. Alargó la cabeza para observarme a través de la ventana de atrás mientras rellenaba el depósito y yo ponía la batería nueva. No sé si fue su atención agobiante, el duro frío de Wyoming o que me estaba sentando mal el speed, pero me empezaron a temblar tanto las manos que casi no podía mantener las zarpas quietas.

La batería y la gasolina me costaron 34 dólares. Le di al viejo dos billetes de veinte y le dije que se quedara el cambio. Meneó la cabeza sin creérselo, y a continuación sonrió.

—Señor, si tuviera el dinero que tiene usted tiraría el mío por ahí.

—Tírelo de todos modos —le aconsejé—. Sienta bien.

Volví a meterme en la I-80 y me dirigí hacia Salt Lake City, manteniéndome a ochenta. Si me paraban siempre podría decir que había confundido el límite de velocidad con el número de la autopista. Me puse a escuchar la radio en vez de los discos del equipo revivido de Joshua, por si decían mi número de matrícula. Pero

primero escuché un rollo del Capitán Medianoche:

—Habréis pensado que vuestro amado piloto, el Capitán Medianoche, sólo se estaba tirando un farol cuando ha dicho que iba a haber algunas sorpresas y regalazos en el show especial de esta noche. Puede que os penséis que somos un equipo sin clase que se dedica a soltar chorradas, que no sabemos ponernos con el hexámetro dactílico, que somos tan tontos que pensamos que «Muesli Integral» es una enfermedad venérea. Pues bueno, ¿qué os parece si os damos un poquito de maldita errudición?: tenemos al mayor experto de América en poesía, historia y cualquier otra cosa para explicarnos cuatro cositas del trasfondo histórico-emotivo de esto de los regalitos de Halloween. Oye, que este tipo tiene nada menos que quince diplomas de doctorado colgando de la pared (¡contadlos!). Hablo de palabras como «destacado intelectual», «análisis anagógicos de expresiones simbólicas de paralelismos metafóricos», y cuando hablas de esa clase de cosas, sólo hay un tipo que se lleva el pastel entero: ése es el poeta John Seasons. Trabaja en la guía «Baghdad» de la bahía de San Francisco, pero su espíritu está por todas partes. Oye, cuando quieres a los mejores vas a buscar lo mejor. Así que dejadme que os presente a John Seasons con la Primera Parte de una exclusiva de KRZE: «Una Demonología Social de la Calabacita Hueca».

Se hizo una breve pausa, y entonces, sin duda alguna, se oyó la voz de John, su falso tono de profesor resonando con el eco de cinco whiskies:

—Buenas noches, damas y caballeros. Me llamo Cristóbal Colón y tú eres un indio muerto.

Eso fue todo.

El Capitán Medianoche volvió a meter baza:

—¿No os he dicho que el hombre sabe lo que dice? Vamos a oír más cosas de él, esperad, pero primero un pequeño himno dedicado a él y a otro hombre que también querréis que os acompañe en esta noche de zombis errantes y hombres lobo rabiosos, ¿no es cierto, Jimmy Dean? ¿De quién estamos hablando? ¿Quién sino «Big Bad John»?

Sólo escuché la canción a medias. El John que conocía no era ni grande ni malo. Tenía la lengua afilada y era un poco severo, como la mayoría de los poetas, pero de corazón dulce. Si resultaba autodestructivo era porque prefería hacerse daño a sí mismo que a otra persona. Me desconcertaba que no me hubiera mencionado lo de la KRZE; el único orgullo profundo de John era ser historiador. Afirmaba ser un marxista metasexual, de una escuela de investigación histórica en la que, según él, uno llegaba a la verdad dialéctica besando lágrimas de los ojos de las víctimas. Puede que sus intervenciones en la KRZE hubieran empezado después de que me marchara, o se hubiera olvidado de decírmelo, en la locura que se produjo al marcharme. Pero si todo iba bien probablemente lo vería dentro de un día, y podría contarle que me había

hecho compañía en una noche salvaje. Y tal vez pudiera pillar esta extraña emisora de radio al salir de la cordillera de Wind River.

—Y hablando del rey de Roma —continuó el Capitán Medianoche después de la canción—, aquí está con la Segunda Parte de nuestras sesiones de servicio público, «Una Demonología Social de la Vieja Calabacita Hueca». Esta vez vamos a oír hablar a un famoso líder religioso del siglo XVII, un predicador anticuado, ferviente y sureño.

Se oyó la voz de John.

—Reverendo Cotton Mather a su servicio. En 1691, uno de los miembros femeninos de mi congregación de la Iglesia del Norte vino a verme y me confesó con tristeza que no podía abrir la boca para rezar. Yo, por supuesto, hice todos los esfuerzos posibles por ayudarla. Probé la manipulación física, la oración, las admoniciones... todo sin éxito. Aunque, en un noble esfuerzo por salvar su alma, me negué a aceptar el fracaso. Unas pocas noches después tuve un sueño en el que se me aparecía un ángel y me instaba a besar a la desafortunada mujer y de ese modo abrir su boca para ofrecer sus oraciones a Dios para la redención de su alma. A un teólogo menos experimentado podrían haberlo engañado. Verá, en el pasado, los ángeles siempre me habían visitado en el estudio, nunca en mis habitaciones, y mientras estaba despierto, no en el estado vulnerable de los sueños. Era obvio que se trataba de una aparición falsa, el diablo disfrazado de ángel, y un diablo que se manifestaba claramente a través de la mujer que no podía abrir la boca para rezar. La acusé de ser una bruja. Tras someterla al juicio correspondiente, la quemaron en la estaca, y tan profundamente había habitado Satán en ella que incluso bajo el azote del fuego se negó a abrir la boca excepto para gritar.

—Caramba, caramba —volvió a interrumpir el Capitán Medianoche—, el reverendo Mather no parece demasiado bien dispuesto hacia las mujeres. Pero que eso no os desanime, queridas. Haced una llamadita al Capitán esta noche satánica. A él le encantaría jugar a médicos con vosotras, ¿sabéis lo que quiero decir? Mientras espero que se ilumine la centralita, vamos a escuchar a hombres más modernos y comprensivos: Sam Cooke, con «Bring It on Home to Me», y «Pretty Woman» de Roy Orbison.

Estaba claro que había sido John Seasons. El susurro altanero y moralista, la certeza engreída y fanática de las conclusiones. Había escuchado su imitación de Mather muchas noches en los bares de North Beach.

—Este John Seasons es un buen colega mío, ya lo sabes —le conté a mi fantasma. Era evidente que no le impresionaba.

Le di al claxon porque me dio la gana y le metí más caña al coche en plena noche. Era todo producto de mi imaginación, claro, pero podía oír claramente el océano Pacífico rompiendo en el extremo del continente.

Unos quince minutos más tarde, John volvió a hablar, manifestando una de esas congruencias inexplicables a las que llamamos coincidencias. En el mismo instante en el que vi la señal de la autopista hacia Fort Bridger, la voz de John empezó:

—Me llamo Jim Bridger. Ponía trampas a los castores en estas montañas de ahí hace un siglo. Cambiaba las pieles por provisiones y útiles, y en general casi siempre iba adonde me llevaba la corriente. Ahora lo que quiero saber, lo que me atormenta, es lo que habéis hecho vosotros, comemierdas, con el búfalo. Yo solía patearme todo este país y era lo más normal del mundo ver miles de bichos de esos juntos. Ahora no se les ve el pelo. ¿Los tenéis en reservas como a los pieles rojas o qué?

¡Muy bien, John! Puede que necesitaras trabajar un poco el acento del hombre de montaña, pero era agradable oír algo en defensa del mundo natural. No es que a John le preocupara mucho la naturaleza personalmente, por lo que yo recordaba. Una vez intenté convencerle para que viniera en plan mochilero conmigo y con Kacy, pero se negó diciendo que cada vez que veía una brizna de hierba quería subirse al tranvía más próximo. Pero en el fondo de su corazón sí que le importaba.

Yo estaba justo en las afueras de Evanston y seguía adelante cuando asestó su siguiente golpe: un negrata lúgubre, la parodia de una parodia.

—Me *yamo* John. John Henry. Soy el que coloca la vía del tren con el *martiyo*. Dale al *asero*. Dale al *asero*, *Señó, Señó*. Y ahora lo *cabrone* del *Pasific* tienen media *Sierra Nevá*.

No podía contenerme. Tenía que parar en Evanston y llamarle, decirle lo bueno que era escuchar su voz, hacerle saber que había gente escuchando en la noche. Me imaginé que el programa estaba grabado, así que le llamé a casa desde una gasolinera Standard. No hubo respuesta pero lo dejé sonar; puede que estuviera en el sótano imprimiendo.

Cuando sonó por decimocuarta vez más o menos alguien contestó, sin aliento o sin paciencia:

—¡Vale, vale, muy bien!, ¿quién es?

—Me llamo George Gastin —dije, pensando que era uno de sus novios y que quizá había interrumpido algo—. Llamo a John Seasons. Somos viejos amigos.

Hubo una pausa entrecortada en el otro extremo, y a continuación:

—Bueno, no me gusta dar malas noticias, pero John está en el hospital.

Me hundí.

—¿Está bien?

—Eso creen. Todos los análisis han salido bien. Pero se ha pasado tres días inconsciente, nada menos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Bueno... no está claro.

—Oye, tío, corta el rollo. Te he dicho que era un viejo amigo. Le he llevado a

urgencias más veces de las que puedo recordar.

—¡Bueno, pero no la tomes conmigo! No te conozco.

—Sí. Tienes razón. Lo siento. Pero yo tampoco te conozco, aunque has contestado el teléfono.

—Soy Steven.

—¿Steven? ¿Steven? —Me estrujé los sesos—. Trabajas en el edificio federal, ¿verdad?

—Sí, así es.

—No nos conocemos, Steven, pero sé que John te tiene en muy alta estima. ¿Estás cuidando su casa? ¿Los manuscritos y las prensas?

—Sí. Larry me lo pidió.

—Estoy seguro de que están en buenas manos. Ahora cuéntame lo que pasó. ¿Mezcló los percodanes con whisky?

—Bueno, eso es lo que dicen los médicos. O se emborrachó y se le olvidó cuántas pastillas se estaba tomando.

—¿Intentó matarse, Steven? —Fui tan directo como pude.

—Nadie lo sabe realmente. Larry lo encontró en el suelo de la cocina inconsciente. Podría haber sido un error.

—¿Y ninguna nota?

—No, nada de eso.

—Y esto fue hace tres días, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y está en coma?

—Sí. Pero como he dicho, todas las señales vitales son buenas. Las ondas cerebrales son absolutamente normales. El hígado no va de maravilla, pero con lo que bebe era de esperar. Los médicos dicen que en realidad no es un coma. Les pregunto si sigue en coma y me dicen: «No, lo único que pasa es que aún no ha recuperado la consciencia». Bueno, ya sabes lo técnicos que se ponen los médicos.

—¿En qué hospital está?

—En el General.

—Bueno, escucha. Estaré allí tan pronto como pueda. Ahora voy de camino, pero vengo de Wyoming y primero tengo que encargarme de un asunto.

—Me paso por el hospital cada mañana antes de ir a trabajar. Si está despierto le diré que espere tu visita.

—¿Sabías que está hablando por la radio esta noche en Wyoming? Un programa especial llamado «Una Demonología Social de la Calabacita Hueca».

—¿De verdad? Nunca me lo mencionó, y hablamos de su trabajo todo el tiempo. Creo que es un escritor fabuloso, pero sabes lo duro que es consigo mismo. Tiene que estar grabado, claro, pero no me puedo creer que no lo mencionara. ¿Estás seguro de

que es John? Ese título suena... en fin... chabacano.

—Es su nombre, y parece su voz, y vive en San Francisco.

—Qué raro.

—Sí, y cada vez se pone más raro —accedí.

—Sí, es verdad. Tendrías que ver Haight Street estos días...

Quería evitar la conversación sociológica a cualquier precio.

—Escucha, Steve, se me acaba el tiempo. Gracias, y perdona por haberme metido contigo. Me ha parecido que tenía derecho a saberlo.

—Lo entiendo —concedió Steve—. Gracias por preocuparte.

Cuando salía de la estación de servicio estaba tan preocupado que durante seis manzanas no me percaté de que me dirigía hacia el centro de la ciudad en vez de a la salida de la I-80. Cogí un cambio de sentido y acababa de dar el giro completo cuando vi tres esqueletos pequeños bailando por la calle a una manzana de distancia. Los huesos brillaban con una luminiscencia verde pálido iluminados por mis faros. No me asustó su aspecto, era evidente que se trataba de niños vestidos con disfraces de Halloween de baratillo, pero me aterrorizó el deseo que sentí de acelerar y atropellarlos.

No lo hice. Ni siquiera me acerqué, en realidad. Por el contrario, frené e inmediatamente paré y apagué el motor, tirando del freno de mano tan fuerte como pude. Me quedé ahí sentado observando a los tres pequeños esqueletos continuar con su baile y dar saltitos al cruzar la calzada y luego desaparecer por una calle perpendicular, felizmente ignorantes de que un hombre que había sentido el impulso de asesinarlos estaba sentado observándolos desde un coche aparcado al final de la manzana.

Después de Eddie, ¿cómo había podido aparecer siquiera aquel impulso en mi mente? Sentí que mi agotamiento se desmoronaba por el centro, hueco y vacío, que mi idea y mi objetivo caían en un limbo de lamentaciones a las que no podía dar forma ni rescatar, en el limbo de un olvido que buscaba con retorcido afán, intentando destruir lo que no podía redimir, el regalo que no podía ni entregar ni aceptar.

Pero también era cierto que ni siquiera me había acercado; había reprimido el deseo en el instante en que se apoderó de mí. ¿Sería capaz de volverlo a hacer? Alcé los puños y los dejé caer aporreando el volante, esperando que éste se rompiera o se rompieran los huesos o ambas cosas: quería algún motivo para salir del Cadillac blanco y elegante y marcharme de allí. Pero al dar cada golpe lo único que sentí fue la certeza cada vez más firme de que lo único que podía hacer era seguir adelante y hacerlo rápido. Entendí demasiado tarde que era demasiado tarde para parar. Así que con el subidón de la libertad, que es como la maldita miel de la fatalidad derramándose en el corazón, me puse a ello.

Al meterme en la vía de acceso a la autopista apareció mi fantasma, esta vez en el

asiento de atrás, se inclinó hacia adelante y suspiró:

—Ah, George, George, por poco la lías ahí detrás. Será mejor que me dejes conducir a mí. Ya no puedes fiarte de ti mismo.

—¿Por qué no te desvaneces para siempre? No me ayudas nada —le espeté.

Se rió.

—De acuerdo, George. Claro que sí. Por supuesto. —Y se marchó, dejando tras de sí un silencio incómodo.

Cinco minutos y diez millas más tarde, cuando pensé en volver a encender la radio, el Capitán Medianoche estaba repartiendo ánimos:

—Ajá, el Capitán ha vuelto del viaje por el camino del vudú, y, ¡oye!, ¿no lo hemos pasado bien? ¿Cómo estás en esta noche en la que los locos se sueltan de las cadenas de los muros y vagan por la noche jugando a los muertos y acosando a los inocentes? ¿Todavía vas hacia donde ibas? ¿Sigues dale que te pego? Eso espero, amigo, porque si la vida no es justa contigo, más te vale arreglarla tú. Haya lo que haya en esta noche llena de demonios carnívoros. Diles que el Capitán Medianoche, santo patrono pinchadiscos de los locos soñadores, reza cada noche por tu alma y dos veces en Halloween y Pascua. *Lapidem esse aquam fontis vivi. Obscurum per obscurius, ignotum per ignotius*. Sí. Y que los dioses estén contigo, hijo.

«Y ahora, como la KRZE se dedica a animaros en el camino, o a daros un camino para el ánimo, lo que necesitéis, aquí está otra vez John Seasons con más demonología inteligente».

—Me llamo Black Bart. Un montón de gente me preguntó por qué sólo robaba las diligencias de Wells Fargo... si tenía algo personal contra el señor Wells o contra el señor Fargo o contra ambos. Bueno, pues en realidad no. Es que pensé que habría que robar a alguien que tenía todo ese dinero.

—¡Ay! —gritó el Capitán Medianoche—, bueno, aquí tenemos una lámpara de calabaza con una mecha. Pero vuestro Capitán se ve obligado a reconocer que grandes cantidades de dinero son peligrosas, así que enviadme un poco si se os está acumulando y ahorraos el sufrimiento. Mientras lo juntáis, tengo que atender un par de recados personales. Podría meteros una pila de discos y esperar que no se atasgaran, pero como es Halloween he pensado que podría ser un toque de clase dejaros con un poco de tiempo muerto. Pero para compensar, luego traeré cosas ricas que os harán babear. No sólo sonidos increíbles y la demonología exclusiva de John Seasons, sino cosas que ni siquiera os podéis imaginar. Pero venga, preguntaos qué es, mientras vuestro servidor visita al Rey Lagarto y arroja unas pocas bolas de nieve a la luna. Vuelvo dentro de un momento, Jack. Te compensaré, te lo prometo.

No se oyó nada. Habría apagado la radio y me habría puesto a escuchar la colección de Donna si no hubiera sido por los comentarios sociales de John. No quería perderme ninguno. Me conectaban a alguien real, y estaba convencido no sé

por qué de que John viviría mientras yo siguiera escuchando. Me lo imaginaba en coma y me preguntaba si, como Elmer, estaría sonriendo.

Yo también estaba en coma de alguna manera. Tenía la mente borrosa mientras la noche también se emborronaba por el speed, las sombras se agitaban a mi alrededor como velas rotas, las olas rompían en mi mente, una mente de la que a lo mejor hacía tiempo que me había apartado, mucho tiempo, y sí, vaya, parecía que no había nadie en casa, pero yo me la llevaba a casa de todos modos. Bajé volando por la ladera este de las Rocosas hacia Salt Lake City sin darme cuenta. Las luces me sacaron del trance. Empecé a buscar a mi colega, el dinosaurio verde, y como no lo vi sentí como si hubiera perdido algo mágico. Me conformé con un Conoco cerca de un cruce. Estaba a punto de estallarme la vejiga, pero me quedé en el coche con las ventanas subidas, y abrí la mía sólo un par de centímetros para decirle al empleado del surtidor que lo llenara con súper. Sabía que si empezaba a hablar tal y como pensaba, me encontraría rodeado de coches patrulla más rápido de lo que se tarda en decir: «Contra la pared, hijoputa». No quería salir volando por los aires, cuando la única esperanza que me quedaba era correr, fijar bien el blanco en la costa del Pacífico y meterle caña a la vida. Le di al chico un billete de veinte y le dije que se quedara el cambio, tanto si rezaba por mi culo maldito como si no. Salí por la vía de acceso a la autopista a toda marcha.

Cuando tienes tantas ganas de mear que notas las amígdalas inundadas, resulta tan difícil volar como quedarse quieto, así que al principio del largo y desolador trayecto por las salinas entre Salt Lake y Wendover reducí la velocidad, paré y meé, y al hacerlo me di cuenta de que el placer, en gran medida, no es más que puro alivio. La noche era tan fría que salió vapor de la meada que caía en el salar iluminado por la luna. No hay nada como una buena meada, una meada sencilla, para despejar la mente, y por lo que meé tendría que haberme serenado, pero puede que sólo estuviera mareado, porque pregunté a mi fantasma como si estuviera presente: «¿Son las salinas los fantasmas de los antiguos océanos? ¿Parece la orilla del mar? ¿Podemos considerarlo el Pacífico si nos acercamos?».

No hubo fantasmas. No hubo respuestas. Pero en aquel momento lo sentí, lo sentí como si él estuviera esperando su momento, como si esperase con la enorme paciencia de una roca que sabe que algún día será arena para un reloj. Aquélla era su presencia, pero debajo sentía su esencia, y su esencia era viento. Me quedé ahí de pie con la polla en la mano, rememorando de repente cuando tenía diez años y apareció un huracán como salido de la nada y yo me quedé mirando, pasmado, mientras el viento arrancaba pétalos de la rosaleta y los arrojaba contra las ventanas. Sus colores chocaban contra el cristal tintineante. A la mañana siguiente, al mirar sus rosas arrancadas y destrozadas, fue la única vez que vi llorar a mi padre. Al recordarlo yo también me eché a llorar.

—Ayúdame, fantasma —pedí, sin tener muy claro si hablaba al de mi padre o al mío propio. Decidí que a ambos, dado que necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Si es que los fantasmas ayudan. Pero no hubo fantasmas. No hubo respuestas. Volví a meterme en el Cadillac y de nuevo me puse en marcha.

Lo mejor de las salinas es que son llanas: un recorrido directo y regular hacia el horizonte, el encuentro del cielo y la tierra, los límites de la mirada. Si vas lo bastante rápido, puedes ver el otro lado del abismo. La carretera estaba asfaltada y era de dos carriles, y yo me metí por en medio, a horcajadas por encima de la línea blanca, excepto en los momentos en que algún coche en el sentido contrario me devolvía a mi carril.

El silencio y la distancia me estaban devorando. Estaba a punto de quitar al Capitán Medianoche y poner unos discos propios cuando resonó una explosión de interferencias en la radio y mi Capitán dijo:

—Ah, ya estamos otra vez aquí, vivitos y coleando; hasta ahora a prueba de demonios, y nos ha ido muy bien. Pero: «En este revuelo de brujas y escobas / ¿quién distingue luces que danzan de sombras?». Los putos demonios son traicioneros. Por eso le pedimos al trovador John Seasons que nos ayude a orientarnos en la oscuridad. Vamos, John, da rienda suelta a tu trance chamánico, entra, por favor.

—Buenas noches —dijo John suavemente—. Por si no me conocéis, tengo que deciros que me llamo J. P. Morgan, y que estoy aquí esta noche para revelaros el secreto para tener éxito en los negocios en Estados Unidos. Creo que os sorprenderá lo fácil que es. Primero, tenéis que comprar una planta de laminación de acero. Segundo, comprar trabajadores. Comprarlos por el menor precio que podáis, pero pagadles lo bastante para que vayan tirando. Por último, comprad congresistas, y pagadles para que promulguen leyes arancelarias de modo que no entre el acero extranjero. A los políticos se los puede comprar baratos, así que compradlos en grandes cantidades. Veréis, el objetivo es la estabilidad, y nada desestabiliza tanto como la competencia. Así que recordad: precios altos, sueldos bajos, y el mercado cerrado. Porque cuando le quitas todo el sentimentalismo y la retórica, el valor es para los idiotas y la poesía para los tontos. El dinero es poder. Y, dicho llanamente, el poder manda.

El Capitán Medianoche entró justo a continuación:

—¡Has dado en el clavo, hermano John! Es hora de salir ahí afuera, al mundo real. Hay que tener siempre la última palabra. Machacar y repartir estopa. Ser tan malo como los propios demonios, y eso sólo para recuperar gastos, Jack, procurando no perder terreno. Hay que pasar por encima, o meterse por debajo, o deslizarse por en medio. Pensadlo si tenéis cerebro, y mientras tanto haré valer mi promesa de compensaros por el tiempo muerto. ¿Pensáis que no digo más que chorradas? Bueno, pues a tomar por culo y que os zurzan, porque sentado junto a mí, en directo, en el

estudio, está el legendario profeta callejero y encarnación de los débiles, el único e irrepetible Cuarto Rey Mago. Probablemente habréis oído el mantra que recita a diario, todo el día, para que os instruyáis y quizá para que os salvéis: «El Cuarto Rey Mago entregó su regalo y desapareció». Esa frase, esa expresión de santidad, es lo único que le permiten sus votos religiosos. Pero lo que puede que no sepáis es que accede a contestar una pregunta cada víspera de Halloween, y esta noche tengo el privilegio, y también vosotros, de tenerlo aquí en el estudio con nosotros, y me ruborizo por el honor que supone haber sido escogido para hacerle la pregunta de este año. Bienvenido a KRZE, señor. Ahora está inclinando la cabeza y jugando con su yoyó.

—Pregúntale cuál era el regalo —le supliqué.

—Según tenemos entendido, señor —continuó el Capitán Medianoche—, sólo puede contestar una pregunta y sin ponerse a charlar de bobadas, así que iré directamente al grano. ¿Podría decirnos, por favor cuál fue el regalo del Cuarto Rey Mago?

Yo grité entusiasmado.

—Nadie lo sabe —contestó el Cuarto Rey Mago, y al oír su voz sabía que o era el Cuarto Rey Mago o un imitador excepcional—. Los eruditos suelen reconocer tres posibilidades, y en los tres casos las pruebas son casi iguales. Las posibilidades más creíbles para el regalo del Cuarto Rey Mago son una canción, una rosa blanca y una venia... quiero decir una reverencia, un gesto de reconocimiento y respeto. Pero la verdad es que nadie lo sabe.

—¿Y por cuál de los tres se inclina más? —preguntó educadamente el Capitán.

Se hizo el silencio. Oí a mi madre llorar en voz baja, y a mi padre, confundido, diciendo: «Oye, fue un sueño genial: mi cerebro se convertía en una rosa blanca». Vi el caleidoscopio de pétalos de rosa de colores desparramados por el cristal deformado mientras el viento extraía su esencia e instigaba la tormenta. Necesitaba los nombres de las rosas. Necesitaba su protección.

—Ruego me disculpe, señor —intervino el Capitán Medianoche—. Veo que las reglas son estrictas: sólo una pregunta. Gracias por estar con nosotros, viejo loco y quemado por el speed, y quédese si le apetece.

El Cuarto Rey Mago repitió:

—El Cuarto Rey Mago entregó su regalo y desapareció.

—Bueno, vete si quieres, pero más vale que los oyentes que pasáis zumbando por la oscuridad permanezcáis conectados al ritmo y estéis listos para moveros porque aquí está el número de matrícula afortunado elegido por nuestro Observador Misterioso entre el revoltijo aleatorio de las cosas, como una pepita de oro de la espuma cósmica, y si es tu número el que sale y llamas y te identificas en quince minutos, ganarás dos entradas para el baile. El baile, ¿pilláis lo que estoy diciendo?

Miré hacia la carretera, hacia la rosaleda de mis padres e intenté recordar los nombres de todas las rosas mientras el Capitán Medianoche hacía una pausa para introducir un atronador redoble de tambor y anunciaba:

—Vaya, vaya, tenemos una matrícula de California... lo cual demuestra que nuestro Observador Misterioso puede aparecer en cualquier lugar, y nunca sabrás cuándo puede fijarse en ti. Podría ser nunca. Podría ser en el próximo latido. Podría ser, aaaah, podría ser. Pero el número de matrícula de esta noche sólo puede ser éste: BOP tres-tres-tres. Es la B de Bestia, la O de Ojo al dato, y la P de Padre Nuestro; tres de trébol, tres como en el cuento de los tres cerditos, tres de tri: trilogía, tridente, trío de ases, triqui-traca. Así que BOP tres-tres-tres, californiano, quienquiera que seas, tú que andas por ahí despotricando en la oscuridad, tienes quince minutos para llamarme a Beechwood 4-5789. Pero oye, el Capitán Medianoche va a ser generoso: te voy a dar veinte minutos para llamar. No sólo porque soy un idiota, sino porque la siguiente canción que te voy a poner es tan rara y tan buena que no quiero interrumpirla con un burdo truco publicitario. Resulta que esta canción dura veinte minutos. Es la única grabación de esta canción que existe, y cuando termine la voy a quemar. Así es, lo has oído bien: la voy a echar a la hoguera en cuanto termine. Así que escuchad bien, porque la próxima vez que la escuchéis estaréis escuchando vuestro recuerdo. Y aunque el Capitán no es un tío que suela juzgar la sensibilidad musical de sus oyentes, si esto no conmueve vuestro pobre y patético corazón, más vale que llaméis al depósito de cadáveres y pidáis cita. Os diré el nombre del hombre que hizo esta música cuando haya terminado y esté ardiendo.

No tuve que esperar mucho para saberlo. El lamento desfalleciente del fragmento de apertura ya estaba grabado en mi memoria: Big Red tocaba mi canción de cumpleaños, «Mercury cayendo».

Me sentía como todo al mismo tiempo y nada, nunca. Me sentía triunfante porque habían dicho mi número de matrícula, dichoso de haber conectado con Mira, que estaba seguro que era quien me había señalado. Pero me quedé hecho polvo al darme cuenta de que no había ningún teléfono a menos de media hora en ninguna dirección, y me conmoví hasta el punto de echarme a llorar con los primeros compases del saxo de Big Red que llamaba a los fantasmas que había al otro lado, en el agua, mientras empujábamos el resplandeciente Merc y éste caía por el acantilado y nos quedábamos en el borde azotado por el viento esperando a que chocara. Estaba pasmado, confuso, poseído, perdido, encontrado, veía mi fe confirmada y me sentía extrañamente despojado. No te puedes conmover en tantos sentidos a la vez sin deshacerte.

Mi fantasma estaba allí a mi lado en el asiento de delante.

—Oye tú, capullo inútil, quiero bailar. ¿Crees que cuando ha mencionado el baile se refería a una fiesta cutre de instituto, en un gimnasio adornado con guirnaldas de papel y apestando a cincuenta mil clases de educación física? No, te has asegurado de

que estemos en mitad de la puta nada, a mil años luz de un teléfono, para que no podamos conseguir las entradas. Que se jodan tus estúpidas victorias morales. Estoy harto de verme atrapado en tus empalagosas aventuras. Si llegamos al océano, probablemente querrás seguir corriendo por el agua, para no tener que terminar el viaje y admitir tu fracaso. Te has vuelto loco, George. Aquí estoy, pegado a un capullo completamente chiflado. Pero eso ya lo veremos...

—¡Cállate! —grité—. Quiero oír la música.

—Bueno, pues yo quiero bailar. ¿Eres demasiado orgulloso para bailar con tu fantasma? ¿Tienes miedo de que la gente te señale y se ría? ¿Qué crees que están haciendo ahora? Venga, George, si no vas a hacer otra cosa con tu cuerpo que no sea abusar de él, dámelo a mí. Me iría bien tener uno. Pero no incluyas tu mente en el trato, ¿vale?

—¡Que te calles, joder! —volví a gritar—. ¡Es mi canción de cumpleaños!

Subí el volumen a tope.

Pero no puedes ahogar a tu propio fantasma. Empezó a cantar, despiadadamente desafinado:

*Happy birthday to you
Happy birthday to you,
Happy birthday, mad George,
Happy birthday tooo youuuu...*

«Birthday Bow», recordé. Ése era el nombre de una de las rosas del jardín. Mi padre estaba llorando en el silencio que había creado Big Red. Notaba a Kacy que se movía conmigo como una onda. Un pequeño milagro rectangular de color azul apareció ante mis ojos, una señal en la carretera:

TELÉFONO DE EMERGENCIA

1 milla

Le metí al acelerador y le dije a mi fantasma:

—Ve a ponerte los zapatos de baile, gilipollas.

Se rió mientras se desvanecía.

La luz encima del teléfono estaba rota, así que utilicé una de las velas de cumpleaños que no se podían apagar para iluminarme mientras marcaba cuidadosamente BE4-5789.

Pip, pip, pip, pip, pip. El sonido era como un taladro que me perforaba la médula espinal. Comunicaba.

Colgué y volví a intentarlo. Seguía comunicando. Me pareció que me quedaba un

minuto. Llamé a la operadora, esperando que creyera que era una emergencia y me pasara. No conseguí contactar con la operadora. No se oía nada. Ni siquiera una interferencia. Volví a probar el BE4-5789 y no conseguí nada de nada. La línea estaba cortada.

Mi fantasma estaba a mi lado.

—La ironía te está devorando, ¿verdad, George? Me temo que vas a quedar mutilado, como te advirtió ese viejo vendedor que te quería timar. Pero es problema tuyo, colega. Yo me voy a bailar.

—Vuelve temprano a casa —le gruñí mientras desaparecía.

De vuelta al Caddy y en la carretera pillé las últimas notas de «Mercury cayendo».

«Quémalo», insté al Capitán Medianoche, viendo los pétalos rojos brillantes en mi mente.

—Gypsy Fire —recordé en voz alta—. Borderflame. My Valentine.

El Capitán Medianoche suspiró:

—Vamos a dejar ir su fantasma. —Le oí encender una cerilla—. Creeec. —Se rió—. Recuerdo.

La habitación se volvía cada vez más oscura a medida que los pétalos se agolpaban en la ventana. La amarilla y naranja era Carnival Glass.

—Carnival Glass —dije en voz alta. La naranja y rosa era Puppy Love—. Puppy Love, amor de cachorro, Kacy, ¿no es un nombre maravilloso para una rosa?

—Polvo eres —entonó el Capitán Medianoche—, y en polvo te convertirás. La música gira y gira, aquí en la majestuosidad del florecimiento, en las voluptuosas euforias de la descomposición. Se agarra a las raíces, alimenta su carne verde, y nadie sabe dónde se detendrá. Pero no te preocupes. El conjunto es perfecto. Lo que pasa es que nunca es lo mismo. Por ejemplo, escucha a estos chicos nuevos de Inglaterra que cantan una canción vieja del bueno de Buddy Holly, de hace seis años... eso es, ánimo y oye algo auténtico, pilla lo que puedas y apaláncate bien, porque aquí tienes a los Rolling Stones y «Not Fade Away».

Dime que no brotaban todavía la rosas. Me sumé en el segundo estribillo, cantando con una alegría consistente, ligera.

Love for real not fade away!

Y mi fantasma apareció de repente, sentado con las piernas cruzadas en el capó, apretó la cara contra el parabrisas y gritó:

Doo-wop, doo-wop, doo-wop-bop.

Sonrió dulcemente y luego arrancó los limpiaparabrisas como un bebé gigante que arrancase las alas a una mosca. Estaba tan estupefacto que tardé un segundo en darme cuenta de que no veía la carretera. Se había vuelto de carne y hueso. Mis manos se agarrotaron pegadas al volante mientras le daba suavemente a los frenos, asomando la cabeza para ver a un lado. El corazón me golpeaba contra las costillas.

—Será mejor que me dejes conducir ahora, George —dijo mi fantasma—. Estás tan jodido que ya no puedes ver a través de mí.

—¡Nova Red! —grité a su cara sonriente—. ¡Warwhoop! ¡Sun Maid! ¡Candleflame! ¡Trinket! ¡Seabreeze! —Iba a menos de cincuenta y seguía en la carretera. Yo me esforzaba por ver por los lados y él se movía a la vez que yo, pero pude ver por la derecha un arcén bajo y unas salinas abiertas más adelante. Con aquello bastaba. Giré las ruedas hacia la derecha, bajé por la zona despejada de drenaje y luego salí disparado sin problemas, metiéndole caña al acelerador.

Mi fantasma seguía ahí. Continuaba sentado tranquilamente con las piernas cruzadas en el capó, riéndose como un loco hasta el punto de que le salía espuma por la boca y salpicaba el parabrisas. Miré en el suelo del coche. Los dos paquetes de Rabi-Tabs habían desaparecido. Ya no importaba lo que era o no era posible.

Mi fantasma levantó la mano hacia su boca espumosa, se limpió un pegote viscoso y lo restregó por el parabrisas.

—La Hokey-Pokey —grité— es naranja con el centro amarillo. Te pones todo tú dentro y luego sales todo. La Bo Peep es de color rosa claro, blanca en comparación con mi sombrero. —Me quité rápidamente el sombrero y lo agité delante de su cara cubierta de espuma para cegarlo, y luego de repente giré la rueda hacia la derecha y di una vuelta de 360 grados con el Caddy, una vuelta clásica, y a continuación aceleré y me fui a la derecha.

Resultaba difícil ver algo a través de la película opaca de Rabi-Tab en el cristal, pero parecía que lo había expulsado. Me desanimé cuando oí su primera pisada discordante en el techo del coche, bailando mientras cantaba alegremente:

*The kids in Bristol are as sharp as a pistol
When they do the Bristol Stomp.*

POM. POM. La primera figura avanzaba y el techo se hundía.

*It's really sumpin' when the joint is jumping
When they do the Bristol Stomp.*

POM. POM. Pisadas en el techo.

Me dolían los tímpanos, di un coletazo con el coche y me detuve, puse la marcha

atrás, metí caña y yo también empecé a pisotear con fuerza el freno. Nada conseguía echarle.

—¿Quién soy yo? —gritó—. ¿Quién soy yo? —Empezó a cantar otra vez, ahora la canción de «Popeye».

*I'm Ahab the Sailor Man, toot! toot!
I stay as obsessed as I can, toot! toot!
When weirdness starts swarming
It's too late for warming
Because things have got way out of hand...*

—Y tú, George —murmuró—, eres el corazón inocente de la ballena.

El arpón atravesó el techo, la punta con sus púas se hundió en el asiento a unos centímetros de mi cabeza, tan cerca que perforó el ala de mi sombrero. Un arpón. ¿Cómo puedes pensar siquiera en algo así?

—Déjame conducir —exigió—. Estás agotado. Todo ha terminado.

Yo conducía. Embestí, aceleré, apreté el embrague. El morro del Caddy se levantó como si fuera un coche trucado, sobrealimentado y resoplando nitrógeno, despegándose de la línea de salida. Mi fantasma volvió a saltar en el capó y empezó a bailar claqué. De repente se detuvo y dijo:

—Déjame conducir. Sé lo que quieres; sé lo que estás buscando. —Y empezó a bailar otra vez tiqui-taca, tiqui-taca. Ni siquiera se tambaleó al darle otra vez y hacerlo girar.

Por encima del ruido del motor, de mi fantasma bailarín y de la sangre que me palpitaba en el cráneo, se oyó una voz clara desde la radio, una voz que sólo había oído una vez en la vida, cuatro palabras imitando a su madre:

—Vamos... que llegamos tarde.

Era Eddie. Pisé los frenos con tanta fuerza que me di con la cabeza en el volante.

Mi fantasma seguía sin alterarse en el capó, y hacía playback exagerando mucho mientras la voz de Eddie explicaba por la radio:

—Era mi dibujo favorito. Los caballos en realidad son ciervos que pueden captar señales de fantasmas con los cuernos como si fueran antenas de la tele o algo así. La flor grande y roja puede captar señales del sol y dirigirlas a los ciervos. Sólo es una flor grande y roja. No sé de qué tipo. El coche largo y verde es para ir a buscar la flor y los ciervos. Necesita unas ruedas grandes y duras porque es un trayecto largo y la flor está escondida y el ciervo puede correr como el viento. Y el sol está justo en el centro, ya saben, para que se vean las cosas. No quería perderlo.

Paré el Cadillac, saqué las rodillas de debajo del volante y las subí hasta el pecho, y le metí una patada salvaje con los dos pies a la radio. Una mujer gritó cuando se

rompió el cristal.

—Ya está hecho, George —dijo mi fantasma en voz baja. Su voz venía de la radio. La golpeé otra vez, y otra, y a cada golpe se oía un grito de mujer a través del altavoz y mi fantasma me decía que había terminado, que lo dejara estar. Estaba sacando la batería de la caja de música de Joshua para golpear con ella la radio cuando detecté la lata de queroseno en el suelo del asiento de atrás. La agarré, la pasé por encima del respaldo del asiento y la estampé contra la radio. Se oyó un grito de mujer. Estaba inclinando la lata para dar otro golpe cuando comprendí que era Kacy. Nunca la había oído gritar antes, pero sabía que era ella. Dejé caer la lata en el asiento delantero. El golpe había causado una grieta en la lámina de metal. El queroseno goteaba formando gotitas erráticas y empapaba el asiento. Me ardía la nariz por los gases, y las lágrimas me corrían por las mejillas. Me recliné contra el asiento. Mi fantasma sonrió, triunfante.

—Tú conduces —le dije.

Me sequé las lágrimas con la manga de la chaqueta y cuando volví a abrir los ojos un momento después estaba echado en el capó del Caddy, con la cara contra el parabrisas, mirando hacia los ojos vacíos de mi fantasma.

—George —dijo amablemente—, si quieres vivir tienes que arrojarte como un puñado de peniques en un pozo de los deseos y matarte.

Se dio la vuelta hacia atrás y se inclinó hacia el asiento. Estaba poniendo un disco en el tocadiscos. Pensaba que iba a burlarse de mí poniendo «Chantilly Lace», así que me sorprendió el sonido de un tren que se aproximaba, con su gemido distante perforando la oscuridad. Durante un instante me pareció que habíamos aparcado en las vías del tren y habría saltado si no hubiera estado aplastado contra el parabrisas mientras mi fantasma aceleraba y pasaba de primera a segunda al venirse encima el tren, y en mi cerebro estallaban rosas blancas. Grité sus nombres mientras él aceleraba a tope y el viento dispersaba los pétalos y los arrojaba a la oscuridad y la sal:

—¡Cinderella! ¡White King, White Madonna, White Feather, White Angel!
¡Misty Dawn! ¡Careless Moment!

—¿Instante despreocupado? —Mi fantasma se echó a reír a carcajadas. Le pareció tan divertido que apagó los faros. Yo iba a morir. Alimento para las rosas, carne para el sueño. «Es un sueño tan bonito», me decía mi madre mientras el jardín se quemaba y el chillido del tren me perforaba el cráneo, borrando todos los nombres que conocía. Miré hacia abajo, me miré el cuerpo, y sólo me quedaba el esqueleto. Entonces, movido por una serenidad inimaginable, me puse en pie tranquilamente en el capó del Caddy. Hice una reverencia a mi fantasma y a continuación salté delicadamente al techo. El viento cantaba a través de mis huesos. Notaba la presión exacta en cada hueso de mis manos mientras las colocaba alrededor del mango

prominente del arpón y lo sacaba realizando un movimiento coordinado. Volví a saltar al capó y giré limpiamente mientras balanceaba el asta de madera y atravesaba con ella el parabrisas con todas mis fuerzas.

Mi fantasma me sonrió.

—Has tardado bastante, George. Pensé que tendría que hacerlo yo mismo.

Atravesé el parabrisas destrozado y fui a por su garganta.

Mi carne y mis manos ensangrentadas estaban atrapadas en el volante donde se encontraba antes él, a 130 millas por hora, todo recto, en la oscuridad brillante de sal. Podría haber continuado para siempre si el motor no hubiera explotado.

Cuando explotó perdí el control. Traté de corregirlo cuando empezó a hacer esos; un reflejo inútil. Estaba perdido, y lo único que podía hacer era aguantar, impotente y aterrorizado, mientras el Caddy patinaba por la salina y acababa por volcar, dando tres vueltas de campana, bang-bang-bang, y deslizándose a continuación con el lado del conductor hacia abajo. Tenía la mejilla aprisionada contra la ventanilla, y unos destellos verdosos pasaban a toda velocidad, como si me estuviera viendo arrojado hacia las estrellas. Entonces, violentamente, el Caddy volvió a dar una vuelta completa de campana y giró otra vez de lado describiendo un arco increíble, y al perder velocidad me sentí como si estuviera dentro de la botella de leche que habíamos utilizado en nuestro primer juego de dar vueltas a la botella, todos nerviosos. La primera vez que la hice girar se paró en Mary Ann Meyers. Sentí sus labios tocando los míos, un temblor como de gelatina en el paquete. Noté que los brazos de Kacy me rodeaban, desnuda, a la luz del sol. Las vueltas cesaron. Estaba completamente quieto.

Saqué la carta de Harriet de la guantera y di una patada a la portezuela destrozada. Al salir a través del marco torcido me llevé la mano a la cabeza instintivamente para protegerme el sombrero, y me sentí muy satisfecho al comprobar que seguía en su lugar.

El aire frío de la noche era muy agradable. Respiré hondo y miré a mi alrededor. No había nada, al menos nada que yo pudiera ver, sólo el Eldorado destrozado encima de la sal, blanco brillando sobre blanco. Pensé en lo que iba a decir al acercar una cerilla a la caja de velas que no se pueden apagar, y usé la llama para prender fuego a la carta de Harriet, que ardió con el perfume de Shalimar.

Se me habían agotado los grandes discursos. La cosa fue tan sencilla que ni siquiera lo dije en voz alta: «Al Big Bopper, Ritchie Valens, Buddy Holly y las posibilidades del amor y la música. Y al Espíritu Santo». Arrojé la carta de Harriet a través de la ventanilla rota. El queroseno que había vertido detonó, las llamas se inflaron a través del metal retorcido, la pintura blanca burbujeó al carbonizarse, y a continuación el depósito de la gasolina estalló y todo ardió. Me quedé mirando cómo ardía.

No tenía ni idea de dónde estaba la autopista, así que empecé a caminar con el viento. No había recorrido ni una milla cuando vi una mancha de sangre que se extendía por la sal. La madre de Eddie apareció ante mí, señalando hacia la mancha. La voz y el dedo le temblaban:

—Es que no es justo —dijo—. No es justo.

—Sí que lo es —repliqué. Y continué andando.

La mancha de sangre que se extendía empezó a contraerse, volviendo apresuradamente hacia su centro, y moviéndose en espiral hacia abajo y hacia sí misma. Al desaparecer, un gran torbellino surgió en su lugar. Cegado por la sal voladora, me arrodillé formando un ovillo cerrado y me tapé los ojos. Esperaba que me juzgaran. Pero no hubo palabras en el viento, ningún sonido que no fuera su propio aullido salvaje, nada que no fuera él mismo. Al cabo de unos minutos se había desvanecido.

Caminé otra milla sin percatarme de que mi sombrero había desaparecido. Esperaba que hubiera volado directamente hacia Houston y hubiera aterrizado en la cabeza de El Zumbado en un golpe de gloria evangélica.

A lo lejos vi unos faros en la 1-80 y cogí el camino más corto hacia la autopista. Estaba todavía muy lejos cuando vi a Kacy esperando en una nube de luz. Corrí hacia ella y estaba lo bastante cerca como para tocarla cuando comprendí que era un fantasma.

—¡Ay, George! —exclamó. Se le quebraba la voz—. Estábamos en un camino sin asfaltar en las montañas, a las afuera de La Paz. Llovía a cántaros. Hubo un derrumbamiento terrible y se llevó la furgoneta. Yo estaba en la parte de atrás. Apenas tuve tiempo de gritar. Nadie lo sabe, George. Ocurrió a finales de septiembre y nadie sabe ni siquiera que estamos muertos.

—¡Kacy! —grité, tratando de tocarla—. ¡No es justo, es que no es justo!

Y durante un instante la tuve realmente entre mis brazos y luego desapareció.

Epílogo

Aquél fue el final de la historia de George Gastin. Si había más lo oí en sueños, porque estaba dormido. O, para ser más preciso, dada la combinación de la maldita gripe, el coche averiado, la codeína, la sopa de tubérculos (que no creo que fuera un brebaje enteramente inocente), y del propio George, perdí el sentido al llegar a ese punto del relato. Pero yo estaba allí, y noté algo en su voz que señalaba que aquello era el final y que sin duda alguna me indicaba que podía dejarme ir.

Cuando me desperté a la mañana siguiente me encontraba mucho mejor. No fuerte y saludable, pero sí humano. Lo primero que noté era que George se había ido. Miré por la ventana para ver si estaba su grúa, pero el aparcamiento estaba vacío. Me vestí y me dirigí a la recepción del motel. Una nota de Dorie y Bill, pegada en la puerta, decía que habían ido a observar aves y volverían al caer la noche; me invitaban a quedarme el tiempo que necesitara, y que les pagara cuando pudiera. Decidí que lo mejor sería encargarme de mis asuntos mientras pudiera, por si sufría una recaída.

Recorrí cuatro manzanas hasta Itchman para ver qué tal estaba mi camión. Pillé a Gus yéndose a comer.

—Bueno —dijo a modo de saludo—, me han dicho que te has vuelto tan vago que has intentado emparejar a tu camión con un tocón de secuoya, esperando que dieran leña. Me parece que sería mejor para el cacharro que te fueras por ahí y la cortaras como siempre.

—Gus, no hay motivo para que pierdas tu hora de comer sólo para meterte conmigo. Dime cuáles han sido los daños y la fecha en que puedo recogerlo.

—Con seis billetes creo que bastará, y lo tendrás listo dentro de unos cuatro días. Tuvimos que pedir la rótula de dirección a Oxnard; la enviarán mañana en el autobús. Se puede pagar a plazos si quieres.

—Seiscientos —suspiré—. Eso fue lo que dijo George. Parece que el tipo sabe de qué habla. ¿Te trae mucho trabajo?

Gus se encogió de hombros.

—Cuando está por aquí y si está de humor. George baila al ritmo de su propia música, ¿sabes lo que quiero decir?

—Sé lo que quieres decir —asentí. Estaba totalmente de acuerdo con él.

Gus sonrió.

—¿Te contó su rollo, no?

—Algo.

—Ajá, George sí que sabe enrollarse. ¿Te ha contado que una ninfómana de dieciséis años hija de un congresista y él robaron a la CIA más de millón y medio de oro en uno de esos países sudamericanos, Perú, Bolivia o algo así? ¿Cómo se lo

montó para que la CIA no pudiera pillarlos?

—No, pero me ha dicho que tenía algo de dinero. No me ha cobrado, ¿no lo sabías?

—Joder, nunca cobra a nadie. Pero creo que vive de las ayudas sociales. Es una música distinta, ya te digo.

—Música silenciosa.

—¿Te ha hablado de sus rosales? Está intentando hacer una rosa negra.

—No, pero no me extraña. Lo que me contó fue su peregrinaje en el Cadillac del Big Bopper.

—Eso no me lo ha contado —dijo Gus.

—Se ha portado muy bien conmigo.

—No digo que George no sea bueno. Sólo digo que es otra cosa.

—Claro que sí —concedí.

Y mientras cruzaba la calle unos minutos después, pasando entre lámparas de calabaza y esqueletos de papel en los escaparates de las tiendas, pensé: «Sí, es algo totalmente distinto: es un fantasma».

Y dos años más tarde sigo pensando que es un fantasma. El suyo propio, puede que el mío, el tuyo disfrazado, una sombra aleatoria. Pero un fantasma auténtico, con todas las de ley, santo o no santo. Un fantasma tejido a partir del hilo plateado y fino que acaban formando las rayas blancas cuando viajas justo por el límite. Un fantasma liberado del cinturón de Orión, y escapado de la dulce influencia de las ligaduras de las Pléyades. Un fantasma alzado de la neblina del río, o ascendido en la espiral de llamas. Un fantasma solitario. Un espíritu. Una rosa blanca. Lluvia para la flor en la raíz en espiral del sueño.

No lo sé, y no afirmo nada. Pero al menos fue un fantasma dedicado a aquello que honraba su viaje: el amor y la música ya hechos, el amor y la música que todavía están por hacer. El fantasma de una oportunidad. El fantasma de la luz pura y sincera, y de la alegría salvaje que nos hace mover el esqueleto. El fantasma que hay en todos nosotros y que bailarían en la boda del sol y la luna.

Uamba buluba balambambú.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las siguientes personas por su amable ayuda en la preparación de este manuscrito:

A Charles Walk, que ahora publica el *Helena Independent Record*, y que fue el primer periodista que apareció en el escenario el 3 de febrero de 1959, el día del accidente de la avioneta, y cuyo artículo fue recogido por las agencias de noticias más importantes.

A Jean Wallace, de la Biblioteca de Beaumont, por su generosa y profesional ayuda y sus ánimos en el curso de mi tardía investigación.

A Eric Gerber, del *Houston Post*, por los pequeños detalles que me fueron de gran ayuda.

Al doctor Alfonso Rodríguez López, por su asistencia médica y su comprensión.

Gary Snyder, por los antecedentes y consecuentes y un montón de datos entre ambos.

A un gran número de amigos cuyas primeras lecturas del manuscrito estuvieron marcadas por la sagacidad y el tacto más exquisitos: Leonard Charles, Richard Cortez Day, Morgan Entrekin, Bob Funt, Jeremiah Gorsline, Michael Helm, Jack Hitt, Freeman House y Nina, Jerry Martien, Lynn Milliman y Victoria Stockley.

A Anne Rumsey por coordinar todos los permisos y enviar todos los sobres.

A Gary Fisketjon, por su amable corazón y su aguda pluma.

Y a Melanie Jackson por mantener unido lo que tiende a disgregarse.

Mi más sincera gratitud.

Notas

[1] Manera coloquial de designar a los entendidos del jazz. (*N. de la T.*). <<

[2] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<